

ENSÉÑAME a QUERER

PATRICIA ALCANTUD OBREGÓN



Multiverso 

ENSÉÑAME a QUERER

PATRICIA ALCANTUD OBREGÓN

Multiverso 

Enséñame a querer

© Patricia Alcantud Obregón

© Grupo Editorial Omniverso, 2017

© Multiverso Editorial, 2017

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1546558446

Printed in Spain

Primera edición: mayo, 2017

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

ENSÉÑAME A QUERER

* 13 de noviembre*

Cuando el reloj marca las 00:00, lo único en lo que pienso es que ya soy un año más viejo. Llevo 21 años dándole problemas al mundo y creo que, para mi corta edad, ya he vivido todo lo que se puede vivir. Puede que incluso más. Estoy orgulloso de ello y no me arrepiento ni de un solo día de mi vida. Me gusta así como soy: libre como el viento, duro como una piedra. Aunque por culpa de mi carácter he conseguido muchos enemigos. Tal vez sea ese el motivo por el que hoy me encuentro aquí, en mi casa, celebrando este día solo. En ese momento mi móvil comienza a vibrar, emitiendo una canción de Puya (el cantante rumano que más me gusta). Se trata de Dama y vagabundo, y con su ritmo consigue sacarme de mis pensamientos. Saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros. Miro la pantalla. Contesto animado.

—Dime, Marius.

—¡Felicidades, hermano!

Oigo una voz a su lado que repite esa palabra. «Felicidades». Es Alex, mi otro hermano. El pequeño para ser exactos. Yo estoy en el medio.

—Gracias, frate. Aunque no sé por qué me felicitas. Que yo sepa aún no me he vuelto millonario. Espera que ataque el banco que tengo pendiente y entonces no podrás ni felicitarme. Ni siquiera te cogeré el teléfono.

—Entonces aguanta que llegue yo a Logroño y veremos quién roba antes el banco —sigue con la broma Marius.

Se ríe y yo me río también. Hablar con mis hermanos siempre me divierte y me levanta el ánimo. No me da tiempo a seguir vacilando porque Marius se apresura a despedirse.

—Bueno, ahora tengo que colgar. Tenemos trabajo. Ya sabes, la vida en la feria es dura... —lo dice intentando que suene a broma pero los dos sabemos que habla en serio—. Sentimos no poder ir a verte, hermano. Pero estaremos allí lo más pronto que podamos.

Asiento con la cabeza aunque no puede verme y me limito a decirle:

—Chao, Marius. Cuidaos.

Cuando cuelgo, siento una extraña sensación de envidia por no poder estar allí, en Bilbao, con ellos. Tirarnos del pelo, darnos fuertes manotazos en la espalda y reírnos como locos; como cuando éramos niños, como los niños que

aún somos.

Tú también me felicitaste esta mañana. Me has pedido que me cuide y, después de mandarme muchos besos, hemos colgado. Me gustaría que esos besos me los dieras de verdad. Pero sé que no es posible ya que nos separan muchos kilómetros de distancia. Por eso decido celebrarlo con la compañía de mi amiga, la botella de vino. Viene acompañada de unas cuantas más... Ellas nunca me abandonan.

Enciendo la minicadena. Subo el volumen. Puya empieza a sonar ahora por toda la casa. A la mierda los vecinos. Canto y bebo, bebo y canto... para un público que no existe. Estoy solo y no tengo velas que soplar ni deseo que pedir, pero la verdad es que no me preocupa. Hace muchos años, demasiados tal vez, que se me olvidó lo que significa pasar un cumpleaños junto a mis seres queridos. Que son pocos. Tres para ser más claros: Alex, Marius y tú. No te culpo por tu ausencia. Sé que no lo has pasado bien en la vida y estoy seguro de que tienes que tener una razón de peso para que hayas decidido alejarme de ella, a mí y también a mis hermanos. A cambio decidiste emprender un nuevo camino junto a Paco, el hombre con el que te casaste hace años. Desde que llegaste a España, él te lo ha dado todo. Me alegro sinceramente de que seas feliz, pero no puedo evitar un poco de rabia al saberte tan lejos, viviendo como una princesa mientras yo trabajo y busco la manera de salir adelante. Hoy han pasado casi tres años desde la última vez que te vi y siento como, con cada día que pasa, nuestra relación se enfría un poco más. Los años pesan y los recuerdos también. Estoy borracho. Tanto que he cogido un papel y un boli y me he puesto a escribirte esta carta. Son cosas que no me atrevo a decirte. Por lo cual, he decidido que te escribiré cada día contándote mis sentimientos, esos que a veces creo no tener. A pesar de todo, te echo de menos, mamá. Tu hijo: Bandy.

* 13 de noviembre *

Querido Diario:

¡Fabián me ha dejado! Cuatro años viviendo juntos y ahora lo ha roto todo con un simple «lo nuestro no funciona». Bueno, en realidad he sido yo la que me he ido. Después de escuchar sus duras palabras y ver su fría mirada, comprendo que ya no queda nada por hacer. Que nuestra relación no tiene sentido. Ha sido y será el único amor de mi vida. Lo conocí con 15 años y, desde entonces, solo he tenido ojos para él. Pero eso no significa que tenga que soportar sus

desprecios, sus mentiras y sus infidelidades. Entiendo que él es joven, solo tiene un año más que yo y aún le quedan muchas cosas por vivir, pero yo también tengo el derecho de ser feliz. Tengo 19 años y he de reconocer que no me arrepiento de nada. Si pudiera rebobinar en el tiempo, volvería a vivir cada uno de los momentos que pasé con Fabián. Pero no por ello voy a seguir atrapada en una vida vacía, en una rutina que llegó hace meses y que estaba acabando conmigo. Esta mañana he telefoneado a mi amiga Yoana y me ha ofrecido quedarme en su casa por un tiempo. He cogido mi equipaje y, antes de que él regresara del trabajo, me he ido. No ha habido despedidas, ni siquiera una nota que justificara mi marcha. Cuando el amor se acaba, no sirve de nada dar explicaciones o buscar culpables. No sé si siento tristeza o alivio. Tengo un poco de miedo por no saber lo que me depara el futuro, pero juro que no voy a hundirme. Voy a luchar con todas las fuerzas de mi corazón, hasta que no quede un solo latido en él. Un saludo, Patty.

* 2 de noviembre * (Un año después)

No puedo dormir. Son las 4:15 de la madrugada y hace ya casi una hora que me he despertado; desde entonces no he podido pegar ojo. He tenido un sueño extraño. Me encontraba vagando por unas calles desconocidas cuando, ante mí, aparecía mi novia como salida de la nada. Me miraba fijamente y extendía los brazos hacia mí, parecía pedirme ayuda. Trataba de acercarme a ella pero su imagen se volvía más y más borrosa, hasta que desaparecía por completo. Y volvía a quedarme solo, perdido en la nada. Me he despertado sobresaltado y ya no he podido quitarme esa cara de mi mente. Pero es extraño. En mi sueño Omaira estaba muy cambiada. Sus rasgos eran los mismos, pero sus ojos eran diferentes. Eran duros, como si tratara de vengarse de algo o de alguien que yo desconozco. Todo lo contrario de la mirada tierna que caracteriza a Omaira. No sé qué querrá decir todo esto, supongo que se tratará solo de un sueño, tal vez debido a que llevo días pensando en ella y en qué hacer con la relación que tenemos.

Me meto de nuevo en la cama y trato de dormirme, pero no puedo. Vuelvo a verla en mi mente. No a Omaira, sino a la extraña chica que me visitó en sueños. Y, por alguna extraña razón, pensar en ella me hace sentirme solo.

Me gustaría que estuvieras aquí, a mi lado, sentada en el borde de mi cama. Y me acariciaras dulcemente o me dieras la mano como solías hacerlo cuando era pequeño. En especial me acuerdo de esa operación por la que, con tan solo

8 años, me vi obligado a pasar. Lamentablemente había nacido con una hernia en la cintura con la que aprendí a vivir y que, inevitablemente, cada vez se hacía más grande. Una tarde, jugando al fútbol, un compañero me propinó un mal golpe y el gran bulto se explotó. Me llevaron de urgencia al hospital y, a pesar de que te habían repetido varias veces que era demasiado pequeño para ello, se vieron en la obligación de operar. Estuve más de un mes ingresado en el hospital, ¿recuerdas? Sin apenas poder moverme. Y tú no te despegaste de mi lado ni un solo momento. Solo lo necesario para ir a nuestra casa y echar un vistazo a Marius y a Alex, vigilando que no hicieran otra de sus trastadas. Creo que la mayoría de la gente odia los hospitales. En cambio, para mí, los días que permanecí allí fueron de los mejores de mi vida, ya que me sentí querido y cuidado por ti, mi madre, que me demostraste que te preocupabas por mí y me querías, a pesar de que a veces pareciera lo contrario... Pero ya no quiero hablar de eso. La verdadera realidad es que esos días ya no volverán, que ya no soy ese niño al que dabas de comer en la boca ni volveré a serlo nunca. Y que estoy aquí, encerrado en mi cuarto, tumbado en una cama demasiado grande para mí; y que, a pesar de tener a mi hermano durmiendo con su novia al otro lado de la pared, me siento solo. Terriblemente solo.

* Martes 3 de noviembre *

Un día más. Raúl me ha dejado tirada. Hemos quedado en que pasaría a buscarme con su coche a las 20:00 por mi casa y ya son las 21:00 y no se digna a aparecer. Marco su número en mi móvil blanco. Pi, piii... Al cuarto tono cuelgo. Solo faltaba que ahora me salga el buzón. Meneo la cabeza con rabia. Me está empezando a cansar esta historia. Me dirijo al cuarto de Yoana en busca de alguien con quien hablar. Doy un golpe suave a la puerta. Como no recibo respuesta, la abro un poco y asomo la cabeza por el hueco que queda libre. Nada. Esta vacía. No hay nadie. Habrá salido con Roberto. Claro, es viernes y encima estamos a primeros. Debo de ser la única pringada que se queda en casa y para colmo sola. Sola... maldita palabra. Vuelvo a mi dormitorio y me siento en la cama. Me levanto y me vuelvo a sentar. Cojo de nuevo el móvil y busco un número en la agenda. Aprieto la tecla de llamar. Pi, pii... Esta vez una voz me responde antes del cuarto tono. Uff... Menos mal.

—¿Diga?

—Hola, Berta. ¿Qué tal? ¿Qué andas haciendo?

Parece sorprendida de escucharme. Tal vez esperaba recibir otra llamada...

—Hola, Patty. ¿Qué tal? Yo nada, aquí terminando de cenar para bajar un rato al banco que hay abajo de mi casa. Al lado del portal quiero decir...

Se ríe, pero su risa es forzada y nerviosa. Noto que algo pasa.

—¿Y no sales hoy? ¿No has hecho planes con Ahmed?

—Mmm... No. Ahmed salió de casa el miércoles. Dijo que iba a comprar tabaco y aún no ha regresado. Y yo... la verdad es que no tengo ánimos para irme de fiesta.

Lo sabía. Llámalo intuición femenina o conexión entre amigas, pero lo cierto es que sabía que algo iba mal solo por escuchar el tono de su voz.

—Bueno, entonces ya somos dos. Quedé con Raúl para ir al cine y me ha dejado plantada. Si quieres me paso por tu casa. Así hablamos y nos contamos las penas. La verdad es que extraño eso.

La oigo reír al otro lado de la línea y esta vez su risa es sincera.

—Me parece una idea estupenda. Yo también echo de menos nuestros chismes. Pásate por mi casa. Pero, eso sí, no será solo un rato. Con todo lo que tenemos que contarnos, no nos será suficiente ni la noche entera...

Reímos ambas y me dispongo a despedirme cuando:

—Patty, espera. Te esperaré abajo en el banco, ¿vale? Estas están allí. Ya sabes, mi hermana y sus amigas... Y les prometí que bajaría un poco. Estamos un rato con ellas y nos subimos, ¿te parece?

Asiento, aunque no puede verme.

—Muy bien. No me caen demasiado bien, pero no me vendrá mal estar un poco al aire fresco, para aclarar las ideas. Ahora nos vemos entonces, Berta. Un beso.

En cuanto cuelgo voy al cuarto de baño y me miro en el espejo. Tengo el pelo un poco alborotado y las ojeras se ven bastante, pero nada que no se pueda arreglar con un cepillo y una crema antiojeras. Hoy no tengo ganas de arreglarme mucho. Mejor dicho, no pienso arreglarme nada. Ya en mi cuarto, cojo los vaqueros pitillo que llevan en la silla desde ayer esperando para ser lavados y me los pongo. Los combino con una sudadera blanca y unas manoleínas del mismo color. Ni siquiera cojo el bolso. Me guardo el móvil en un bolsillo del pantalón y el tabaco y las llaves en el otro y salgo. Antes de salir me observo en el espejo largo que hay en la entrada. Perfecto. Guapa y cómoda. Quito la mirada de mi reflejo y abro inmediatamente la puerta pues, conociéndome, si sigo mirándome acabaré por cambiarme de ropa y maquillarme. No me gusta ir así, vestida con prisas, pero hoy no tengo ganas de nada. Y, total, no me va a ver nadie que me interese.

* Martes 3 de noviembre *

Estoy cabreado. No. Estoy jodidamente cabreado. Salí de trabajar a las 19:00 y llevo dos horas sentado en un maldito banco, el mismo de siempre. Aguantando los chismes de estas crías e intentando captar la atención de la que se supone que es mi novia. Pero nada, no hay nada que hacer. Omaira está demasiado entretenida siguiéndoles el rollo a sus amigas y riéndoles las bromas que, por cierto, no tienen ninguna gracia. Estoy sentado a su lado, en medio de esas dos brujas que no la abandonan ni a sol ni a sombra y que no me permiten pasar ni un minuto a solas con ella. Aprovechando que Bárbara y Delia se levantan para saludar a un chaval que pasa y que parecen conocer, me acerco más a Omaira. Le acaricio el mechón de pelo que le cubre la cara y le doy un suave beso en la mejilla, consiguiendo así que desvíe su atención hacia mí.

—Cari, ¿por qué no nos vamos a tomar un café a algún bar de por aquí? Yo te invito.

—No me apetece —se limita a contestar y sigue mirando hacia sus amigas, que en ese momento están acribillando a preguntas al pobre chico.

Vuelvo al ataque. Pongo una mano sobre su pierna desnuda, lleva una falda demasiado corta y eso que estamos en pleno otoño.

—Entonces vamos al banco de la calle de enfrente. Quiero estar solito contigo —lo digo con el tono más meloso que puedo poner.

Nada. Menea la cabeza negativamente. Esta vez no se digna ni a responderme.

—Pero bueno, Omaira, ¿qué coño pasa? ¿Es que no podemos tener intimidad? ¿O tengo que pedir cita a tus representantes?

Me estoy poniendo nervioso. Y me lo nota. Me mira con gesto de no entender nada.

—¿A qué clase de intimidad te refieres? —me interroga en tono tranquilo, pero su pregunta es directa.

—A la que tienen todas las parejas normales.

Ahí va... Toma otra respuesta directa.

—Mira, Bandy, ya hemos hablado muchas veces de eso. Y tú sabes que no voy a llegar a ese punto, al menos por el momento.

Ya está. Es lo que me faltaba por oír.

—Joder, Omaira, ¿ya estás con la misma cantaleta? No es lo que tú piensas — voy subiendo el tono de voz a medida que hablo—. Si quisiera hacer eso, me iría a un puticlub, que por aquí cerca hay muchos... ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? Tus estúpidas amigas, ¿no? Ellas te han convencido de que solo busco sexo.

Estoy gritando tanto que las «estúpidas amigas» han dejado de atormentar al amigo y prestan toda su atención a nuestra conversación, como fieles espectadoras. Omaira se levanta del banco y yo hago lo mismo. Me mira incrédula. Se hace la ofendida. Y, no sé si por quedar bien con sus amigas o porque de verdad lo piensa, me dice:

—Ya basta, Bandy. Te estás pasando. Yo no he dicho eso en ningún momento. Es solo que no me fío de ningún tío. Sois todos iguales. Y no te permito que hables así de Bárbara y de Delia. Son mis amigas y las únicas en las que confío. Y eso es así, te guste o no.

Resoplo. Bárbara y Delia siguen atentas, esperando mi reacción. Eso me pone aún más nervioso. Si es que se puede estar más.

—Pues no, no me gusta. Y, ¿sabes qué te digo? que a la mierda. Quédate con tus queridas amigas porque al fin y al cabo eres igual que ellas: una niñaata — quiero callarme. Sé que mis palabras son hirientes pero no puedo detenerme —. Y más que eso, sois unas niñaatas calentonas.

Las miro a las tres y creo que mis ojos echan chispas de rabia.

—Os creéis que por vestiros así ya sois mayores. Provocáis y luego os hacéis las «buenecitas». Pues quedaos con vuestra inocencia. ¡Y búscate otro que te aguante!

Ya está. Me he quedado tranquilo soltando todo lo que llevaba guardado hace meses. Exactamente, cinco meses. El tiempo que llevo con ella. Omaira no dice nada. Los ojos le brillan e intuyo que, de un momento a otro, comenzarán a salirle lágrimas. Berta se apresura a abrazarla y Delia me dedica su mejor mirada de reproche. Bah... No me gustan los dramas. Nunca he soportado los culebrones, así que me marchó. Cruzo la calle y doblo la esquina, sin mirar atrás y con la conciencia bien tranquila.

* Martes 3 de noviembre *

Camino decidida y a paso apresurado por las calles de Logroño. Miro el reloj rosa de mi muñeca derecha. Calculo que en diez minutos habré llegado, dado

que la casa de Berta se encuentra solo a un par de calles de la mía. Me meto por Avda. de la Paz para acortar el camino, pero en estos momentos se me antoja larga e interminable. Siempre me ha gustado pasear en la noche, a la luz de la luna y de todas esas farolas que alumbran la ciudad. Me relaja, me reconforta. Pero en estos instantes estoy de todo menos relajada. Enchufo los auriculares al móvil, me dispongo a buscar el reproductor de música, pero no me da tiempo. El sonido de un coche que pita insistente me hace desviar la mirada. Es Raúl. Está aparcando su Peugeot en doble fila y me hace señales para que me detenga. Finjo no haberlo visto y sigo mi camino. Raúl sale veloz del coche y me llama.

—¡Patty! Patty, espera.

Me doy la vuelta, molesta. Estoy a solo unos pasos de él. No me muevo. Raúl se acerca despacio y me acaricia la barbilla. Retiro su mano con un leve movimiento de cabeza.

—¿Estás enfadada?

Meneo la cabeza con rabia. Me ha dejado tirada sin ni siquiera avisarme y todavía tiene el descaro de preguntarme si estoy enfadada.

—¿A ti qué te parece?

Raúl se acerca un poco más a mí. Rodea mi cintura con sus brazos y yo no me resisto, pero sigo con la cara enfurruñada.

—Déjame explicarte. No he podido venir antes. Tuve un problema en casa... Iba a llamarte pero no tenía saldo.

Oigo sus excusas sin escucharlas. No me interesan, la verdad es que ya me las conozco. Me bastó pasar cuatro años de mi vida con un hombre para saber lo bien que saben mentir...

Raúl agacha su cabeza y la apoya en mi hombro, me besa despacio en el cuello y me susurra al oído:

—Vamos, nena. Vayamos a tu casa. Hay algo que tú y yo tenemos pendiente...

Sigue dándome besos y yo permanezco quieta. Siento su cálida respiración sobre mi piel y, en vez del típico cosquilleo en el estómago que debería sentir, lo único que me provoca son náuseas. Me lo quito de encima empujando su pecho con mis pequeñas pero decididas manos. No puedo evitar que en mi rostro aparezca una mueca de repugnancia, y él se da cuenta.

—Venga, Patty, te estás haciendo de rogar demasiado.

Le sonrío burlonamente, suspirando. Mi sonrisa es forzada y falsa.

—No voy a ir contigo a ningún lado. Y me da igual que te cabrees.

Se pone serio de repente.

—A ti todo te da igual. Estoy empezando a cansarme de esa actitud que tienes. Siempre con tu orgullo y tu «paso de todo». Podrías ser un poco más cariñosa conmigo, nena...

Emito un suspiro. Me está aburriendo.

—¿No piensas decir nada? —insiste.

Me mira a los ojos y le aguanto la mirada.

—Sí. No me gusta que me llames «nena». No me gusta para nada.

Y dicho eso, me doy la vuelta y me alejo de su lado sin mirar atrás. Camino despacio pero firme. Sin prisa pero sin pausa. Guardo de nuevo los auriculares en el bolsillo. Ya no tengo ganas de escuchar música. Hago lo mismo con el móvil, pero antes miro la hora en la pantalla. Mierda, esta conversación absurda con Raúl me ha hecho perder tiempo y Berta seguramente me estará esperando con impaciencia. La veo desde lejos, al final de la calle. Está sentada en el banco, acompañada de dos chicas más. Desde donde me encuentro no las distingo bien, pero no hace falta. Ya sé de quién se trata. Unos pasos más, cruzo la carretera y llego donde ellas. Apenas me ve, Berta se levanta y acude a mi encuentro.

—¡Patty!

—Hola, Berta.

Le devuelvo el saludo dándole dos besos. Nos miramos la una a la otra, indagando tal vez en qué aspecto hemos cambiado durante este mes que no nos hemos visto, demasiado ocupadas ambas en nuestra vida sentimental.

—Estás muy guapa —me dice mientras sonrío.

Le devuelvo la sonrisa. No me he vestido con mi mejor ropa pero sé que tampoco me veo demasiado mal.

—Siento no poder decir lo mismo —sigo sonriendo señalando su ropa.

Ella baja la mirada y se mira. Unas mallas negras desgastadas por el uso y una cazadora del mismo color demasiado grande que no oculta del todo el jersey de pijama naranja que lleva debajo. Reímos, y esta vez a carcajadas.

—No tenía ganas de nada. Y, total, ¿qué más da? No voy a ligar...

—Mmm.. Eso nunca se sabe —bromeo—. La media naranja puede estar a la vuelta de la esquina...

En sus labios se dibuja otra sonrisa, más triste y apagada sin embargo.

—No creo en las medias naranjas, Patty. Esas solo las encuentras en el súper...

Esta es mi amiga. Algo le ronda por la cabeza y le hace sentirse mal, de eso no tengo duda. Pero ni así pierde su sentido del humor. Se sienta en el banco,

en el sitio que queda libre entre Omaira y su hermana. Las observo con detenimiento. Primero a Bárbara y después a su inseparable amiga, Omaira. Su presencia me incomoda. Conozco a Bárbara desde que tengo uso de razón y también a Omaira, pues llevan años de amistad, al igual que Berta y yo. Y, a pesar de tratarse de la hermana menor de Berta, hay algo en ellas que no me gusta. En especial en Omaira. No hemos cruzado nunca más de cuatro frases, y las típicas: «qué frío hace hoy», «¿tienes fuego?». Pero a veces sucede que, a simple vista, hay personas que no te entran por el «ojo derecho». Y ella es una de esas personas. Me mira de reojo. Cree que no me doy cuenta, pero lo hago. Lo curioso es que nos parecemos físicamente. Yo no lo veo así, pero en varias ocasiones me han confundido por ella, y a la inversa... Y digo yo que eso será por algo. De todos modos, por una razón u otra y sin ningún motivo que lo justifique, decidimos no caernos bien. En ese momento, como adivinando mis pensamientos, se pone de pie y me da la espalda.

—Bárbara, ¿me acompañas al locutorio? Delia lleva ya mucho conectada y quiero preguntarle si hoy también se queda en mi casa a dormir.

Bárbara asiente y también se levanta.

—Ya venimos —nos dice.

Suspiro aliviada, pero solo en mi interior. A ellas les dirijo otra sonrisa falsa y levanto la mano, en señal de despedida. Me siento al lado de Berta, sopesando la idea de que debería hacerme actriz. Dos sonrisas así en una misma noche...Y ahora sí, ya más relajada, meto una pierna en el hueco que hay en el banco y me siento cara a cara con Berta, dispuesta a aprovechar esos minutos de intimidad para ponernos al día y contarnos, sin tapujos, nuestros «males de amores».

* Martes 3 de noviembre *

Saco el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón. Mierda, no hay batería. Se ve que hoy no es mi día. Esta misma mañana Marius me ha llamado para avisarme que en la noche llega a Logroño. Le han dado libres unos días y quiere aprovecharlos para estar con nosotros, sus hermanos. Es la única cosa buena que me ha pasado hoy. Si quiero llamarlo, no me queda otra que ir a casa y cargar el teléfono. Menos mal que vivo cerca. A tan solo dos calles del banco donde se quedó Omaira, mi novia. Omaira... uff, no quiero pensar en ella. Hace que me duela la cabeza.

Llego a mi portal. Abro y subo corriendo las escaleras. Es un cuarto piso, la

única pega del piso que hemos alquilado. Pongo la música (cómo no, Puya) en volumen bajo. Supongo que Alex ya estará durmiendo y paso de tener que aguantar también una reprimenda suya. Joder, tiene 19 años y parece un abuelo. Solo le falta el bastón. Prendo el móvil. Me enciendo un pitillo a la vez que me miro en el espejo largo que hay en mi cuarto, enfrente de la cama. Llevo unas pintas horribles. Me fui a ver a Omaira en cuanto salí del trabajo y mi ropa vieja está llena de pegotes de pintura. Decido cambiarme. En cuestión de minutos vuelvo a mirarme al espejo y sonrío a mi reflejo. Los pantalones blancos y la camiseta a juego que me he puesto me sientan de maravilla. La verdad es que me gusta. Hay que reconocer que soy guapo: Ojos claros, a veces azules, a veces verdes; pelo castaño corto, casi al rape y labios bonitos. Por no decir del cuerpo. Nunca he sido de practicar mucho ejercicio, pero mi complexión es fuerte. Me arreglo un poco la perilla y ya está, como nuevo. Con todo esto se me había olvidado lo que venía a hacer en casa. Me siento en la cama y cojo el móvil que he dejado en la mesita. En la pantalla puedo leer: «un nuevo mensaje». No lo había oído. Es de Marius y debió mandármelo cuando estaba apagado.

«Bandy, ya he cogido el bus. Llego a las once. Te he llamado pero no respondes. Te veo en casa».

Falta solo media hora y me aburro aquí encerrado, así que le mando otro mensaje:

«Te espero en el bar de abajo, el de la esquina».

Dejo el móvil en casa y me voy. En el bar no hay mucha gente. Apenas unos viejitos disfrutando de los últimos vinos de la noche, tal vez su única compañía. Al igual que yo... Desecho rápido ese pensamiento. Hoy llega mi hermano... Hoy no estaré solo. Sonrío alegre y le hago señas a la camarera para que se acerque.

—Una caña, por favor.

—Claro. Ahora mismo.

Ella también sonrío y se dispone a servirme lo pedido. Está buena, no puedo negarlo. Tal vez un poco entrada en carnes, pero sus abundantes pechos que sobresalen del vestido demasiado escotado le ayudan. Un polvo no le negaría. Pero no, hoy no tengo ganas de mujeres. Me sirve la caña aún con la sonrisa en la cara. Viéndola así de cerca, hay que decir que es bastante fea. Me río dando un largo trago a mi cerveza. Está fresca y tengo sed. Me la acabo rápidamente y pido otra. Y así unas cuantas más. Cuando llega Marius ya estoy un poco mareado, pero con ganas de seguir. Nos abrazamos contentos de vernos.

Siempre hemos estado más unidos, aunque a Alex le tenemos un gran respeto ya que, a pesar de ser el menor, es tan responsable que parece lo contrario.

—Guapa, otra caña para mi hermano.

Ella sonrío, esta vez quizás porque nota que ya me han hecho efecto todas las que me he tomado, pero se limita a obedecer. Es su trabajo. Y nos ponemos al día. Y reímos y bebemos hasta el punto que ya no sé ni de qué estoy hablando. Pero me siento feliz, eufórico. Tanto que decido perdonar a Omaira. ¡Hasta tengo ganas de verla y que me dé unos cuantos mimos! Miro el reloj del bar como puedo, ya que lo veo todo un poco borroso. Ya son las 23:15. Qué rápido se me ha pasado el tiempo... No sé si Omaira estará todavía en el banco. Ya sabes, es de las típicas niñas a las que todavía ponen hora de llegada a casa... Me dirijo allí con Marius. Esta vez sí que agradezco de verdad que estemos cerca del «famoso banco».

Desde lejos la veo. Se encuentra de pie, de espaldas a mí, hablando con no sé quién. Supongo que sus dichosas amigas. Borracho como estoy, en ese momento no me percaté de que su ropa no es la misma. Llego a su lado. La abrazo por detrás. Un mechón de pelo castaño oscuro descubre a trozos su cuello suave. Aspiro su olor que, extrañamente, también me parece distinto. Mis reflejos son lentos pero ella en cambio actúa con rapidez. Se gira veloz, quedando así cara a cara conmigo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Y me mira a los ojos, perdiéndome yo en los suyos, grandes y oscuros. Parpadea suavemente con sus largas pestañas. No puedo creerlo. Me he confundido de chica. Esta no es mi novia, pero una de dos: o bien la cerveza me ha subido demasiado o se parece mucho a Omaira. Casi diría que son iguales. Me paso las manos por la cabeza, aturdido, y dirijo la vista hacia Marius, tratando de saber si ha visto lo mismo que yo. Se limita a sonreír, divertido con la situación. Vuelvo a mirar a esta chica desconocida y ella me devuelve la mirada. Su mirada es franca y directa, delicada pero decidida. Desafiante también. Nada que ver con la de Omaira. Y entonces lo comprendo todo. ¡Es ella! Es la chica de mis sueños. La que se me apareció la noche anterior y logró desvelarme. No tengo ninguna duda. Es parecida a Omaira, tanto que la confundí con ella. Me mira de la misma manera que lo hacía en el sueño y sobre todo... es de carne y hueso. Y está parada frente a mí, mirándome como si yo fuese un bicho raro.

* Martes 3 de noviembre *

Me está poniendo nerviosa. No sé quién es este atrevido que llegó y me abrazó como si nos conociéramos de toda la vida, pero no me quita la mirada de encima. Intento disimular aguantándole la mirada con toda la firmeza que puedo y manteniendo la cabeza en alto, pero me está haciendo sentir cohibida. Y no son muchos los que logran eso...

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?

No me responde. Sigue observándome con ese gesto de bobo. Berta se ríe y se levanta del banco, meneando la cabeza.

—Tú siempre tan borde... No le hagas caso, Bandy. Ella es así...—Me señala con el dedo—. Bandy, esta es Patty, mi amiga. Patty, él es Bandy, el novio de Omaira.

Emito un suspiro. Así que era eso... Seguramente le ha causado impresión nuestro parecido. Estoy harta de que la mayoría de la gente me confunda con ella. No es la primera vez. Un poco más relajada, me acerco a él y le doy dos besos, uno en cada mejilla.

—Encantada.

Hago lo mismo con el chico rubio que le acompaña.

—Yo soy Marius. Un placer —se presenta educadamente.

Me permito concentrarme unos segundos en Bandy. La verdad es que llama la atención. Tiene un cuerpo fuerte y musculoso, los hombros anchos y, en especial, unos ojos claros preciosos. Sobre todo, con qué intensidad me mira... Esta Omaira sí sabe elegirlos bien. No como yo, que me conformo con el «feúcho» de mi novio. Pero bah, se le nota a leguas que es rumano. Y no soporto a los rumanos. Hay muchos rumores malos sobre ellos. Así que no le presto más atención y le doy la espalda, siguiendo con la conversación que tenía con Berta antes de su llegada. O más bien intentándolo porque, llegados a este punto, no recuerdo por dónde íbamos. No entiendo por qué la aparición de este chaval ha causado tanto efecto en mí y trato de controlarme. Por suerte llegan Omaira y Bárbara. Se sientan a la misma vez y parecen ignorarlo. Qué raro... Si es cierto que son novios, digo yo que deberían por lo menos saludarse... En fin, Omaira siempre me ha parecido un poco rara. Y bastante cría, tal vez. Saco un cigarrillo de mi paquete de LM. Quiero encenderlo, pero el mechero ha dejado de funcionar. Miro a las chicas.

—¿Fuego?

Una voz ronca llega desde atrás.

—Toma, yo tengo.

Me giro. Agarro el mechero que me ofrece. Nuestras manos se rozan suavemente. Y de nuevo esos ojos que me atraviesan con la mirada y me hipnotizan por segundos.

—Gracias —baluceo.

Y retiro veloz la mano, encendiéndome el cigarro con un leve temblor. Se lo devuelvo. Me sonrío. Dios, tiene una sonrisa preciosa... Aparto la mirada rápidamente esperando que nadie se haya dado cuenta. «Deben de ser solo imaginaciones mías», me digo; «seguro que solo trata de ser amable como con las otras». Las miro a ellas. Berta y Bárbara están tranquilas, ajenas a todo esto. Pero en Omaira, que sigue sentada con las piernas cruzadas y los brazos de igual manera, puedo ver un gesto enfurruñado, de reproche. Espero que no sea por lo que estoy pensando... Una voz me saca de mis pensamientos. Raúl aparca en doble fila y, con la ventanilla bajada, me hace señas para que me acerque.

—¡Patty!

No baja del coche, ni siquiera para saludar a mis amigas, a las cuales conoce ya que yo misma se las presenté. ¡Qué fastidio! Raúl es la última persona a la que me apetecía ver ahora, pero tampoco tengo ganas de que me monte un numerito delante de todos, así que obedezco y me acerco.

—¿Qué haces aquí? —me interroga.

—Me divertía hasta que tú has llegado.

Haciendo caso omiso de mi borde respuesta, prosigue:

—Vámonos. Te llevo a casa. Ya es tarde.

Niego con la cabeza.

—Iré dentro de un rato.

Me quiero dar la vuelta, pero Raúl me agarra la mano con una mezcla de súplica y a la vez de exigencia.

—Patty, sube al coche.

Suspiro hondo contando hasta diez en silencio. Es una táctica que uso cuando noto que me estoy enfadando y hace años que me ayuda a calmarme.

—Déjame despedirme por lo menos.

Asiente con la cabeza.

—Bueno, Berta, me marcho ya. Nos veremos pronto, ¿vale?

Le doy dos besos y hago lo mismo con Omaira y Bárbara, aunque a ellas con menos cariño.

—Eso espero —me dice Berta—. Llámame pronto.

Asiento y levanto la mano en dirección a los dos muchachos, en señal de

despedida.

—Chao.

—Chao.

Dirijo una última y rápida mirada a ese chico desconocido que me sonrío. Abro la puerta del coche y me siento dentro, al lado de Raúl. Abro la otra ventana y miro hacia el exterior mientras arranca. De acuerdo, ha conseguido llevarme con él, pero no pienso hablarle en todo el camino.

* Martes 3 de noviembre*

Ya está. Se ha ido. Mi sueño se ha esfumado con la misma rapidez con la que ha llegado. Patty se ha marchado y con ello se ha llevado mi atolondramiento y me ha devuelto la cordura que parecía haberme abandonado estando ella presente. Entrecierro los ojos. Me duele la cabeza. La borrachera se me ha pasado de golpe cuando la he visto. Meneo la cabeza de lado a lado, reprochándome a mí mismo mi actitud. Me he dejado intimidar demasiado por esa chica. Al fin y al cabo, no era gran cosa. Tiene bonito cuerpo, sí. Aunque la verdad es que no he podido verlo bien por culpa de la ropa, que le tapaba demasiado. Pero no tiene nada que Omaira no tenga. Además, por lo que he visto parece que tiene novio. Y, respecto a que soñé con ella antes incluso de conocerla, será una simple coincidencia. En todo el rato que llevamos aquí, me he limitado a investigarla mientras hablaba con las chicas. Y mi novia no parece estar muy contenta de ello. Tiene cara de pocos amigos. Como Patty ha dejado un hueco libre en el banco, me siento y abrazo a Omaira, envolviéndola entre mis brazos.

—¿Se te ha pasado el enfado?

—¿Tú qué crees?

—Mmm... Pues que no tienes buena cara.

Se ríe burlonamente echando la cabeza hacia atrás.

—¿Y qué cara quieres que tenga? Te la has pasado mirando a Patty con cara de perro sarnoso. Solo te faltó que se te cayera la baba.

Suelto una carcajada. Miro a mi hermano. Apoyado en la pared de enfrente y fumando un cigarrillo, me dedica un gesto cómplice y se encoge de hombros. Bárbara y Berta murmuran entre ellas. Al parecer, todos se han dado cuenta. A partir de ahora, tendré que aprender a controlar mis emociones.

—Venga, Omaira. No seas tontita. Me la han presentado y punto. A mí solo me gustas tú —le afirmo, pero suena tan falso que ni yo mismo me lo creo.

—Sí, seguro —responde irónicamente, moviéndose un poco para alejarse de

mi lado.

Me levanto.

—Vale, como quieras. Yo he venido con intención de arreglar las cosas, pero ya veo que eso no va a ser posible.

Miro de nuevo a Marius.

—¿Nos vamos?

Asiente y le da dos besos a cada una, despidiéndose. Yo no tengo ganas de agacharme.

—Cuando tengas ganas de hablar y estés más calmadita, me llamas. Ya sabes dónde vivo.

Y dicho esto me marchó al lado de mi hermano, sin dignarme ni a mirar a Omaira, la cual probablemente quede sorprendida de que no le haya rogado más, que no haya insistido en negar lo evidente. Pero lo siento, pequeña, yo no he nacido para arrastrarme ante nadie. Y menos ante una mujer. Cuando eso suceda, dejaré de llamarme Bandy.

* Miércoles 4 de noviembre* (madrugada)

Saco las llaves del bolsillo. Hemos encontrado aparcamiento fácilmente a unos pocos metros de mi casa. Raúl se ha bajado del coche y me ha acompañado hasta mi portal, como si temiese que me pudiera perder. Le doy un beso rápido en los labios en señal de despedida para quitármelo pronto de encima, pero me rodea la cintura con los brazos y me aprieta levemente contra él.

—Amor, ¿no vas a invitarme a subir?

Otro mohín de fastidio. No me apetece.

—Tengo mucha sed... Seguro que puedes darme algo —insiste, meloso.

Niego con la cabeza.

—No tengo nada. No he hecho la compra. Lo único que tengo es agua, y del grifo.

Sus labios se tuercen en una sonrisa pícaro. Aparentemente seductora.

—Nena, no necesito agua. Te necesito a ti. Tengo sed de ti.

Acerca su boca a la mía y me besa con pasión, en una muestra clara del deseo que siente por mí. Y, a pesar de no compartir su deseo, no me resisto. Muevo mi lengua al compás de la suya y, cuando el beso termina, me aparto e introduzco la llave en la cerradura. Raúl esboza una sonrisa y me abraza por detrás, siguiéndome. Sin aguantar la espera, me coge al vuelo cuando la puerta

del ascensor se abre. Me agarro a su cuello con mis delgados brazos y doblo las piernas entre su cuerpo para no caerme. Y así subimos hasta el tercer piso. Besándonos salvajemente, uno más emocionado que el otro.

Abro la puerta de casa como puedo, ya que Raúl no me suelta ni un momento y no cesa de besarme, esta vez por el cuello, mezclándose sus labios con mi largo cabello. Entramos y miro alrededor. No hay nadie. Yoana no ha llegado aún y no creo que lo haga, pues los fines de semana suele pasarlos en casa de su novio. Este pensamiento me alivia un poco y me permito relajarme y abandonar los nervios que, sin saber por qué, me están acosando hace rato.

Cierro los ojos y trato de disfrutar de los besos de Raúl que, a estas alturas, ya se dirige a mi cuarto, el cual conoce bien. Me tumba suavemente sobre la cama, echando su cuerpo sobre el mío y dificultando así mi respiración. Suspiro hondo mientras él me baja los pantalones. A continuación las bragas. Me dejo hacer. No lo entiendo. Me siento casi como obligada, casi diría forzada a hacer lo que no quiero. Pero no debe ser así. Intento convencerme. No es la primera vez que lo hago con él y nunca me ha pasado nada parecido. Al fin y al cabo, sigue siendo mi novio. ¿Qué tiene de malo? Abro los ojos mientras sigo besándolo. Lo veo y lo siento encima de mí, dentro de mí, jadeando y sudando por el esfuerzo o, tal vez, por el placer que le causa este acto y que yo no logro sentir, por más que lo intento. Observo todo como si se tratara de una película, como si yo solo fuese una simple espectadora. ¡Oh, no! La puerta está abierta. Por las prisas nos hemos olvidado de cerrarla y Yoana podría pillarnos en cualquier momento. ¡Qué corte! Cierro los ojos de nuevo, borrando esa idea de la mente.

«¿Qué te pasa, Patty?» Me pregunto a mí misma mentalmente. «Estás poniendo demasiadas pegas. Relájate y disfruta». Y eso hago. Aprieto los ojos con más fuerza y me concentro en el momento, olvidándome de todo. Y, es entonces cuando dejo la mente en blanco, cuando su cara aparece en mis pensamientos. Imagino sus ojos claros mirándome fijamente con la misma pasión que ya estoy notando yo. Y me gusta, me gusta mucho. Raúl suspira profundamente y se deja caer sobre mí, al mismo tiempo que yo emito un fuerte gemido. Hemos llegado a la vez, como no sucedía hace tiempo.

Me besa en la mejilla y me susurra al oído:

—¿Te ha gustado?

Y de nuevo veo su cara. Lo veo a Bandy. Y sonrío, finalmente complacida. «No, ese chico no me gusta», pienso. «Pero eso sí, tiene los ojos más bonitos que he visto nunca».

* Viernes 6 de noviembre *

—¡Despierta, Bandy!

La voz de Marius llega a mis oídos lejana. Agarra la manta con la que estoy cubierto y tira de ella.

—Levanta, hermano. Alex quiere hablar contigo.

Abro los ojos. La luz entra por la ventana iluminando mi habitación por completo. Vuelvo a cerrar los ojos. Me da vueltas la cabeza.

—¿No puede esperar un poco más? —baluceo, metiendo la cabeza bajo la almohada.

—No, no puedo. Tiene que ser ahora.

Su voz llega desde la entrada de mi cuarto. Aparto la almohada y miro hacia esa dirección. En efecto, Alex se encuentra allí parado. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y cara de sueño, me mira fijamente.

—Joder, Alex. ¿Tiene que ser muy urgente para despertarme a estas horas! —me quejo.

—Lo es. Ana y yo tenemos que hablar contigo ahora porque en menos de media hora tengo que estar en el trabajo.

Asiento resignado y me levanto.

—Ya voy. Dame cinco minutos.

Un momento... Ha dicho «Ana y yo». ¿Qué tiene que ver esa conmigo? Interrogo a Marius con la mirada y agacha la cabeza. Mierda... Esto no me huele nada bien. Cojo una pantaloneta que hay tirada en el suelo al lado de mi cama y me la pongo. Me dirijo a la cocina, con Marius pisándome los talones. Allí están ya Alex y su novia sentados el uno junto al otro y con gesto demasiado serio.

—Ey, ¿qué son esas caras? Parece que estáis en un entierro —bromeo, pero a ninguno parece hacerle gracia.

Cojo una taza y me sirvo café en ella. Nada de leche. Necesito combatir la resaca que llevo encima. Me siento enfrente de ellos, apoyando la taza en la mesa. Marius se queda de pie, pasando la mirada de uno a otro.

Alex suspira y toma la palabra.

—Bandy, Ana y yo hemos estado hablando y hemos llegado a una conclusión.

—Mira a su novia y ella asiente, animándole a seguir—. No nos parece bien tu manera de actuar. Llevas días llegando a las tantas a casa y, para colmo, siempre lo haces borracho, metido o fumado. Así no puedes seguir.

Estallo en carcajadas.

—No me jodas, Alex. Así que era eso...

Miro sus rostros. Están serios, así que yo hago lo mismo.

—¿Cómo vienes a estas alturas de mi vida a decirme lo que tengo que hacer? ¿No crees que ya estoy lo bastante mayorcito para echarme la bronca? Te recuerdo que soy mayor que tú.

—No se trata de eso, Bandy. Da igual que seas mayor o menor. Cogimos este piso entre los tres para compartirlo y vivir tranquilamente, pero contigo eso no se puede. Te pegas fiestas aquí bebiendo y haciendo cosas peores, pones la música a tope sin importarte que nosotros descansemos, ¡hasta se la lías a Ana si se ducha cuando tú llegas del trabajo! Haces lo que te da la gana, y no vives solo...

Respiro hondo llevándome las manos a la cabeza, en un intento fallido de controlar mi enfado.

—¡No puedo creer que tú me hables así! Recuerda que no hace mucho, antes de conocer a esa —Señalo a Ana despectivamente—, tú no eras muy diferente a mí. Te drogabas igual que yo, o más, y vivías la vida al día. Me alegro de que hayas sentado la cabeza, pero no por ello puedes exigirme que yo haga lo mismo. Además, no hago daño a nadie. ¡No me meto con nadie!

Alex se levanta, seguido de Ana, la cual permanece en silencio. Pero a mí no me engaña, ella tiene gran parte de culpa en esta pelea.

—Mira, ya está bien. No es necesario que te alteres. Vale, puedes vivir tu vida como tú prefieras, pero nosotros tenemos derecho a elegir la nuestra. No podemos seguir con esta situación. Ahora me tengo que ir a currar, no quiero llegar tarde. Solo quiero que sepas una cosa: Ana y yo hemos decidido irnos. Nos marcharemos en cuanto encontremos otro piso. Te lo digo ahora para que pienses qué vas a hacer tú. Luego no digas que te estamos echando.

Es más de lo que puedo aguantar. Me estoy saliendo de mis casillas y no quiero pagar mi rabia con Alex que, a fin de cuentas, es mi hermano y lo respeto. Aunque no apruebe su comportamiento. Me incorporo de un salto, volcando el taburete con un fuerte empujón. Dejo la taza en la mesa y me largo, maldiciendo por lo bajo. Ya ni el café me apetece. Me encierro en el cuarto, aún asumiendo toda la conversación. Siento ganas de pellizcarme para ver si se trata de un sueño, un mal sueño. Pero no, es la cruda realidad. Alex no entiende mi vida. Como no lo hace nadie. Me decepciona que sea mi hermano. Cuántas veces hemos reído juntos, fumando nuestros canutos y pasando de todo... y de todos. Pero todo lo jodió ella. Ana llegó a su vida y

cagó nuestra relación de hermanos. Ella tiene la culpa de todo. Ella le ha lavado el cerebro... Pongo la música a tope, desde luego, y me juro algo a mí mismo: «ninguna tía, NINGUNA, conseguirá nunca convertirme en su maldito perrito faldero».

* Viernes 6 de noviembre *

Abro los ojos malhumorada. Estaba soñando algo precioso que no recuerdo y el timbre del móvil me ha despertado. Por la melodía que suena, sé que se trata de un mensaje de texto. Imagino que será Raúl. Él es el único que me envía mensajes. Aunque se me hace extraño, a estas horas debe de estar trabajando y el móvil siempre lo guarda en la taquilla. O, al menos, eso es lo que me dice. Estiro la mano para comprobarlo, al mismo tiempo que bostezo, soñolienta todavía. Abro los ojos como platos al ver el número que aparece en mi pantalla. No lo tengo guardado en la agenda, pues lo borré hace tiempo, pero me lo sé de memoria.

«Buenos días, Patty. Sé que te extrañará recibir noticias mías. Hoy se cumple un año desde que lo dejamos y me acordé de ti y de los momentos lindos que compartimos. Espero que tú también los recuerdes. Responde. Un beso.»

Me incorporo levemente, quedando sentada en la cama, con el móvil aún en la mano y un extraño cosquilleo en el estómago. Me pellizco. Duele. No estoy soñando. Pero no, no es posible. No me lo puedo creer. No he visto a Fabián desde aquel día. Quiero decir, verlo lo he visto. Más bien me lo he encontrado en alguna ocasión, pero no hemos cruzado más de un simple «hola» apresurado o un movimiento de cabeza en señal de saludo. Eso después de todo lo que pasamos juntos... ¡Y todavía pregunta si lo recuerdo! Cómo voy a olvidarlo... Fueron cuatro años. Cuatro años de amor, de peleas y cariñosas reconciliaciones después, de momentos románticos y nuestros... solo nuestros. Es el hombre que más he amado en mi vida, en los 20 años que tengo, pero también el que más daño me hizo. En el mensaje ha puesto «hoy se cumple un año desde que lo dejamos». Debía haber dicho «hoy se cumple un año desde que te dejé, desde que dejé de quererte». Me gustaría corregirlo y enviárselo como respuesta, pero no lo hago. No tendría sentido y no sabría qué más ponerle.

Me levanto y me voy al baño. Abro el grifo y me lavo la cara con agua fría, helada, para despejarme y asimilar lo que estoy sintiendo. El sonido de otro mensaje me hace correr de nuevo a mi habitación. Esta vez no tengo ninguna duda. Sé que es él. Siempre hacía lo mismo cuando estábamos juntos. Si no le respondía me mandaba otro, y otro, y otro más, y así hasta que me pusiera en contacto con él. En especial cuando estaba cabreada. Malditas costumbres que permanecen intactas a pesar del paso del tiempo... Cojo el móvil de la mesita y con dedos temblorosos aprieto «leer mensaje».

«Veó que no sabes qué hacer. No te lo pienses más y queda conmigo. Nos vendrá bien hablar y recordar viejos tiempos... Te espero en el parque de siempre a las 14:00 en punto. No me falles. Al fin y al cabo, lo pasado pasado y pisado, ¿no? jeje un beso.»

«Lo pasado pisado... » recalco en mi cabeza. Ese es el problema. No sé si para mí él es solo parte de mi pasado. Los pensamientos se me agolpan en la mente, mezclándose unos con otros, confundiéndome, desesperándome. La conciencia me exige que no responda y que, en caso de hacerlo, sea para darle una respuesta negativa. «Tienes novio», me recuerda, «no puedes hacerle eso a Raúl. Y, además, ya no lo quieres.» El corazón en cambio le contradice. «No tiene nada de malo volver a verlo una vez más. Fue y será el amor de tu vida». Un tanto contrariada todavía, decido hacerle caso a mi corazón. Me está pidiendo a gritos que acuda a esa cita. Y además quiero, necesito, saber si es verdad; si ya no le quiero, si de verdad lo he olvidado. Es muy fácil creer que se ha superado una ruptura cuando la persona de la cual te has separado está ausente, cuando no te queda otra opción que aceptar su marcha. Otra cosa es plantarle cara al amor y enfrentarte a él, con todas las posibles consecuencias. Y eso es lo que voy a hacer. Me armaré de valor e iré a su encuentro, solo así podré saber lo que en verdad siento.

Miro el reloj que cuelga en la pared de mi cuarto. Aún son las 12:30. Me queda tiempo. Decido darme prisa. No quiero correr a última hora, como suele pasarme. Bastante agobiada estoy ya con todo este lío de emociones. Otra duda me asalta. ¿Qué me pongo? Descarto la posibilidad de ir demasiado arreglada, no quiero que piense que me he puesto guapa para él, que deseaba impactarlo. Tampoco puedo ir de cualquier manera... ¡Ya basta de tonterías! A fin de cuentas, él ya me conoce tal y como soy, en todos los sentidos. Abro el armario. Me enfundo unos pantalones vaqueros que son muy estrechos y me sientan bastante bien, una camiseta negra de tirantes de lo más normalita y mis deportivas blancas. Hace bastante frío, así que me abrigo con mi cazadora

negra, la cual me regaló Raúl para celebrar que ya llevamos seis meses saliendo. Raúl... Pobrecito... No quiero pensar en él, no ahora. Un poco de brillo en los labios y ya está. Lista para lo que venga.

A las 13:50 ya estoy allí, en el parque. En nuestro parque. Me ha costado un ratito llegar pero aun así he venido antes de tiempo. Prefiero esperarlo y que sea él el que llegue después. Respiro hondo y cuento hasta diez. Necesito prepararme. El corazón me late más deprisa de lo normal y no puedo permitir que él se dé cuenta. Entonces lo veo venir. Cruza el parque para llegar a mí con ese andar despreocupado que tanto conozco. Lleva un chándal ancho que caracteriza su aspecto de «raperero». Es blanco y resalta al máximo su piel morena, esa piel que tanto me gustaba acariciar. Emito un suspiro. Relajación, relajación... Se planta ante mí con toda tranquilidad y sonrío, mostrando su dentadura blanca y perfecta.

—Hola, Patty.

Me da un beso en la mejilla, deteniéndose un poco más de lo habitual. Y en un momento pierdo el control de la situación. Se me olvida todo lo que tenía planeado decirle y mi mente se queda en blanco. Debo parecer una idiota con la cara de aielada que le estoy mirando.

—¿Cómo estás? —Trata de romper el hielo.

—Bien, ¿y tú? —balbuceo.

—Bueno, la verdad es que no me puedo quejar. Me alisté en el ejército. Ahora tengo unos días libres y... la vida me trata bastante bien.

—Me alegro —no sé si es cierto, pero es lo único que consigo decir.

—¿Nos sentamos? —me pregunta Fabián señalando el banco y, sin esperar mi respuesta, me agarra del brazo y me conduce hasta allí. Ya sentada, juego con un mechón de mi pelo, lo enrosco, lo suelto y lo vuelvo a coger. No sé dónde meter las manos. Me están estorbando demasiado. Llevamos un par de minutos en silencio y a mí se me están antojando interminables. De repente, me doy cuenta de que no tengo nada que decirle. Después de tanto tiempo, no nos queda nada en común y su presencia solo logra hacerme sentir incómoda.

—Bueno, ¿y tú qué tal de amores? ¿Ya tienes novia?

Mierda... me arrepiento en cuanto las palabras salen por mi boca. Quería sacar un tema de conversación para romper este momento silencioso y esa pregunta es la primera que se me ha ocurrido y la última que debería haber formulado. No quiero que piense que mi interés se debe a causa de celos o algún otro sentimiento parecido hacia él. A Fabián en cambio parece divertirse. Sigue sonriendo, ahora con más ganas.

—Novia... Ya se me olvidó lo que significa esa palabra. No voy a mentirte, he tenido mis aventurillas, pero todas sin importancia. Ya sabes lo que dicen, mejor solo que mal acompañado, ¿no?

Me río falsamente. Ese comentario no me ha hecho ninguna gracia. Imagino que eso pensaba de mí en el momento en que decidió abandonarme o, tal vez, en las muchas veces que me engañó con otras mujeres... «Mejor solo que mal acompañado». Sí, en algo lleva razón. Debí haberme alejado de él mucho antes.

—¿Y tú? —me interroga—. ¿Ya conseguiste otro? Me dijeron por ahí que andas con un ecuatoriano.

—Sí. Yo tengo novio. Se llama Raúl y sí, es ecuatoriano. Llevamos ya seis meses.

Me resulta extraño contarle todo esto a él, a mi exnovio, al que hace unos pocos años prometí tantas veces no estar con ningún otro. Fabián no se acuerda de esas promesas, ya que vuelve a sonreír, para nada molesto con mi confesión. No sé qué me esperaba. Tal vez un atisbo de celos en él. Ha pasado mucho tiempo y nuestras vidas han cambiado, es lógico que ya no le duela.

—Felicidades.

—Gracias.

Y otro minuto de silencio. Fabián se acerca un poco más a mi lado, quedando su cuerpo muy pegado al mío. Demasiado. Me aparta el pelo que me cae sobre la cara.

—He pensado mucho en ti, Patty.

No reacciono. No hablo, no me muevo. Casi temo respirar por miedo a romper este mágico momento. Un momento con el que he soñado tantas veces... Y ahora... Fabián acerca lentamente su cara a la mía y me besa. Por un segundo pienso en apartarme, en hacer lo correcto; tengo pareja y esto no está bien... No debo serle infiel. Lo he sufrido en mis propias carnes y sé lo que duele. Cierro los ojos y olvido todos esos pensamientos. Quiero hacerlo. NECESITO hacerlo... Abro mi boca presionada por la de Fabián y correspondo a su beso. Dura solo unos segundos pero me es suficiente para comprender el efecto que causa en mí ese acercamiento. Cuántas veces he probado esos labios... Los he lamido, saboreado... y en cambio ahora me resultan indiferentes, tal vez más incluso que los de Raúl. Agacho la cabeza, un poco avergonzada por lo sucedido y Fabián me la levanta agarrando suave pero firmemente mi barbilla y acariciándome con la mano libre mi rostro.

—Para mí nunca habrá otra como tú. Siempre fuiste especial, y lo sabes.

Quizás debería decirle que para mí él también lo fue, que siempre será único en mi vida, pero no lo hago. Esos sentimientos permanecen guardados en mi interior y allí permanecerán. A él ya no le pertenecen. Vuelve a deslizar su boca hacia mí, buscando mis labios. Me aparto girando la cara y miro para el otro lado del parque. No debería haber venido. No ha sido una buena idea. Pero entonces comprendo que ha sido lo mejor. Sonrío para mis adentros y tomo el mando de la situación. Volteo la cara. Encuentro la mirada de él y se la aguanto.

—Fabián...—suspiro— Ya no. Ya no se puede. Ya no te amo.

Es tanta la firmeza que tienen mis palabras que hasta yo misma me sorprendo. Sonrío aliviada y con orgullo de haber recuperado el control y, con ello, las riendas de mi vida. Me levanto tranquila y, sin un simple «adiós», me dispongo a marcharme. Fabián se incorpora y me detiene agarrándome por el brazo. Me mira fijamente con una mezcla de incredulidad en su mirada y me pregunta:

—¿Estás enamorada de tu novio? Contéstame, Patty. ¿Lo quieres?

Me deshago de su brazo y retrocedo un paso. Sin acobardarme pero guardando la distancia necesaria.

—Eso es algo a lo que no debería contestarte. Hace tiempo que mi vida dejó de ser de tu incumbencia. —No es mi propósito sonar borde, pero así es cómo pienso—. Solo déjame decirte algo, Fabián: querer... Hace tiempo que se me olvidó lo que significa esa palabra.

He usado su misma expresión para dar en el clavo, para demostrar lo que siento. Y así, sin la espera de una respuesta, sin pararme siquiera un momento a observar su reacción, doy media vuelta y, con paso ligero, me marchó. Consciente de que he dado un paso grande actuando de este modo, y contenta por ello. Una sonrisa grande se dibuja en mi cara y permanece así un largo rato, sin importarme lo que las personas que pasan a mi alrededor puedan pensar de mí. Sí, ahora no tengo ninguna duda. Fabián ya forma parte de mi pasado, un pasado que ya no duele.

* Viernes 13 de noviembre *

Llego a casa cansado, agotado de tanto trabajo que he tenido hoy. Llevo un mes reformando una casa y como mucho en dos semanas tiene que estar terminada. Y aún me queda cambiar las baldosas del baño y pintar todo el piso. Tengo que ponerme las pilas. Últimamente he llegado al curro casi todos

los días reventado de tanta fiesta nocturna. Coca, alcohol y más coca. Y no rindo lo suficiente. Llevo casi dos años trabajando para esta empresa, para Julio. Desde que me contrató me ha tratado de maravilla, casi diría que es como el padre que nunca tuve, y no quiero fallarle ahora. El único problema de este trabajo es que no cotizo, que lo hago sin papeles, vamos. Pero, bueno, no se puede pedir todo en esta vida. Lo importante es que gano pasta y que nunca me falta el dinero en el bolsillo. No pido más para ser feliz. Ahora mismo tengo 180 pavos (descuento lo que le debía a mi jefe) y ya estoy pensando en qué gastarlos. Hoy no tengo ganas de salir, así que me pegaré una ducha caliente y me meteré en la cama a relajar el cuerpo... y la mente. Un golpe suave en la puerta.

—¿Quién? —grito, aún echado en mi cama.

—Soy yo —oigo a Alex al otro lado de la pared.

—Pasa.

Me siento. Cojo el paquete de LM Light que hay en la mesita y saco un cigarrillo.

—¿Quieres? —Le ofrezco a mi hermano mientras me lo enciendo.

—No, gracias. Ya tengo. —Se señala el bolsillo de los vaqueros—. Venía para decirte... ¡Feliz cumpleaños, hermano! Esta mañana saliste antes de que me levante y no pude felicitarte.

Me da una palmada amistosa en el hombro. Ostia... es verdad. Hoy es mi cumpleaños. Tantas semanas pensando en la fiesta que me iba a montar cuando llegue y ahora que llegó el día ni siquiera me he acordado. Suelto una carcajada.

—Gracias, frate. Ya son 22 años... —al menos de eso me acuerdo.

—Sí. Y ya deberías sentar la cabeza.

Lo comenta con una sonrisa en la cara pero sé que lo dice en serio, que lo piensa de verdad. Le devuelvo la palmada.

—Venga, Alex, no me des la murga otra vez... No hoy.

—No lo haré.

De repente se pone serio. Se dispone a salir de mi cuarto, pero se detiene, dándose cuenta de que olvidó decirme algo. O, más bien, fingiéndolo.

—¡Ah, Bandy! Se me olvidaba. Ya hemos encontrado piso. Le he pedido dinero adelantado a mi jefe y, en cuanto me lo dé, pagaremos la fianza y nos mudaremos. Será como mucho en una semana.

Parece querer tranquilizarme. Como si yo quisiera quitármelos de encima. Me quedo helado. Sabía que tenían pensado marcharse, pero no creí que

pasara tan pronto. Tal vez ni me lo tomé en serio.

—No hay prisa, Alex. Podéis esperar al mes siguiente, cuando cobres.

Niega con la cabeza.

—No, Bandy. Gracias pero ya está decidido. Hasta luego.

Y se marcha. Me levanto y cierro la puerta, que ha dejado entreabierto por las prisas de evitar esta conversación. «De nada», le digo mentalmente. Soy yo el que te da las gracias. Gracias por dejarme aquí tirado con todos los gastos, como si no fuera tu hermano, gracias por abandonarme a mi suerte como lo han hecho siempre todos, en especial los que más me importan. Pero da igual, no pienso hacer un drama de esto. Me las arreglaré como pueda. A fin de cuentas, estoy acostumbrado a todo. Cojo el móvil. Consulto el saldo antes de llamar: 1.40 céntimos. Por lo menos llegará para hablar un minuto. De repente se me han quitado las ganas de estar en casa. Es más, me agobia quedarme encerrado. Busco su nombre en la agenda y le doy a la tecla de llamar.

—¿Sí?

—Hola, guapa. ¿Qué haces?

Un segundo de silencio. Tal vez no esperaba mi llamada. No la llamo muy a menudo y, últimamente, cada vez con menos frecuencia.

—Hola, Bandy. Yo aquí, con estas...

Cómo no. No sé para qué pregunto.

—Me preguntaba si te apetece que quedemos para dar una vuelta. Tengo ganas de verte.

Otra vez silencio. Un silencio incómodo de esos que esconden lo que de verdad hay detrás, lo que no se atreve a decir.

—Bandy, tenemos que hablar. Llevamos días sin vernos y bueno... han pasado cosas.

Un leve presentimiento. Guardo silencio en espera de sus palabras.

—Quiero dejarlo. No podemos seguir juntos.

Trago saliva. No me esperaba esto.

—Pero no entiendo. ¿Qué ha pasado? Creo que no me he portado mal contigo. Te he respetado en todo momento.

—Ya. Y te lo agradezco. Pero ya no es lo mismo —explica—. Ya no siento nada por ti. Y, además, he conocido a otra persona. Y me gusta mucho. Si quieres podemos ser amigos.

No respondo. No me despido. Cuelgo el teléfono riéndome a carcajadas. Tiene gracia. He aguantado cinco meses de abstinencia total, esperando el momento de llevármela a la cama, de ser el primero... Y ahora así, sin ningún

motivo, me deja y, eso no es lo peor; me deja por otro. Y me lo suelta así, como si nada, como si fuera lo más lógico del mundo. Me da igual lo que haga ella. ¡Omaira me importa un pimiento! Lo que me molesta es que se ha burlado de mí. «Podemos ser amigos». Sí, claro. Voy a mandarte ahora mismo una prueba de amistad. Cojo mi móvil y escribo veloz lo primero que se me pasa por la cabeza.

«Eres una niña. Solo quería acostarme contigo».

Ya está, enviado. Y a continuación lo borro como la borro a ella de mi vida. Me he pasado, lo sé. Pero no me importa. Que se joda. Para que vea quién es Bandy. Y que conmigo nadie juega. Me enciendo otro cigarro. Ni siquiera me ha felicitado... Sonríe amargamente. Casi nunca me han regalado nada por mi cumpleaños pero este año no me puedo quejar. He tenido dos regalos. Oferta. Dos por uno. Mi hermano se va de casa y mi novia me deja por otro. Cualquiera me envidiaría. Me pongo la cazadora azul que está tirada en la cama y antes de salir me miro en el espejo.

—Felicidades, Bandy —le digo a mi reflejo, pero no me responde.

Ahora llamaré a Romín para invitarle a tomar algo. Y de paso, espero que le quede algo de coca. Al fin y al cabo, no se cumplen 22 años todos los días...

* Sábado 14 de noviembre *

Me arrebujó más bajo mi cazadora blanca. El invierno está a punto de llegar y el frío me cala los huesos, haciendo que me duela el cuerpo. Estamos en plena tarde de noviembre y es uno de esos días perfectos para pasarlos en casa, viendo películas y comiendo palomitas al calor de las mantas y de la persona que quieres. Pero últimamente cada vez tengo menos ganas de pasar tiempo con mi novio. Prefiero estar aquí, sentada en este banco, en compañía de mi amiga y disfrutando de nuestras confidencias. Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en el banco.

—¡Ay! Berta, estoy aburrida. Muy aburrida.

Berta asiente, dándome la razón.

—Te entiendo. Me pasa lo mismo. Es sábado y míranos, aquí sentadas en un banco pasando las horas...

Meneo la cabeza de lado a lado, suspirando.

—No es eso. No hablo de hoy. Me gusta estar contigo —le sonrío y vuelvo a ponerme seria—. Es el día a día. Siempre la misma rutina... Ya no sé qué hacer con mi vida.

Berta vuelve a asentir, mirándome con sus grandes ojos verdes que lucen apagados y melancólicos. Esta vez no dice que me entiende, pero no hace falta que lo exprese en voz alta. Sé que lo hace. Somos amigas, amigas de verdad. Y esa clase de amigas se comprenden solo con una mirada. No es necesario dar argumentos o pedir explicaciones.

—Necesitamos hacer algo. Algo nuevo, divertido —prosigo—no sé, cambiar de aires, conocer gente nueva...

Berta agacha la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Ya, loquita. Pero no hay nada que hacer en esta ciudad.

—No seas aburrida —replico—. Somos jóvenes y si no disfrutamos ahora, ¿cuándo lo vamos a hacer? Yo también tengo novio y no por ello voy a encerrarme o a privarme de ser feliz. Sé que no es lo mismo, que Ahmed es muy diferente a Raúl... Pero, ¡ya vale, Berta! No puedes dejar que te trate a su antojo. Él siempre sale y tú también tienes derecho.

—Sí, Patty. Pero no quiero discutir con él. Además, no tenemos dinero. Y sin eso no vamos a ningún lado...

En eso tengo que darle la razón. Estamos atravesando una mala época, «crisis», como la llaman, en esta ciudad. Y el trabajo se esconde hasta debajo de las piedras. A Berta la ayudan sus padres, que se desviven por ella y sus hermanos y, a pesar de no disponer de una buena situación económica, le proporcionan lo necesario para vivir. Yo, en cambio, no tengo la misma suerte. Mi familia no se preocupa demasiado por mí. Mis padres se separaron cuando yo tenía 11 años y, desde entonces, cada uno tomó su vida por distintos caminos. Se preocuparon solo de sus propios intereses. Cuando cumplí 16 años me fui de ese hogar, que no era hogar, para formar el mío propio con Fabián. Él cuidó que no me faltara de nada hasta el último momento, hasta el día que todo se fue a la mierda. Fue entonces cuando tuve que aprender a responsabilizarme de mis actos. Yoana me ofreció su casa y me consiguió un puesto en la empresa de limpieza en la que ella trabaja. Fueron solo seis meses de contrato pero, gracias a eso, ahora cobro una ayuda mensual, con lo que me da para pagar lo necesario y permitirme algún pequeño capricho. En todo esto estoy pensando cuando aparece ante mí un muchacho, guapísimo por cierto, y se detiene delante de nosotras.

—Hola, chicas. ¿Qué tal? —saluda sonriente.

—Hola, Bandy —le responde Berta—. Aquí, charlando un poquito...

—¿Y no hace demasiado frío para estar charlando?

—Ya llegará alguien que nos caliente —participo en la conversación

lanzándole una indirecta, que capta a la primera a juzgar por su sonrisa, que se hace más amplia todavía.

—Por lo que tengo entendido, ya tenéis quién lo haga...

¡Toma! Me la ha devuelto. Habla en plural pero sé que se refiere solo a mí. Es cierto, vio cómo me iba aquel día con Raúl en el coche, el día que nos conocimos. Berta interviene:

—Por cierto, Bandy, felicidades. Me dijeron estas que ayer fue tu cumpleaños. Como no te vi...

La cara de Bandy se vuelve sombría cuando Berta menciona a «estas» pero enseguida recupera el buen humor.

—Sí, gracias. Fíjate que hasta yo lo olvidé... Pero bueno, para mí es un día como todos los demás.

Abro el bolso y busco el paquete de tabaco. Saco un cigarro. No encuentro el mechero.

—Ah, así que fue tu cumpleaños y no invitaste, ¿eh?—sonrío picarona—. Lo tendremos en cuenta para otra ocasión.

Bandy saca su mechero del bolsillo y extiende la mano hacia mí, me llevo el cigarrillo a la boca, lo enciende y se lo guarda de nuevo. Me mira divertido ante mi atrevimiento. Estoy coqueteando con él abiertamente y eso que casi no lo conozco. Y eso se ve que le sorprende y le gusta al mismo tiempo.

—No tuvimos la suerte de coincidir. Te busqué por todos lados pero no encontré... —miente descaradamente, pero me complace su intento de seguirme el juego.

—Bueno, para otra vez será... —me encojo de hombros haciéndome la resignada.

—Creo que puedo arreglarlo. Te compensaré invitándote a un café en cuanto tenga un rato libre. Aunque lo veo difícil, no tengo cómo localizarte...

Le brillan los ojos a la espera de mi contestación.

—Suelo estar por aquí, pero, de todas maneras, puedes apuntar mi número. Si quieres, claro.

Sonrío segura de mí misma. Quiere. Yo sé que quiere. Saca el móvil del bolsillo trasero de sus pantalones sucios, imagino que a causa del trabajo.

—Dime.

Se lo recito despacio, deteniéndome un instante en cada número para no dar lugar a equivocaciones.

—Mmm. Patty, ¿verdad?

Asiento.

—Veo que tienes buena memoria.

Escribe mi nombre rápidamente y lo guarda.

—Ya está.

Hace ademán de irse y levanta la mano en señal de despedida.

—Hasta luego, Berta.

—Chao, Bandy. Nos vemos.

Da unos pasos y se gira, dirigiendo su vista hacia mí.

—Te llamaré pronto.

Y así se marcha, dejándome con una esperanza en el aire y a Berta con la boca abierta, atónita por mi comportamiento.

—Pero bueno, Patty. ¿Se puede saber qué te pasa? Hace un rato creí que te habían cambiado por otra. Tú no eres así.

Me encojo de hombros riendo divertida.

—Tal vez no me conoces lo suficiente... —comento misteriosa y, al ver su cara de sorpresa, río con más ganas todavía—. Berta, solo estaba haciendo el tonto. Me apetecía divertirme un rato. Solo estaba bromeando. Eso es todo.

—¡Ah, sí! —exclama sarcástica—. ¿Y también bromeabas cuando le diste tu número de teléfono? Venga, Patty, que nos conocemos... Bandy te gusta.

Estallo en carcajadas.

—Eso sí ha tenido gracia. Si me conocieras tanto sabrías que no es así. Está bueno, no voy a negarlo, pero simplemente no es mi tipo.

—Yo también dije eso de Ahmed cuando lo conocí... En fin, tú sabrás. Solo que pensé que no te gustaban los rumanos.

—Y no me gustan —le confirmo—. Es más, no los soporto. Pero este chaval tiene su punto... Es diferente. Y, no sé, no tiene nada de malo tontear un poco. Los ojos se hicieron para ver, ¿no?

Se ríe conmigo, cómplice. Tal vez no comparta mi punto de vista, pero lo acepta y respeta, como buena amiga que es.

—Vale, vale. No sirve de nada decirte lo contrario. Una cosa sí está clara: a él le vas. Solo había que ver cómo te miraba.

Le doy una palmadita en el brazo, suave, con cariño.

—¡Exagerada!

Y nos pasamos así un rato más, charlando y bromeando, imaginando un futuro más feliz del que parece esperarnos.

Cuando llego a mi casa ya es de noche. Me quito las deportivas en la entrada y las guardo en el zapatero. Manías de Yoana, a la cual no le gusta que andemos con zapatos por su casa. Algún día tendré la mía propia y podré

hacer en ella lo que quiera. Camino descalza hasta mi cuarto. Abro el armario, dispuesta a ponerme el pijama y a echarme en mi cama a ver la televisión. Esperaré a que Raúl venga a visitarme. Me telefoneó esta mañana para avisarme de que iba a pasar el día fuera de Logroño, en algún pueblo del que no recuerdo el nombre, jugando al fútbol con sus amigos. Y quedamos en que cuando regresara, pasaría por mi casa a verme. Me quito la sudadera, quedándome solo en sujetador, ya que no me puse nada debajo. Cierro la ventana, que dejé abierta para ventilar el cuarto. La verdad es que sí que hace frío...

En ese preciso momento suena mi móvil. Dejo el jersey de pijama en la silla y cojo el bolso. Lo abro y me siento en la cama. Un nuevo mensaje de un número que no conozco. Misteriosamente, el corazón me palpita deprisa, con una esperanza que enseguida deja de ser solo eso.

«Esta noche celebro mi cumpleaños en mi casa. Vendrán unos amigos y cogeremos algo de beber. Estás invitada. Consúltalo con tu amiga o con la almohada y, con lo que sea, me avisas. Un beso.»

Lo leo de nuevo con los ojos llenos de entusiasmo. Sí que corre este chico... No esperaba tener noticias tuyas tan pronto. Me permito un minuto para sopesar las posibilidades. Tengo dos: puedo quedarme en mi casa aburrida y sola esperando que mi novio se digne a venir, quién sabe a qué hora o puedo acudir a esa fiesta y aprovechar la invitación. Además, habrá bebida... y gratis. Hace tiempo que tengo ganas de emborracharme. Sin darle demasiadas vueltas, me decido por la segunda opción. Pero antes debo hacer algo...

«Berta, métete a la ducha y ponte guapa. Tenemos planes. Fiesta en casa de Bandy: amigos, alcohol y diversión asegurada. No puedes decir que no. Contesta».

En menos de dos minutos llega la respuesta. Aún tengo el móvil en la mano.

«¿Tú estás loca? Está claro. Has perdido la cabeza. No puedo salir sin avisar a Ahmed... si se entera me mata. Lo siento mucho pero tengo que decirte que no. Buenas noches. Tkm».

Meneo la cabeza, irritada por esa frase: «si se entera, me mata». Es solo un decir, lo sé, pero no puedo evitar cierto miedo a que un día se haga realidad y ocurra una desgracia. Decido desechar esos pensamientos, al menos por esta noche. Reflexiono un minuto. Escribo rápida, deslizándola veloz los dedos por las teclas de mi móvil como tan bien sé hacerlo.

«Te espero en mi casa a las 23:00 en punto. Ni un minuto más. No me falles. Te quiero, gordis.»

No busco el número de Berta en la agenda, pues me lo sé de memoria. Inmediatamente después, envío otro mensaje.

«Cuenta conmigo. Mándame la dirección y estaremos allí antes de la 1:00. Besos.»

Así está bien. No doy la impresión de estar demasiado ansiosa por aceptar y, con el beso que le mandé, tampoco demuestro indiferencia. Guardo su número en mi agenda: «Bandy rumano». No, suena mal. Mejor solo «Bandy». A secas. Así está mejor. Me echo para atrás, tumbándome en la cama. Extiendo los brazos y miro al techo, ligeramente ilusionada, pero dura solo unos segundos. Debo darme prisa si quiero estar preparada para la hora acordada y aún tengo que ducharme y elegir qué me pongo hoy. Todavía no sé si Berta vendrá o seguirá empeñada en obedecer a su novio, pero algo me dice que mejor ir alistándome, por si acaso. Miro el pijama que dejé en la silla y sonrío. No, esta noche no me lo pondré. Al menos no tan pronto...

* Sábado 14 de noviembre *

Sonríó complacido por el mensaje que he recibido. Tenía la duda de si aceptaría, pero lo ha hecho. ¡Patty me ha dicho que sí! Tengo que darme prisa. En realidad no he preparado ninguna fiesta, fue solo una excusa que se me ocurrió de repente. Tengo ganas de verla, de conocer un poco más a esta chica misteriosa y ¿por qué no? de disfrutar de ella. Soy hombre y como todo hombre tengo mis necesidades. Suspiro aliviado. Suerte que me acordé de pasar por el locutorio y recargar el saldo del teléfono. Y suerte que no me gasté todo el dinero ayer. Marco un número y espero a que me contesten.

—¿Aló?

—Romín, soy Bandy.

—¿Ce face, Bandy? ¿Unde esti? —me responde en rumano, el idioma de ambos.

—En casa. ¿Y tú qué haces? —le digo en español. Llevo nueve años en este país y la verdad es que ya me he acostumbrado.

—Pues nada. Aquí en casa de Paul, echando unas partidas a la Play. ¿Te vienes? —me invita.

—No, Romín. Cambio de planes. Veníos inmediatamente a mi casa.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Si no venís, os perderéis varias botellas de whisky. Y por si no te vale, también tengo preparadas dos españolitas con ganas de pasarla bien.

No hace falta decir nada más. Una carcajada al otro lado de la línea.

—Bandy, Bandy. Sigues igual de cabrón. Está bien. En diez minutos nos vemos.

Cuelgo e inmediatamente me desprendo de la sucia ropa y así, desnudo, me dirijo al cuarto de baño. No sé dónde se han metido Alex y Ana, imagino que preparando su casa nueva. Ya que vi en su cuarto que ya empaquetaron gran parte de sus cosas.

Me meto en la ducha y abro el grifo. Me sumerjo bajo el agua caliente, relajándome y disfrutando del momento. Queda mucha noche por delante. En cuestión de un par de horas llegarán las chicas. Me sorprende con un leve nerviosismo que se presenta así, sin avisar. Hace demasiado tiempo que no ligo, que no me esfuerzo por conquistar a una mujer. Con Omaira no tuve que hacer gran esfuerzo, fueron sus amigas las que me la presentaron y me informaron de su interés por mí. Pero al final, no sirvió de nada. No obtuve

más que sus burlas. Hoy será distinto. Ya estoy cansado de andarme con tonterías. A una de estas chicas me la llevaré a la cama. Y no me importaría que esa chica fuera Patty... La verdad es que esa pequeña hace crecer mi deseo. O tal vez sea que llevo bastante a pan y agua, más de lo que un hombre puede aguantar. No sé cómo me las ingeniaré. Sé que hay que disponer de labia para convencer a una mujer de que no buscas solo sexo, aunque en realidad ese sea tu único objetivo. Por la falta de práctica, casi se me olvidó cómo hacerlo. De lo que no soy consciente en estos momentos es que lo que verdaderamente se me olvida es que eso no se olvida nunca. No sirve de nada planearlo, imaginar el acto. Las cosas, cuando tienen que suceder, se dan por sí solas. Surgen en el momento y no hay nada ni nadie que pueda impedirlo. Así es el destino.

* Sábado 14 de noviembre *

Llaman al timbre. Sonrío, orgullosa de que mi intuición no me haya fallado. Sabía que Berta vendría. Descuelgo el telefonillo, alegre.

—¿Sí?

—Hola, mi amor.

—Hola —respondo con la voz más apagada por la decepción.

A continuación pulso el botón de abrir la puerta. Hago lo mismo con la de arriba y me vuelvo al cuarto de baño, a terminar de maquillarme. Oigo el sonido de la puerta al cerrarse y unos pasos que se acercan. Por el reflejo del espejo veo a Raúl, vestido aún con la ropa que usa para jugar fútbol. Se planta detrás de mí y me abraza por la espalda. Me da un fugaz beso en la mejilla.

—Hola, mi vida. ¿Cómo has pasado la tarde? ¿Me has echado de menos?

—¡Ay! Ten cuidado, Raúl. Vas a hacer que me salga en la raya con tus toqueteos... —me quejo terminando de pintarme con el eyeliner. Me miro, repasando el resultado. Me veo realmente bien.

—Estás preciosa —me halaga Raúl.

—Gracias —respondo sin dejar de mirarme en el espejo.

—¿Y se puede saber dónde vas así? No me habías dicho que vamos a salir...

Me giro y le miro.

—No vamos a ningún lado, Raúl. Esta noche salgo sola.

Pone cara de ofendido y me acaricia el pelo que me cae sobre la cara.

—¿Y eso? Creí que pasaríamos la noche juntos... Tenía ganas de estar a solas contigo.

Resoplo un tanto molesta. No deseo hacerle sentir mal...

—Ya, lo siento, cariño. Pero Berta discutió con su novio y quiero hacerle compañía. —Una mentira piadosa y, a continuación, otra—. A mí también me apetecía estar contigo, pero entiéndeme, ¿vale? Hay más días... Y además hace mucho que no salgo.

Parpadeo levemente y bajo la cabeza, mirándole con expresión de «niña inocente» y obteniendo justo el resultado que deseo.

—Está bien, nena. Tú ganas —accede comprensivo—. Pero envíame un mensaje cuando llegues a casa, ¿vale? Y no vuelvas tarde.

Asiento sonriente y le doy un beso en los labios. Se lo ha ganado. Hago ademán de salir del baño, pero Raúl me detiene.

—Una cosa más, Patty. ¿Me dejas ducharme aquí? Me traje la ropa limpia en la mochila con esa intención. Ya que tú hiciste planes sin mí, creo que llamaré a algún colega para tomarnos una cervecita en un bar de por aquí, en plan tranqui. Y pues... no puedo ir así.

Lo observo. Lleva razón. Tiene unas pintas desastrosas con esa camiseta grande y esa pantaloneta corta... Y está todo sudado. No me agrada su aspecto y creo que no se trata solo de su atuendo. Es él en general, que cada día me gusta menos. Acepto y le permito bañarse, dejándole solo en el servicio y volviendo a mi cuarto. Miro mi móvil. Nada. Ninguna señal de Berta y ya son las 23:15. Empieza a preocuparme que no venga... Me dispongo a llamarla, pero, cuando lo hago, escucho esa aburrida voz de mujer y que, por supuesto, no es la de mi amiga. «Su saldo no le permite hacer una llamada de más de un minuto al destino solicitado». Resoplo. Siempre cuando más se necesita. Miro a mi alrededor. Entonces diviso la mochila que Raúl ha dejado apoyada en mi cama, seguramente cuando entró. No me gusta coger prestadas las cosas de los demás sin pedir permiso, pero en este caso no me queda otra opción. Encuentro el móvil de Raúl y lo cojo para llamar desde él a mi amiga. No me da tiempo a marcar el número porque la pantalla parpadea insistentemente llamando mi atención. Un mensaje... Una repentina curiosidad me invade y decido leerlo. Cuál es mi sorpresa al comprobar lo que esconden aquellas palabras. A simple vista no hay nada sospechoso. El mensaje lo envía un tal Andrés, pero sus frases revelan la verdad... El nombre de Andrés solo es una tapadera.

«Me lo he pasado muy bien contigo hoy, mi niño. Eres especial para mí. Me ha encantado estar todo el día contigo y disfrutar de tu cuerpo. Espero que cumplas con lo que me prometiste y dejes pronto a esa aburrida de novia que

tienes. No quiero seguir viéndote a escondidas. Te amo y te deseo. Tuya, Sharlot.»

Abro los ojos como platos. Conque suya... Conque aburrída... Ignoro quién es esa tal Sharlot, pero lo que sí sé es que se lo está pasando muy bien con mi novio, y vete a saber desde hace cuánto tiempo. Con razón tantas salidas con los amigos y tanta falta de tiempo para mí. Respiro hondo. Cuento hasta diez tratando de tranquilizarme. Esto no se va a quedar así. Después de Fabián, no existe el hombre que se haya burlado de mí, y Raúl no va a ser la excepción. Dentro de poco sabrá que conmigo no se juega y se arrepentirá de haberme engañado.

* Sábado 14 de noviembre *

Es el cuarto vaso de whisky que me tomo y ya empieza a hacerme efecto. La cabeza me da vueltas y las bromas que hace Romín cada vez me hacen más gracia. Me río, bebo y muevo la cabeza al ritmo de la música, que resuena por toda la casa y hace vibrar los cristales de la ventana. Pierdo la noción del tiempo. De pronto, algo vibra en mi bolsillo. Meto la mano para ver de qué se trata y saco mi móvil. La pantalla se ilumina y en ella puedo leer: «Patty». Hago señas a Romín para que baje el volumen de la música.

—¿Aló?

—Bandy, soy Patty. ¿Dónde estás? Estamos llamando al timbre y no responde nadie.

Me llevo las manos a la cabeza, sorprendido y ligeramente mareado. ¡Se me había olvidado por completo que quedé con ellas!

—Ya os abro.

Bajo veloz las escaleras y les abro la puerta. Doy dos besos a cada una y las invito a subir. Ellas me siguen en silencio hasta el cuarto piso. Se paran ante la puerta, indecisas por un momento sobre entrar a la casa.

—Pasad, chicas.

Obedecen. Las guío hasta el salón y me siento de nuevo en la silla, al lado de la mesa, donde me espera otra botella. Patty y Berta se sientan en uno de los sofás, el que está vacío. Se apretujan una junto a la otra, como si temiesen que les fuéramos a hacer daño.

—Os presento a mis amigos. Él es Paul —señalo al otro sofá y él no levanta la vista, demasiado concentrado en el porro que se está haciendo—. Y este es Romín, mi gran amigo.

Está sentado en otra silla a mi lado y se levanta para saludar educadamente a las muchachas.

—Ya nos conocemos.

Les da dos besos a ambas y se detiene un poco más con Patty.

—Aunque creo que contigo no he tenido tanto trato. No se puede tener tanta suerte.

Patty se sonroja levemente y sonrío, halagada. Me dan ganas de advertir a Romín, de avisarle que esta noche es solo mía... Pero no lo hago. Me limito a sonreír. Agarro la botella y dos vasos vacíos, ya usados, y me dirijo a ellas.

—Servíos. Aquí con confianza.

Se miran un tanto cohibidas, decidiendo quién da el primer paso. Patty se levanta y se encamina hasta la mesa con paso firme, emitiendo con sus tacones un sonido insistente con cada paso que da. Con ellos ha conseguido verse unos centímetros más alta, pero sigue siendo de igual forma muy pequeñita. Lleva puesto un abrigo negro que se ajusta perfectamente a su delgado cuerpo y le llega hasta las rodillas, dejando ver tan solo una parte de sus finas piernas y dando paso a la imaginación de descubrir qué habrá más arriba. Coge un vaso y señala la botella.

—¿Me la abres, por favor? —me pregunta con educación.

Sus finos labios brillan mientras habla y le abro la botella sin dejar de mirarlos. Se sirve con delicadeza, cuidando de no pasarse con el whisky y añade un poco de Coca-Cola para suavizarlo. Llena otro vaso para su amiga. Cojo la botella que ya estaba empezada y me bebo lo que queda de un trago.

—Oye, ¿no tenéis otra música? —pregunta Berta—. Esta no nos gusta...

—Es música rumana —les explico—. ¿Qué música escucháis vosotras?

Romín interviene, sonriendo.

—Yo sé lo que les va a estas: la bachata, el reggaeton... y toda esa porquería. ¿Verdad, Berta? —se dirige a ella y le guiña un ojo, cómplice.

Ella asiente sonriendo. Se conocen desde hace años y se llevan bien, por lo que parece...

—Eso mismo. Es que de esto no entendemos nada.

Hago un gesto despectivo con la mano.

—¡Bah! Esos latinos son de lo peor. No sé qué les veis.

Patty me responde directamente.

—Pues... tienen algo especial. Y saben bailar. Bailan muy bien —afirma.

—Yo también sé bailar pero de otra manera —insinúo con picardía.

—Sí, claro —me responde irónicamente.

Seguimos bebiendo y charlando de varios temas sin importancia, de todo y de nada. Conociéndonos mejor poco a poco. Romín participa animado en la conversación, cogiendo enseguida confianza con las chicas. Paul, sin embargo, se mantiene al margen, concentrado en lo que está fumando o demasiado perdido por ello. De repente se me ocurre una idea. Es absurda, pero lo suelto.

—Oye, ¿por qué no os venís a vivir conmigo?

Me miran asombradas, incrédulas por mi pregunta.

—Quiero decir, podéis ser mis compañeras de piso —explico—. Mi hermano y su novia se van de casa en unos días y necesito compartir el piso. Hay dos habitaciones libres, y no cobraré mucho. Serían todos los gastos entre los tres.

Se ríen al unísono y es Patty la que responde a mi propuesta.

—¿Tú estás loco? Casi no nos conocemos. No vamos a salir de nuestras casas así, de un día para otro. Además, no ganamos mucho dinero. Berta ni siquiera trabaja...

Mira a su amiga y esta asiente, dándole la razón.

—No hay problema por eso. Podríamos pagar entre tú y yo. Soy bastante generoso... —bromeo aunque, no sé por qué, hablo en serio.

Patty se inclina hacia atrás en el sofá y ladea la cabeza, riendo a carcajadas. Por la risa contagiosa que emite, adivino que ya está contentilla. Es lógico. Bebieron el primer vaso despacio, con sorbitos pequeños y, a partir de ese, se sirvieron uno detrás de otro, como si fuera agua, al punto de que la botella está ya casi vacía. Me piden que apague la música y obedezco. Una de las dos saca su móvil y pone una canción. Una de esas bachatas que tanto me repugnan. Detesto esa música, pero les permito escucharla porque en estos instantes todo me resulta divertido. Comienzan a bailar en medio del salón, como si de una pista se tratara. Juntas, agarrándose y después soltándose. Y me pierdo entre sus pasos que se mueven al unísono. Así seguimos unas cuantas canciones. Ellas bailando y nosotros contemplándolas, imaginando tal vez otro tipo de movimientos... Se detienen a la vez y resoplan, cansadas. Cuchichean algo al oído y nos miran. Se ríen divertidas. Patty se planta frente a mí y me observa fijamente con sus ojos oscuros, más grandes y brillantes que antes. Parpadea suavemente con sus largas pestañas.

—Nos vamos.

—¿A dónde?

—A Calle 9, la discoteca a la que vamos siempre.

Tuve que haberlo imaginado antes. Lo que estas «señoritas» querían era beber a nuestra costa y luego seguir la fiesta en un ambiente que les agrade

más. Pero lo siento, chicas, no es vuestro día de suerte...

—Voy contigo.

Le informo en un tono que no deja lugar a dudas. No es una pregunta, es una orden.

—Vale —acepta. Cogen sus bolsos y nosotros las cazadoras.

No sé cómo hacemos para no caernos por las escaleras, pues vamos todos bastante mal. Unos a causa del alcohol y otros de la marihuana. Lo primero que veo al abrir el portal es a mi hermano, bueno, a mis hermanos y la «sargento», Ana. Pero dedico toda mi atención a Marius. Le doy un fuerte abrazo, ignorando a Alex por completo.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí?

—Ya ves. Mi jefe me dio fiesta en el último momento y decidí venir a Logroño. Felicidades hermano.

Un fuerte apretón de manos. Qué feliz soy...

—¿Y a dónde vais? —me pregunta señalando con la cabeza a Patty y Berta, que aguardan en la calle.

—Por ahí, a disfrutar de la noche. ¿Te apuntas? —le invito.

Reflexiona un momento.

—Claro que sí. Alex, me voy con ellos. Llevo toda la semana currando y necesito despejarme.

Romín y Paul le dan la mano a Alex, en señal de despedida. Y hacen lo mismo conmigo.

—Nosotros nos las piramos, Bandy —me dice Romín—. No tengo ganas de discotecas.

Asiento tranquilo. Ya no me importa. Está Marius aquí. Alex me mira con reproche y me advierte:

—No vengáis tarde. Y, si lo hacéis, procurad no hacer demasiado ruido.

Le doy una palmada en el hombro y salgo del portal, dejándoles paso a él y a Ana. Agarro a Patty por la cintura y no opone resistencia.

—¡Ah! Alex —le llamo.

Se gira y me mira, sujetando la puerta con una mano.

—Dime.

—Disfrutad de la noche. Y... no nos esperéis despiertos.

Me voy sin esperar su respuesta y le dejo así, con la palabra suspendida en el aire y... con envidia. Sí. En el fondo me envidia porque yo, aún, estoy vivo.

* Sábado 14 de noviembre *

La puerta de la discoteca está abarrotada de gente. Grupos de amigos (varios menores de edad) se agolpan tomando un poco de aire fresco o fumando un cigarrillo. A algunos ni siquiera les dejan entrar. Saludo con la cabeza, a un lado y a otro, a varios conocidos. Entro a la discoteca con paso firme junto a Berta, escoltadas por Bandy y Marius, que van detrás como si de nuestros guardaespaldas se trataran. Hemos debido de pasar mucho tiempo en casa de Bandy porque ya hay gran multitud, cosa que no suele pasar a primera hora.

Para ser fieles a nuestra costumbre, Berta y yo cruzamos la pista de baile y vamos al baño a retocarnos y, de paso, observar el panorama que hay y cuchichear un poco. Me aplico brillo en los labios y me peino el pelo, usando la mano como cepillo.

—¿Has visto a mi hermana y a Omaira? —me pregunta Berta desde dentro del servicio—. Me dijeron que estarían aquí...

—No. No he visto a nadie en realidad. Hay demasiada gente.

Salimos buscando a los chicos con la mirada. Berta señala la otra punta de la discoteca.

—¡Allí están! En la barra —grita para hacerse oír entre la música.

En estos momentos está sonando Se acabó lo bonito, la canción de bachata con la cual lloré tantas veces por él. Y es ahí, en medio de esa canción, cuando su imagen me detiene. Al verlo, los pies se me paralizan y me quedo quieta allí, en medio de la pista, con Berta tirándome del brazo y empujando entre la gente. No me muevo. Tiro de ella con fuerza.

—¡Ahí está! —le digo al oído, tan bajo que no me escucha.

—¿Qué dices?

Vuelvo a tirar de ella y señalo enfrente de nosotras. Entonces, ve lo mismo que yo y se lleva la mano a la boca, sorprendida. A tan solo unos pasos, mezclándose entre la multitud pero perfectamente visible para mis ojos, está Fabián. Pero no es eso lo que me impresiona. Él viene a menudo a esta discoteca. Lo que me preocupa es que está bailando. Él nunca bailaba conmigo. Y baila... ¡con Omaira! Demasiado pegados, por cierto. Tengo un mal presentimiento y mi intuición no acostumbra a fallarme... Muy a mi pesar, aparto la mirada de mi exnovio y la exnovia de Bandy, y sigo a Berta. Pero otra sorpresa me espera esa noche... Mi amiga me da un codazo en el costado y me incita a mirar a mi lado. Volteo la cara y me encuentro frente a frente con Raúl, que me mira tan sorprendido como yo a él. Investigo rápidamente a su alrededor. Le acompañan dos amigos que conozco de vista. Él mismo me los

ha presentado. Nada sospechoso, aparentemente. A mí no me engaña. Ya no.

—¿Qué haces aquí? —pregunta acercando su boca a mi oído.

—Lo mismo que tú —le respondo fríamente. Y sigo mi camino de la mano de Berta. No me apetece pedirle explicaciones. No me interesan.

Pero hay otra persona que sí va a tener que explicarme algo... Encuentro a Bárbara sentada en un taburete, sola, esperando que su amiga cese de bailar y le haga un poco de caso. Bandy y Marius están cerca, ambos con un cubata en la mano y otros dos en la barra, esperándonos a nosotras. Berta hace ademán de ir a su encuentro. Le digo bajito que ya voy y me planto frente a Bárbara. Por su mirada sé que sospecha algo. Sospecha que yo sospecho algo.

—¡Estás borracha! —me reprocha. No le gusta que bebamos. Y, a pesar de nuestras diferencias, sé que me aprecia.

—No lo suficiente para no ver las cosas. ¿Hay algo que deba saber, Bárbara?

Evita mi mirada y juega con un mechón de su pelo, repentinamente nerviosa.

—No sé a qué te refieres —miente.

—Vamos, no te hagas. Sabes perfectamente de lo que te hablo. ¿Qué hace Omaira con Fabián? Que yo sepa nunca han hablado.

—Eso era antes. Ahora se llevan bien.

Me río.

—¿Solo eso? ¿O tienen algo más?

Bárbara suspira y me mira, decidida.

—Mira, Patty, te lo voy a contar porque tarde o temprano vas a enterarte. No quería decirte nada porque Omaira es mi amiga, pero a ti también te quiero mucho.

Respiro hondo, preparada para la noticia que se me viene encima.

—Omaira y Fabián están saliendo. Llevan unas semanas de novios. Y tú ya no estás con él, así que no puedes decir nada.

Trago saliva, asimilando la información. Bárbara tiene miedo por su amiga, le asusta que yo tome represalias contra ella. Pero no. Como bien ha dicho, no es nada mío, así que no tengo ningún derecho de pedirles explicaciones a ninguno de los dos.

—No te preocupes. No voy a hacer nada. Todo para ella.

Me molesta que se burlen de mí. Conozco a Omaira hace tiempo y jamás imaginé que fuera ella la próxima mujer en la vida de Fabián. Ni siquiera me planteé la posibilidad de que Fabián pudiese empezar una relación con otra. Me lo han escondido, pero no pasa nada. Esta noche es mi noche. Voy a matar dos pájaros de un tiro. Me vengaré de Raúl y de Omaira en una misma vez, y

Bandy va a ayudarme.

* Sábado 14 de noviembre *

No me agrada nada este ambiente, pero debo decir que hace mucho que no me he sentido tan bien. Estoy de pie, apoyando la espalda en la pared y bailando al ritmo de la música. A tan solo un par de pasos de mí, tan cerca que puedo oler su perfume, se encuentra Patty. Sin pedirme permiso me coge el cubata de las manos y le da un largo trago, sedienta. A continuación lo deja en la mesa que tenemos al lado. Se desabrocha los botones de su largo abrigo negro, despacio... muy despacio, uno por uno. Agacha la cabeza y alza los ojos. Me observa de reojo. Inspiro profundamente. Estoy ansioso por descubrir qué se oculta tras aquel abrigo. Cierro los ojos con fuerza, un poco mareado a causa del exceso de whisky y, cuando los abro, tengo que cerrarlos otra vez, deslumbrado por tanta belleza. Patty se ha dado cuenta y se ríe. Lleva puesto un vestido blanco sin mangas, muy corto, que se ajusta perfectamente a su piel y deja al descubierto gran parte de su cuerpo. La masa voluminosa de su pelo castaño le cae en cascada por la espalda. Da un paso adelante y echa la cabeza hacia atrás. Con los ojos cerrados baila delante de mí. Mejor dicho, baila para mí. Me limito a sonreírle y mirarla. Abre los ojos y se encuentra con mi mirada. Decidida, se acerca lentamente y me rodea el cuello con sus finos brazos. Sigue moviéndose sin dejar de mirarme y creo que voy a volverme loco. Con una mano acaricio su espalda y con la otra empujo suavemente su cabeza hacia la mía. Contemplando fijamente sus labios, le pido sin pensar:

—Bésame.

Suelta una carcajada alejándose un poco de mí. Y se vuelve a acercarse. Suave, dulce, sensual. Se aparta el pelo que le cae sobre la cara y me susurra al oído:

—Lo siento. No me gusta que me manden.

El solo hecho de oír su voz sobre mi oreja, de sentir su respiración sobre mi cuello, hace crecer mi deseo. Me está provocando. Lo sé, y lo sabe. Agarro de nuevo su cabeza, esta vez con más firmeza, y giro la mía, hasta quedar a menos de un centímetro de sus labios.

—Aléjate, Patty —le susurro con la voz ahogada—. Aléjate o no respondo.

Me mira con seriedad y por un momento pienso que va a pegarme un tortazo, por atrevido, por permitirme fantasear con ella del modo en que lo estoy haciendo. Y entonces me besa. Abre su boca lentamente y busca la mía. La

encuentra. Me pierdo en ese beso, olvidándome por un momento de dónde estamos y de que a nuestro alrededor hay mucha gente. Deslizo mis manos sobre su espalda hasta llegar al trasero y la aprieto más contra mí. Patty se detiene justo a tiempo. Aparta su cara pero no se resiste a mi acercamiento. Trago saliva, todavía incapaz de articular palabra alguna. De nuevo con esa sonrisa en la cara, me dice:

—Me gusta hacer lo contrario a lo que me piden.

Esta vez soy yo quien río, divertido ante su espontaneidad y descaro. No conocía esta faceta suya aunque, ciertamente, no conocía mucho sobre ella.

—No vuelvas a besarme. Es más, te lo prohíbo —recalco para que capte bien mis palabras.

Ella lo entiende y me besa. Y así un beso, y otro, y otro más. Y naufragamos juntos en un mar de emociones inmensas sin final.

* Sábado 14 de noviembre *

Se está excitando. Lo noto. Lo estoy provocando y se deja llevar por mí, cayendo en las garras de mi seducción. Una mano me agarra por detrás y me obliga a detener ese beso, girándome bruscamente y devolviéndome a la realidad. Lo primero que veo cuando abro los ojos son los de Raúl, que me interrogan fríamente y me reprochan mi comportamiento.

—¿Qué estás haciendo? —me reclama.

Por un segundo me percató de lo sucedido. Estoy aturdida y me cuesta pensar con claridad, pero, aun así, recuerdo claramente. El móvil de Raúl, ese mensaje...

—Ya lo ves.

Me giro de nuevo, dándole un fugaz beso en los labios a Bandy, que me mira sin entender nada de lo que ocurre.

—¡Eres, eres... no hay palabras para definir lo que eres! —grita Raúl completamente furioso—. ¿Se puede saber qué significa esto?

Me desprendo de su brazo con un fuerte manotazo.

—¡Sí! —exclamo haciéndome oír entre la música—. ¡Significa que hemos terminado! ¿Estás contento? —pregunto sin esperar respuesta.

Le doy la espalda y apoyo mi cabeza en el pecho de Bandy, cerrando fuerte los ojos para escapar de este momento. Oigo gritar a Raúl muy cerca de mí, pero no consigo escuchar lo que dice. Ya está... He hecho lo que tenía que hacer. De todos modos, a él no le intereso lo más mínimo. Probablemente lo

único que le importe es que le he dejado en evidencia delante de sus amigos, que están al otro lado y han observado toda la escena con atención. Levanto la cabeza buscando la mirada de Bandy.

—Sácame de aquí. Llévame contigo.

Y esta vez mi tono es de súplica, de petición. Bandy no se hace de rogar. Toma mi mano y me la aprieta con fuerza. Le hace señas a Marius para que se acerque y le dice algo al oído. Él asiente y sale, seguido de Berta, a la cual a estas alturas ya lleva agarrada de la cintura. Me dejo llevar por Bandy, agarrada firmemente de su mano. Él se abre camino entre la gente, guiándome así hasta la salida. Estoy demasiado aturdida y todo me da vueltas. Ya casi no veo ni escucho nada, pero siento su piel, le siento a él, que me sostiene y eso me basta para sentirme a salvo. Con él a mi lado, nada malo puede pasarme.

* Sábado 14 de noviembre *

El aire fresco de la noche me devuelve la noción del tiempo y la claridad de los hechos. Intento ordenar mis ideas. Patty camina en silencio junto a mí, sin soltarme ni un solo segundo. Todo ha sido muy rápido e impredecible. Hemos bebido todos demasiado, perdiendo yo gran parte de mi dinero y de mis sentidos, quedando así seducido por sus encantos. Casi me veo envuelto en una pelea por ella, por defenderla. Y eso que apenas la conozco. Cuando uno de esos chavales ha venido a molestar a Patty, me ha bastado una mirada y un gesto amenazador con los brazos para que el tío se marchara por donde ha venido. Ignoro los motivos por los que ha intentado meterse con ella, pero nadie trata así a una mujer delante mío. Y menos a una que está conmigo, y Patty lo está, al menos por esta noche.

* Domingo 15 de noviembre * (madrugada)

Ya está. Hemos llegado. El camino se me ha hecho larguísimo por culpa del dolor de pies que siento y a la vez corto gracias a Bandy, que no me ha soltado en ningún momento. Me he dejado llevar por él todo el tiempo sin oponer resistencia. Y ahora nos encontramos en su portal, el punto de partida en el cual empezó esta extraña y diferente noche. Me quito los tacones, aliviada, y Berta hace lo mismo. Ella y Marius han venido con nosotros todo el camino, un par de metros más adelante y cogidos de la mano como dos enamorados. Trato de juntar los sucesos de la noche mientras subimos las escaleras en silencio, seguidas de los dos hermanos. Recuerdo claramente cada momento

en casa de Bandy, nuestra llegada a Calle 9, el encuentro con Raúl, la visión de Fabián y Omaira... juntos. Después, comencé a beber sin pausa y perdí el control. Berta me agarra del brazo y detiene mis pensamientos. Me lleva al baño y la sigo como puedo.

—¡Ha sido alucinante! —exclama cerrando la puerta tras de sí.

—Bueno... —murmuro—. Un poco raro todo, la verdad.

Berta estalla en carcajadas.

—¿Bromeas? Me lo he pasado de maravilla. He besado a Marius y ¡me encanta!

—¿Y Ahmed? ¿Qué pasa con él? —le recuerdo.

Hace un gesto despectivo con la mano.

—¡Bah! Que le den a ese. Se merece esto y mucho más. Ya es hora de que yo empiece a disfrutar.

Lleva razón. Me alegro mucho de ser su amiga, su cómplice en el principio de esta historia. Volvemos al salón, descalzas. Allí está solo Bandy, fumando tranquilamente un cigarro. Ni rastro de su hermano.

—¿Y Marius? —pregunta Berta.

Bandy señala el pasillo.

—Está en mi cuarto. Dijo que vayas.

Berta no se hace de rogar. Me sonrío guiñándome un ojo y sale decidida en dirección a donde Bandy le ha indicado.

Me quedo a solas con él. Y de repente me pongo nerviosa. Los efectos del alcohol ya se están disipando y comienzo a ser consciente de la situación. Permanezco allí, en el umbral de la puerta, de pie, sin saber bien qué hacer o qué decir. Pero Bandy consigue enseguida que venza mi timidez. Se encamina hacia mí y toma mis manos entre las suyas. Caminando hacia atrás y sin cesar de mirarme, se dirige al sofá. Se detiene un momento. Me mira. Sus ojos brillan de deseo. Acabamos echados sobre el sofá, sin separar nuestros labios. Siento el cuerpo de Bandy sobre el mío moviéndose suavemente y, a pesar de ser musculoso, no me pesa. Se inclina un poco, tumbándose a mi lado y sigue besándome. Posa su mano en mi pierna, deslizándola un poco por debajo del abrigo. Pongo mi mano sobre la suya y la aprieto con fuerza. Necesito su protección, la seguridad que él tiene.

—Tranquila —susurra.

Se incorpora levemente y, con un simple movimiento, se desprende de la camiseta, dejando al descubierto unos abdominales perfectos. La luz está apagada y las persianas bajadas, pero por las rendijas ya entra la luz del día.

Está amaneciendo. Puedo ver claramente su cuerpo, su cara llena de pasión, y me contagia esa pasión a mí. Apoyo mis dedos tímidamente en su pecho desnudo y lo acaricio. Dulce, suave, tiernamente. Bandy se deja hacer y en su cara puedo ver una muestra clara de placer. Eso me excita. Desabrocha uno a uno los botones de mi abrigo y me ayuda a quitármelo. No solo eso. Levanta un poco mi vestido, sin arrebatármelo y busca con sus manos mis braguitas. Las encuentra. Sigue investigando por encima de ellas, por debajo también. Suspiro y me pierdo en ese beso, en esas caricias. Me entrego por completo. Algo me dice que no está bien lo que estoy haciendo, que no lo conozco lo suficiente y no debería permitirle llegar tan lejos, pero me gusta este chico, me gusta mucho. Más que eso, lo deseo, como nunca he deseado a nadie. Y cuando abro los ojos y lo veo, mirándome desde arriba con ese azul claro que me hipnotiza, olvido todas mis dudas. Un empujón más y lo siento, lo siento dentro de mí. Suelto un gemido de placer.

—Bandy... —susurro con la voz entrecortada.

—Dime...

Pero no digo nada. Aunque quisiera decirle que esto... es lo más bonito que he sentido nunca.

* Domingo 15 de noviembre *

Sonrío mirando el techo. Estoy cansado, sudado, agotado... pero ha sido maravilloso. Llevaba mucho tiempo sin practicar relaciones sexuales y el cuerpo me lo estaba pidiendo a gritos. Además, esta chica sí sabe cómo hacerme sentir bien. Consigue que el pulso se me acelere solo con rozar mi piel. Un soplido en la oreja hace que el vello se me erice. Abro los ojos sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Te estabas durmiendo...

Patty tiene los codos apoyados en mi pecho y la cabeza apoyada sobre las manos. Me mira divertida.

—Feliz cumpleaños. Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Tengo sueño —me quejo, cerrando de nuevo los ojos.

—Eso no vale. Yo tengo que irme enseguida y no puedo dormir.

Apoya sus labios en los míos, rozándolos apenas. Abro los ojos, acaricio su pelo alborotado, apartándole algunos mechones que le caen sobre la cara juguetones. La observo detenidamente, fijándome bien en cada rasgo de su

rostro. Se la ve feliz. Tiene una sonrisa radiante.

—Está bien, está bien. Tú ganas. No me duermo. —Me incorporo y apoyo la espalda en el sofá—. Pásame un cigarro, porfa.

—¡Serás vago! —recrimina, pero obedece.

Se levanta del sofá colocándose bien el vestido. Va a la mesa, busca en los bolsillos de mi cazadora y saca el paquete de tabaco. Se sienta otra vez, con las piernas cruzadas, junto a mí. Saca un cigarro también para ella.

—¿Y el mechero? —le pregunto.

Se deja caer hacia atrás, dándose cuenta de que se le ha olvidado.

—¡No! No puedo levantarme más... —exagera.

Me echo sobre ella de un salto, poniendo las manos en el sofá y apoyando mi peso en los brazos para no hacerle daño. Sonrío con gesto pícaro y le propongo:

—¿Te parece mejor si echamos otro baile?

Le doy un beso en los labios y ella los aparta, riendo.

—¿Cómo crees? No puedo más. ¡Vicioso!

Me pega cariñosamente en el pecho.

—Sí. Soy un vicioso. El sexo es como el tabaco, crea adicción.

Reímos divertidos y nos abrazamos. Y un beso, y otro, y otro más. En ese momento tocan a la puerta.

—Patty —se oye al otro lado a Berta—. Nos tenemos que ir ya.

—¡Ya voy! —le responde gritando a su amiga—. Un momento.

Se dispone a levantarse para descerrar el cerrojo que cierra la puerta pero se lo impido. La agarro del brazo.

—No te vayas.

—Ya lo has oído. Tenemos que irnos —repite las palabras de su amiga.

—Quédate un poquito más —le pido.

Pongo mi mejor cara de «niño bueno» tratando de parecer tierno e inocente. A Patty se le escapa una carcajada. Se levanta igualmente y abre la puerta. Vuelve corriendo al sofá y se tumba a mi lado. Marius y Berta entran. Se sientan en el otro sofá. Tienen cara de sueño y gesto cansado, pero en la mirada de mi hermano puedo ver claramente una muestra de satisfacción y por el cabello despeinado de Berta y su camisa arrugada deduzco que ellos también lo han pasado muy bien. Marius coge el cigarro que lleva colgado en la oreja.

—Bandy, dame mechero.

Miro a Patty. Me mira. Nos reímos. Berta y Marius no entienden nuestros

motivos pero ríen también, contagiados por la misma alegría.

* Domingo 15 de noviembre *

Lo primero que hago al llegar a mi casa es arrancarme las sandalias de los pies, con las que me he visto obligada a venir desde casa de Bandy. Ya es mediodía. Hacía tiempo, años quizás, que no llegaba a estas horas a casa. Me siento cansada y aturdida por todo lo vivido, pero a la misma vez ilusionada, emocionada por la nueva experiencia que he tenido. Me siento en la silla giratoria de mi dormitorio, dando vueltas sobre mí misma. Berta se sienta al borde de la cama.

—¡Ay! —suspiro—. Estoy realmente agotada.

Inclino la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos para descansar un poco la vista.

—Yo también. Pero no me puedes negar que ha sido una noche divertida. Distinta, como querías...

—Sí. Distinta ha sido, eso desde luego. Un poco rara, tal vez, pero bonita —confieso con la voz impregnada de la ilusión que me provoca recordar esos instantes junto a Bandy.

Berta suelta una risita ahogada.

—A juzgar por tu voz, me queda claro que hubo feeling entre vosotros.

Me levanto de un salto y me siento junto a ella. Le agarro las manos con cariño, dispuesta a realizar mi confidencia.

—Feeling no, Berta. Qué fea palabra. Entre Bandy y yo hubo... hubo... —dudo un poco dudando sobre la palabra adecuada y al fin lo suelto—hubo amor.

Berta pega un chillido.

—¡Patty! No me lo puedo creer. Solo una noche con él y ya me estás hablando de amor... Tú no eres así. Te lo ha tenido que hacer muy bien el muchacho este —bromea.

—Ni te imaginas cuánto. Me hizo ver las estrellas... Bueno, ¿y tú? No me has dicho nada. ¿Cómo te fue con Marius?

Berta suspira. Guarda silencio unos segundos para darle más misterio al asunto y a continuación me cuenta:

—¡A mí me hizo ver la luna!

Reímos al unísono, contentas, divertidas, cómplices una vez más de nuestras aventuras. Dejando al descubierto nuestros sentimientos, sin vergüenza, sin secretos. Berta se pone seria y prosigue:

—La verdad es que me ha hecho bien estar con Marius. No me gusta mucho. No es mi tipo... y aún quiero a Ahmed. Pero él me ha hecho sentirme mujer otra vez. Sentirme viva.

Asiento, comprendiendo sin necesidad de decir nada. No sé qué tienen estos hermanos, pero los dos han logrado despertar en nosotras las mismas emociones.

—Me alegro mucho por ti, amiga. De verdad.

Me levanto y me saco el vestido, quedándome solo en ropa interior. Deshago mi cama y me acuesto en ella. Berta me imita y se tumba a mi lado, en el hueco que le dejo libre.

—¿Has quedado en volver a verlo? —me pregunta bajito, como para que nadie pudiese oírnos.

—No —le contesto—. No quedamos en nada.

Cierro los ojos y me quedo pensando. De pronto me asalta una duda. Es cierto, Bandy no me ha comentado nada. Me ha acompañado hasta la puerta de su casa y nos hemos despedido con un simple pico, un beso rápido en los labios. Ni siquiera ha dicho un «hasta luego». No ha prometido llamarme pronto, como suelen hacer los demás chicos después de la primera cita. ¿Y si no lo hace? ¿Y si no quiere verme más? Tal vez no le he gustado lo suficiente... Meneo la cabeza, medio aturdida por el sueño ya. Eso no es así. Lo sé. Le ha gustado tanto como a mí. Y me llamará. Estoy segura de que lo hará. Con este último pensamiento y su imagen en mi mente, me deslizo bajo las sábanas y me duermo por fin, feliz.

* Domingo 15 de noviembre *

En cuanto las chicas han cruzado la puerta y nos hemos visto libres de sus miradas, Marius y yo nos hemos mirado mutuamente y hemos chocado las manos, alegres, en señal de victoria.

—¿Nos tomamos un café? —le propongo mientras me dirijo a la cocina.

El me sigue. En cuanto entro me dan ganas de salir. Está todo hecho un desastre. Por culpa de la noche anterior, hay vasos, ceniceros y botellas esparcidos por todos los rincones de la casa. Ya lo limpiaré mañana. Hoy no tengo ganas.

—Sí —me responde Marius desde la puerta—. Nos vendrá bien para recuperar fuerzas. Nos hemos desmadrado bastante esta noche. Como venga Alex a casa y vea esto así... nos corta el cuello.

Pongo el agua a hervir en la cazuela, la retiro y le añado tres cucharadas de café y dos de azúcar.

—Ya, pero ha merecido la pena. Y en cuanto a Alex, no importa. Se va a ir dentro de unos días de todos modos.

Me da la razón.

—Eso es verdad. Por cierto, Bandy, con todo este lío se me ha olvidado lo que quería decirte. Ahora que Alex ya no va a vivir aquí, ¿podré seguir viniendo los fines de semana que tenga libres o tendré que ir a su casa?

Le apunto con un vaso vacío de plástico y se lo lanzo. Él lo coge al vuelo.

—¿Eres tonto? Eso no se pregunta. Sabes que las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti. Yo sí sé qué es un hermano.

—Ya, pero ahora que te quedas solo, ¿cómo te las vas a apañar para pagar solo el alquiler? Son muchos gastos para uno solo, Bandy...

—Lo sé, lo sé. Pero no voy a pagar solo. Tengo pensado alquilar las dos habitaciones que quedan y... creo que ya sé quiénes serán mis nuevos compañeros de piso. —Sonrío—. O, mejor dicho, compañeras.

Marius meneaba la cabeza, no muy convencido con mi idea.

—No lo puedo creer. ¿Sigues empeñado con lo que me contaste en la discoteca? Es absurdo. Esas tías no aceptarán tu propuesta.

—Te aseguro que lo harán —afirmo—. Y antes de lo que tú piensas. Después de esta noche, Patty no podrá decir que no. Además, ¿qué mejor idea que compartir piso con una chica con la que puedo acostarme todos los días?

Marius me mira, incrédulo.

—Así que es eso... Tú quieres tenerla cerca para aprovecharte de ella.

—¡Eh, eh! Un momento —le interrumpo para corregirle—. Yo no me aprovecho de nadie. Patty se lo ha pasado tan bien como yo. Y ya sabes, dos no hacen si uno no quiere...

Me observa dudoso. Insisto.

—No la he forzado, tío. No soy una bestia.

—No te digo eso, Bandy. Para ti ha sido solo un polvo, pero seguro que para ella no. Las mujeres son así. No se entregan así porque sí. Siempre lo hacen con segundas intenciones. Solo hay una clase de chicas que se dejan hacer de todo y de todos, y esas no valen la pena.

Medito un instante sus palabras. No sé si Patty es una de «esas chicas», de las que no merecen la pena. Y la verdad es que no me interesa. La única certeza que tengo es que, al menos por mí, se ha dejado y ha participado gustosa en el asunto. Y, por mí, que así siga siendo.

—Tú y tus reflexiones, Marius. Siempre estás buscando problemas a las cosas, sacando motivos ocultos o segundas intenciones y, en este caso, no hay nada de eso. Es solo sexo; y lo tengo muy claro. Los dos lo tenemos muy claro —recalco.

Marius se lleva las manos a su cabello rubio y suspira.

—Está claro, hermano. Nunca cambiarás. No lo has hecho nunca y no lo harás ahora. A menos que suceda un milagro.

Me río, quitando importancia al asunto. Apago el fuego y saco una taza para servirme el café. No, nunca cambiaré. Y menos por una mujer. Y los milagros... lo siento, pero no creo en los milagros.

* Lunes 23 de noviembre *

Me muerdo las uñas una vez más, nerviosa. Me las he pintado adrede con la intención de no hacerlo, pero aun así no consigo parar. Tengo que salir de casa inmediatamente o corro el peligro de acabar con mis manos. Me visto de prisa con mi chándal negro Adidas y unas deportivas blancas. Salgo de casa apresuradamente, sin detenerme siquiera a mirarme en el espejo. De camino a casa de Berta, no dejo de pensar ni un solo segundo. No lo consigo. Han pasado ya varios días desde aquella noche y Bandy no ha dado señales de vida. Por más que he ojeado mi móvil insistentemente... nada. Ni una simple pérdida. Es extraño... es el mismo tiempo, ocho días, que hace que no estoy con Raúl. No lo he visto desde nuestra pelea en la discoteca ni hemos hablado y, sin embargo, pensar en él no me causa ninguna emoción. Bueno, sí, una: indiferencia. Indiferencia total y absoluta. Todo lo contrario a lo que sentí cuando rompí con Fabián. Entonces me vi perdida, incapaz de imaginar mi vida sin él. Pero todo eso ha cambiado, se ha quedado atrás. Supongo que ahora soy más fuerte. No quiero recordar más esa época de mi vida, entre otras cosas porque ya he llegado al portal de Berta, la cual no espera mi visita.

Me dispongo a llamar al timbre y darle así una sorpresa, pero la sorpresa me la llevo yo cuando escucho esa voz a mis espaldas.

—¡Patty!

Mi mano se detiene al oír mi nombre. Vuelvo la cara en la dirección de donde viene y ahí está él, el dueño de esa voz grave y fuerte, el que no se ha

dignado a llamarme después de lo que pasó entre nosotros...

—Hola, Bandy —le saludo torpemente sin mencionar ninguno de los reproches que tenía preparados para él.

—¿Qué tal? ¿Qué haces?

—Pues... llamaba a Berta. —Señalo el portal—. Me aburría en casa y salí a dar una vuelta...

—No lo hagas. No llames. Berta no está. La vi hace unos diez minutos con su madre. Iban a comprar.

—¡Ah! —murmuro.

No sé bien qué decir, cómo actuar. No encuentro las palabras correctas. Me quedo así, parada, con los brazos cruzados. Tuvimos un gran momento de intimidad en su casa, en el cual no tuve ninguna vergüenza. Y ahora estoy aquí, dudando entre despedirme o darle conversación. Decide él por mí.

—¿Te parece si nos sentamos y la esperamos? El súper está cerca, así que no creo que tarden en llegar.

Sin esperar mi respuesta se dirige al banco, el «famoso» banco donde nos conocimos. Se sienta. Yo hago lo mismo. Me acomodo a su lado, a una distancia prudencial. Ni demasiado lejos ni demasiado cerca. No quiero parecerle una pasota ni tampoco muy ansiosa.

—Bueno, ¿y qué me cuentas? ¿Qué has hecho estos días? —se interesa.

No tengo tiempo para pensar. Suelto lo primero que se me ocurre:

—Sin más. Hace frío, así que me he quedado en casita, viendo la tele y escuchando música.

En parte es cierto. Omito el hecho de que llevo casi 48 horas investigando mi móvil y escondiéndolo para no sentir tentaciones de llamarlo.

—Bueno, ya has hecho más que yo... Lo único que hago es trabajar. Vaya rutina.

Asiento silenciosamente, sin saber bien cómo continuar la conversación.

—¿Y ya has pensado lo que te propuse?

Abro los ojos como platos. Por mi mente pasan mil ideas absurdas. No sé a qué se refiere.

—¿De qué hablas?

—Pues lo que os dije el otro día, a ti y a Berta. Lo de compartir piso, ¿recuerdas?

—¡Ah, sí! Pues no... la verdad que no hemos hablado de eso. No te lo tomamos muy en cuenta —confieso.

—Pues deberías hacerlo. Yo siempre hablo en serio.

Medito un momento sus palabras y también su proposición. Compartir piso... con él. Es muy precipitado y, sin embargo, empiezo a pensar que no tiene nada de malo. No me da tiempo a contestarle porque Berta aparece con su madre, las dos cargadas de bolsas.

—Hola, Patty —saluda—. Hola, Bandy. ¿Qué hacéis aquí?

Me interroga con la mirada, cómplice una vez más.

—Vine a buscarte y me lo encontré —explico señalando a Bandy—. Me dijo que habías salido y se ofreció a hacerme compañía mientras te esperaba.

Da la sensación de que quiero excusar mi encuentro con él. Pero, ¿a quién voy a engañar? Me agrada su compañía.

—Ayudo a mi madre a subir las bolsas y bajo, ¿vale?

Me levanto.

—Espera, os ayudo. Por cierto, Olga, ¿qué tal estás? No te he dicho nada.

Olga sonríe y me responde.

—Bien, hija. Con dolor de huesos, ya sabes. Pero esos son los años, que pesan. Y tú, a ver si vienes a visitarnos más a menudo.

Asiento y le sonrío con afecto. Es un poco refunfuñona esta señora y tiene un carácter a veces difícil de tratar, pero del mismo modo goza de un corazón de oro. Es como mi segunda madre.

—Lo haré —prometo.

Me dispongo a coger las bolsas que ha dejado apoyadas en el suelo, al lado suyo, pero Bandy se me adelanta.

—Yo las subo, señora —le dice educadamente, tanto que me sorprende—. De algo me tienen que servir estos brazos fuertes.

Me guiña un ojo. Siento que me derrito.

—Gracias, hijo. Vivimos en un tercer piso y ya me estoy haciendo mayor...

Sonrío. Ella siempre con sus quejas. La verdad es que se parece mucho a Berta. Los mismos ojos claros y grandes. El mismo color blanco de piel e incluso los mismos gestos. Imagino que así será mi amiga cuando tenga su edad. Me quedo con esta última mientras Bandy entra al portal con varias bolsas en cada mano. Nos sentamos en el banco.

—Ahora sí, explícame qué hacías aquí con él —me interroga Berta, impaciente—. No me trago ese cuentito de que ha sido una simple casualidad.

—Pues así ha sido —afirmo—. Ya me gustaría a mí que me hubiese llamado... ¿Y a ti? ¿Te ha buscado Marius?

Niega con la cabeza.

—No, pero no podría hacerlo aunque quisiera. ¡No tiene mi número! —

exclama y suelta una carcajada.

—Entiendo. No se lo diste por Ahmed, ¿no? Pues no sabes lo que me ha dicho Bandy...

Abre bien los ojos, a la espera de mis palabras.

—¡Ha vuelto a pedirme que vayamos a vivir con él! ¡Las dos!

—¿Y tú qué le has dicho?

—Nada. Me ha pillado de sorpresa. Pero, si te soy sincera, no me suena tan mal la idea... —confieso, con una nota de ilusión en mi voz.

—Tú no estás bien, Patty. No me parece mal que nos hayamos divertido un rato con ellos, pero de ahí a mudarnos a su casa hay un abismo.

—Pero, ¿por qué no? Piénsalo, Berta, es lo que hemos soñado siempre... vivir juntas. Y encima dijo que basta con que paguemos la mitad de los gastos. Total, donde Yoana hago lo mismo.

—Pero está Ahmed —prosigue, dudosa—. Estoy viviendo con él, Patty. Parece que lo olvidas.

—No, pero tampoco olvido todo lo que te hace. Te trata mal y lo sabes. Tú misma me has dicho varias veces que ya no lo soportas.

Agacha la cabeza y me duele causarle dolor con mis argumentos, pero todo lo que digo es real, y ella es consciente.

—Tal vez esta sea una buena ocasión para alejarte de él. Prométeme que lo pensarás, porfa...

Le agarro las manos y la miro con gesto inocente. Berta se dispone a responder, pero las palabras no salen de su boca porque en ese momento se oye la puerta de su portal y sale Bandy, sonriente.

—Tu madre es muy simpática —le dice a Berta—. Me invitó a un café para compensarme. Me vino bien después de tanto curro.

Se sienta indiferente al lado de ella, ignorando la conversación que hemos mantenido y mis intentos de convencer a mi amiga. Permanecemos así un rato. Tal vez media hora, tal vez más, charlando de todo y de nada. Es raro, a pesar de no hablar de algo en concreto, el tiempo se me pasa más rápido cuando estoy a su lado. Bandy se incorpora.

—Bueno, muchachas, me marcho ya. Mañana toca madrugar.

Suspiro resignada. Hace ademán de irse y entonces sucede algo que me sorprende.

—¡Bandy! Espera un momento.

Él se detiene y mira a Berta, tan intrigado como yo.

—Dime.

Berta se toca las manos, el pelo, claramente nerviosa por lo que trama en su cabeza y de pronto se libera y lo suelta:

—Me comentó Patty lo que estuvisteis hablando. Y yo... quería saber — tartamudea indecisa—. ¿Cuándo podemos mudarnos a tu casa?

Trago saliva. No doy crédito a lo que escuchan mis oídos. No comprendo este repentino cambio en ella, aunque su mirada desprende decisión y firmeza. Bandy disimula bien su asombro. Tal vez ya se lo esperaba.

—Por mí podéis pasar las cosas a partir de mañana. Mi hermano y su novia se van esta misma noche.

Berta asiente, ya más tranquila.

—Allí estaremos por la mañana para ver las habitaciones que ocuparemos. Danos un par de días para instalarnos. Tengo que contárselo a mis padres y Patty a la amiga con la que vive. ¿Verdad, Patty?

En vista de que no reacciono me da un disimulado codazo en el costado. Me he quedado sin habla. Me limito a menear la cabeza, arriba y abajo, aturdida. Bandy levanta la mano despidiéndose de nosotras y se marcha, como si lo que acaba de suceder fuera lo más normal del mundo. En cambio yo me encuentro confundida. He insistido tanto en que Berta aceptara que, ahora que lo ha hecho, no sé si es lo que deseaba.

—¿Por qué has hecho esto? —le pregunto, pidiéndole explicaciones—. Hace un momento lo veías como una locura.

Berta sonrío tranquila y se pasa la mano por su cabello castaño claro.

—Bueno, todos tenemos algo de locos... Y siempre hay un poco de razón en la locura.

Meneo la cabeza confusa. No me convence. Ella nunca se comporta así. Pone la mano en mi brazo y lo aprieta, transmitiéndome a mí la seguridad que ahora me falta.

—Tú lo dijiste un día, Patty. Quien no arriesga no gana.

Lleva razón. En la vida hay que arriesgarse si no quieres estancarte en el camino, pero sucede que, a veces, para llegar al final hay que superar demasiados obstáculos, peligros que pueden hacerte mucho daño. Hay decisiones que te marcan para siempre.

* Lunes 23 de noviembre *

Me siento en la cama, agotado por el día de trabajo y emocionado ante la idea de que Berta y Patty han aceptado mi propuesta. En solo cuestión de días

tendré a estas chicas viviendo bajo mi mismo techo y podré disfrutar de su compañía, en especial de la de Patty. Desde que la tuve la otra noche entre mis brazos, no he podido dejar de pensar en ella. Me dejó tan satisfecho que siento unas ganas inmensas de repetir. Agarro el móvil y escribo, casi sin fijarme en lo que pongo y guiado por este deseo loco de volver a verla.

«Ven a dormir conmigo esta noche. Estoy solo».

Me fumo un cigarro y después otro, esperando la respuesta. Después de diez minutos interminables me decido a enviarle otro mensaje. A estas alturas sé que no lo conseguiré, pero por probar no se pierde nada.

* Lunes 23 de noviembre *

Aún estoy asimilando el primer mensaje que Bandy me ha mandado cuando el móvil me vibra en las manos.

«Si vas a venir, hazme una perdida. No me queda saldo».

¡Este chico sí que es cabezota! Debería haberse dado ya cuenta de que si no le he respondido es porque no estoy segura de querer verlo. Me levanto de la cama. Me dirijo a la ventana y miro a través de ella. Fuera está lloviendo. Si voy a su casa me mojaré mucho. Sé que son solo excusas. La realidad es que no quiero ir, no me atrevo. No es que no tenga ganas de estar con él, todo lo contrario. Hace días que lo estoy deseando... He tomado la decisión de mudarme a su casa movida por un instinto repentino que se ha apoderado de mí desde esa noche, pero de la misma forma ahora me visita el miedo. Siento miedo de estar a solas con él, de que vuelva a pasar algo entre nosotros... Tal vez lo que más miedo me da es que todo eso me guste demasiado.

* Miércoles 2 de diciembre *

Es la primera noche. La primera de muchas otras que vendrán. Desde que he salido del curro no he parado un momento. He ayudado a las chicas a pasar sus cosas y por fin están instaladas. Aunque parece que se sienten un poco incómodas. Están sentadas juntas en el sofá, como si todavía no se sintiesen en su casa. Me deajo caer en el otro sofá, el más largo.

—Estoy agotado. Me duelen todas las partes de mi cuerpo.

Ambas asienten.

—Sí. Hoy ha sido un día muy largo —comenta Patty—. Ni siquiera hemos cenado. Y todavía nos falta arreglar nuestra ropa en los armarios...

—Eso lo dejamos para mañana —dice Berta—. Lo importante es que ya terminamos de pasar todo. Gracias a Bandy.

—No ha sido nada —respondo.

Me mira, sonrío y su mirada no sé si expresa solo agra-decimiento.

La observo. No es fea. Es más, tiene una cara bonita. Es un poco rellenita, pero le compensan esos ojos grandes y verdes que tiene y su rostro fino. De todas formas no es mi tipo. A mí me gustan las chicas como Patty: pequeñas, delgadas y manejables, aunque esta noche no parece prestarme mucha atención. Conversa conmigo, pero lo hace de una manera lejana, sin demasiados acercamientos. Me relajo y disfruto del momento. Charlamos, reímos y vemos un poco la televisión; y así, sin darnos cuenta, se nos pasan las horas. Berta se incorpora bostezando.

—Me voy a dormir. Ya es tarde.

Aguardo un momento esperando a Patty, con la leve esperanza de quedarme a solas con ella. Se apresura a levantarse tras de su amiga.

—Yo también tengo sueño. Buenas noches, Bandy.

—Hasta mañana, chicas.

Ambas salen del salón y me quedo solo. Miro un rato más la televisión, cambiando una y otra vez de canal sin encontrar nada que me guste. Aburrido, me levanto y me voy a mi habitación. Al pasar por el pasillo veo las dos puertas de los cuartos de Berta y de Patty. Están cerradas. Supongo que ya estarán dormidas. Me decido a hacer lo mismo y me meto en la cama. Mañana madrugo y mi cuerpo necesita descansar, pero, por más que lo intento, no lo consigo. Doy vueltas en la cama, incómodo en todas las posturas.

Me siento y busco a tientas el paquete de tabaco que dejé en la mesita. Fumo un cigarro y me vuelvo a meter bajo las mantas. Cierro los ojos con fuerza, pero no logro borrar su imagen de mi mente. No puedo estar así, con Patty durmiendo al otro lado de la pared, en el cuarto que pertenecía a mi hermano. Solo el hecho de imaginarla en ropa interior hace que el vello de la piel se me erice. Ella sin embargo no parece compartir mis deseos. Tal vez no le gusto... No, no puede ser. Se entregó a mí sin conocerme bien y en sus ojos pude ver claramente el brillo de la pasión. Sin darle más vueltas al asunto, decido comprobarlo por mí mismo. Me arriesgo a recibir una negativa, como mucho un tortazo por atrevido, pero no voy a quedarme con la duda. Me levanto y me pongo de nuevo mi pantaloneta corta, dejando el pecho al desnudo. Voy decidido a llamar a su puerta, aunque aún no sepa bien qué le voy a decir. No me da tiempo a pensarlo porque, cuando abro mi puerta, Patty aparece ante mí.

Casi nos chocamos. Estamos los dos en medio de nuestras respectivas habitaciones y de pronto me siento cortado, algo que no suele sucederme nunca.

—¿No puedes dormir? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—No. Supongo que es la falta de costumbre. Por la casa... —me explica.

Por su tono de voz deduzco que está tan nerviosa como yo.

—Yo tampoco. Voy a ver un poco la tele, a ver si me entra el sueño —miento ya que no era esa mi intención.

Teniéndola delante de mí no soy capaz de intentar nada, de confesarle que iba a su habitación en busca de ella.

—Yo voy a beber agua —miente ella también.

Asiento y me doy media vuelta, haciendo ademán de dirigirme al salón. En esos momentos sucede algo inesperado, algo con lo que no contaba. Patty me agarra del brazo firmemente, deteniéndome.

—Bandy, espera.

Me giro y la miro, aunque apenas puedo verla, ya que todo está demasiado oscuro sin luz. Lo único que consigo distinguir es su pelo castaño que le cae alborotado sobre los hombros. Y sus grandes ojos oscuros que me penetran con la mirada. Me quedo en silencio, aguardando el motivo de su reacción. Patty da un paso al frente, situándose más cerca de mí. Demasiado cerca. Agacha la cabeza cohibida.

—Yo... es que... —duda.

Espero, paciente. Entonces alza los ojos buscando los míos, encontrándolos. El deseo es evidente en su mirada.

—No quiero dormir sola, Bandy. Quiero dormir contigo.

Trago saliva. Esto es más de lo que puedo soportar.

—¿Tú no quieres? —me pregunta insegura.

Soy incapaz de controlarme más tiempo. Le cojo las manos como respuesta y la llevo a mi cuarto, cerrando la puerta al entrar. La beso suave y repetidamente. Rodeo su cuerpo con mis brazos y la sujeto por el trasero. Me froto contra ella y ella hace lo mismo. La apoyo contra la pared sin dejar de besarla. Levanto su camiseta de pijama y se la quito de un solo movimiento. Me desprendo también del sujetador. Está oscuro, pero puedo sentirla, dibujarla en mi mente mientras que recorro su piel con mis manos. Acaricio sus pechos suaves y pequeños. Su respiración se acelera.

—Bandy —susurra.

La callo con un beso largo, profundo. Acabamos tumbados sobre la cama. Deslizo mis dedos por su cuerpo, sin detenerme. Casi con desesperación. Busco su fuente de placer y la encuentro. A Patty se le escapa un gemido. Me saco la ropa que me queda puesta y hago lo mismo con la suya. Apoyo las manos a ambos lados de su cabeza para no hacerle cargar con mi peso y me pierdo en el placer que estoy sintiendo. Patty se deja hacer, me permite el control de la situación y me mira desde abajo con sus ojos marrones, iluminados por la pasión. Cuando caigo encima de ella, sudoroso y cansado, me doy cuenta de que nunca antes había experimentado una cosa así. Nadie antes me ha excitado de tal manera, con solo un gesto o unas palabras. Me acuesto a su lado y deslizo mis dedos por su suave cabello. No hablamos, no decimos nada. A veces no es necesario hacerlo para estar unidos. Hay otras maneras de comprobar que dos personas se atraen sexualmente, y nosotros lo hacemos. Lo único que espero es que se trate solo de eso: una simple atracción física, porque, si no, la habré cagado.

* Jueves 3 de diciembre *

Me despierto automáticamente sin necesidad del molesto ruido del despertador. No sé qué hora es, pero debe de ser tarde, ya que miro a mi lado y está vacío. Bandy ya se ha ido a trabajar. Estiro los brazos desperezándome. «Buenos días mundo». Una sonrisa se dibuja en mi cara cuando recuerdo escenas de la noche pasada, hace tan solo unas horas. Ha sido tan bonito... Fui en busca de Bandy porque no soportaba un minuto más sin besarle y dio la casualidad de que a él le pasaba lo mismo. Entre nosotros hay conexión, de eso no tengo duda. Me levanto, aún desnuda, y arreglo su cama con cariño. Agarro el pijama que está en el suelo, me lo pongo y voy al cuarto de Berta. No está. Me dirijo al salón y la encuentro allí, tumbada en el sofá y con el mando de la tele en la mano.

—Buenos días —saludo alegre.

Me siento a su lado.

—Dirás buenas tardes. Son casi la una de la mediodía.

—¡La una! —exclamo—. Bandy llegará a casa de un momento a otro y yo sigo así.

Señalo mi pelo aún despeinado y mi pijama rosa de rayas.

—No te preocupes por eso. Creo que Bandy no va a asustarse por las pintas que llevas. Ya te ha visto en peor situación —añade irónicamente.

Me río.

—¿Y tú qué sabes? —pregunto con un cierto toque de misterio en la voz.

Berta sonrío.

—Patty, que nos conocemos: Uno, se nota a leguas que ese chico te vuelve loca y dos, el ruido de la cama no me dejó dormir en gran parte de la noche.

Ríe a carcajadas y yo comparto su risa. La abrazo.

—¡Soy feliz! ¡Soy muy muy feliz!

Berta me aparta y me mira fijamente con un gesto severo en su mirada.

—Me das miedo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo ser feliz? ¿No te alegras por mí?

—No es eso. Me asusta verte tan contenta. Eso es todo. Hace mucho que no actúas de este modo.

La verdad es que en eso lleva razón; hace tiempo que no sentía estas cosquillas en el estómago y esta energía al despertarme.

—Bandy me gusta. No sé si mucho o poco. Solo sé que me hace llegar al cielo cuando estoy con él...

Berta me acaricia el pelo con ternura.

—Eso suena muy bien, nena. Pero ten cuidado. Cuanto más alto se sube, más dura es la caída. Te lo digo por experiencia.

—Vale, vale. Lo tendré en cuenta.

Lo digo solo para tranquilizarla. Sé que en parte lleva razón. Cuanto más se ama, más difícil es el desamor. Y sé también que ella lo está pasando mal por Ahmed, porque sabe que no le conviene. Pero eso no significa que a mí me pase lo mismo. Uno, yo no estoy enamorada ni pienso estarlo y dos, no veo ningún inconveniente en dar rienda suelta a mis emociones y disfrutar de la compañía de Bandy siempre que sea posible. En eso estoy pensando cuando oigo una llave en la cerradura de la entrada y a continuación la puerta que se abre. Me apresuro a ponerme en pie antes de que Bandy entre en el salón y me peino el pelo con las manos.

—Hola, chicas —saluda quitándose la cazadora azul y dejándola en la silla.

—Hola. ¿Qué tal el trabajo? —le pregunto mientras me acerco a él.

Le rodeo el cuello con las manos y me inclino un poco para darle un beso en los labios. Bandy aparta la cara y retrocede un paso.

—¿Qué haces?

Me quedo cortada. No esperaba esa reacción por su parte.

—Pues... saludarte.

—Pues no me saludes así.

Me mira fijamente y sus ojos no expresan emoción alguna.

—Patty, tú y yo no somos nada —aclara.

Respiro hondo. En estos momentos quisiera que la tierra me tragase. Siento vergüenza, decepción y rabia al mismo tiempo. Trato de mantener la compostura. No quiero que Bandy se dé cuenta del efecto que han causado en mí sus frías palabras.

—Vale. Lo siento —murmuro disculpándome.

Bandy asiente con la cabeza.

—Voy a prepararme algo de comer. Tengo hambre.

Sale del salón indiferente. Me doy la vuelta y miro a Berta. Me dedica una mirada de compasión y se encoge de hombros.

—No digas nada —le pido.

—No me gusta tener que decirte esto pero... te lo dije.

Oodio esas palabras, odio el error que he cometido al pensar que entre Bandy y yo había nacido algo especial. Oodio haberme dejado llevar por esos sentimientos. Y así, odiando todo, me dirijo a mi cuarto y cierro la puerta con pestillo. No quiero ver a nadie. Necesito estar sola para aclarar mis ideas.

* Jueves 3 de diciembre *

Cuando llego a casa ya ha anochecido. El invierno está llegando y los días cada vez son más cortos. Mientras subo las escaleras sonrío. Es bonito saber que alguien me espera en casa cuando llego del trabajo, aunque se trate solo de amigas. Lo extraño es que nunca me había percatado de ello. Abro la puerta. El sonido del televisor llega a mis oídos. Me asomo al salón.

—Hola, Berta.

—Hola, Bandy —me devuelve el saludo desde el sofá, donde se encuentra tumbada y tapada con una manta hasta el cuello.

—¿Y Patty?

Pregunto por ella casi inconscientemente. Me extraña no verla allí. Ellas dos casi nunca se separan.

—Está en su habitación. No ha salido de allí en todo el día —me explica tranquila, aunque me percato de que lo hace con segundas intenciones.

Dejo la cazadora en mi cuarto y me dirijo al suyo. Me preocupa su comportamiento. Tal vez incluso me siento un poco culpable. Doy un golpe suave a la puerta. No obtengo respuesta. Insisto.

—¿Quién? —grita Patty desde dentro.

—Soy yo. Quiero hablar contigo.

Después de unos segundos oigo el sonido del cerrojo al descorrerse. Abro la puerta y asomo la cabeza.

—¿Se puede?

Patty se tumba en la cama, apoyando la cabeza en el cojín.

—Pasa —me invita, no con demasiadas ganas.

Me siento al borde de su cama, no muy cerca de ella pero tampoco demasiado alejado.

—¿Estás enfadada?

Niega con la cabeza moviéndola de lado a lado.

—¿Te pasa algo conmigo?

Vuelve a negar. Suspiro.

—Joder, Patty, lo siento si te molestó lo que te dije esta mañana. No sabía que te ibas a poner así.

—No me he puesto de ninguna manera. Ya te dije que solo quise saludarte. No volverá a pasar —asegura.

—Es que no estoy acostumbrado a que me saluden de esa forma —me justifico—. Y menos mis amigas.

Levanta una ceja.

—¿Amigas?

—Sí. Somos amigos, ¿no?

—Supongo —murmura.

—Mira, Patty, quiero dejar las cosas claras desde el principio. No quiero compromisos. Lo único que puedo ofrecerte es...

—Sexo —se me adelanta.

—Sí. Tú verás si lo aceptas o no.

Patty guarda silencio. Mira al techo, pensativa e indecisa. Después suspira y me responde:

—Me lo pensaré.

Se incorpora y se sienta, apoyando sus brazos sobre las rodillas. Me observa detenidamente y de pronto me siento incómodo.

—¿Qué piensas?

Se encoge de hombros.

—Que eres el tío más raro que conozco. Eres diferente.

—No sé si debo sentirme halagado u ofendido, pero te diré que tú eres la tía más guapa que he conocido.

—¡Mentiroso!

Me tira el cojín a la cara y lo agarro al vuelo. Una sonrisa se dibuja en su rostro.

—No he conocido muchas...

Me río y ella se ríe conmigo. Vuelve a ser la misma de antes.

—Serás descarado...

De pronto se pone seria.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—La que quieras.

—¿Nunca te has enamorado?

—No —contesto rotundamente—. ¿Y tú?

Le devuelvo la pregunta y ella parece dudar antes de darme una respuesta concreta. Desvía la mirada, fijando sus ojos en la pared. Estamos sentados el uno frente al otro, a tan solo unos centímetros de distancia, pero de repente la siento lejos, ausente.

—Creo que nunca se sabe cuándo se está enamorado de verdad. Debería existir una máquina que dijera si lo que se siente por una persona es amor verdadero o tan solo un capricho, pero lamentablemente no la hay.

Hace una pausa, sin dejar de mirar al vacío. Por un momento creo que ha dado por concluida la conversación, pero de pronto prosigue:

—Sí. He estado enamorada —afirma—. Estuve con un chico cuatro años y lo quise mucho, lo quise con los cinco sentidos. Solo el tenerlo a él me bastaba para ser feliz. En mi mundo no existía nada más.

Escucho atento su confidencia, absorto en la historia que me está contando. Da la impresión de hablar para sí misma. En su voz noto claramente tristeza, melancolía. Algo que yo no he sentido nunca.

—¿Y qué pasó? —me atrevo a preguntar. Quiero saber más sobre ella.

—Se acabó. Se terminó sin ningún motivo exacto. Y eso fue lo peor. Simplemente se nos acabó el amor.

—No creo en esa palabra.

Patty me mira.

—¿En qué palabra? ¿Amor?

Asiento con la cabeza.

—Esa misma. Para mí el amor no existe.

—No deberías decir eso. Algún día conocerás a alguien que te llene de verdad y entonces comprobarás que es bonito querer y ser querido. Es precioso.

Sus palabras suenan convincentes y me gustaría creerlas, pero no puedo. Me

encojo de hombros.

—Parece muy bonito así como lo dices, Patty, pero esas cosas solo suceden en las películas.

Echa la cabeza hacia atrás, pasando la mano por su cabello. Se le escapa una carcajada.

—No hay nada que hacer contigo. Eres un chico duro.

—Ya te he dicho que nunca he querido a nadie. Yo no sé querer. Nadie me ha enseñado.

Sin proponérmelo, esta vez soy yo el que demuestro un toque de melancolía. No he mentado.

—A eso no se enseña, Bandy. Eso nace solo, de aquí.

Me envuelve una mano entre las suyas y la atrae hacia ella, apoyándola en su pecho, en el lugar del corazón. Me siento tentado a seguir hablando, a seguir mostrándole un trocito de mi vida.

—Jamás tuve amor en mi vida —confieso—. Ni siquiera de mi propia familia. No conozco a mi padre y mi madre siempre estuvo demasiado ocupada para hacerse cargo de nosotros. Se marchó de Rumanía y nos dejó con mi abuela. Después de un tiempo mis hermanos y yo vinimos a España para reunirnos con ella, pero mi madre ya estaba casada con un hombre que conoció en este país. Él le daba de todo, pero no quiso aceptarnos en su casa. Alex y Marius se fueron a Bilbao para probar suerte, allí encontraron trabajo en la feria.

* Jueves 3 de diciembre *

Casi no respiro por miedo a perderme una frase de su relato. Estoy absorta en él, casi como si yo misma lo estuviera viviendo.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Qué pasó contigo? —pregunto, curiosa por conocer más sobre su pasado.

—No me quedó otro remedio que buscarme la vida. Imagínate, tenía tan solo 14 años y no sabía ni una palabra de español. Tuve que dormir en la playa de Valencia varias noches. Todavía recuerdo la roca en la que me acurrucaba para no pasar frío...

Sonríe y me extraña comprobar que lo hace, a pesar de lo triste que es su historia.

—Conocí a unos chavalitos allí y nos hicimos amigos. Me enseñaron muchas cosas.

—¿Como qué?

—Pues... me enseñaron a robar para poder comer, a drogarme para olvidar y a vivir el día a día. Pero no me enseñaron a querer.

Otra sonrisa se dibuja en su rostro. Sé que quiere restarle importancia al asunto, hacer que suene menos dramático. No lo consigue. Llegados a este punto estoy profundamente conmocionada. No concibo que un muchacho de su edad haya tenido que pasar por todo eso y haya salido inmune. Me tumbo echando mi cuerpo sobre la cama y le invito a hacer lo mismo.

—Ven.

Bandy obedece. Se acuesta a mi lado y apoya la cabeza sobre su codo. Coge un mechón de mi pelo y juega con él.

—Sé que no es de lo más romántico, pero es más de lo que le he contado a nadie.

Es lo que me basta para decidirme, para desprenderme de todas las dudas que me quedaban al respecto.

—Acepto.

Bandy levanta las cejas, incrédulo.

—¿Aceptas?

—Sí —aseguro decidida—. Sé qué es lo único que tienes para dar. Y lo acepto.

Le doy un beso en la mejilla como prueba de ello. Bandy sonrío, sinceramente contento. Esta vez él me besa, en los labios, un beso suave y tierno.

—¿Puedo dormir contigo? —me pregunta.

Asiento con la cabeza. Bandy se quita la camiseta y la arroja al suelo. Por un instante supongo que va a volver a besarme, buscando ir más allá, a donde hemos llegado ya anteriormente, pero no lo hace. Se limita a incorporarse un momento, agarra la manta que hay revuelta a los pies de la cama y se vuelve a tumbar, tapándonos a los dos. Me rodea con sus brazos, tan fuertes y musculosos. Apoyo la cabeza en su pecho moreno y me acurruco contra su cuerpo. Y, por segunda vez desde que lo conozco, me siento segura y protegida a su lado. Lo que desconozco en estos momentos es que precisamente él podrá ser el causante de todos mis miedos.

* Viernes 4 de diciembre *

Una canción de Puya suena, cada vez con más volumen. Es la melodía de mi

móvil que uso como despertador y me avisa que ya es hora de levantarme y comenzar un nuevo día. Me siento bien aquí, al calor de las mantas y abrazado al cuerpo de Patty, a la cual no he soltado en toda la noche. Hacía tiempo que no dormía tan a gusto, pero ahora debo despertarme si no quiero llegar tarde al trabajo. Estiro el cuerpo desperezándome y me incorporo de un salto. Al ver la pared rosa me percató de donde estoy. He pasado la noche en la habitación de Patty. Recuerdo nuestra conversación. No sé si he hecho bien en permitirle entrar un poco en mi vida, en abrirle mi corazón como no he hecho con nadie. La miro. Duerme despreocupada envuelta entre las sábanas. Sonrío. No... No me arrepiento para nada. Esta chica consigue sacar lo mejor de mí mismo y lo mejor es que lo hace sin proponérselo. Le doy un beso fugaz en la frente y me marcho, con una repentina alegría y más ganas de trabajar que de costumbre.

* Viernes 4 de diciembre *

Me despiertan unos gritos. Al principio creo que se trata de un sueño. Echo un vistazo rápido a mi alrededor y me percató de la ausencia de Bandy. He pasado con él una velada maravillosa y todo ello sin sexo. Aunque soy consciente de que eso es lo único que él ve en mí. Tendré que tener cuidado para no emocionarme demasiado con su compañía. No me da tiempo a seguir dándole vueltas al asunto ya que los gritos vuelven a sonar, llegando fuertemente a mis oídos. Reconozco la voz de Berta y me apresuro a levantarme de la cama. Corro al cuarto de mi amiga, de donde provienen las voces.

—¿Qué pasa? —pregunto entornando los ojos a causa del sueño que tengo todavía.

Los abro como platos al ver lo que está sucediendo.

—¿Qué haces aquí?

Ahmed no me contesta. Dirijo mi mirada a Berta y ella esconde la cara entre sus manos, avergonzada. A pesar de sus intentos de cubrirse, diviso en su chaqueta algo que me impacta y me sobrecoge.

—Berta, ¡tienes sangre! —exclamo asustada.

Niega con la cabeza, sin dejar de taparse el rostro. Me acerco a ella y le aparto las manos bruscamente. Me llevo las mías a la cabeza, sobresaltada.

—No...

No puedo creer lo que ven mis ojos. Mi mejor amiga tiene la cara empapada

de lágrimas. Su boca está hinchada y de ella chorrea un hilito de sangre. Tengo muy claro quién es el culpable.

—¿Pero tú de qué vas?!

Me dirijo a Ahmed completamente fuera de control y le empujo con fuerza, aunque no consigo moverle ni un milímetro.

—¿Qué le has hecho, salvaje?

—Ha sido su culpa —responde tranquilo.

Su indiferencia hace crecer más mi furia.

—¡Eres un bestia!

Me dispongo a empujarle de nuevo pero Berta se adelanta y se interpone en mi camino.

—Déjalo, Patty, por favor —me pide en tono suplicante.

Le acaricio la cara con mis manos, tratando de quitarle todo el dolor. Me las mancho de sangre, pero no me importa.

—¿Qué te ha hecho? Berta, dímelo —le exijo con determinación.

Berta se limpia las lágrimas con la manga de su chaqueta. Sorbe por la nariz.

—Le dije que lo deje, que no aguanto más. Piensa que estoy con otro. Díselo. Dile que no es así.

—¡No voy a decirle nada! —grito—. No tiene derecho a hacerte esto.

Me vuelvo hacia Ahmed y le fulmino con la mirada.

—Voy a contar hasta tres y, como no te hayas ido para entonces, te juro que llamaré a la policía.

Ahmed suelta una carcajada.

—No me iré sin Berta. No me das miedo.

Respiro hondo tratando de mantener el control.

—Sal de mi casa —le pido.

—¿Porque tú lo digas? Fue ella la que me dejó entrar. No vives sola.

—No lo voy a repetir más veces —le advierto—. Llevas mucho tiempo amargándole la vida a mi amiga, pero esta vez te has pasado. O te vas o seré yo misma quien te denuncie por maltratador.

—No lo hagas, Patty —interviene Berta—. Ya se marcha.

Ahmed sigue con lo mismo.

—No me iré de aquí sin ti. Te lo aviso.

Berta asiente.

—Déjame lavarme la cara y cambiarme de ropa y nos vamos —trata de tranquilizarlo.

—¿Qué estás diciendo? No puedes ir con él. ¡Mira cómo te ha dejado! —

Señalo sus marcas.

Berta agacha la cabeza cobardemente. No se atreve a mirarme.

—Es mi novio, Patty —se excusa.

La miro con desesperación. Ahmed sonrío orgulloso de haber logrado su propósito. No puedo permitir que lo haga, me preocupa demasiado la seguridad de mi amiga y no debo dejarla en sus manos. Pero, echando una última mirada a los dos, comprendo que no me queda nada por hacer. No depende de mí su decisión y ella está demasiado nublada por el dolor para actuar correctamente. Se me forma un nudo en la garganta a causa de los nervios, la impotencia y la decepción y, con todo mi dolor, salgo del cuarto y me encierro en el mío dando un portazo. Oigo el sonido de la puerta de la entrada al cerrarse y me tapo las orejas con fuerza. No quiero pensar. No quiero escuchar nada. No quiero llorar, pero lo hago.

* Viernes 4 de diciembre *

Lo primero que escucho al entrar en casa es el silencio. Y digo eso porque no se oye nada. Me extraña tanta calma. Berta y Patty suelen esperarme cuando llego del trabajo para cenar los tres juntos y ya me he acostumbrado a sus risas y sus chismes.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

No obtengo respuesta. El salón está vacío. Echo un vistazo a la habitación de enfrente. ¡Está destrozada! Parece que han venido ladrones. La ropa de Berta está esparcida por el suelo y lo mismo la lámpara de la mesita, o lo que queda de ella. Un mal presentimiento me nubla la mente y de pronto me siento asustado. Corro a la habitación de al lado y abro la puerta sin ni siquiera avisar de mi llegada.

—¡Patty! —exclamo.

Se encuentra tumbada en la cama, bocabajo. Tiene la cabeza apoyada sobre sus brazos y su largo pelo no me deja verle la cara. Me apresuro a acercarme.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —murmura entre sollozos, sin cambiar de postura.

Me siento a su lado con cuidado y le acaricio la cabeza suavemente, dejando que mis dedos se deslicen por su cabello.

—Si necesitas hablar dímelo, ¿vale? Estaré en mi cuarto.

Voy a levantarme para salir y dejarla sola. Creo que es lo que ella desea. Patty se gira despacio y pone una mano sobre mi rodilla.

—No te vayas. Quédate conmigo.

La miro. Sus ojos marrones están hinchados y brillantes por las lágrimas. Apoya la cabeza en mis piernas y encoge su cuerpo. Viéndola así me parece casi una niña, a pesar de los 20 años que tiene, y siento la necesidad de protegerla.

—Berta se ha ido —explica al fin, cuando ya se siente preparada para hablar.

No pregunto. Dejo que ella prosiga.

—Vino Ahmed y se la ha llevado. No puedo creer que me haga esto.

No sé bien a quién de los dos se refiere.

—¿Quién es Ahmed? ¿Su novio? ¿Y con qué derecho se la ha llevado?

Esta vez suelto demasiadas preguntas de golpe pero Patty me responde a todas. Me cuenta la historia de su amiga y ese chico, los continuos insultos y engaños por los que Berta ha tenido que pasar y Patty que ver de muy cerca. Me relata también lo sucedido hoy en mi propia casa. Escucho en silencio, atento a cada palabra.

—Está ciega, Bandy, y me duele no poder abrirle los ojos.

—Comprendo tu rabia, Patty, y también la impotencia que debes sentir, pero no es tu culpa. Métete eso en la cabeza. No puedes ayudarla si ella no se deja.

Mis reflexiones son tristes pero realistas. Me da la razón asintiendo con la cabeza. Se incorpora y se sienta a mi lado.

—Lo siento. Siento que hayas tenido que verme así. He perdido los nervios. No suele pasarme.

—No tienes de qué disculparte. Somos amigos, ¿no? y los amigos se ayudan. Además, no he hecho nada más que escucharte.

Sonríe, aunque puedo ver un toque de amargura en esa sonrisa. Me pongo de pie.

—Ahora tengo que irme. Vuelvo enseguida.

—¿No vas a cenar? —me pregunta.

—No tengo hambre.

Asiente de nuevo. Creo que la idea no le hace gracia pero no pone pega alguna. Se vuelve a acostar y cierra los ojos, parece cansada. La observo antes de irme. Debo darme prisa. Bajo las escaleras rápidamente, casi saltándolas. Una ráfaga de viento me da en la cara cuando abro el portal. Está haciendo mucho frío. Suerte que no me quité la cazadora. El hermoso paisaje que se ve lo compensa. Ha sido el primer día de este año que ha nevado y no ha parado ni un minuto. El suelo está cubierto de nieve y lo mismo pasa con los coches, los bancos y los árboles. Cojo un puñado con mis manos y lo amaso formando

una bola. Me congela las manos pero no me importa. Saco el móvil del bolsillo y escribo rápido:

«Asómate a la ventana. Hay algo que te está esperando».

Cuidando de que no venga ningún coche, me planto en la carretera, mirando hacia arriba. En menos de dos minutos veo su cara. Se asoma con cuidado y me busca con la mirada, asombrada.

—¿Qué estás haciendo? —grita desde arriba.

—Te estoy esperando. Baja —le respondo de igual manera.

—¡Estás loco! Mira cómo nieva. Además, estoy en pijama, no puedo bajar así.

Hago otra bola de nieve y la lanzo en su dirección, con muy poca puntería. Se ríe. Voy por buen camino.

—¡No seas pija! Ponte algo rápido y baja. No tardes —le pido y le exijo, todo al mismo tiempo.

Patty no se hace más de rogar y se introduce veloz en la casa. Sigo entreteniéndome con la nieve, recogéndola y amasándola a mi manera. Oigo la puerta del portal al abrirse. Sin darle tiempo a reaccionar lanzo otra bola, esta vez con mejor puntería.

—¡Ay! —se queja Patty.

Se sacude el cabello meneando la cabeza.

—¡Eres un bruto! —me regaña, pero lo hace con una sonrisa en la cara.

—Eso no es nada. Espera y verás.

Me dispongo a atacarle de nuevo, pero es más rápida que yo. Una bola de nieve me da de lleno en la cara. Escupo. Patty me mira divertida. Por el gesto de su rostro noto que le cuesta mantener la risa.

—¡Te vas a enterar! —le advierto levantando el dedo índice de mi mano con gesto amenazador.

Patty sale corriendo, guapa, alegre. Lleva unos pantalones negros ajustados y una cazadora de cuero del mismo color. Su pelo castaño suelto se mueve con el viento. Se da la vuelta.

—¡Cógeme si puedes!

La alcanzo enseguida. La agarro por la cintura, envolviéndola entre mis brazos.

—¿Ahora qué?

Me observa seria, desafiante, sin miedo.

—Ahora soy tuya.

Por un momento me asustan esas palabras, pero enseguida aparto el miedo.

Se trata solo de una broma.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —prosigue.

Acerco mi boca a su oreja y susurro:

—Quiero desnudarte, aquí mismo, bajo la nieve.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—¡Estás loco!

Nos reímos divertidos y nos abrazamos. Nuestros labios se encuentran y nos fundimos en un largo beso.

—Gracias, Bandy.

—¿Por qué?

Se pone seria. De pronto se me antoja mayor, decidida.

—Gracias por hacerme sentir especial. Gracias por hacerme sonreír cada día. Porque a veces pienso que no puedo ser más feliz, pero lo consigues.

Sus ojos brillan a la luz de la luna con cada palabra que dice. Se me forma un nudo en la garganta. Nunca nadie me ha dicho esas cosas. Jamás me dieron las gracias con tanta sinceridad. No sé qué debo o qué quiero responderle, así que me limito a abrazarla fuertemente y me pierdo en un dulce beso.

* Viernes 4 de diciembre *

Un rato después, ya arriba en su casa, mi casa, arrojó la cazadora al suelo de la habitación de Bandy. Mi ropa está empapada a causa de la nieve y la lluvia. Me deshago de ella, quedándome solo en ropa interior: mi conjunto rosa de tanga y sujetador. Bandy entra en el cuarto. Trae dos cafés que acaba de preparar en la cocina.

—Así quitaremos el frío.

Cuando me ve se queda inmóvil, como paralizado. Juego con un mechón de mi pelo a la vez que le miro fijamente.

—Se me ocurre otra manera mejor de entrar en calor... —insinúa con tono pícaro.

Capta la indirecta. Recorre mi cuerpo con la mirada, con los ojos abiertos como platos, casi sin parpadear. Deja los cafés sobre la mesita y se acerca a mí lentamente, en silencio.

—Me vuelves loco, Patty.

Sonrío, orgullosa del efecto que causo en él.

—Me pasa lo mismo —respondo bajito.

Le doy un beso fugaz en los labios. Bandy me coge la mano y me conduce al

salón. Nos tumbamos en el sofá. Me acaricia, me besa. Y así un beso detrás de otro. Recorre mi cuerpo con sus ojos ardientes de deseo. Luego hace lo mismo con sus dedos. Poso mi mano sobre la suya justo en el momento que se dispone a bajarme el tanguita.

—Apaga la luz —le pido.

Bandy niega con la cabeza, sin cesar de acariciarme.

—No. Quiero verte.

Me besa de nuevo con dulzura. Me aparto un instante.

—Pero me da vergüenza —replico.

—No tienes que tenerla. Patty, eres preciosa.

Sus palabras suenan tan sinceras que no opongo más resistencia. Me entrego a él en cuerpo y alma. Aparto todos mis pudores y decido explorar ese cuerpo que tanto me gusta. Le ayudo a quitarse la camiseta. Deslizo mis manos por su piel. Mis dedos se detienen sobre su tatuaje. Es un gato dibujado en su brazo. Acerco mi cara lentamente y lo beso. Beso también la suave piel de su pecho. La respiración de Bandy se acelera. Me aparto lentamente y asume el control. Se tumba encima de mí y en unos momentos consigue llevarme con él muy alto, hasta las estrellas. Me acuesto a su lado y le doy la espalda. Bandy me abraza por detrás. Sonrío con los ojos casi cerrados, soñando. Berta tenía razón. Me gusta mucho este chico. Me gusta demasiado. No me atrevo a decir la otra palabra que me hace sentir. Es demasiado peligrosa. Quiero tener algo más con él. Quiero ser solo suya y que él sea solo mío.

* Viernes 4 de diciembre *

Qué bien sienta fumarse un cigarro después de hacer el amor... Doy otra calada. Tranquilo, relajado, tumbado en la cama. Oigo el sonido de la ducha. Espero pacientemente a Patty. En cuestión de un par de minutos está de vuelta. Se planta frente a mí, de pie al lado de la cama.

—¿Estoy guapa?

Me mira con los ojos llenos de entusiasmo. No está guapa. Está mucho más que eso. Su pelo castaño le cae sobre los hombros, mojado, recién peinado. No me he dado cuenta en qué momento ha cogido mi camiseta blanca, la que llevaba puesta antes de que ella me la quitara. Ahora está sobre Patty. Le llega casi hasta las rodillas.

—¿Sabes qué se dice? Que cuando una mujer se pone la camisa de un hombre significa que está locamente enamorada de él...

—Si quieres me la quito —replica.

—No. Me encanta verte así —confieso.

Sonríe complacida.

—¿Sabes qué se dice? Que cuando un hombre mira así a una mujer significa que no puede vivir sin ella.

Me causa gracia su respuesta. Me río y ella hace lo mismo.

—No juegues conmigo, Patty —bromeo entre risas—. El último que lo hizo está bajo tierra...

Su sonrisa se hace más grande.

—No te tengo miedo, Bandy. Ya lo sabes —me reta.

Me incorporo de un salto y la agarro con mis fuertes brazos. La levanto en el aire sin demasiado esfuerzo y ella pega un chillido, haciéndose la asustada. Me la echo sobre el hombro. Patty se revuelve y me propina suaves puñetazos en mi espalda desnuda. La tumbo sobre la cama y me inclino sobre ella. Levanto sus brazos a ambos lados de la cabeza y los agarro firmemente con cuidado de no hacerle daño, pero con la fuerza suficiente para que no se me escape.

—¿Y ahora qué?

—Bésame —me pide.

Obedezco y apoyo mis labios en los suyos. Patty abre la boca con delicadeza y me da un fuerte mordisco en el labio superior.

—¡Ay! —exclamo dolorido y me llevo la mano a la boca.

—Nunca podrás conmigo. Tú tienes más fuerza pero yo más inteligencia. Lo

siento.

Se encoge de hombros. Por un segundo siento ganas de reñirle, de advertirle que no vuelva a hacer eso, pero se me olvida al ver su gesto alegre, su perfil delicado y fino.

—Eres peligrosa.

Se sienta enfrente de mí con las piernas cruzadas. Se aparta el pelo que le cae sobre la cara.

—Y tú demasiado inocente.

«Inocente»... Jamás me han nombrado así. Me han llamado de todo menos inocente. La miro. Es preciosa. Mi mente se queda en blanco. Me concentro únicamente en el sonido de su risa, contagiosa, tierna, juguetona. Podría quedarme así, escuchándola y sintiéndola cerca todas las noches, y eso me preocupa.

—Has cambiado mi vida, Patty, y tengo miedo.

Lo suelto en un momento de debilidad y esa frase es verdadera, real, sale de mi corazón. Pero lo digo tan bajito que ella no puede oírme.

* Sábado 5 de diciembre *

—Buenos días, Bandy.

Le doy un suave beso en los labios. No se inmuta. No se mueve. No abre los ojos. Lo zarandeo levemente.

—Venga, dormilón, ya es hora de despertarse. Tienes que ir al trabajo. Dijiste que hoy tenías que terminar de pintar.

—¿Qué hora es? —murmura bajo las mantas.

Le destapo.

—Las 8:00. Ha sonado el despertador hace un rato. He tenido que levantarme para apagarlo y ya no he podido dormir más.

Se levanta de un salto, asustado.

—¡Las 8:00! No me va a dar tiempo ni a desayunar.

Sonrío.

—No te preocupes. Ya lo he preparado todo.

Me mira con gesto sorprendido, con cara de sueño todavía.

—¿A qué te refieres?

—Ve al salón y siéntate en la silla —le mando.

Bandy acepta y me obedece. Me dirijo a la cocina. Vierto el café, aún caliente, en una taza y le añado leche. Poca, como a él le gusta. Un par de cucharaditas de azúcar y listo. Apoyo la taza en una bandeja de plástico que he

encontrado por los armarios y añadido unas cuantas galletas de canela. Voy despacio al salón, agarrando la bandeja con las dos manos para que no se me caiga. Nunca he tenido mucho pulso. Bandy me ve entrar y sonrío, complacido y asombrado a la vez.

—Tengo camarera particular... No está mal —bromea.

—Se dice gracias.

Apoyo el desayuno en la mesa, enfrente de Bandy.

—¿Qué debo darte a cambio?

Reflexiono un instante. Me llevo la mano a la frente con gesto pensativo.

—Un beso. Con un beso me bastaría.

Otra sonrisa se dibuja en su cara. Me encanta hacerle sonreír. Me agarra del brazo y me agacha junto a él hasta que nuestras bocas quedan cerca. Me besa con ternura.

—Gracias, Patty.

Le doy otro beso rápido. Me doy por pagada.

—Desayuna rápido. No vayas a llegar tarde al trabajo.

Asiente y se dispone a tomar el café. Le dejo solo y voy a su habitación. A estas alturas parece también la mía... Quito las sábanas de la cama y pongo unas limpias. Recojo todo y, para cuando Bandy termina de desayunar, ya está el cuarto ordenado. Entra y coge su cazadora azul, la única que tiene y que tanto le gusta.

—Nos vemos a la noche —se despide.

—Vale. Hasta luego.

Bandy sale. Después vuelve a entrar, sonriente.

—Se me olvidaba —me dice.

Y me da un beso en los labios. Un beso corto pero hermoso de todos modos. Al menos para mí. Todo lo que él hace es hermoso.

* Sábado 5 de diciembre *

—No puede ser, Julio. ¡No puedes hacerme esto!

—Yo no te estoy haciendo nada, Bandy. No es mi culpa si no hay más trabajo.

Metó las manos en los bolsillos de mi pantalón de chándal. Camino nervioso de un lado para otro. Mi jefe me mira tranquilamente desde el sillón de su oficina. Me planto enfrente de él.

—¿Y ahora qué hago? No tengo más dinero. ¿Cómo pagaré el alquiler todos los meses? Al estar currando sin papeles no tengo ni paro.

Se encoge de hombros.

—Eso no es cosa mía. Te voy a pagar ahora mismo lo de esta semana y tú verás en qué inviertes el dinero. Mira, Bandy, estamos jodidos. La crisis está afectando y la gente ya no nos llama tanto para pedirnos reformas en sus pisos.

Resoplo. Sé que lleva razón.

—Sabes que estamos contentos contigo —prosigue—. Llevas tiempo con nosotros y me pareces un tío trabajador, como a mí me gustan, pero de donde no hay, no se puede sacar, chaval... Te llamaré en cuanto salga algo.

—Vale, Julio, no te preocupes. Me las apañaré de alguna forma.

Extiendo el brazo y cojo el sobre que me ofrece. Mi sueldo.

—Hasta luego.

—Hasta pronto, Bandy.

Salgo de la oficina. Ya en la calle abro el sobre y cuento los billetes, solo para calcular lo que me va a sobrar, que no será mucho. Vuelvo a entrar, sorprendido. Julio sigue sentado en su sillón. Seguramente, esperaba que hiciera eso.

—¿Qué pasa?

—Aquí hay más dinero del que me tienes que pagar. —Señalo el sobre.

—¿Cómo?

—Pues eso. Tendrías que darme solo 250 euros. Y me has dado 400. Te has equivocado.

Sonríe de nuevo y me percató de que no ha sido un error.

—Déjalo así, Bandy. Llévatelo.

—Pero...

—Ya me lo darás —concluye—. Te lo descontaré la próxima vez que trabajes conmigo.

—¿Es un favor? —pregunto entre sorprendido y agradecido.

—Es una garantía. Una prueba de que seguirás en esta empresa. No le des más vueltas y vete. Tengo cosas que hacer.

—Gracias, Julio —le digo en voz baja, ya que no estoy acostumbrado a usar esa expresión.

—No hay de qué. Ya te he dicho que te lo descontaré.

Levanto la mano despidiéndome y salgo. Me detengo un momento a la vuelta de la esquina de la calle. De repente me siento nervioso. El gesto amable y desinteresado de mi jefe me ha emocionado. No tiene ninguna obligación de preocuparse por mí y, en cambio, lo hace. Algo que no hace ni mi propia madre. A ella parece no importarle mi futuro. Le es indiferente el hecho de que

me he quedado sin trabajo por el momento y con ello sin recursos para vivir. Tengo la mente acribillada de tantas ideas y pensamientos. Decido despejarme. Me lo merezco. Sin darle demasiadas vueltas ni sopesar las consecuencias, entro en el primer bar que veo y pido una caña. La primera de la noche, a la cual seguirán muchas más, y, en poco tiempo, me olvido de mis problemas.

* Sábado 5 de diciembre *

Suena el timbre. Dejo los platos que estoy fregando en la encimera de la cocina y me dirijo a la entrada para abrir la puerta, ya que se trata del timbre de arriba. ¡Qué raro! Bandy siempre entra con sus llaves. Miro por la mirilla antes de abrir por simple precaución. No veo nada, es como si alguien lo estuviera tapando. Abro de todos modos.

—¡Berta!

—Hola, Patty —me saluda tímidamente.

—Pasa, pasa.

—¿Puedo darte un abrazo?

—Claro que sí, amiga, pero te aviso que estoy un poco mojada. —Me señalo los brazos.

Berta se echa a reír. Nos abrazamos. Me estruja fuertemente.

—Vas a dejarme sin aire —bromeo.

—Te he echado de menos, Patty. —Se aparta y me mira a los ojos.

—Vamos, solo han sido un par de días —intento desdramatizar, pero yo también la he extrañado mucho.

Anhelaba hablar con ella, saber que está bien y poder contarle lo feliz que soy al lado de Bandy.

—Vamos dentro —me dice—. Los vecinos se van a enterar de todo...

Nos acomodamos en el salón, sentándonos una en cada sofá.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto directamente sin andarme con rodeos.

Sé bien que si ha regresado a casa es porque algo grave ha sucedido y no hace falta decir con quién.

—Nada en especial. Simplemente me he cansado, Patty. He puesto en una balanza las cosas buenas y malas de mi relación con Ahmed y resulta que las malas superan a las buenas. De hecho, creo que no hay nada bueno entre Ahmed y yo...

Sonríe amargamente. Siento un alivio en mi interior, como si me quitaran un

peso de encima. Me alegro de que, por fin, se haya dado cuenta pero debo cerciorarme.

—¿Estás segura? Son cuatro años juntos. Ahmed vendrá a buscarte. Ese tío está obsesionado contigo.

—Lo sé, lo sé, pero esta vez va muy en serio. He decidido que puedo vivir mi vida sin él. No quiero volver a verlo.

Su voz refleja pena y a la vez orgullo por la decisión tomada. Me levanto de mi sitio y me siento a su lado. Sé que ha sido difícil para ella y quiero aliviar un poco ese dolor. Le cojo la mano con ternura.

—Estoy orgullosa de ti, Berta. Con el tiempo verás que esto es lo mejor que puedes haber hecho.

Asiente con la cabeza. Los mechones de su pelo castaño claro le caen por la cara. Un par de lágrimas descienden por sus mejillas.

—Y lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

Aprieto su mano con más fuerza, deseosa de transmitirle el valor que tanto necesita.

—No estás sola. Estaré a tu lado, Berta. Pase lo que pase, ¿vale?

Asiente de nuevo. Se limpia los ojos con la manga de su cazadora.

—Gracias. —Mira a ambos lados del salón—. ¿Y Bandy?

—Está trabajando. Llegará de un momento a otro. Ya tenía que estar aquí.

—¿Qué tal con él? —se interesa.

Tengo muchas cosas que contarle: como lo bien que me siento cuando estoy entre sus brazos o lo mucho que me ayudó ese día en el que necesitaba con desesperación una mano amiga, un hombro en el que llorar... y sostenerme, pero trato de resumirlo, al menos por el momento. Ya le contaré todo mejor más adelante.

—Creo que puedo decir que estoy muy bien con él. Aún no somos novios, si es lo que quieres saber, pero me trata de maravilla. Todo es bonito cuando estoy con él.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de mi amiga. Al menos la he hecho sonreír y olvidarse un poco de sus problemas.

—Has dicho «aún»... Eso quiere decir que tienes pensado salir con él. Te gusta más de lo que pensaba.

—Bueno... Tiempo al tiempo. No te voy a negar que me gusta. ¡Me encanta! —confieso emocionada—. Ya sé lo que me vas a decir, pero...

Me interrumpe poniendo una mano en alto.

—Patty, esta vez no voy a decirte nada. Sí quiero que te andes con cuidado.

No me gustaría verte sufrir ni que pases por lo que estoy pasando yo, pero si este muchacho te llena tanto, adelante. Lucha por él con todas tus fuerzas.

Su consejo me sienta bien. Necesitaba tanto oír eso. La rodeo con los brazos y le doy un cariñoso abrazo.

—Te quiero, gordis.

Berta se ríe.

—Yo también a ti, enana.

En ese preciso momento se oye la puerta al abrirse. O, más bien, se oye como si alguien intentara abrirla y no encontrara la llave. Berta y yo nos miramos sorprendidas. Voy hacia la entrada para ver qué ocurre. La puerta se abre por fin y, por ella, entra Bandy, tambaleándose de lado a lado.

—¿Qué pasa, Bandy?

Levanta la mano al aire.

—Déjame en paz —me dice.

Se apoya en la pared del pasillo, incapaz de mantener el equilibrio.

—¡Estás borracho! —le reclamo—. No, estás muy borracho.

Me mira a los ojos sin emoción alguna en ellos.

—¡Te he dicho que me dejes en paz! —grita—. No me aburras. No eres nada para mí, ¿te enteras?

Me aparta de un empujón y sigue su camino, en dirección a su habitación. Parpadeo un par de veces tratando de contener las lágrimas. No entiendo. No he hecho nada para que me trate así... Vuelvo al salón en busca de Berta. Ya es la segunda vez que me humilla delante de ella.

—No sé qué le pasa. Estos días no ha estado así —lo justifico sin saber por qué lo hago.

—No te preocupes, Patty. No voy a decirte «te lo dije». Todo lo contrario. Ve donde él y averigua qué es lo que tiene. Tal vez puedas ayudarlo.

No me lo pienso dos veces y hago caso a sus consejos. Le dedico a Berta una rápida mirada de agradecimiento antes de salir y me dirijo al cuarto de Bandy, en el cual se ha encerrado. Abro la puerta sin llamar y me apresuro a entrar. Tengo miedo de su rechazo, pero hay veces que las cosas tienen que hacerse así, sin pensar demasiado. Hay ocasiones que es mejor actuar con el corazón que con la cabeza porque, si no, corres el riesgo de arrepentirte.

* Sábado 5 de diciembre *

—¿Qué haces ahí? —me pregunta Patty.

—¿No lo ves? —le respondo bruscamente.

Estoy sentado en el suelo, al lado de mi cama y apoyando la espalda en ella. Patty se acerca y se agacha frente a mí, de cuclillas.

—Vamos. Tienes que levantarte. No puedes quedarte así toda la noche.

Pone sus manos en mis hombros. Se las aparto.

—No quiero. Déjame en paz —repito aunque mi interior le pide a gritos que no lo haga.

Patty insiste, terca, esta vez sin tocarme.

—No voy a dejarte así. Estás mal.

Agacho la cabeza resignado y apoyo los brazos en mis rodillas.

—¿Qué te ha pasado, Bandy?

No tengo ganas de hablar y mucho menos de recordar que me he quedado sin trabajo.

—Mi vida es una mierda —confieso por primera vez, incluso para mí mismo.

—No digas eso.

—Solo quiero estar solo.

Me cubro la cabeza con las manos. Se me llenan los ojos de lágrimas. Quiero detenerlas. Lo intento con todas mis fuerzas, pero no lo consigo.

—Nunca estarás solo —me promete Patty—. Siempre estaré contigo.

Pone de nuevo sus manos sobre mis piernas. Alzo los ojos y busco su mirada.

—¿Por qué lo haces?

Se toma un pequeño tiempo antes de responder.

—Porque el otro día me ayudaste tú a mí, porque eres bueno aunque te empeñes en parecer lo contrario y porque me importas. Me importas mucho — recalca para dar más intensidad a sus palabras.

Suspiro. Me asusta esa confesión. Nunca he sido importante para nadie y no creo que ello sea una buena decisión para Patty. La miro detenidamente. Es preciosa, incluso con el pelo suelto alborotado y la cara pálida, sin maquillar. Tiene los ojos empañados. Imagino que le ha emocionado mi comportamiento ya que no suelo actuar de esta manera.

—Patty...

Aprieto su mano con fuerza, casi con desesperación.

—Dime.

La vuelvo a mirar. Trato de ver a través de ella, dentro de ella. Su rostro permanece serio y sé que por dentro se siente igual. Recuerdo la noche anterior, bajo la nieve y luego en casa, al cobijo de las mantas y de nuestros

cuerpos. Fue feliz. Estaba radiante de entusiasmo. Haría cualquier cosa para hacerla sonreír otra vez.

—No soy bueno para ti. Siempre hago daño a todos los que me rodean, a los que más quiero. Siempre sufren.

Ignoro el motivo por el cual hago esto, por qué razón la pongo en alerta sobre mis intenciones. Quizás sea porque me importa demasiado.

—No quiero que tú sufras.

Patty me manda a callar poniendo su dedo índice sobre mis labios.

—Shh. No digas nada.

—Te haré daño —le advierto—. Acabarás mal por mi culpa.

Coge mi cabeza entre sus manos y me obliga a mirarla. Sus ojos oscuros reflejan tanta dulzura que duele mirarlos.

—No importa —asegura decidida—. Estoy dispuesta a arriesgarme. Correré todos los riesgos que sean necesarios por ti.

Sus palabras se graban en mi mente. Sé que es sincera, que habla desde lo más profundo de su corazón. Confía en mí como no lo ha hecho nadie. Confía en mí, a pesar de que ni yo mismo lo hago. Y, entonces, me siento dichoso, afortunado. No puedo imaginar algo mejor. Tengo su apoyo, su confianza y su cariño. La tengo a ella. No puedo pedir nada más.

* Sábado 12 de diciembre *

Amo a Bandy con locura y él me ama a mí. Lo sé por la forma en que me mira, por su manera de besarme. Tiene miedo de hacerme daño y eso solo puede ser por una cosa: porque le importo demasiado.

* Miércoles 30 de diciembre *

—Hoy es el último día del año que dormiremos juntos —le recuerdo a Patty.

Se acurruca más junto a mí, aún desnuda bajo las mantas. Alza la mirada buscando la mía.

—Pero no el último día del todo, ¿o sí? —me pregunta con un poco de ansiedad en su voz.

—Puede que sí —bromeo—. ¿Quién sabe? La vida da muchas vueltas.

—Eso es verdad. Pero, si da vueltas, quiero que me las dé contigo —me dice dulcemente.

Acaricio el cabello que le cae por la espalda, despeinado.

—Sabes que no me gusta hablar de eso. Yo vivo el presente, el aquí y el

ahora. Lo demás no me importa.

Suspira resignada y me da la espalda. La abrazo por detrás.

—Lo sé. No es necesario que me lo repitas. Solo somos amigos...

«Amigos», repito en mi mente. Esa palabra suena un poco rara refiriéndose a nosotros. Somos más que eso. Dormimos juntos cada noche y pasamos la mayor parte del tiempo juntos, exceptuando las horas en las que trabajo, ya que Julio me llamó de nuevo para una reforma. Patty y yo compartimos besos, cama y bromas. No sé cómo se le puede llamar a eso.

—Somos... compañeros de piso.

Se gira y me mira fijamente, aparentemente enfadada.

—Eso me gusta aún menos que amigos. Suena a que no somos nada.

Le he repetido varias veces a lo largo de este tiempo que no hay nada entre nosotros. Me he preocupado de dejarle bien claro que jamás me involucraré en algo serio con nadie. No creo en eso del amor y los romances.

—Está bien. Me rindo. Entonces somos... amigos con derecho.

En cuanto lo digo se me escapa la risa. Adivino cuál va a ser su reacción y no me equivoco. Se incorpora y me lanza el cojín a la cara. Se tira sobre mí.

—¡Como vuelvas a decir eso, te hago tragar tus palabras! —amenaza.

Sin gran esfuerzo le doy la vuelta y me pongo encima de ella. La inmovilizo sujetando sus manos con firmeza.

—Como vuelvas a intentar atacarme, me veré en la obligación de castigarte —le advierto fingiendo autoridad y dureza.

—¿Ah, sí? —sonríe sin acobardarse—. ¿Cómo?

Agacho mi cabeza y poso mis labios en los suyos, saboreándolos.

—Así —susurro.

Otra sonrisa en su cara, sexy y juguetona.

—Se me ocurre otra forma mejor... —insinúa.

Es nuestro juego de palabras. Noto que mi deseo vuelve a crecer con rapidez. Le doy otro beso con pasión. Mordisqueo levemente sus labios.

—Enséñamela.

Nos perdemos de nuevo bajo las sábanas, buscándonos el uno al otro y convirtiéndonos en uno solo.

* Jueves 31 de diciembre *

Ha sido la Nochevieja más maravillosa de mi vida. A pesar de no haberla pasado con mi familia a la cual, en el fondo, echo de menos. Olga, la madre de

Berta, me invitó a cenar en su casa. Y aquí estoy con mi amiga, sus hermanos (Bárbara e Isma) y los padres de ellos (Vicente y Olga). Cenamos de todo: langostinos, calamares, sopa de pescado, pollo, turrón, etc.... Y bebemos también mucho. Vicente nos invita a beber con él una botella de vodka y Bandy trae una de whisky. La familia de Berta le ha ofrecido venir después de las 00:00. Empiezo el año de la mejor forma posible, al lado de Bandy. Tenía pensado salir de fiesta con Berta y las demás chicas. Hasta me he comprado un vestido morado, corto y ajustado, especial para la ocasión. Cuando Bandy me vio con él dijo: «Estás perfecta. Me encanta verte así». Y me hizo la mujer más feliz del mundo. Tanto que finalmente decido no salir y ya de madrugada me voy con él a casa. Nos tumbamos en el sofá. Nuestro sofá. Aquel en el que comenzó nuestra historia. Y nos entregamos el uno al otro, sin pudores, sin tapujos. Con la confianza que ya nos hemos regalado mutuamente.

—Feliz año nuevo, mi rumanito.

—Feliz año nuevo, mi española.

* Domingo 3 de enero *

Llevo bastante rato dándole vueltas al tema y es mejor que lo suelte ya.

—Tengo que hablar contigo.

—Dime —me responde desde el otro sofá.

—Patty, apaga la tele —le ordeno.

Ella obedece y aprieta el botón del mando, dejándolo todo en silencio. Solo estamos nosotros dos en casa. Berta ha ido a casa de su madre. Me mira.

—Dime —vuelve a repetir.

Trago saliva. No sé bien por dónde empezar. Me veo a mí mismo en la situación de mi hermano Alex cuando me informó que se marchaba de casa. Me imagino ahora lo que debió costarle darme la noticia, lo mucho que lo habría pensado antes. Pero yo no soy como él, yo tengo más cojones y, si hay algo que me caracteriza, es que actúo sin pensar, como y cuando me apetece. Lo suelto de golpe.

—Me voy de casa.

Patty se ríe como si la idea le hiciese gracia. Me mantengo serio.

—Es una broma, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Va en serio. Muy en serio. Tanto que me marchó este mismo mes. Como mucho en un par de días.

El rostro de Patty palidece.

—Pero, ¿por qué? ¿Y dónde vas a ir?

—Mi hermano Marius viene de Bilbao porque allí ya no tiene trabajo. Se quedará aquí una larga temporada y me voy a vivir con él. Alquilaremos una habitación y la compartiremos.

—Pero no entiendo. ¿Te hemos hecho algo? Y cuando Marius regrese a Bilbao, ¿qué harás con todos los gastos?

Ignoro su primera pregunta y respondo a la segunda.

—Me las arreglaré como he hecho siempre. Ya me conoces. No necesito de nadie para vivir.

Se levanta del sofá. Su asombro ha dejado paso al enfado.

—¡No! No te conozco. No puedes hacernos esto —recrimina.

Me encojo de hombros, indiferente ante su reacción.

—Lo voy a hacer.

Me fulmina con la mirada. Desvío la vista hacia el otro lado del salón. Soy incapaz de mirarle a los ojos.

—¡Tú nos convenciste para mudarnos a esta casa! —exclama fuera de sí y se lleva las manos a la cabeza—. Ahora lo entiendo todo, nos usaste para no perder el piso. Y ahora no puedes abandonarnos a nuestra suerte. Sabes que no podemos pagarlo solas.

Me gustaría decirle que no me importa, no me interesan sus lamentos ni lo que suceda con ella y su amiguita. A mí también me abandonaron varias veces y jamás pedí explicaciones ni me humillé ante nadie. Siempre mantuve la cabeza en alto, precisamente como en este momento.

—Sí puedo, Patty, y voy a hacerlo. Te pido por favor que no me montes ningún numerito. Solo te lo conté para manteneros informadas, para que vayáis pensando y decidiendo si os quedáis aquí u os buscáis otro piso.

Me dispongo a irme, pero Patty da un paso al frente, acercándose un poco más a mí.

—¿Y nosotros?

Comprendo bien lo que quiere decir, lo que quiere saber. Le respondo fríamente, sin piedad ni emoción alguna.

—Entre nosotros no hay nada ni lo ha habido nunca. Fue solo sexo. Lo sabes y lo has sabido siempre.

Estas últimas palabras le han causado mucho daño, lo sé. Le han dolido en lo más profundo de su ser. No ha sido mi intención lastimarla, pero es lo que siento. En este momento solo deseo largarme de aquí y no tener que verla más.

Le dirijo una última mirada y veo en ella incomprensión y sufrimiento. Me observa con desprecio. Orgullosa como es trata de disimular el dolor que siente por mi decisión y mi actitud con ella. Pero sus gestos la delatan. El labio inferior le tiembla. Cierra los puños con rabia tratando de contener las lágrimas que amenazan con salir de un momento a otro. Me mira fijamente y me dice:

—No quiero volver a verte nunca. Fue un error creer en ti.

Doy media vuelta y me marchó con esas palabras que, aunque en este momento no son importantes para mí, me acompañarán durante mucho, mucho tiempo.

* Domingo 3 de enero*

No puedo dormir. Llevo horas dando vueltas en la cama pensando en todo lo que ha pasado recientemente. Por más que busco no encuentro una razón, una sola, para que Bandy haya cambiado tanto conmigo de un día para otro. Las cosas iban tan bien entre nosotros... Llevamos más de un mes juntos. Un mes de risas, de besos y de confianzas. Sé que es poco tiempo, pero a mí me ha bastado para enamorarme. Es la primera vez que me sucede esto y también es la primera vez que lo reconozco, que me confieso a mí misma que, de verdad, estoy enamorada de Bandy, perdidamente enamorada, y no me sirve de nada porque este sentimiento no es correspondido. Una lágrima desciende de mis ojos y moja la almohada. Me acurruco más bajo las sábanas, en mi cama. Bandy está a tan solo unos pasos de mí, durmiendo ajeno a todo en su habitación, en la cual he dormido tantas veces. Está muy cerca, pero a la vez tan lejos... Lo peor de todo es que me equivoqué. Creí que con el tiempo conseguiría ganarme su corazón y no ha sido así. Noté amor en cada beso que me daba, sentí que me quería cada vez que me abrazaba... Y ahora todo se ha roto en mil pedazos porque ha decidido sacarme de su vida de un empujón. Y lo que más me duele es que lo ha hecho sin motivos. Me seco los ojos con la mano y sorbo por la nariz. Llora más, llora con rabia. No puedo permitir que él me vea así. Lucharé por olvidar los pocos pero intensos momentos vividos a su lado. Seré fuerte, me cueste lo que me cueste. Siempre lo he sido.

* Domingo 3 de enero *

No puedo dormir. No consigo quitarme la cara de Patty de mi mente y el desprecio con el que me miraba. Ella no entiende que es mejor así. Algún día

me lo agradecerá. No tengo nada bueno que ofrecerle. Mi vida está rodeada de conflictos y amargura. Tengo un don que me permite hacer mal, causar daño a los demás. A veces sin proponérmelo. Me iré de esta casa y todo quedará en el pasado. No me asusta quedarme solo. Así he estado siempre y chicas como Patty hay muchas... Tal vez incluso mejores. Me doy la vuelta dando la espalda al sitio que ocupaba ella en mi cama. Estoy seguro de que para ella solo he sido un capricho. Estoy seguro de que se le pasará pronto y lo olvidará todo.

* Domingo 10 de enero *

Me siento en la silla de mi cuarto y juego con los dedos de mi mano, visiblemente nerviosa.

—Pero no lo entiendo —comenta Berta desde la otra punta de mi habitación—. Algo ha tenido que pasar para que Bandy tome esta decisión.

—Pregúntale a él.

—Ya lo he hecho —me responde—. Y, a pesar de haber pasado ya una semana, sigo sin comprender qué es lo que sucede. Ni siquiera a mí me habla.

Me encojo de hombros.

—No puedo hacer nada. Él sabrá lo que quiere con su vida. Por mi parte no quiero hablar más de esto.

Berta comprende y guarda silencio. Me conoce lo suficiente y sabe que este tema me hace daño, así que cambia de conversación apresuradamente:

—Me ha llamado Carlos. Dice que quiere verme.

—¿Cuál? ¿El boliviano? ¿Y qué vas a hacer? —le pregunto, aliviada por poder centrar mis pensamientos en alguien que no sea Bandy, aunque sea por un momento.

—Pues no lo sé. Es muy reciente mi ruptura con Ahmed y tengo miedo de volver a sufrir, pero Carlos me gusta mucho. Lo conozco hace tiempo y jamás pensé que yo también le gustaba.

Sé que Berta espera de mí un consejo, anhela ese pequeño empujón que necesita para lanzarse a los brazos de Carlos.

—No soy la más indicada para darte consejos —admito—. Por dejar el miedo a un lado y arriesgarme a vivir lo que sentía, mira cómo he acabado; pero supongo que no todos tienen por qué ser iguales. Al menos eso espero.

Berta reflexiona un momento sobre lo que le he dicho. No le da tiempo de darme su opinión al respecto porque el sonido de un golpe en la puerta interrumpe nuestra charla. Nos giramos ambas mirando hacia la puerta

cerrada. Se abre despacio y por ella aparece Bandy. Va vestido con unos pantalones negros y una camiseta azul que le marcan sus fuertes brazos, esos que tanto me encantan. No puedo evitar que mi vista se dirija a su mano derecha, con la cual agarra una maleta. En su espalda hay colgada una mochila. Suspiro. Ha llegado el día.

—Hola, chicas.

Trago saliva tratando de disimular mis nervios y miro para otro lado.

—¿Ya te vas? —se atreve a preguntar Berta.

Siento ganas de taparme las orejas como una niña pequeña. No quiero escuchar la respuesta.

—Sí. Venía a despedirme de vosotras.

Respiro hondo. Me levanto de la silla y me dirijo a la ventana. Miro al exterior observando la calle y la gente que pasa por ella. Necesito entretenerme con lo que sea o me echaré a sus brazos y le rogaré que no se vaya, que no me deje sola.

—Bueno, Bandy, espero que volvamos a vernos y que te vaya muy bien —le desea Berta.

—Gracias. Lo mismo os digo. Cuidaos mucho. Ya tengo que irme que me esperan mis hermanos abajo.

Por unos segundos pienso que ya se va, que oiré el sonido de la puerta al cerrarse, apagando así todas mis esperanzas. Su voz ronca llega a mis oídos desde mi espalda.

—Patty —me llama.

Me giro lentamente. Encuentro la mirada de él y se la aguanto. Con firmeza. Con dignidad. Hago un esfuerzo enorme para no romper a llorar desconsoladamente.

—Te deseo lo mejor. Espero que seas muy feliz.

Sus palabras son tan sinceras que me lastiman. El corazón me da un vuelco. Aparto mi mirada de la suya y le vuelvo a dar la espalda. No tengo valor para mirar a esos ojos azules. No podría resistirlo.

—Lo mismo te digo —le respondo como puedo.

No añado nada más, no me vuelvo para verlo una vez más, una última vez más. Me mantengo inmóvil en la misma posición, inmersa en mi mundo para no sentir nada. Cuando oigo la puerta del portal, miro hacia abajo desde la ventana, casi por instinto. Lo veo saludar a sus hermanos, lo veo sonreír, con esa sonrisa que hace daño y lo veo marcharse con ellos, alejarse de mi casa y de mi vida a pasos agigantados. Berta se acerca a mí, se pone a mi lado y me

abraza, deseosa de compartir este momento conmigo. Aprieto sus manos con fuerza sin dejar de observar ese punto de la calle por el que Bandy ha desaparecido ya. En silencio, las lágrimas caen una detrás de otra sin detenerse. No lo evito. No lucho contra ellas. Berta permanece así, a mi lado, por un largo rato. No dice nada. Es consciente de que nada de lo que diga en estos instantes conseguirá calmar mi dolor. No servirían de nada los reproches como «te lo dije» o los típicos ánimos como «lo superarás pronto, hay más chicos». Solo yo misma puedo luchar contra mi tristeza y, para eso, debo empezar por meterme de lleno en ella. Lamentablemente, sé que el camino no ha hecho más que comenzar.

* Jueves 11 de febrero *

Llevo los cubiertos con los que he cenado a mi cuarto. Hoy no me apetece fregar. Estoy cansado por el largo día de trabajo que he tenido y, si los dejo en la cocina, mis compañeros de piso me echarán la bronca. No soporto las normas pero, ya que estoy viviendo en una habitación alquilada, no me queda más remedio que aceptarlas. Aún es pronto para dormir. Marius se ha ido ya a Bilbao y me aburro mucho solo. Enciendo la música en mi móvil y me acuesto, enchufo los auriculares y me los pongo en las orejas. Dama y vagabundo inunda mis oídos y mi mente. Me envuelve con su ritmo y con sus palabras: «Tú eres la dama, yo un vagabundo». Miro al techo del que ahora es mi cuarto. Solo en esta cama, recordando. De repente, me siento triste. Me incorporo y cojo el paquete de tabaco de mi mesita de noche. Lo vuelvo a dejar en el mismo sitio. Ni siquiera me apetece fumar... No tengo ganas de nada. Bueno, sí, de una cosa. Tengo ganas de verla. De saber qué tal está y cómo le ha ido sin mí. Casi instintivamente busco su nombre en mi agenda y, sin pensarlo demasiado, aprieto el botón de llamar.

* Jueves 11 de febrero *

Estoy a punto de quedarme dormida cuando mi móvil vibra desde la mesita emitiendo la canción de Malú que tengo como tono de llamada: Blanco o negro. Estiro la mano y lo busco a tientas. ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! En la pantalla puedo leer el nombre de la persona que me robó el corazón. El causante de todos mis desvelos nocturnos en el último mes. Debo de haberme quedado dormida y esto formará parte de mi imaginación.

—¿Quién? —contesto indecisa, aun sabiendo quién responderá.

—Hola. ¿Qué haces?

Solo eso. Una simple pregunta después de todo el tiempo que llevamos sin hablarnos, sin vernos. A pesar de todo, contesto con aparente calma.

—Intentaba dormir. ¿Y tú?

—Lo mismo, pero no puedo.

Silencio. Ignoro el motivo de su llamada y, ahora mismo, no sé decir si oír su voz me causa emoción o dolor, solo sé que estoy muy nerviosa.

—Bueno, solo quería saber cómo estás —se despide.

Va a colgar... Se me forma un nudo en el pecho y antes incluso de pensarlo, lo suelto:

—¡Bandy!

—Dime.

—Quiero verte.

Otro silencio.

—¿Estás segura?

—Sí —me limito a decir.

—Vale. En diez minutos estaré en tu casa. Chao.

No cuelgo hasta que lo hace él. Creo que he cometido una locura, un error tremendo. Él decidió alejarse de mi vida sin motivos y a cambio le abro las puertas de mi casa y de mi corazón aun a sabiendas de que puede romperlo de nuevo. Inspiro profundamente y me levanto de la cama. Debo darme prisa en ponerme algo decente y peinarme antes de que Bandy llegue. Deseo muchísimo volver a verlo, de eso estoy completamente segura.

* Jueves 11 de febrero *

Miro la hora en la pantalla de mi móvil mientras camino a paso apresurado. Las 2:00 de la madrugada. Me quedan pocas horas para dormir y, sin embargo, me encuentro de camino a casa de Patty, guiado por un deseo incontrolable que se ha apoderado de mí de repente. Le hago una perdida al móvil como señal de que ya he llegado. En menos de un minuto se oye cómo alguien descuelga el telefonillo y se abre la puerta. Subo las escaleras pensativo. Se me hace extraño ser el visitante en la que un día fue mi casa, antes que la de ellas. Llego arriba, casi jadeando. Patty me espera en la entrada.

—No recordaba lo que es subir tantos pisos andando... —digo como saludo.

—Hola, Bandy. No hagas ruido. Berta y Carlos están durmiendo.

—¿Quién es Carlos?

—Su novio —me informa—. Llevan juntos casi un mes, desde que te fuiste...

Se da media vuelta, tal vez avergonzada de haber sacado ese tema. La sigo sigiloso hasta su habitación.

—Este es mi cuarto...

—Sí —asiente Patty—. Me cambié porque es más grande que el que ocupaba yo.

Trata de justificarse inútilmente, pues los dos sabemos que lo hizo en un intento desesperado por recordarme, por sentirme cerca. Hago como que le creo. Me siento en el borde de la cama.

—¡Ah!

De pronto no sé qué decir. La tengo cerca de nuevo y es lo que anhelaba. Viéndola así, como antes, con su pelo largo cayéndole por la espalda y su cuerpo fino y delicado no puedo evitar que el deseo se adueñe de mí.

—¿Ya me has encontrado sustituto? —pregunto realmente interesado.

Patty meneaba la cabeza de lado a lado, aún de pie y con los brazos cruzados.

—¿Cómo crees? No tengo una fila de hombres esperando por mí...

—Me alegro —le digo con sinceridad.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Ven, siéntate aquí conmigo —le pido.

Obedece sin rechistar y se sienta a mi lado.

—¿Y tú? ¿Has estado con alguien?

Niego con la cabeza.

—Con ninguna. Tú fuiste la última. —En esto también soy sincero.

—No sé si creerte... ¿Ni un beso?

—Ni un beso. Ya ni siquiera recuerdo cómo se besa...

Se le escapa una carcajada.

—¿Me enseñas? —le propongo con picardía.

Patty me mira fijamente. Su cara está muy cerca de la mía. Emite un suspiro, cierra los ojos y se acerca lentamente. Me pierdo en un dulce beso y en todo lo que le sigue después. Y esa noche, entre besos y caricias, es como si el tiempo no hubiera pasado. Al menos para nosotros.

* Lunes 15 de febrero *

Miro el teléfono una vez más. No suena por mucho que lo deseo. Han pasado cuatro días desde mi encuentro con Bandy. Esa noche me sentí feliz de nuevo, volví a tener alegría por vivir, a su lado, pero todo se desvaneció al amanecer

cuando él se fue. Dejó un vacío inmenso dentro de mí y una ansiedad que no me ha abandonado en las últimas 48 horas. En ese momento suena el timbre de casa y de un salto me levanto del sofá. Cruzo los dedos con fuerza y me dispongo a salir de dudas, pero Berta se me adelanta y descuelga el telefonillo.

—¿Quién es? —le pregunto con un tono de voz casi desesperado.

—Bandy. Ya le he abierto.

Mi amiga me mira con un gesto que no logro entender. Puede que sea de reproche. Sé que no está de acuerdo con mi repentina reconciliación con Bandy. Aparto esos pensamientos de mi mente y me dirijo a mi cuarto, donde lo espero. Entra tranquilo. Se quita la cazadora azul y la deja en la silla.

—Lo siento por llamar tan tarde. No tengo saldo y pasaba por aquí... —se disculpa.

—No pasa nada. Estaba despierta, viendo la televisión.

No añado que no necesita tener ninguna excusa para venir a verme. Lo espero siempre con los brazos abiertos y él lo sabe, tanto o mejor que yo.

—¿Qué has hecho el finde? No me has llamado —el tono de mi voz suena a reproche a pesar de que no me propongo que así sea.

—Me fui a Madrid con Alex a ver a mi madre. Ya sabes que ahora vive allí.

Asiento y no puedo evitar sentir un poco de culpabilidad. Sé que quiere a su madre aunque no lo demuestre verbalmente. ¡Y yo que incluso me había enfadado por no recibir noticias suyas!

—¿Y Ana fue con vosotros?

—Sí. Y también una amiga suya. Creo que la conoces. Se llama Anca.

Una punzada de celos me atraviesa el corazón.

—¿Anca la rumana?

—Esa misma —afirma Bandy.

Emito un suspiro. Sé bien quién es esa chica. La conozco solo de vista pero los rumores que corren sobre ella no son precisamente buenos... Se cuenta por ahí que se ha acostado con la mitad del barrio.

—¿Y con quién ha dormido ella? Porque supongo que Alex dormiría con su novia... —deduzco nerviosa y con un repentino presentimiento.

—Conmigo. Dormimos los cuatro en la habitación de invitados. Hay dos camas allí.

Me levanto de la cama y me pongo de pie junto a la ventana. Me inquieta el solo hecho de imaginar a Bandy tumbado con esa chica en la misma cama pero trato de disimular y conservar la calma.

—Si lo que quieres es saber si tuve algo con ella te diré que sí. Nos liamos.

Respiro hondo. Casi tengo que agarrarme a la pared para no caerme.

—¿A qué te refieres con «liaros»? —pregunto con toda la serenidad que puedo aparentar.

—No me acosté con ella, Patty, solo nos besamos. Soy hombre y la carne es débil... No soy de piedra. Hubo un poco de toqueteo y no pasó nada más porque estaban Alex y Ana durmiendo en la cama de al lado.

Trago saliva y cuento mentalmente hasta diez tan rápido como puedo. Es inútil. No funciona. No me alivia el dolor que me causa el relato de Bandy.

—¿Te parece normal contarme esto a mí?

Se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Somos amigos.

Otra vez esa palabra. Esa maldita palabra de la que tuve que haber huido la primera vez que la mencionó... No sé si debo alegrarme por el hecho de que no sucedió nada más íntimo entre Bandy y Anca o enfurecerme por haberse atrevido a probar los labios de otra mujer que no sea yo. Si me cuenta todo esto con tanta tranquilidad es porque no le importa en absoluto perderme. De una manera o de otra, esa noche también le permito quedarse en mi casa a dormir, en mi cuarto, en mi cama, y conmigo sí sucede algo muy íntimo. Tanto que por momentos me hace olvidar todo el daño que me ha provocado recientemente.

* Viernes 19 de febrero *

Apago el grifo de la ducha y me envuelvo el cuerpo con la toalla. Corro hacia mi cuarto y descuelgo el móvil justo a tiempo.

—¿Sí?

—Hola, Bandy.

En la pantalla aparece un número fijo. Debe de estar en una cabina.

—Dime, Patty.

—¿Qué haces?

—Pues... me estaba duchando y enseguida saldré un rato.

Patty carraspea al otro lado de la línea y al fin se atreve a proponer:

—¿Quieres venir hoy a mi casa? Berta ha salido con su novio y estoy solita.

—Lo siento pero no va a poder ser. Ya he quedado.

—¿Se puede saber con quién?

—Voy a tomar algo con Anca. Y, por favor, Patty, no me agobies. Tú y yo no

tenemos nada. Otro día te llamo, ¿vale?

Creo que Patty se ha quedado tan cortada que no sabe qué responder. Se limita a despedirse con un seco:

—Chao entonces.

Me quedo reflexionando unos instantes antes de volver a la ducha. No sé por qué motivo le he mentado, por qué razón me he inventado una cita con Anca. Esa chica no me importa lo más mínimo. No me agradó en absoluto su forma de besar ni nada de lo que a ella se refiere. Ni siquiera deseo volver a verla, pero así es más fácil. Mientras que Patty reciba indiferencia de mi parte, no correré riesgos. Ya que ella no es capaz de mantener las distancias necesarias entre nosotros, tendré que hacerlo yo. Terminó de bañarme y me meto en la cama, ignorante del destrozo que he provocado por mi absurda mentira.

* Viernes 19 de febrero *

La cabeza me da vueltas. Llevo casi una hora deambulando por las calles de mi barrio, repitiendo varias veces los mismos caminos. No quiero meterme en casa. Tengo miedo de los recuerdos que me esperan allí, del sufrimiento que me causa el saber que Bandy va a ver a otra. Él, que pensaba que era solo mío... Camino a ciegas. Casi no veo ni escucho nada. Una voz me saca de mi atolondramiento.

—¡Ey, Patty! ¿Qué haces por aquí?

Entorno los ojos y vuelvo a la realidad. Solo entonces me percató de quién se trata.

—Hola, Romín. ¿Qué tal? Yo... estaba dando una vuelta. ¿Y tú?

—Más de lo mismo. En realidad he bajado a comprar tabaco y a ver si me encontraba a alguien conocido. No me gusta estar solo en casa.

Observo a Romín con atención. Tiene la piel blanca y los ojos claros, rasgos típicos en los chicos de nacionalidad rumana, pero hay algo en él que llama la atención y atrae. Si no fuera porque es amigo de Bandy...

—¿Ibas a algún sitio en especial? —me pregunta.

Me sonrojo levemente. Por un momento me da la impresión de que me ha leído el pensamiento.

—La verdad es que no. No tengo nada que hacer.

—¿Quieres venir un rato a mi casa? —me ofrece con tranquilidad, como si fuese lo más normal del mundo.

Estoy a punto de darle un «no» rotundo como respuesta, pero algo me

detiene. No lo conozco suficiente, apenas he hablado con él en las contadas ocasiones que venía a nuestra casa a visitar a Bandy...

—No sé —dudo.

—Como tú quieras.

Romín sonrío y es su sonrisa preciosa y las palabras de Bandy las que me ayudan a dar el paso. Sus palabras resuenan en mi cabeza. «Voy a tomar algo con Anca». «Tú y yo no tenemos nada». Tengo que borrarlas de mi cerebro como sea. Le devuelvo la sonrisa a Romín.

—¿Por qué no? Me parece una buena idea.

Romín se ríe y en su mirada distingo entusiasmo. Puede que también satisfacción. Me dirijo a su casa, guiada por él, ya que no conozco su dirección. El camino se me hace corto gracias a sus bromas y a sus risas. Es realmente un chico muy simpático. Qué pena que Bandy no sea así. Al menos no ahora. Antes sí lo era. Es justo en ese momento en que Romín y yo nos disponemos a entrar a su portal cuando una voz ronca nos llega desde atrás.

—¡Romín!

Por un segundo me temo lo peor. Me doy la vuelta lentamente.

—¡Marius! —saluda Romín.

Marius me mira fijamente. Busca mi mirada y yo la aparto, un tanto cohibida por el hecho de que me haya pillado con el mejor amigo de su hermano. Él está al tanto de todo.

—¿Qué hacéis? —pregunta.

—Vamos a mi house a tomar algo. ¿Te apuntas? —le invita Romín con naturalidad.

Sé a ciencia cierta que desea tanto como yo una respuesta negativa y, por suerte para nosotros, así sucede.

—No, gracias. Llegué hace poco de Bilbao y tengo que ir donde mis hermanos.

Al pronunciar esa última palabra clava su mirada en mí. Actúo como si la conversación me resultase indiferente, manteniéndome al margen.

—Bueno, Marius, cuídate. Llámame en estos días, ¿vale? —lo despide Romín.

Marius se va no sin antes dirigirnos una última mirada, tal vez con la intención de adivinar nuestras intenciones, el motivo por el que Romín y yo nos encontramos subiendo juntos a su casa. Suspiro aliviada en cuanto me veo libre de su presencia.

—¡Uff! Pensé que no se marchaba nunca...

—Yo también —responde Romín—. Menudo pillote nos ha hecho. Se le ha quedado una cara cuando nos ha visto...

—¿Solo eso? Ahora correrá a contarle todo a su hermano.

—No lo hará.

Me irrita tanta seguridad por su parte.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque conozco a Marius. Somos amigos desde hace años y confío en él plenamente. No me delatará. Y aunque lo hiciese, ¿qué más te da? Tú no estás con Bandy.

Medito sus palabras en el transcurso del ascensor. Lleva razón. Así como yo no tengo ningún derecho sobre Bandy, él tampoco lo tiene sobre mí.

—Bueno, cambiemos de tema. Cuéntame algo.

Romín sonrío y me invita a entrar a su casa. Cierra la puerta tras de mí.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Me lleva a su habitación y me siento en la cama mientras él se va a la cocina. Vuelve con dos vasos de Coca-cola.

—Los dejo aquí, por si te apetece luego.

—Gracias.

Enciende la televisión que tiene en la mesita de enfrente y se acuesta en la cama.

—Puedes tumbarte —me invita—. No muerdo.

Obedezco y me tumbo a su lado, un poco cohibida todavía. La cama es bastante estrecha y estamos muy cerca el uno del otro. Demasiado.

—¿Puedo abrazarte?

No digo nada porque no sé bien qué responder. Romín toma mi silencio como una respuesta afirmativa y me rodea con sus brazos. Levanto la cabeza levemente y la apoyo en su hombro.

—¿Estás bien así?

—Sí —murmuro.

Estoy bien, estoy muy bien. Tanto que tengo ganas de besarle. Me sorprenden mis sentimientos pero me controlo. Una vez más Romín parece poder leerme los pensamientos o tal vez simplemente siente los mismos deseos que yo. El caso es que voltea su cara, se inclina lentamente y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, me besa. Al principio me quedo inmóvil, no me aparto, pero tampoco participo en ese beso inesperado. Poco a poco me voy soltando. Me relajo y me concentro en él y en el momento. Pasamos un largo

rato así, besándonos mutuamente. Romín baja su mano lentamente, casi sin rozar apenas mi piel. Me acaricia la tripa suavemente y sigue, buscando algo más.

—Romín —susurro entre un beso y otro.

—Dime.

—Esto no está bien.

Aparta su cara de la mía y me mira, con los ojos aún ardientes por el deseo.

—Me gustas desde hace tiempo, Patty. Cuando iba a casa de Bandy siempre me fijaba en ti, pero nunca me atreví a decirte nada.

Cierro los ojos con fuerza. Me cuesta asimilar la información y no sé si quiero seguir escuchando. Me dejo besar de nuevo y trato de olvidar todo lo demás, incluido a Bandy. Romín me acaricia con ternura y al mismo tiempo con pasión. Quiere más y yo también, pero una voz interior me incita a parar. Disfruto con cada caricia suya y siento la calidez de su aliento mezclándose con el mío. Consigo relajarme hasta que siento la mano de Romín indagando entre mis pantalones, buscando la cremallera para desprenderse de ellos. Pongo las manos en su pecho y aprieto firmemente.

—Si quieres paro —me dice Romín con la respiración acelerada.

De nuevo no respondo. Me siento incómoda en esta situación, en un lugar que no me pertenece.

—Patty —insiste—. No voy a hacer nada que tú no quieras.

Lo miro fijamente y me cuesta mantenerle la mirada.

—No puedo... No puedo hacerlo.

Romín se aparta y se acuesta a mi lado. Apoya la cabeza en su codo y me observa.

—No pasa nada. Lo entiendo.

De pronto me siento mal, tal vez culpable por haber llegado tan lejos, por haberle hecho creer que podía pasar algo más entre nosotros.

—Lo siento —me disculpo en voz bajita.

—No pasa nada, ya te lo he dicho. No te preocupes.

Me dedica una sonrisa preciosa y transparente que me tranquiliza. Su forma de ser y de comportarse conmigo me hace sentir bien. No ha sido culpa suya, sino mía por pensar que podía sentir de nuevo esa pasión que tenía en otros brazos. Le doy la espalda y me acurruco más contra su cuerpo, encogiéndome en un gesto inconsciente por evitar mis sentimientos. Romín me acaricia el pelo tiernamente y es entonces, con ese simple gesto inocente por su parte, cuando mis emociones se desbordan y salen a la luz. Se me llenan los ojos de

lágrimas al recordar momentos parecidos al lado de Bandy, al darme cuenta de que, desgraciadamente, él es el hombre que amo y con el que desearía estar ahora y siempre. Me cubro la cara con los mechones de mi cabello suelto en un intento de esconder mis lágrimas ante Romín, de tapar mi debilidad. Él no dice nada y me abraza por detrás, con cariño, con un gesto generoso de amistad, y se lo agradezco, porque él no tiene la culpa de nada. Cierro los ojos de nuevo y me rindo al sueño, durmiendo por primera vez con otro hombre después de Bandy y ni más ni menos que con su amigo.

* Sábado 20 de febrero *

En cuanto he visto su mensaje me he percatado de que algo grave pasa, quizás solo es un presentimiento, pero lo cierto es que me han sorprendido sus palabras.

«Te espero en mi portal en media hora. Tengo que hablar contigo».

En circunstancias normales pasaría de ella olímpicamente, pero lo cierto es que me intriga tanto misterio. Dicen que la curiosidad es el sentimiento más fuerte del ser humano y deben estar en lo cierto, ya que me muero de ganar de averiguar a qué se debe tanta urgencia. Salgo de trabajar y voy directamente hasta mi casa, me visto a toda prisa y acudo a su encuentro. Patty se encuentra ya allí, sentada en el banco que hay al lado de su portal, fumando tranquilamente un cigarrillo.

—Hola —saludo secamente.

Levanta la cabeza.

—Hola, Bandy.

—¿Qué quieres? —le pregunto directo, sin andarme con rodeos.

—Siéntate.

—¿Qué quieres? —repito.

No me agrada tanta espera.

—¿Qué te pasa conmigo? ¿Por qué te comportas así?

Me encojo de hombros.

—No me comporto de ninguna manera, Patty. Me has mandado un mensaje diciendo que quieres hablar conmigo y aquí estoy, habla.

Patty se muerde las uñas en un gesto claro de nerviosismo.

—Estás raro conmigo. Imagino que ya te has enterado. Ya te lo ha contado Marius, ¿verdad?

Ahora sí que no entiendo nada. Esta chica debe haberse vuelto loca de

repente.

—No sé de qué hablas. ¿De qué me tengo que enterar?

Patty palidece y acto seguido se pone colorada, inquieta y avergonzada. Se levanta y se cruza de brazos.

—Entonces, aún no lo sabes. No sé, igual es mejor dejarlo así. Total, no tiene importancia.

Se echa para atrás, quizás arrepentida de la decisión que había tomado, pero ahora ya es tarde. No me gusta que me dejen las cosas a medias. Doy un paso al frente y me sitúo lo suficientemente cerca de ella. La miro fijamente.

—No, Patty, ahora me lo dices. ¿Qué es lo que se supone que tendría que haberme contado mi hermano?

En sus ojos veo miedo e indecisión. Agacha la cabeza y dirige su vista al suelo, incapaz de aguantar mi mirada.

—Ayer pasó algo... Marius me vio...

—Habla de una vez —le exijo, empezando ya a ponerme nervioso.

—Marius me vio subir a casa de Romín. Pensé que te lo diría y preferí hacerlo yo primero.

Trago saliva, incapaz de creer lo que estoy oyendo. Patty con Romín... No, no tiene sentido.

—¿Qué hacías tú con Romín?

—Me encontré con él en la calle. Me sentía mal y me propuso ir a su casa... Acepté porque no tenía nada que hacer y me sentía sola.

Inspiro profundamente. Me está dando demasiadas explicaciones que realmente no me interesan lo más mínimo. Solo hay una cosa que quiero saber.

—¿Qué pasó entre vosotros?

Patty se aparta el pelo de la cara y suspira, confusa.

—No sé para qué quieres saberlo.

—Contéstame, Patty. ¿Pasó algo entre vosotros?

Mi tono de voz es tan firme y autoritario que no le dejo lugar a resistirse. Levanta la cabeza y me responde:

—Sí. Nos estuvimos besando y dormimos juntos. Pero no pasó nada más que eso.

Sus palabras me caen como un jarro de agua fría. No comprendo lo que está sucediendo en mi interior porque miles de emociones se mezclan entre sí y me impiden pensar con claridad.

—¿Te acostaste con mi amigo?

—¡No! —se apresura a exclamar—. Ya te he dicho que no pasó nada más.

Solo nos besamos y pasamos la noche juntos. Al fin y al cabo tú hiciste lo mismo con Anca...

Se me escapa una carcajada irónica y falsa. Si no entiendo mal Patty me está reclamando, chantajeando también. Decido mantener la calma e ignorar completamente el tema.

—¿Sabes qué te digo? Que no me importa para nada lo que hayas hecho con Romín. Por mí como si duermes todos los días con él... Para la próxima vez no te quedes solo a medias, anda, que no tengo ningún problema en compartirte, no soy egoísta.

A Patty le cambia el gesto de la cara, pasa de estar inquieta a confusa, después se hace la ofendida.

—¿Qué estás diciendo, Bandy? No hables así. No soy un juguete para andar pasando de mano en mano.

Pongo un mohín burlón, actuando como si la escena me hiciese gracia.

—Pues es lo que parece.

—Entonces no te importo. Si te da igual que me líe con Romín eso significa que no sientes nada por mí —dice, más para sí misma que para mí.

—Eso ya deberías saberlo hace tiempo.

Patty me dedica una mirada extraña. No es de enfado ni de reproche, sino más bien de impotencia, de frustración. El labio inferior le tiembla y supongo que de un momento a otro se echará a llorar, pero no aparta sus ojos de los míos hasta que yo lo hago.

—Si no tienes nada más interesante que contarme, me largo. Y para otra vez, piénsatelo bien antes de buscarme para estas tonterías.

No le doy oportunidad de replicar ni tampoco de despedirse. Aligero el paso alejándome veloz de su lado. Sigo caminando hasta llegar a mi casa pero no me detengo ahí. Decido dar un par de vueltas sin rumbo fijo al frescor de la noche. Necesito poner en orden mis ideas. Las palabras de Patty retumban en mis oídos, ensordeciéndome y agrandando mi furia a cada segundo que pasa, a cada paso que doy. Me la imagino en brazos de Romín, confiada y entregada a él, a ese que decía ser mi amigo. No ha dudado un momento en traicionarme. Reconozco que Patty no es mi novia y todos los que nos rodean saben que solamente nos une una relación sexual, pero los que de verdad me conocen saben que en medio de todo eso se esconde algo más. O al menos deberían saberlo. No entiendo lo que siento... ¿Celos? No conozco esta sensación, no la he pasado nunca y no me gusta, no me gusta nada.

* Sábado 20 de febrero *

No le importo. No le intereso en absoluto. Bandy me ha demostrado con su actitud que sus sentimientos hacia mí son nulos. A veces dudo de que tenga sentimientos. Me duele su indiferencia, me lastima su forma de ser conmigo. Llego a mi casa y miro alrededor. No hay nadie. Corro a refugiarme en mi cuarto y me echo sobre la cama. Me abrazo a mi osito de peluche. Daría lo que fuera solo porque Bandy me demostrara que me equivoco. Solo quiero una prueba que me haga ver que sí siente lo mismo que yo...

* Sábado 20 de febrero *

Mis pies caminan a paso apresurado sin detenerse un instante. Me dirijo a casa de Romín casi por inercia. Estoy cegado por la ira y la impotencia que siento. Llego a su portal jadeando por las prisas. Llamo al timbre con la esperanza de encontrarlo. No suele pasar mucho tiempo en casa.

—¿Aló?

Reconozco su voz de inmediato.

—Soy Bandy.

La puerta se abre. Ignoro el ascensor y subo por las escaleras, saltándolas de dos en dos.

—Pasa, Bandy. Estoy en mi cuarto.

Me encamino hacia allí con los puños cerrados. Romín me espera sentado en la cama, está liándose un canuto y no le da tiempo a reaccionar. Lo agarro por la camiseta con una sola mano y lo levanto bruscamente. Lo empujo con fuerza contra la pared y levanto la mano que tengo libre hacia arriba, en señal de amenaza.

—Si vuelves a tocarla, te juro que te mato.

Romín me mira fijamente entre asustado y sorprendido. Tal vez no se esperaba esta reacción por mi parte.

—No sé de qué me estás hablando —trata de defenderse.

Intenta zafarse de mi mano, pero no lo consigue. Soy más fuerte que él. Siempre lo he sido, aunque nunca he tenido necesidad de demostrarlo. Lo agarro con más firmeza, esta vez con las dos manos.

—¿Qué ha pasado entre tú y Patty? Dime la verdad.

—Nada... ¿Cómo puedes pensar algo así? ¿De dónde has sacado eso?

Acerco más mi cara a la suya y le dedico una mirada desafiante. Mis ojos

echan chispas de la rabia.

—Te lo voy a repetir solo una vez más... ¿Qué ha pasado entre tú y Patty?

Romín tiene el rostro pálido. No se decide a contestar. Estoy perdiendo la poca paciencia que me queda.

—¡DÍMELO! —grito a pleno pulmón.

—Está bien, Bandy. Me lie con ella —confiesa—, pero no le hice nada, te lo juro. Ella no quiso hacerlo.

Aprieto el puño fuertemente. Me afecta oír de nuevo ese relato, aunque en distinta boca.

—No vuelvas a tocarla, te lo aviso —le advierto ya más calmado—. Te voy a pasar esta porque siempre has sido mi amigo, pero la próxima vez no seré tan generoso, ¿entiendes?

Romín asiente con la cabeza y se libera por fin de mis brazos. Se separa un poco de mí guardando las distancias y reponiéndose aún del susto.

—No te entiendo, Bandy. Pensé que esa chica no te gustaba... Quiero decir, que era solo un polvo para ti. No sabía que te iba a doler tanto.

—No me duele. Simplemente no me gusta compartir lo que es mío con nadie. Eso es todo. Suspiro y me llevo las manos a la cabeza. Me duele mucho a causa de tanta tensión acumulada. Caigo en la cuenta de que es la primera vez que me refiero a ella de esa manera, como algo mío, algo que me pertenece. Y sí, ciertamente, Patty es mía. Mía y de nadie más y no soporto que ningún otro disfrute de ella de la misma manera en que yo lo hago.

* Sábado 20 de febrero *

—¡Patty, Patty!

La voz de Berta me saca de mi aturdimiento. Sin saber cómo ni en qué instante me he quedado casi dormida, cansada de tanto pensar.

—¿Qué quieres? Pasa.

La puerta se abre y Berta asoma la cabeza por ella.

—Te buscan —me informa.

Hago un gesto con la cabeza en señal de pregunta.

—Es Bandy.

El corazón se me acelera cuando escucho su nombre. No puedo creer que esté aquí... Ha venido. Parece que mis ruegos han servido de algo.

—Dile que ya bajo.

—¿No le abro? —pregunta Berta.

Niego con la cabeza. No me apetece permitirle subir a mi casa. Ya ha hecho

conmigo lo que le ha dado en gana. Ya es hora de poner límites. Berta sale del cuarto y la oigo repetir lo que le he dicho. Me levanto apresuradamente de la cama y me dirijo al cuarto de baño. Me lavo la cara, me peino con prisa y bajo, dispuesta a averiguar el motivo de su visita. Salgo del portal y me encuentro frente a frente con Bandy.

* Sábado 20 de febrero*

Está preciosa, como siempre. Tiene los ojos un poco hinchados, imagino que a causa del llanto, pero sigue siendo igual de guapa.

—Hola.

—¿Qué quieres? —me devuelve el saludo de la misma forma que yo hice con ella.

Estiro las manos a ambos lados.

—He venido en son de paz —bromeo tratando de quitarle tensión al momento.

—Y yo te he dicho que qué quieres. Por algo habrás venido, ¿no?

—He hablado con Romín. Le he prohibido que vuelva a verte.

Patty me observa fijamente, aún con semblante enfurruñado.

—¿Por qué has hecho eso?

No sé qué responderle. He venido a su casa sin pensar ni un segundo en lo que le iba a decir y ahora mi mente se ha quedado en blanco. Decido soltar lo primero que se me pasa por la cabeza, lo que siento en estos momentos.

—No quiero que estés con otros.

Patty me mira a los ojos y en los suyos veo una chispa de ilusión. Pero no se acobarda.

—No puedes pedirme eso. No tienes ningún derecho.

Me aproximo a ella y la envuelvo entre mis brazos. Patty da un paso atrás y se deshace rápidamente de mi abrazo. La veo alejarse, siento que la pierdo y que más tarde no podré hacer nada por remediarlo. Me cuesta seguir hablando. Estoy hiriendo mi orgullo profundamente. Me aclaro la garganta y trago saliva.

—No quiero perderte.

—Bandy, no me puedes perder. No se puede perder lo que nunca se ha tenido.

Me llevo las manos a la cabeza angustiado. Mis intentos de convencerla no están siendo útiles.

—Por favor, no quiero que estés así conmigo —le pido.

Patty echa la cabeza hacia atrás. Se recoge el pelo a un lado de la cara.

—No quiero, no quiero, no quiero —me imita, irritada—. ¿No sabes decir

otra cosa? A mí no me importa lo que tú quieras, Bandy. ¿Acaso piensas un poco en lo que quiero yo?

Doy un paso al frente.

—Dime. ¿Qué es lo que quieres?

Patty no retrocede. Esta vez no se aparta de mi lado. El labio inferior le tiembla y de los ojos comienzan a salirle lágrimas.

—Quiero un hombre que me respete, que me cuide y me dé los mimos que necesito. No quiero ser el juguete de nadie. No soy de usar y tirar, Bandy. Quiero que me valoren y sobre todo que me quieran.

Se limpia los ojos con las manos y respira hondo, con dificultad por la emoción que siente. Me siento culpable de hacerla llorar, me afecta su sufrimiento como si fuera el mío propio.

—Lo siento. Lo siento por todo —me disculpo con sinceridad.

—¿Has terminado? —me pregunta dispuesta a acabar con la conversación.

—Espera —le pido de nuevo.

Me gustaría pronunciar esa frase que tanto desea oír pero no puedo. Va en contra de mis principios. En cambio, dejo que mi corazón hable sin reservas, diciendo exactamente lo que está sintiendo:

—No sé si puedo ofrecerte todo lo que tú quieres. Nunca he sentido esto por nadie, de eso puedes estar segura.

Patty suspira aún indecisa. Me acerco un poco más, cojo sus manos y las aprieto con fuerza.

—Te necesito, Patty. No sabía lo que significa ser feliz hasta que tú llegaste. Quiero despertarme a tu lado todas las mañanas.

Me quedo atónito al escuchar mis propias palabras. Ese que habla no parezco ser yo... Jamás me humillaría así ante nadie en otras circunstancias. Patty me mira de nuevo con los ojos empañados.

—Me da miedo creerte —confiesa entre sollozos.

—No lo hagas. Compruébalo. Te lo demostraré —le aseguro—. Vivamos juntos como una pareja formal. Quiero que seas mi mujer.

Patty asiente sin dejar de llorar, pero esta vez las lágrimas tienen un motivo diferente. Esta vez son de felicidad.

—Eres raro y estás un poco loco... pero te quiero.

Se echa a mis brazos y me abraza con fuerza. La beso suave y repetidamente en los labios. Cierro los ojos disfrutando de este momento de alegría. Quisiera decirle que yo también la quiero, pero una vez más, no puedo.

* Lunes 7 de junio *

Bandy me hizo la mujer más feliz del mundo el día que decidió mantener una relación seria conmigo, el día que se mudó a mi casa. Desde entonces vivimos juntos y de eso han pasado ya cuatro meses. Debería decir que me siento dichosa porque estoy junto al hombre que amo y que me ama, o que al menos debería amarme, pero ya se sabe, en la vida no todo es de color de rosa y a veces hay que tener cuidado con lo que se desea porque puede cumplirse. Hoy tengo uno de esos días malos que se tienen a veces, me siento un poco sola y, el hecho de que Bandy no haya llegado a casa durante todo el día, tampoco ayuda mucho. Me quito el camisón que llevo puesto para estar por casa y me quedo solo en ropa interior. Estamos en pleno verano y el calor es demasiado incluso sin ropa. Me dispongo a meterme en la cama para tratar de dormir cuando se oye la puerta de la entrada de mi piso. Sé que es Bandy porque todas las personas que vivimos aquí estamos dentro. Finjo no haberme dado cuenta de su llegada y termino de abrir las mantas para sumergirme bajo ellas.

—Hola, cariño —me saluda Bandy desde la puerta de nuestra habitación.

Me giro para verlo y nada más hacerlo me percató de su estado. Estoy segura de que ha estado drogándose porque lo conozco y distingo bien sus rasgos cuando lo hace, en especial sus ojos azules que se agrandan como platos y le brillan más que de costumbre.

—¿De dónde vienes? —le interrogo con tono de reproche.

Se desprende de la camiseta azul que lleva puesta y después de la pantaloneta corta del mismo color.

—He estado con unos amigos.

Suspiro hondo.

—¿Y qué has hecho? Son casi la 1:00 de la madrugada, Bandy. ¿Te parece normal llegar a estas horas?

Se encoge de hombros.

—¿Qué quieres que haga? Me llamaron y no podía decir que no... Llevo todo el día trabajando, Patty. No veo nada de malo en tomarme un respiro. Tú no trabajas y por eso no lo entiendes.

—Lo que no entiendo es que siempre me dejes sola —le recrimino—. Últimamente casi no pasamos tiempo juntos. Por el día te la pasas trabajando y en la noche o te duermes o te vas con tus amiguitos, para eso no estás cansado.

No quiero sonar enfadada, pero lo hago.

—Venga, Patty, no empieces. No puedes quejarte de novio. Traigo todo el

dinero que gano a casa y casi no salgo...

Suspiro de nuevo. En eso tiene razón. Son contadas las veces en las que Bandy se ausenta de casa. Es un chico casero y eso me gusta, pero con eso no tengo suficiente.

—Quiero que estés más conmigo —le pido con voz infantil.

Bandy se acerca a mí. Nos sentamos en la cama, mi cama, la cama de los dos.

—No te pongas así, cari. Ya estoy aquí.

Acaricia mi pelo y le dejo hacer. Ya estoy más relajada.

—Te has metido coca, ¿verdad? —comento más como afirmación que como pregunta.

Bandy se ríe y menea la cabeza de lado a lado.

—Eres cabezota, ¿eh? No te cansas —bromea.

Con eso ya me doy por respondida. Inspiro profundamente y me dejo caer hacia atrás.

—Siempre igual —murmuro.

—Venga, Patty, no es para tanto. Solo me meto de vez en cuando y además no he gastado nada si es lo que te preocupa; me han invitado.

Me incorporo de nuevo, quedando sentada a su lado.

—¿No puedes vivir sin la droga?

—No.

Me llevo las manos a la cabeza, frustrada.

—A ver, no soy un drogadicto, Patty. Puedo estar sin meterme y sin beber bastante tiempo, pero no siempre.

—¿Pero no ves que eso te va a matar? Tarde o temprano acabará contigo.

Lo miro con firmeza tratando de inculcarle esas ideas en su cabeza. Él se limita a dedicarme una sonrisa pícaro y me acaricia la espalda desnuda, arriba y abajo.

—Tú eres mi droga —me susurra al oído—. Y no creo que me vayas a matar. Ni siquiera a terminar conmigo, con nuestra relación.

Y lo dice tan convencido que me asusta, que me irrita. Y lo peor de todo es que es verdad, que los dos sabemos que no puedo. No soy capaz de acabar con esta historia.

* Viernes 12 de noviembre *

Abro la puerta de casa con cuidado de no hacer ruido. Es tarde y no quiero despertar a nadie. Me dirijo a mi habitación y enciendo la luz. Me extraña no

ver a Patty allí... A estas horas de la madrugada ya debería estar durmiendo. Echo un vistazo por la casa en busca de ella. Ni rastro. Cojo mi móvil del bolsillo de mis pantalones y marco su número. Me molesta que no me haya avisado de su ausencia, a pesar de que yo tampoco lo hago la mayoría de las veces en las que salgo. «El móvil al que está llamando está apagado o fuera de cobertura»... Resoplo, pero no me da tiempo a cabrearme porque en ese momento se oye la puerta de la entrada al cerrarse. Salgo del cuarto y me encuentro con ella. La ojeo rápidamente y me percató de que está arreglada, demasiado arreglada para mi gusto. Lleva una falda vaquera bastante corta y ajustada, una camiseta sin tirantes que deja ver demasiado su fina piel y unas sandalias negras de tacón alto. Ya no estoy acostumbrado a verla así.

—¿De dónde vienes? —le pregunto sin ni siquiera saludarla.

—Se dice hola por lo menos... —me reprocha.

—Contéstame.

Patty se encoge de hombros y se encamina hacia nuestro cuarto. La sigo.

—He ido a dar una vuelta con estas.

No sé a quién se refiere con «estas» pero la cosa es que me molesta igualmente.

—¿Y se puede saber por qué no me has contado que pensabas salir?

Vuelve a encogerse de hombros mientras se desviste, indiferente.

—No creí que tardaría tanto. Yoana me llamó para tomar algo y como hacía tiempo que no la veía... La verdad es que me apetecía.

Arroja la ropa ya quitada al cubo azul de la ropa sucia.

—¿Y para salir con Yoana te arreglas tanto?

Patty me mira fijamente, esta vez con gesto claro de frustración.

—Bueno, Bandy, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Ahora resulta que tengo que darte explicaciones de todo lo que hago y con quién lo hago? Soy tu novia, tío, no tu esclava.

—Yo no he dicho eso, Patty, pero creo que sí estoy en mi derecho de saber a dónde va mi mujer.

Patty mueve la cabeza de lado a lado.

—No soy tu mujer, Bandy. Que yo sepa aún no estamos casados y, como sigas por ese camino, no lo estaremos nunca...

Deja caer esa frase en el aire y me doy cuenta perfectamente que se trata de una advertencia.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres dejarlo?

—No es eso —desmiente—. Siempre estás igual... Las cosas no son siempre

blancas o negras. Además, tú también sales y no se te puede decir nada. Estoy segura de que acabas de llegar a casa hace poco. Si no ya estarías dormido.

Suspiro profundamente. Me conoce bien y no se equivoca, pero no permito que me cambie de tema.

—Si quieres dejarlo, será mejor que me lo digas ya —insisto—. No estoy para perder el tiempo con tonterías.

Patty se levanta de la cama, en la cual ya se había acostado. Me mira desafiante y sus ojos brillan a causa de la rabia.

—Pues tal vez eso sea lo mejor. Me estás cansando, Bandy. Ya no sé qué hacer contigo. Y el que avisa no es traidor.

Se dirige a la puerta haciendo ademán de salir de la habitación. Se lo impido agarrándola por el brazo.

—¿Dónde vas?

—A dormir —responde malhumorada.

—¿No vas a dormir conmigo? —pregunto confundido.

Ella nunca ha actuado así conmigo. No estoy acostumbrado a que se rebele a mi actitud.

—En estos momentos es lo que menos me apetece.

Sus palabras y su mirada son tan frías que me hielan por dentro. La suelto y la dejo ir, entre aturdido y cabreado. Ella sale tranquilamente y oigo la puerta del salón al cerrarse tras ella. Después silencio. Por un instante siento la tentación de ir a buscarla y de pedirle o exigirle que venga a dormir en nuestra cama, como todos los días, pero no lo hago; sería humillarme demasiado. Ella se ha enfadado, pues dos males tiene: enfadarse y desenfadarse. Me acuesto en la cama y, cansado como estoy, me duermo en apenas unos minutos. Estiro el brazo y abrazo la almohada. Patty ha dejado un hueco demasiado grande y difícil de llenar en mi cama y también en mi alma.

* Sábado 13 de noviembre *

Me despierto soñolienta y malhumorada. Abro los ojos y vuelvo a cerrarlos inmediatamente. Siento ganas de seguir durmiendo pero no lo consigo. La luz del día que entra por la ventana del salón y los recuerdos de la noche anterior me lo impiden. Estiro los brazos desperezándome y hago lo mismo con las piernas. Tengo el cuerpo adolorido a causa de pasar toda la noche en la misma postura tumbada en el sofá. Me siento en él y me llevo las manos a la cabeza. Recuerdo claramente la conversación que tuve con Bandy, nuestra discusión.

Tal vez me pasé demasiado con mi amenaza de romper nuestra relación. Nunca sería capaz de algo así porque lo amo con todas mis fuerzas a pesar de sus errores y defectos, pero quizás él no lo tiene tan seguro, quizás se lo tomó en serio. Debo darme prisa en solucionarlo antes de que sea demasiado tarde.

Me levanto y me dirijo a mi habitación, nuestra habitación. La cama está vacía y las mantas revueltas sobre ella. Bandy ya debe de estar trabajando. Busco mi móvil en el cajón de mi mesita y me dispongo a llamarlo. Entonces mis ojos se abren como platos al ver la fecha que aparece en la pantalla. Hoy es 13 de noviembre... Y eso significa... ¡Oh, no! No puede ser. No es posible. Me llevo las manos a la cabeza de nuevo, angustiada y furiosa conmigo misma. Había olvidado completamente este día... Tantos meses planeando e imaginando cómo sería pasarlo a su lado y ahora lo paso por alto. Y, para colmo, le regalo mi mayor reprimenda. Decido que no consigo nada con seguir regañándome mi comportamiento y me apresuro a abrir el armario en busca de algo decente que ponerme. Me doy toda la prisa que puedo. En menos de media hora estoy plantada frente al espejo. Sonrío complacida por el resultado y salgo de casa, dispuesta a cumplir con mi cometido.

* Sábado 13 de noviembre *

Dejo lo que estoy haciendo y me apoyo contra la pared, sudoroso y cansado. Llevo más de dos horas trabajando sin parar. No tengo prisa, pues aún sobra tiempo para terminar la reforma de esta casa pero necesito entretenerme y ocupar mis pensamientos con algo. Aún tengo presente en mi cabeza la pelea con Patty y no puedo olvidar sus palabras. No sé qué trato de decirme, pero no me gustó para nada. Lo que más me disgusta de todo es que ni siquiera se ha acordado del día que es hoy... O tal vez se acordó pero no le importó lo más mínimo. Un golpe suave en la puerta me hace volver la cara. Supongo que se tratará de mi jefe, que vendrá a supervisar si todo está en orden. Aunque me extraña la idea, ya que él nunca suele involucrarse demasiado en mi trabajo y me deja hacerlo solo. Me dirijo a la puerta y la abro sin preguntar siquiera. Me quedo atónito cuando la veo allí, frente a mí.

—Hola, Bandy —saluda despacio.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto secamente.

—Necesito hablar contigo. Sé que estás trabajando y que no debería molestarte pero... es importante.

Le doy la espalda y me dirijo a la última habitación de la casa, donde me encontraba al principio. No debí darle la dirección de este piso.

—¿Puedo pasar? —pregunta educadamente desde la puerta de la entrada.

—Haz lo que quieras —respondo indiferente.

Oigo sus pasos que se encaminan hacia mí. A juzgar por el ruido que hacen sus pies al pisar el suelo, deduzco que lleva tacones. Me extraña, pero intento pasar del asunto. Me dispongo a seguir con mi trabajo, actuando como si su presencia no me incomodara.

—¿No puedes parar un momento? —me pide.

—Tengo mucho que hacer.

—Por favor, Bandy —insiste—. Necesito decirte algo.

Apoyo de nuevo las herramientas en el suelo y me doy la vuelta, quedando cara a cara con ella. Es entonces cuando distingo en su aspecto algo diferente. Su pelo largo y oscuro le cae como siempre, suelto por los hombros, y sus ojos son igual de hermosos que siempre, con las pestañas largas bien maquilladas. Lleva puesto unos tacones muy altos que le hacen verse más alta y femenina y un abrigo negro largo y ajustado a su cuerpo. Exactamente, el abrigo que llevaba el primer día que la hice mía.

—Escucha lo que tengo que decirte. Solo será un momento...

Su tono de voz es tierno e inocente. Asiento a su petición, aunque algo me dice que no será solo un momento...

—Habla —le digo a secas, pero ya más relajado.

Patty suspira hondo y lo suelta.

—Siento mucho todo lo de ayer —se disculpa—. Me hiciste cabrear y dije cosas que no debía. No las pensaba.

—¿Entonces no estás cansada de mí? —le recuerdo su acusación.

Niega con la cabeza.

—Para nada. A veces te portas como un niño malo y desobediente, pero, aun, así me gustas demasiado.

Enarco una ceja.

—¿Te gusto?

Patty esboza una sonrisa.

—Te quiero.

Sonrío satisfecho. Así está mejor. Ya la tensión va desapareciendo poco a poco de mi ser. No sé cómo lo consigue esta chica, pero siempre logra que mi enfado dure poco gracias a su comportamiento. Pero esa no es la única sorpresa que me tiene preparada esta mañana.

—Hay algo más —me informa.

Agacha la cabeza dejando que el pelo le caiga sobre la cara, cohibida y tímida de repente como no suele serlo nunca conmigo.

—Dime —le pido realmente intrigado.

Otra sonrisa se dibuja en el rostro de Patty. Una sonrisa dulce y suave, así como es ella. Se lleva sus finas manos al largo abrigo negro y comienza a desabrochar los botones poco a poco, despacio y sin prisa. Esta escena me trae a la mente viejos recuerdos, como aquella noche en la discoteca en la que de la misma manera consiguió seducirme. Cuando llega al último botón casi no consigo controlar mi respiración. Con las manos se abre el abrigo a ambos lados y el pulso se me acelera. Esta vez no hay vestido debajo que cubra su lindo cuerpo. Arroja el abrigo al suelo. Solo su tanguita blanco evita una completa desnudez. Enciende en un instante mi deseo. Patty me mira fijamente con sus ojos brillantes por la pasión y esboza otra sonrisa.

—Feliz cumpleaños, mi amor.

No puedo dejar de mirarla. Es preciosa. No deja de gustarme a pesar del tiempo que llevamos juntos.

—Me encantas, Patty. Me vuelves loco —susurro tan bajo que creo que no puede oírme.

Pero lo hace. Se agacha lentamente desprendiéndose también del tanga y apartándolo con el pie. Se me acerca lentamente y me besa. Dulce, cariñosa, sensual. Me dejo hacer, perdido como estoy por sus encantos. Me asombra mucho su actitud, ya que ella no suele ser nunca tan atrevida y lanzada. Sino todo lo contrario, siempre soy yo el que llevo el mando. Me empuja hacia atrás levemente pero con firmeza, apoyando sus manos en mi pecho, y me hace sentarme en la única silla que hay en la estancia. Obedezco mansamente. Se planta frente a mí, de pie en medio de mis piernas. La miro indeciso. Por mi mente aparece la idea de que Julio podría llegar en cualquier momento y pillarnos en esta situación... Sería terrible y vergonzoso. Estoy a punto de decírselo, pero me arrepiento al ver su mirada fija en la mía. Coge mis manos y las sitúa sobre sus pechos pequeños. Me mira decidida. Es más de lo que puedo soportar. Agarro su cabeza y la inclino suavemente a la mía. Nos fundimos en un beso largo y profundo. Acaricio su piel de arriba a abajo, sin dejar ni un solo rastro en su cuerpo sin tocar. Patty se agacha y, con calma y seguridad en sí misma, busca el cierre de mis pantalones y lo desabrocha. Me desprendo de ellos con su ayuda. También de la camiseta. Ahora estamos iguales. Asume el control y yo se lo permito, complacido. Se sienta a

horcajadas sobre mis rodillas. Mi respiración se acelera y suelto un gemido de placer al mismo tiempo que ella hace lo mismo. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos, extasiada de tanto placer. Nuestros movimientos se convierten en uno solo. Cuando por fin se deja caer sobre mí, apoyando su cabeza en mi pecho desnudo, sonrío satisfecho. Esto es más de lo que se puede desear. La abrazo fuertemente y la envuelvo entre mis brazos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le confieso susurrándole al oído.

Patty alza los ojos y me mira.

—Tú también. No quiero perderte nunca.

Acaricio su cabello con dulzura y le doy un suave beso en los labios, aún calientes por el deseo.

—No lo harás —le prometo—. Nunca me iré de tu lado. Nunca saldré de tu vida.

Patty me besa de nuevo, feliz ante mi juramento. Me pierdo en su dulce aroma. En estos momentos no quiero pensar en nada, solo en nosotros dos. Eso es lo único que me importa. De lo que no soy consciente es de que «nunca», nunca se puede decir esa palabra con total seguridad... Nunca se debería decir nunca, porque el destino da demasiadas vueltas y, lamentablemente, para muchas de ellas no estamos preparados.

* Jueves 2 de diciembre *

Miro el reloj que hay colgado en la pared de la cocina y, por más veces que repito la acción, no consigo nada. El tiempo pasa muy lento y la cena se está enfriando. La he preparado especialmente para Bandy, con la idea de celebrar que hace un año que comenzó nuestra historia; que hace justo un año que cogí mis maletas para irme a vivir a su casa, como compañeros de piso al principio para pasar luego a convertirnos en amantes y, al final, en lo que somos ahora, una pareja formal. Pero Bandy no se digna a aparecer por casa... Observo la hora una vez más y suspiro hondo. Decido ir al salón y enciendo el televisor para que no se haga tan larga la espera. Me tumbo en el sofá. Seguramente el pelo se me despeine y el vestido que me he puesto para la ocasión se arrugue, pero ya no me importa. Estiro la mano y cojo el mando de la mesita para cambiar de canal, pero no me da tiempo a hacerlo porque justo en ese momento se oye la puerta que se abre. Se cierra con fuerza haciendo daño a mis oídos. Dirijo la vista hacia la puerta y veo a Bandy pasar por el pasillo.

Deseo equivocarme pero me parece haberlo visto tambaleándose. No quiero pensar en lo peor. Me levanto y me encamino hacia nuestra habitación, donde ya se encuentra él tumbado en la cama. Ni siquiera se ha quitado la cazadora y las zapatillas. Suspiro hondo y cuento hasta diez mentalmente antes de hablar.

—Al menos se saluda, ¿no?

Bandy se tapa la cara con las manos y contesta con desgana:

—Hola.

—¿De dónde vienes? —pregunto, aún desde la puerta del cuarto.

—De por ahí —responde del mismo modo que antes.

—Te he estado esperando...

Bandy se mantiene en silencio, ignorándome.

—Te he preparado una cena especial...

—No tengo hambre.

Inspiro profundamente. Debo mantener la calma y no perder los nervios.

—¿No recuerdas qué día es hoy?

Se encoge de hombros, indiferente. Me hiere su frialdad y su olvido de esta fecha, tan especial para mí. Trato de pasarlo por alto y me acerco a su lado. Me siento junto a él y pongo una mano sobre su brazo.

—¿Has tenido un mal día en el trabajo? —me intereso.

Niega con la cabeza.

—¿Entonces se puede saber qué te pasa? Estás muy raro.

Bandy se deshace de mi mano apartando bruscamente su brazo y se tumba de lado dándome la espalda.

—No me pasa nada. ¿Quieres dejarme en paz?

Suspiro de nuevo. Estoy comenzando a perder la paciencia...

—Es que no lo entiendo. No comprendo tu comportamiento. No he hecho nada para que te portes así.

Bandy se levanta de la cama de un solo movimiento, tan rápido que logra incluso asustarme.

—¿No entiendes lo que te digo? Dé-ja-me en paz —recalca—. Siempre eres igual de pesada.

Lo miro fijamente, incapaz de comprender nada de lo que sucede. Cierro los puños con fuerza tras mi espalda. Me siento indignada y ofendida. No merezco este trato por su parte. Trato de responderle pero el labio inferior me tiembla y no lograré articular una sola palabra sin romper a llorar.

—¿Ahora no dices nada? Ya has conseguido sacarme de la cama. ¿Ya estás contenta?

—Yo... yo.... —tartamudeo—. Yo solo quería celebrar nuestro aniversario.

—Qué estupidez —se burla—. ¿Y para eso tanto escándalo?

Me pongo en pie y busco su mirada. Se la aguanto.

—Te estás pasando, Bandy. No tienes derecho a hablarme de este modo.

—Yo te hablo como me dé la gana.

—Estás borracho. Y seguramente también habrás estado metiéndote... No sabes lo que haces —le reprocho.

Bandy me mira a los ojos y los suyos brillan a causa del enfado y, probablemente, también de la droga que habrá estado consumiendo.

—Sé muy bien lo que hago. Y ya te lo he dicho mil veces... ¡Déjame en paz!

—exclama con voz demasiado alta.

Bajo la cabeza dolida por sus palabras y me dirijo al armario en busca de mi abrigo largo. Lo cojo y me lo pongo rápidamente.

—¿Se puede saber qué haces? —me pregunta Bandy.

No respondo. No tiene sentido. De todas formas, parece no entender lo que le digo. Da un paso al frente y se planta a mi lado. Me agarra por el brazo con firmeza.

—Te estoy hablando —insiste.

—Ya lo ves. Me marcho.

—Tú no te vas a ningún lado.

—Eso lo veremos. No tengo por qué quedarme aquí escuchándote y aguantándote.

Ahora soy yo la que está cabreada. Ha conseguido sacarme de mis casillas con su comportamiento absurdo y mejor será que me marche antes de que esta situación pueda acabar mal.

—Haz lo que quieras —me suelta con desprecio y me da la espalda.

Hago ademán de salir del cuarto y Bandy me llama a mis espaldas.

—¡Patty!

Lo ignoro y doy un par de pasos más. Entonces todo sucede muy rápido. Siento sus grandes manos que me sujetan por detrás con fuerza, tanta que me hace daño. Giro la cara y me encuentro con la suya.

—¿Se puede saber qué haces? No puedes retenerme.

—Te he dicho que no te vas —me advierte.

—Suéltame —le exijo—. Me haces daño.

Bandy afloja pero no me suelta. Aguanto su mirada con toda la seguridad que puedo demostrar en estos momentos, aunque la verdad es que, en el fondo, estoy asustada. Asustada de mi propio novio... Suspiro sin poder creerme

hasta qué límite ha llegado nuestra relación.

—Estás loco, Bandy. Tengo por novio a un monstruo, una bestia.

El gesto de Bandy al recibir mi acusación se vuelve aún más sombrío e indignado. Levanta el brazo y me da un tortazo con la mano abierta. Mis ojos se llenan de lágrimas. Inmediatamente me llevo las mías a mi mejilla en un gesto inútil por esconder mi rostro. La rabia sentida hace unos minutos deja paso a la sorpresa y a continuación aparece el dolor. Pero no por el impacto causado por su agresión física sino por el hecho de que se haya atrevido a tocarme, a poner sus dedos encima de mí con intención de hacerme daño. Quiero defenderme, gritarle todo lo que se merece pero no soy capaz. Las palabras se me quedan dentro perdiéndose en mi interior y envenenándose.

—Mira lo que haces... Me has puesto nervioso —se disculpa torpemente sin dignarse siquiera a pedir perdón.

Busco sus ojos azules tratando de encontrar en ellos una pizca del amor que despertaba en mí, del chico que logró enamorarme desde la primera cita. Y donde antes veía felicidad y pasión ahora solo distingo miedo. Y algo todavía peor: decepción.

—Quiero marcharme. Déjame irme —murmuro entre dientes casi suplicando.

Niega con la cabeza.

—Quédate en casa, Patty. Es tarde para que andes por la calle dando vueltas. Mañana hablaremos con más calma.

Intenta abrazarme pero se lo impido con fiereza. Le empujo.

—¡No quiero hablar contigo! ¡NO VUELVAS A TOCARME! —grito a pleno pulmón.

Le esquivo con rapidez y corro hacia el cuarto de baño, encerrándome con pestillo. Me siento en el suelo apoyando la espalda sobre la puerta e inclino mis piernas, apoyando mis brazos en las rodillas. Oigo a Bandy al otro lado llamarme insistentemente.

—¡Patty! Patty, sal. Vamos, abre la puerta.

Me tapo con fuerza las orejas como una niña pequeña que quiere escapar de lo que sucede a su alrededor, de sus pesadillas, pero esto es real y Bandy sigue hablando y dando fuertes golpes a la puerta. No puedo aguantar más. Rompo en un profundo llanto y una sensación de desesperación absoluta se apodera de mí. Me siento morir. No logro parar las lágrimas. Y justo en ese momento una luz se ilumina en mi mente y me indica el camino que debo seguir. Afortunadamente, aún llevo el abrigo puesto. Busco en el bolsillo y saco mi móvil. Marco un número de teléfono que me sé de memoria y aprieto

la tecla de llamar, sin detenerme a pensar ni un solo segundo lo que estoy a punto de hacer. No quiero sopesar las consecuencias o correré el riesgo de echarme para atrás. En menos de un minuto una voz femenina atiende mi llamada.

—¿Policía?

Respiro con fuerza y trago saliva. Carraspeo antes de hablar.

—Necesito que vengan a mi casa. Mi novio me ha pegado. La dirección es...

* Viernes 3 de diciembre *

Respiro hondo el aire fresco de la tarde. Me devuelve la energía que me había abandonado durante las últimas horas. Busco a ambos lados de la calle, pero no veo a mis hermanos por ningún lado. Dijeron que vendrían a recogerme. Probablemente no les avisaron de la hora exacta de mi salida. Emprendo el camino a su casa, a casa de Alex. Tendré que alojarme allí al menos unos días, hasta que encuentre otro lugar donde vivir...

Trato de recomponer en mi cabeza todo lo vivido recientemente. Todo se ha complicado tanto y de una manera tan rápida... Recuerdo la noche anterior. Después de la acalorada discusión, Patty solo se atrevió a salir del cuarto de baño cuando el timbre de la casa sonó. Corrió a abrirlo y entonces las cosas se dieron sin poder hacer nada yo por remediarlas. Un par de agentes de la policía subieron hasta nuestro piso y preguntaron qué sucedía. Patty respondió hablando veloz y de una forma incomprensible. La veía mientras me acusaba y no la reconocía. Los policías ni se molestaron en preguntarme; me agarraron por detrás y me sujetaron las manos tras mi espalda con las firmes esposas. No rechisté. En parte porque era consciente de que había metido la pata y también porque sabía que no tendría sentido oponer resistencia. Acabé en un cuarto oscuro de la comisaría al que llaman calabozo. Olía a ratas y a meado y casi no había luz. Como colchón utilicé una tabla dura de madera que me dejó la espalda adolorida. Así tuve que pasar la noche. No pude pegar ojo hasta bien entrada la madrugada, justo en el momento en que vinieron a recogerme para trasladarme al juzgado. A todo eso le siguió mi encuentro con el abogado que me proporcionaron, mi declaración y después el juicio. No pude ver a Patty porque nos tenían en lugares diferentes, evitando así nuestro encuentro. Recuerdo con claridad el miedo que sentí en esos instantes. No paso por alto todos los antecedentes que tengo en mi historial a causa de los robos y distintas peleas de mi pasado, así que di por hecho que con la denuncia de

Patty pasaría una buena temporada entre rejas.

Lo que más me ha impactado de todo esto son las palabras de mi abogado, justo antes del juicio. Las recuerdo con demasiada claridad.

—El juicio se suspende. Quedas en libertad. Patty ha quitado la denuncia y ha renunciado a toda condena hacia ti. No obstante, el juez ha decidido poner una orden de alejamiento entre vosotros dos. Es la mínima. No puedes acercarte a tu exnovia durante cuatro meses a menos de 25 metros. Por tu bien deberás cumplirlo.

Meneo la cabeza con rabia y frustración. A pesar de todo debo agradecerle a Patty su decisión final. Con su renuncia ha evitado mi ingreso en prisión y eso me indigna aún más. Bah... no tengo que agradecerle nada a esa niña caprichosa. Al fin y al cabo, yo no le pedí que hiciera eso...

* Domingo 5 de diciembre *

Han pasado solo dos días desde mi ruptura con Bandy y no logro sacarlo de mi mente. El tiempo discurre demasiado lento y los días parecen ser eternos. A pesar del daño que me ha causado, me despierto pensando en él y me acuesto de la misma forma. Y eso no es muy normal teniendo en cuenta que fue él el culpable de nuestra separación. Tengo que empezar a olvidarlo como sea o correré el riesgo de volverme loca. En todo esto estoy pensando mientras el camarero del bar me sirve lo que le he pedido. Me dirijo a la mesa que hay cerca del ventanal grande y le doy vueltas a mi café para que se enfríe más rápido. Absorta como estoy en mis recuerdos no me percató de las personas que hay sentadas cerca de mí, justo en la mesa de enfrente de la mía. Una voz me saca de mi ensimismamiento.

—¿Está libre?

Alzo la mirada y dirijo la vista hacia el dueño de esa voz. Por unos segundos me quedo atónita por su belleza. Se trata de un chico joven, más o menos de mi edad, alto y delgado. Muy moreno de piel y con unos ojos oscuros que penetran el alma.

—¿Está ocupada? —vuelve a preguntar señalando la silla vacía que hay a mi lado.

Niego con la cabeza.

—No, no. Puedes cogerla. —Es todo lo que logro decir, aún demasiado aturdida.

—Gracias —responde el muchacho educadamente.

Me dedica una sonrisa preciosa que deja ver unos perfectos dientes blancos. A continuación me da la espalda y se dirige a la mesa donde se encontraba, en compañía de un par de muchachos de la misma edad que imagino deben de ser sus amigos. Dirijo la vista a la calle a través de la ventana evitando la mirada del chico moreno, que no cesa de observarme y me está comenzando a poner nerviosa. De repente me siento acalorada y cohibida, así que me tomo el café de un solo trago y, después de pagar, me dirijo a la salida de la cafetería. Me llevo una gran sorpresa al pasar cerca de la mesa del grupo de amigos. En solo cuestión de segundos el chico de la sonrisa perfecta se levanta y se planta a mi lado. Se agacha fingiendo recoger algo del suelo y me abre la mano con delicadeza.

—Se te ha caído esto —dice sin perder esa enorme sonrisa de la cara.

No me da tiempo a analizar sus palabras o el hecho de que no he perdido nada que deba devolverme. La vergüenza que siento es tan grande que me apresuro a cerrar el puño y guardarme lo que sea que me haya dado en el bolsillo.

Murmuro un débil:

—Gracias.

Y, pensando en qué no sé bien ni qué es lo que le agradezco, salgo a toda prisa del bar sin volverme ni un solo segundo a mirar atrás, aunque no me hace falta hacerlo para descubrir que el misterioso muchacho me está mirando. Por una extraña razón o tal vez conexión entre nosotros, siento sus ojos negros clavados en mi espalda. Y solo después, al resguardo de mi casa y entre las paredes de mi habitación, descubro de qué se trata el regalo de aquel muchacho. Es un trozo de papel arrugado con un número de teléfono escrito en él y también un nombre: Bogdan. Meneo la cabeza de lado a lado y suspiro. Qué atrevimiento ha tenido... Sin apenas conocerme y se presenta ante mí de esta manera. Sin poder evitarlo vuelvo a recordar su cara, su sonrisa preciosa. Y así, perdida mi mente entre su nombre y su rostro, sonrío, como solo puede hacerse cuando se tiene una nueva ilusión. Y yo, aun inconscientemente, la tengo.

* Domingo 5 de diciembre *

Observo con calma el hermoso paisaje que me rodea. Me encanta la naturaleza, me apasiona la calma y tranquilidad que ella desprende y ahora mismo estoy rodeado de ella. He venido a pescar porque es una actividad que

me gusta; me relaja y al mismo tiempo me divierte. Llevo ya un par de horas sentado a la orilla del río, tratando de pillar con mi caña vieja a alguno de esos pececitos pequeños que nadan serenos y parecen burlarse de mí, así como lo hizo ella. Han pasado ya dos días con sus dos noches desde que me fui de casa de Patty y aún no consigo dejar de pensar en ella. No hay un solo minuto en el día en que no la recuerde y las noches... las noches son peores. Doy vueltas en mi cama (que ni siquiera es mi cama porque estoy viviendo temporalmente en casa de mi hermano Alex). Me despierto sobresaltado en medio de la noche a causa de las pesadillas que me invaden y una extraña sensación de vacío en mi pecho. Y es que así me ha dejado ella: vacío. Solo y vacío. Odio tener que decir estas palabras pero... la echo de menos. Maldita sea, la extraño muchísimo. Y no sé cómo hacer para olvidarla o recuperarla de nuevo. Ni siquiera sé qué es lo que verdaderamente deseo.

* Lunes 6 de diciembre *

Sin ser muy consciente de por qué motivo lo hago, sigo caminando sin detenerme a pensarlo. He pasado gran parte de la noche en vela rememorando en mi mente la cara de ese chico moreno al que ya puedo ponerle nombre. Imaginaba una vez tras otra la escena de la tarde anterior, en el bar, nuestro misterioso encuentro y el papel en mi mano. Ha sido una experiencia distinta, una anécdota diferente y divertida entre todo lo malo que me ha pasado en la última temporada. Tal vez por eso y porque pensar en él me hace sonreír, me dirijo ahora muy decidida al bar donde nos hemos visto por primera vez.

Me he arreglado lo mejor que he podido: unos pantalones pitillos ajustados de color negro a juego con la cazadora de cuero del mismo color. Incluso me he maquillado con esmero y me he rizado el pelo, sujetándolo después con la diadema. Cuando estoy a tan solo unos metros de mi destino, me asalta una duda que no había tenido hasta entonces: Puede que no lo encuentre allí, puede que todo esto no sea más que una estupidez... Una ilusión pasajera y absurda sin pies ni cabeza. En menos de un minuto cambio de opinión rotundamente. Dirijo una rápida mirada al establecimiento a través de los grandes ventanales que lo rodean y entonces lo veo. Sentado con los mismos amigos y en la misma mesa, tan guapo como el día anterior y con la misma sonrisa que me hipnotizó. Respiro hondo y cuento hasta diez tratando de relajarme, levanto la cabeza para disimular mis nervios y abro la puerta de la cafetería. Entro con paso firme y decidido, moviendo mi cuerpo al compás de los tacones. Una vez más

siento su mirada clavada en mí desde mi espalda. Me limito a pedir un café con leche al mismo camarero y me acomodo en una mesa. Esta vez la más cercana a la suya. Suerte que ha estado vacía...

Mientras me tomo el café y rehúyo la mirada de Bogdan no puedo evitar preguntarme qué es lo que hago aquí. Aún no me creo que haya tenido el valor de venir solo para verlo, para que él me vea. Me siento un poco culpable de hacer esto, aun cuando sé que no debo rendirle cuentas a nadie. Hacía tanto tiempo que no me sentía así, que esta situación me agrada y me asusta al mismo tiempo. Cuando por fin termino el café, entre miradas y sonrisas desde la otra mesa, me dispongo a salir del bar. Paso de nuevo por su lado, imitando mi comportamiento anterior, pero esta vez la escena no se repite. Bogdan me deja salir sin ni siquiera dirigirme un gesto de saludo o despedida. Una vez en la calle subo más la cremallera de mi cazadora y me protejo dentro de ella contra el frío. Un tanto decepcionada por la indiferencia del guapo muchacho, me decido por emprender el camino hacia mi casa. Cuando doy tan solo unos pasos escucho un silbido detrás de mí. Es un sonido débil y simple pero basta para saber que me están llamando. Trato de no prestarle demasiada atención sopesando que puede no ser para mí y sigo caminando.

—¡Perdona! ¡Perdona, chica! ¡Espera!

Instantáneamente mis pies se paralizan, quedándose inmóviles ante esa voz fuerte y masculina que me reclama. Siento unos pasos acercarse a mí y a continuación su olor... un olor varonil y seductor así como su sonrisa.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —me pregunta con voz ahogada tras el esfuerzo de darme alcance.

Me doy la vuelta para plantarme cara a cara con él y lo veo. De nuevo me quedo bloqueada por su rostro hermoso. Una sonrisa enorme se dibuja en su cara y todo en él desprende energía y vitalidad.

—¿Me hablas a mí? —le pregunto fingiendo indiferencia a pesar de ser todo lo contrario de lo que siento.

De nuevo esa sonrisa.

—Pues claro. Te he estado llamando desde que has salido del bar. He dejado a mis primos solos por perseguirte.

Echo un rápido vistazo a nuestro alrededor, detrás de Bogdan. No hay nadie. Al menos nadie conocido. Es cierto que ha venido solo y algún interés debe tener en mí para cometer semejante locura.

—¿Y qué quieres? Me parece que no nos conocemos...

Sé que suena patético en cuanto lo suelto. Es obvio que no me conoce... No

nos hemos visto jamás anteriormente.

—Pues eso mismo es lo que deseo: conocerte. Desde que te vi ayer entrar en el bar, no he podido dejar de pensar en ti.

Vaya... Trago saliva. En algo estamos iguales... Yo tampoco he dejado de pensar en él.

—Pues... Me dejas sin palabras.

Bogdan esboza otra de sus hermosas sonrisas y da un paso al frente, situándose más cerca de mí. Tanto que casi puedo sentir su respiración.

—Eres preciosa. Me gustas. No —rectifica—. Me gustas mucho.

Se me escapa una carcajada. Mi risa suena nerviosa y forzada.

—Si ni siquiera me conoces... No sabes nada de mí.

Se encoge de hombros.

—Me gustas. Eso sí lo sé.

Estira su mano hacia mí y coge un mechón de mi cabello, dejando que sus dedos finos se deslicen sobre él. Lo aparto bruscamente.

—Eso no es posible.

Estoy tan nerviosa que no sé cómo actuar. Bogdan está coqueteando conmigo a pasos demasiado rápidos y no soy experta en esto del flirteo, al menos no hace mucho tiempo. Me giro y emprendo mi marcha, dispuesta a dejarlo atrás con sus intentos de seducción.

—Espera un poco. No me has dicho tu nombre.

Por razones desconocidas para mí, vuelvo sobre mis pasos y lo miro de nuevo.

—Ni tú me has dicho de dónde eres.

Bogdan se acerca un poco más a mí.

—Soy rumano. Llevo aquí poco tiempo, unos cuatro o cinco meses.

Suspiro resignada. La suerte no debe querer acompañarme... O tal vez se trate de una irónica burla del destino, que me pone a las personas de esta nacionalidad en mi camino...

—¿Qué sucede? ¿No te caen bien los rumanos? —se interesa Bogdan con un repentino gesto serio.

—No es eso. No tiene nada que ver.

Niego con la cabeza lo que en el interior sí pienso. Y, de pronto, me digo a mí misma que no es justo actuar de este modo con él. Bogdan no tiene la culpa de lo que me haya hecho antes otro chico de su mismo país. Estiro la mano hacia él con la palma abierta.

—Me llamo Patty. Encantada, Bogdan.

Me acepta la mano y la envuelve entre la suya, cálida y decidida. Un extraño cosquilleo recorre cada parte de mi cuerpo.

—Veo que te acuerdas de mi nombre. Empezamos bien...

Me irrita un poco tanta seguridad por su parte, pero consigue hacerme sonreír.

—No empezamos nada. Lo recuerdo simplemente porque no suele sucederme todos los días que un chico atrevido se plante ante mí y me entregue un papel con su número y su nombre. Eso es todo.

—Por como hablas diría que no te ha gustado el detalle... No me has llamado —da la impresión de echármelo en cara.

Me encojo de hombros.

—No tenía por qué hacerlo. No nos conocemos —vuelvo a repetir.

De nuevo un intento por mi parte de despedida. Bogdan se adelanta y me sujeta por el brazo firme pero dulcemente.

—Déjame hacerlo.

Enarco una ceja.

—¿Hacer qué?

—Conocerte. Déjame conocerte.

Niego con la cabeza y me giro. Esta vez sí me alejo caminando a paso lento pero decidido. Siento sus pasos detrás de los míos. Vuelvo levemente la cara sin detenerme.

—¿Piensas seguirme todo el camino? —le pregunto entre sorprendida y divertida.

—Lo que haga falta —se limita a responder.

No cruzamos más palabras durante un rato. Guardo silencio absorta en mis pensamientos y en la situación que estoy viviendo. Me detengo al fin ante mi portal y Bogdan hace lo mismo.

—Ahora ya sé dónde vives —comenta radiante.

—No creo que te sirva de mucho. Te aburrirías de verme todos los días.

—No lo creo. Verte sería lo más bonito que podría sucederme.

Sus cumplidos son tan lindos que huelen a mentira, pero de todos modos me halagan y consiguen sacarme los coloretos, tímida como no lo he sido casi nunca.

—No es para tanto —respondo restando importancia a sus piropos.

—Yo creo que sí.

Se acerca lentamente y no me aparto. Se inclina levemente hacia mí y apoya sus labios en los míos. Dura solo unos segundos pero logra impactarme y

ponerme aún más nerviosa. Me aparto dando un paso atrás y le empujo.

—No vuelvas a hacer eso.

Mis labios aún están calientes por el efecto causado.

—Está bien. No volveré a besarte, pero entonces debo mantenerme alejado de ti. Me atraes demasiado.

Otra vez consigue sacarme una sonrisa. Me hace gracia su manera de actuar y de ligar conmigo. Trato de mantener mi postura seria y permanezco con el semblante enfurruñado, fingiendo estar ofendida por su atrevimiento.

—Eres un exagerado, Bogdan.

—Dilo otra vez.

—¿El qué?

—Mi nombre. Me gusta como suena. Es como si nos conociéramos de más tiempo, como si entre nosotros ya hubiera confianza.

Me río, esta vez a carcajadas.

—Entre nosotros no hay nada.

Bogdan está plantado ante la puerta de mi casa, así que no me queda más remedio que acercarme si quiero entrar en casa. Cuando lo hago, me abraza por la cintura y vuelve a besarme. Un beso tierno, largo y muy dulce. Esta vez no me resisto. Abro mi boca lentamente y junto mi lengua con la suya. Bogdan se aparta un poco para mirarme a los ojos. Me penetra con los suyos negros y apasionados. Le brillan por el deseo.

—Lo siento —se disculpa—. Te he dicho que te mantengas alejada.

—No pasa nada —susurro—. No tienes que disculparte

Esta vez soy yo la que me acerco y lo beso. Con dulzura, con una seguridad en mí misma que pensé había perdido. Y en esos momentos, a la luz de la noche y entre el aire frío del invierno, para mí no existe nada más. Solo él y yo. Un mismo sentimiento que experimenté hace un tiempo, hace cosa de un año, pero con otra persona.

* Viernes 10 de diciembre *

De nuevo en mi cuarto, solo y aburrido. Camino dando vueltas por la habitación sin nada que hacer y demasiado inquieto para mi gusto. Me siento sobre la cama y enciendo un cigarrillo. Agarro la lata de cerveza que dejé hace un rato sobre la mesita. Está ya caliente pero bebo de todos modos. Me quedo absorto observando la pared en un punto fijo, perdida mi mente entre pensamientos que se mezclan. De pronto, me asalta un recuerdo. Diviso a Patty en una noche ya pasada, bajo la luz de la luna y los copos de la nieve, corriendo y jugando conmigo como una niña pequeña y feliz. Era feliz, y a mi lado. Su imagen se evapora para aparecer de nuevo, esta vez en una cama, una más grande que la que tengo ahora. La veo reír, desnuda bajo las mantas. Un poco de melancolía acompaña mi último trago de cerveza. Mi historia con ella ha llegado a su fin y aún no consigo hacerme a la idea. No puedo resignarme a perderla, aunque tal vez ya lo haya hecho... Decido comprobarlo por mí mismo. Debo jugarle la última carta que me queda antes de darlo todo por perdido. Rebusco en el bolsillo de mis vaqueros y saco mi teléfono móvil. Suspiro. Nunca he sido bueno para esto... No se me dan bien las palabras y los romanticismos, pero esta vez es un caso necesario. Tengo que hacer algo y actuar rápido para que mi vida vuelva a la normalidad, porque mis días sin ella están vacíos. La necesito casi más que a mí mismo.

* Viernes 10 de diciembre *

Abro los ojos casi justo cuando los acababa de cerrar dispuesta a quedarme dormida. El móvil vibra emitiendo un leve sonido... Estiro la mano y lo busco a ciegas en la mesita, donde lo había dejado antes de acostarme. Un mensaje. No sé de quién puede ser a estas horas. Descarto la posibilidad de que sea Bogdan, ya que no le di mi número de teléfono. Mis ojos se abren como platos al comprobar quién es el remitente. Y mucho más al leer sus palabras.

«Me siento solo. Te necesito. Solo quiero saber si puedo tener otra oportunidad. Tal vez estos cuatro meses es lo que necesitábamos para reflexionar. Bandy.»

Siento un ligero cosquilleo en el estómago y un tremendo nudo en la garganta. No sé si debo alegrarme por el hecho de que Bandy aún no me haya olvidado u odiarle por ello... Por aparecer de nuevo en mi camino, por confundir mis sentimientos justo cuando empezaba a llevar el control sobre

ellos. Me levanto de la cama y me dirijo hacia la ventana aún con el móvil en la mano. Miro hacia el exterior. La noche está oscura y nublada, así como me siento yo por dentro. El teléfono me tiembla en las manos y no soy capaz de borrar el mensaje recién recibido, pero tampoco de contestarle. Lo releo una y otra vez hasta que me lo aprendo de memoria en un solo momento. Vuelve a vibrar, vuelve a sonar el mismo tono... Abro el siguiente mensaje con miedo y curiosidad a la vez...

«Solo quiero saber lo que me has querido».

Inspiro profundamente sin apartar la vista de la pantalla. Bandy nunca insistió tanto para recibir una respuesta por mi parte. ¿Por qué ha tenido que pasar esto para que actúe así? Después de varios minutos de nerviosismo total y de lucha incansable sobre las dos opciones que me quedan, me decido por la que más fácil me resulta. Deslizo rápido los dedos por las teclas del móvil poniendo toda la sinceridad que puedo en cada letra que escribo.

«Pase lo que pase siempre te voy a querer. Eres demasiado especial en mi vida, pero también me has hecho mucho daño. Estoy muy dolida. Necesito un tiempo. Tkm.»

En solo un par de segundos llega otro sms.

“¿Qué te parece si quedamos mañana para tomar un café y hablamos? Necesito verte. No me lo pongas más difícil.”

Aún sin saber si hago lo correcto o estoy completamente equivocada, vuelvo a escribir. Esta vez solo una palabra, corta pero decisiva en mi vida, en la vida de Bandy, en la vida de los dos.

«Sí».

Y después de que Bandy me avise de que a la mañana siguiente me llama para decirme la hora y el sitio donde nos encontraremos, me acuesto de nuevo en la cama. Me abrazo a mi osito de peluche y le rezo a Dios. Le pido con todas mis fuerzas, casi suplicando, que esta vez no me falle. Que esto no sea una débil ilusión y que no cometa algo de lo que luego tenga que arrepentirme. Si Bandy me engaña... no podré aguantar otra decepción.

* Sábado 11 de diciembre *

Me despierto antes de lo debido. El despertador ni siquiera ha sonado y yo ya estoy de pie en mi cuarto, preparado para el día que se avecina. Abro las ventanas de par en par y permito que el sol entre con toda su energía, contagiándome de su vitalidad y su fuerza. La que necesito esta mañana. El

tiempo se me antoja lento y no veo la hora de llegar a mi cita con Patty. Hace solo un rato que la he telefoneado para quedar con ella. Hemos decidido vernos a las 11:00, en un bar que se encuentra en un pequeño parquecito cerca de la casa donde vivíamos antes, pero un poco escondido de las miradas ajenas y de los conocidos. Debemos andarnos con cuidado si no queremos que nos descubran juntos. En especial yo, que corro el riesgo de pagar condena en prisión si incumplo la orden de alejamiento, cosa que tengo pensado hacer esta misma mañana. Llego al bar con antelación y, en vista de que Patty no ha llegado, pido un café al señor que se encuentra en la barra y me dirijo a la mesa más lejana del establecimiento, al resguardo de los demás clientes. Hay apenas un par de hombres en el bar y una mujer solitaria, desayunando al igual que yo e indiferentes a lo que este desayuno significa para mí. Agarro un periódico de la mesa contigua y lo ojeo por encima, no muy concentrado a causa de la inquietud que me acompaña. Cierro el periódico y lo deposito en la mesa. Cuando lo hago, distingo a la chica que abre la puerta de la cafetería. Está radiante, con su peto vaquero, una fina chaquetita que le cubre los brazos y sus botines altos de tacón. Se encamina hacia mí con paso firme y decidido. Llega a mi lado y permanece de pie. Me mira fijamente y juguetea con los dedos de sus manos, visiblemente nerviosa.

—Hola —saludo, un tanto cortado.

—Hola, Bandy —me responde con un hilillo de voz.

—Siéntate —le pido a la vez que acerco la otra silla al lado de la mía.

Patty obedece y se sienta. Está tan cerca de mí que puedo sentir su olor a vainilla. Esa misma colonia que le regalé hace un par de meses, cuando nada de esto había pasado...

—¿Qué tal estás?

Se encoge de hombros.

—Bien, ¿y tú?

Busco sus ojos oscuros. Los encuentro.

—Te he echado de menos.

Patty aparta la mirada de la mía y me evita. Mi confesión parece haberla incomodado.

—No sé si creerte.

Dirijo mi mano hacia ella y aparto un mechón de su pelo oscuro que le cubre la cara.

—Tienes que hacerlo. Nunca he dicho algo con tanta sinceridad.

Asiente y dirige su vista al suelo.

—Yo también te extraño mucho —susurra.

Suspiro hondo. Me siento fuera de lugar, en una escena demasiado cursi y distinta a las que estoy acostumbrado. Mi historia jamás ha tenido episodios parecidos.

—¿Por qué lo hiciste?

Su pregunta me llega desprevenida, acusándome. Guardo silencio y esta vez soy yo el que me encojo de hombros.

—¿Por qué tuvimos que llegar a esto? —insiste, testaruda como solo ella sabe serlo.

—Porque soy un idiota. No sabes cómo me he arrepentido de ese día. No pienso en otra cosa.

Patty alza la cabeza y me mira fijamente, ya más calmada y sin reproches.

—He sufrido mucho. Estoy muy dolida, Bandy.

—Lo sé. Y si pudiera hacer algo para remediarlo, créeme que lo haría.

Los ojos de Patty brillan y de ellos cae una gotita. Estiro la mano y acaricio su mejilla para secarla.

—No llores. No quiero verte así.

Patty se muerde el labio inferior con fuerza, tal vez enfurecida consigo misma por no poder controlar sus emociones.

—Tenía tanto miedo de no volver a verte...

—Eso no va a pasar. Aquí estoy —trato de tranquilizarla—. No volveré a alejarme de ti.

En su cara se dibuja una débil sonrisa.

—¿Lo prometes?

Pongo una mano en mi corazón y digo con tono solemne:

—Lo prometo. No volveré a perderte.

Y, por primera vez desde su llegada, me inclino hacia ella y busco sus labios. Los saboreo con avidez, entusiasmado por probar de nuevo sus besos cálidos y tiernos. Consciente del lugar en el que nos encontramos, cruzo mi mano con la suya y le susurro al oído:

—Salgamos de aquí. Vamos a dar un paseo por el parque. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Patty asiente y sigue mis pasos. Camina a mi lado sin soltarme la mano y cerca de mí, muy cerca, en el lugar donde le pertenece.

* Sábado 18 de diciembre *

Yoana está sentada frente a mí, en una mesa de la misma cafetería donde estuve con Bandy. Hemos quedado aquí para desayunar juntas, ya que en el último tiempo no nos hemos visto con mucha frecuencia y no hemos tenido ocasión de hablar largo y tendido, como a nosotras nos gusta. Da un pequeño trago a su café, demasiado caliente aún, y lo deposita de nuevo en la mesa.

—Bueno, ¿y qué tal van las cosas? —me pregunta interesada—. ¿Qué tal lo llevas?

Sé a qué se refiere y trato de evitar el tema.

—Bien... La verdad que mejor de lo que pensaba. ¿Y tú qué tal con Roberto?

—Como siempre. Hacemos lo que podemos para que nuestra relación funcione y no caiga en la rutina. Ya llevamos juntos 3 años y la monotonía siempre llega... tarde o temprano. Pero no me has contestado...

Emito un suspiro y hago un gesto con la mano, actuando como si la conversación sobre ese tema me aburriera.

—Ya te he dicho que estoy muy bien. Los primeros días sufrí mucho, no puedo negarlo, pero ahora lo llevo mucho mejor.

Yoana menea la cabeza de lado a lado, moviendo así la larga coleta con la que ha recogido su pelo moreno y rizado.

—Perdóname que no te crea, Patty. Nos conocemos demasiado. A pesar de no vernos a diario, hace más de 6 años que somos amigas y sé perfectamente que no lo has superado. Y, si lo has hecho, entonces es porque aquí hay algo más... Algo que no me quieres contar.

Desvío la mirada hacia el otro lado del bar y resoplo.

—No sé a qué te refieres, Yoa —mis palabras no suenan nada convincentes.

Yoana estira la mano por encima de la mesa y la posa en la mía.

—Amiga, sabes que puedes confiar en mí. Siempre ha sido así.

Inspiro profundamente. En realidad tengo una necesidad inmensa de desahogarme, ya que hay cosas que si no se cuentan te revientan por dentro. Lo suelto seguido y, una vez que empiezo a hablar, ya no puedo detenerme.

—He vuelto con Bandy. Bueno, no sé exactamente si hemos vuelto. Solo sé que me mandó mensajes y quedé con él. Me puse muy nerviosa y no estaba segura de ir a su encuentro, pero cuando lo vi, supe que eso era lo que más deseaba. Tan solo estuve unos cuantos días sin verlo y sentí como si hubiera pasado una eternidad. Ver de nuevo esos ojos azules, esa sonrisa que me enamoró desde el primer día, fue lo más bonito que me ha pasado últimamente. Hemos estado hablando y hemos prometido que no volveremos a separarnos.

Hasta el momento, Yoana ha permanecido callada y atenta a la conversación,

pero cuando hago una pausa en mi relato, ella aprovecha para interferir:

—¿Has olvidado todo lo que te ha hecho? ¿Lo mal que lo pasaste ese día?

Niego con la cabeza.

—No, pero tampoco he olvidado lo feliz que me hizo durante mucho tiempo. No todas son cosas malas entre nosotros, Yoana. Por algo me enamoré de él...

—Solo te digo que me parece que esto no es tan fácil. Bandy no puede humillarte y dejarte cada vez que le apetezca para luego volver con la seguridad de que tú estarás ahí para abrirle los brazos... y tu casa.

No me agrada para nada el ritmo que ha tomado nuestra charla, así que intervengo, incómoda con sus opiniones.

—No vamos a vivir juntos. Al menos no por el momento... Hemos hablado y hemos decidido que lo más correcto será que sigamos como estamos, cada uno en nuestra casa, pero viéndonos y sin perder el contacto. Al fin y al cabo, muchas parejas hacen lo mismo...

—Ya, pero esas parejas no han pasado por lo mismo que vosotros. Patty, te vi sufrir mucho esa noche, cuando me llamaste llorando desesperada para contarme que no lo aguantabas más y que se había ido de casa. No quiero volver a verte así por un tío al que no le importas.

Meneo la cabeza con rabia. Siento como la indignación crece dentro de mí a pasos agigantados.

—¡Sí le importo! Si no fuera así, no me habría buscado. Fue él el que insistió en volver a verme.

—Vale —acepta Yoana para después seguir con firmeza—. Y, si eso es verdad, si le importas y queréis estar juntos, ¿qué vais a hacer con la ley? Porque tengo entendido que hay una condena en su contra que os prohíbe acercaros el uno al otro.

Emito un suspiro hondo, uno detrás de otro. Yoana me acaba de recordar la peor parte de todas. Hubiese preferido no acudir a este encuentro con ella.

—Eso es verdad. Y sabemos que corremos peligro y que nos estamos arriesgando mucho los dos, pero sobre todo él. Bandy tiene miedo por su futuro y a mí no me gustaría ser la causante de sus problemas. No me lo perdonaría. Pero... no sé... nos veremos a escondidas hasta que todo esto haya pasado. Aunque eso signifique que no sea con demasiada frecuencia...

Guardo silencio, aturdida por la realidad de los hechos.

—¿Cuánto tiempo aguantaréis así, Patty? Cuatro meses es mucho tiempo para depende qué circunstancias...

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Soy consciente de que va a ser muy duro y de que viviré con una continua opresión dentro de mí, pero, ¿qué más puedo hacer? No quiero dejar de verlo. Mis días sin él no tienen sentido.

Me he concentrado tanto en mis palabras y sentimientos que estos han salido a la luz, implacables y dolorosos. Los ojos se me llenan de lágrimas y me llevo las manos a la cabeza, apoyando los codos sobre la mesa. Ya ni el café me apetece.

—Siento herirte con mis palabras, Patty. Trato de ser sincera porque sé que te encuentras en un momento en el que no quieres ver ni oír nada. Quieres estar ciega a todo y no ver más que a Bandy, pero esa venda algún día se te caerá de los ojos con rudeza y sin compasión y, entonces, te arrepentirás por el tiempo perdido.

Me limpio las mejillas mojadas con la manga de mi chaqueta. No deseo llorar más ni tampoco seguir escuchando los consejos de mi amiga, a pesar de quererla mucho, no está siendo muy delicada en estos momentos.

—No estoy pasando por la mejor etapa de mi vida, ni tampoco mi relación con Bandy está en el mejor punto, pero te diré una cosa de la que estoy segura, muy segura —recalco con determinación—: lucharé por Bandy con todas las fuerzas de las que sea capaz. Y lo haré porque lo amo. Porque lo nuestro sí es amor. De eso no tengo ninguna duda.

Yoana menea la cabeza de lado a lado y su gesto se vuelve serio. Consciente de que no voy a dar mi brazo a torcer, reflexiona por última vez en esta mañana:

—Si eso es lo que deseas, adelante. Te quiero mucho y por ello estaré a tu lado si me necesitas, pase lo que pase y decidas lo que decidas. Te veo muy convencida de lograr tu propósito y de corazón espero que así sea.

—Te lo agradezco —le digo limpiándome la última lágrima.

—Pero no puedes convencerme. Yo no pienso que eso que tú tienes con Bandy sea amor. Mira cómo estás. —Me señala—. Llorando y con miedo sobre el futuro que os espera. Querida amiga, el amor no puede doler tanto...

Permanezco callada porque en mi interior sé que lleva razón, al menos en esto sí. Un sentimiento tan puro como es el amor no debería dañar y lastimar el alma hasta el punto de dejarla casi sin fuerzas. El amor es algo tan grande que lo único que debería proporcionar es felicidad y dosis inmensas de energía. Pero, a veces, las historias que nos proporciona el destino no son las que esperábamos, a veces las cosas suceden cuando menos te lo esperas...

Al pensar en todo esto, no puedo evitar recordar a Bogdan, nuestro

misterioso encuentro en la cafetería y nuestra cómica manera de conocernos. A pesar de no ser él el hombre por el que suspiro y al cual deseo, su manera de tratarme me devolvió un poquito de las ganas de vivir que pensaba que había perdido. Entonces caigo en la cuenta de que todavía me queda algo por hacer, aún tengo una cuenta pendiente con ese muchacho. Mientras Yoana se dirige al mostrador del bar a pagar nuestras consumiciones, saco mi móvil del bolso blanco que llevo colgado al hombro y tecleo veloz, inspirada de repente. Después busco su nombre en la agenda y pulso, sin miedo y con firmeza. Enviar. De la misma manera borro su número. Inspiro profundamente segura de haber hecho lo correcto, pero no dejo de imaginarme su cara cuando reciba el mensaje. En estos instantes lo estará leyendo y probablemente esa hermosa sonrisa desaparezca de su rostro por unos segundos.

«Hola, Bogdan. Soy Patty. Te escribo simplemente para comunicarte que he decidido no volver a verte. No me llames ni me preguntes por qué. Me lo pasé muy bien contigo y te doy las gracias por ello, pero prefiero que hagamos como si nada hubiera pasado. Lo siento. Mi corazón pertenece fiel y absolutamente a otra persona.»

* Sábado 18 de diciembre *

Recojo los cubiertos de la mesa y los llevo a la cocina. Ayudo a mi madre a recoger lo que queda. No la vemos muy a menudo y me ilusiona pasar unos días con ella. Sobre todo en estas fechas en las que tan cerca se encuentra la navidad.

—Me alegra mucho que hayáis decidido venir a verme —comenta mi madre ya de vuelta al salón.

Me siento de nuevo en la mesa y enciendo un cigarrillo.

—A mí también. La idea fue de Alex. Como le dieron unos días libres en el trabajo, aprovechó y nos propuso hacer este viaje a Madrid y, pues no lo pensé ni un segundo. Además, necesitaba desconectar.

Mi madre arquea una ceja.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—Últimamente he estado muy estresado.

Mi madre guarda silencio temporalmente y dirige la mirada a mis hermanos. Ellos hacen lo mismo conmigo. Conozco a mi madre y me percató de que está al tanto de lo sucedido. Alex y Marius se habrán encargado de que así sea, pero ella espera a que sea yo quien dé el paso de expresarme. No le voy a dar

ese gusto, ni a ella ni a los dos chivatos que tengo como hermanos.

—Ya ves, el trabajar día a día resulta muy cansado...

Mi madre carraspea y Marius habla por ella.

—Sí. Y pasar un par de días en el calabozo también... —insinúa en tono burlón.

Lo fulmino con la mirada desde la otra punta de la mesa.

—¿Quieres mantener tu boca callada? Idiota.

Mi madre interviene:

—No hace falta que peleéis, chicos. Tus hermanos me contaron por teléfono lo sucedido con esa chica —se dirige a mí a la espera de que le informe de lo demás.

—Se llama Patty —me limito a decir.

—Lo denunció porque tu hijito tiene la cabeza loca y no sabe hacer otra cosa que no sea meterse en problemas. Eso le encanta —sigue metiendo cizaña Marius.

Me gustaría levantarme de la silla y darle con ella en la cabeza, pero me contengo y me conformo con dar un puñetazo a la mesa, que se tambalea levemente por el impacto.

—¡Te he dicho que te calles! —grito con voz fuerte—. Sigue hablando de lo que no te importa y te partiré la cara esa de bobo que tienes.

Marius capta la amenaza y se calla. Agacha la cabeza mirando de reojo a mi otro hermano, el pequeño. Alex se mantiene al margen. Siempre ha sido más sensato y delicado con los asuntos personales de cada uno.

—Bandy, no le hables así a tu hermano —me regaña mi madre—. Actuó bien contándome lo que te pasó. Estoy en mi derecho de saber qué les sucede a mis hijos y por qué.

No soy capaz de responder bruscamente a mi madre, a la cual le tengo un gran respeto a pesar de nuestras diferencias.

—Solo digo que debería meterse en su propia vida. Él está más amargado que nadie, desde que le dejó su mujercita no deja de lamentarse por todo y se pasa los días metido en casa. Lo que le irrita es que yo sí tenga mis propias metas. Me envidia por tener una chica como Patty. Quizás hasta quisiera que fuera suya...

Le dirijo una dura mirada a Marius y él me responde con una carcajada.

—¡Estás loco, tío! Y ahora encima celoso —me acusa.

—Bueno, ya vale —ordena mi madre irritada—. Paco va a llegar del trabajo en cualquier momento y no quiero que os vea así, discutiendo y peleando como

animales. Nosotros solo queremos tu bien, Bandy.

Me dedica una mirada enternecedora que en vez de tranquilizarme me indigna más todavía.

—Esa chica casi te mete a la cárcel. Ignoro los motivos, pero tal vez debas empezar a plantearte que ella no es para ti. Creo que no deberíais estar juntos.

Me levanto de la silla de un solo salto, feroz y completamente cabreado.

—¡A mí no me importa lo que vosotros creáis! Soy mayorcito para elegir con quién quiero pasar mi vida. Y voy a estar con Patty os guste o no. ¡Dejad de meteros en nuestra relación!

Y entonces, bajo la mirada ofendida de mi madre y la acusatoria de mis hermanos, me doy la vuelta y salgo de la sala. También de la casa dando un fuerte portazo. Me iré a pasear un rato por la ciudad para calmarme y poner en orden mis ideas. Necesito verla. Desearía cerrar los ojos y que al abrirlos Patty estuviera enfrente de mí y me diera un beso, me acariciara y me dijera que tranquilo, que todo está bien y que ella está a mi lado, contra todos lo que se opongan. Pero eso no es posible, ya que nos separan muchos kilómetros de distancia, así que no me queda más remedio que hacer tiempo hasta que llegue la hora de acostarme. Mañana volveremos a Logroño en el coche de Alex y podré reunirme con ella y buscar consuelo en sus brazos. Eso es, mañana todo habrá pasado.

* Viernes 31 de diciembre *

A pesar de la justicia y de la oposición de la gente de nuestro alrededor, Bandy y yo seguimos juntos. Hemos pasado una de las pruebas más difíciles de nuestra relación y permanecemos unidos, día a día, demostrando a nuestras personas queridas que nos queremos y que no nos daremos por vencidos. Tanto es el amor que nos tenemos que hemos optado por pasar este día tan especial juntos... y solos. Sin nadie a nuestro lado que nos recrimine nuestra actitud o nos amargue el momento. Hoy es el último día del año y, una vez más, lo celebro con mi rumanito. Faltan pocos minutos para que el reloj marque las 00:00, esa hora tan especial que indica que comienza un nuevo año y, para muchos, una nueva vida. Estamos desnudos bajo las mantas, refugiándonos del frío y dándonos calor mutuamente.

—No puedes quejarte —comenta Bandy con una sonrisa en la cara—. Te he hecho pasar la Nochevieja de una forma muy distinta.

Sonrío. Y tanto que distinta... En España se acostumbra a esperar este momento de la noche con los mejores trajes de gala puestos y arreglados para la situación.

—Sí —asiento—. Distinta y especial.

Le doy un beso en la mejilla. Me dispongo a hacer lo mismo en sus labios, pero entonces caigo en la cuenta de que hemos pasado algo por alto.

—¡Se nos ha olvidado comprar uvas! —exclamo.

Bandy se ríe divertido. Le pego suavemente en su hombro desnudo.

—No te rías. No se puede celebrar el Año Nuevo sin uvas...

—Si no me río por eso... Me causa gracia la forma tan asustada que has tenido de decirlo. Tranquila, mi amor, se me ocurre otra manera mejor de celebrarlo y para eso no hacen falta uvas...

Vuelvo a pegarle en el hombro.

—No seas cochino... Acabamos de hacerlo y ya estás pensando en lo mismo...

Bandy niega con la cabeza, aún con la sonrisa en la cara.

—Tú no seas mal pensada. Cariño, me refiero a que ya que no tenemos uvas y es imposible conseguirlas de ningún sitio, podemos sustituir las uvas por besos.

Estoy a punto de renegar objetando que la idea es absurda, cuando anuncian la llegada de las campanadas. Y entonces, con los nervios típicos que se sienten en ese momento y una extraña sensación en el estómago, me acurruco más al lado de Bandy. Él extiende los brazos y me acoge entre ellos. Sin salir de la cama, subo el volumen del televisor y escucho atenta la señal y, con la primera campanada que suena, Bandy se inclina hacia mí y me da un beso, cortito y tierno. Y con cada uno otro beso, cada uno más juguetón que el anterior. Tumbado casi encima de mí, me mira fijamente y me susurra:

—Ahora pide un deseo, mi niña.

Cierro los ojos con fuerza y me concentro en lo que deseo. Casi aseguraría que Bandy está pidiendo lo mismo. Desde la calle ya nos llega el sonido de algún cohete, pero a mí no me interesa salir para averiguarlo, solo quiero estar con mi novio, al resguardo de las paredes de mi casa, la cual tenemos solo para nosotros esta noche, ya que Berta se ha ido a casa de su madre a celebrarlo con su familia. Para mí toda mi familia es Bandy, y ese es mi mayor deseo.

—Feliz año nuevo, mi rumanito.

—Feliz año nuevo, mi española.

Entonces, de repente me causa gracia la escena, la diferente forma que hemos tenido de pasar estos momentos. Se me escapa una carcajada y Bandy me mira sorprendido. Al ver su gesto de duda río con más ganas. Bandy agacha la cabeza hacia mi cuello y lo besa repetidamente, desliza su mano

hacia mi pierna y enseguida las ganas de reír se cambian por deseos de otra cosa. Me dejo acariciar por él y disfruto de cada segundo, de cada beso y cada suspiro por su parte. Y así, al compás de la música que ya suena en el programa de la tele, nos movemos, frotando nuestros cuerpos el uno junto al otro y empezando el año de la mejor forma posible.

* Lunes 14 de febrero *

Llego a casa de Patty cansado por el largo día de trabajo y cargado de bolsas en las dos manos, pero ni todo eso supera la emoción que siento por el día que es hoy y por pasarlo junto a ella. La mujer que amo. Aún no vivimos juntos, pero Patty me ha dejado las llaves de su casa por si acaso algún día sucediera una emergencia. La verdad es que paso la mayor parte del tiempo con ella que en mi propia casa, (bueno, la de Alex). Entro sigilosamente en el piso con el mayor cuidado de que no descubra mi presencia. Quiero darle una sorpresa. Oigo el ruido de la ducha y supongo que se encuentra bañándose, pero para cerciorarme de que se trata de ella y no de Berta doy un golpecito a la puerta.

—Dime —grita desde dentro del baño.

Ha de creer que es su amiga la que llama, así que guardo silencio. Oigo como descorre el cerrojo de la puerta y, para mi favor, no la abre para averiguar de quién se trata. La abro muy despacio justo en el momento en que se mete de nuevo a la bañera, corriendo la cortina tras ella. Aguardo en silencio esperando a que termine y cuando sale por fin, se encuentra conmigo de pie y con la toalla extendida en mis manos.

—¡Bandy! —exclama sorprendida—. ¿Qué haces aquí? Pensé que no llegabas hasta la hora de la cena... Así habíamos quedado, ¿no?

Una sonrisa se dibuja en mi cara. Patty permanece de pie frente a mí y por unos instantes siento ganas de olvidar mi plan y tirar la toalla. Viéndola así de cerca, mojado todo su cuerpo y el pelo cayéndole por la espalda enredado, su imagen es tan sensual que me tienta a hacerle el amor aquí mismo. Respiro hondo en un intento de controlar mi excitación.

—Ya ves, cari, me gusta anticiparme a los hechos.

—Ya veo, ya veo. —Sonríe y se acerca a mí.

Me saluda con un beso. Tal vez haya adivinado mis intenciones, pero no voy a dejarle hacer. No voy a permitir que me seduzca. No esta noche. La envuelvo caballerosamente con la toalla y la abrazo con fuerza.

—Eres preciosa, cariño.

Echa la cabeza hacia atrás, mojándome con su cabello, y estalla en carcajadas.

—No seas exagerado. Lo dices para hacerme sentir bien.

Niego y pongo un gesto serio, que resulte convincente.

—No, no... De verdad me gustas mucho. Me encantas.

Patty sigue riendo y se deshace de mi abrazo. Sale del cuarto de baño y se dirige a su habitación. La sigo con una sonrisa en la cara. Se seca rápidamente y tira la toalla al suelo. Abre el armario pero se lo impido. Me planto frente a ella, impidiéndole el paso.

—¿Qué haces?

—No abras el armario.

—Pero tengo que vestirme —replica, sin entender nada.

—Sí. En eso estoy de acuerdo.

Me alejo de ella solo unos segundos para alcanzar la bolsa que he dejado previamente en la mesita de noche y que ella ha pasado por alto. Me acerco y se la ofrezco.

—¿Qué es? —pregunta curiosa a la vez que estira la mano para agarrar la bolsa.

—Compruébalo tú misma —le reto con un cierto toque de misterio en la voz.

Patty no se hace de rogar y se apresura a abrir la bolsa. Saca veloz el paquete que hay envuelto dentro de ella y lo observa, casi temblorosa de abrirlo. Me mira.

—¿Es para mí?

—A mí no creo que me valga —bromeo, divertido.

Sus ojos brillan de emoción y se dispone a averiguar qué contiene dentro. Al ver el vestido negro de tela fina que tanto me ha costado elegir, su rostro se ilumina y su boca se tuerce en una amplia sonrisa. Un poco tímida, se dirige a mí:

—Es precioso.

Lo estira observándolo de arriba a abajo casi temblorosa de romperlo. Enarca una ceja.

—¿No te gusta? Aún tiene la etiqueta. Si quieres puedes cambiarlo —le propongo inseguro de repente.

—¿Bromeas? Me encanta. No lo esperaba en absoluto. Muchas gracias, cariño.

Se acerca a mí. Se pone de cuclillas y me da un beso. Aún desnuda y con la toalla envuelta en su cuerpo, consigue de nuevo que mi deseo aumente, pero

una vez más consigo controlarme.

—Me alegro de que te haya gustado. Tenía mis dudas... No soy bueno para esto, ya sabes.

—Eres el mejor. En esto y en todo, y lo serás siempre.

Otro beso más y se dispone a prepararse para la noche que nos espera. Hemos decidido salir a cenar fuera, a algún restaurante para poder celebrar juntos este día especial. Salgo del cuarto y la espero en el salón mientras me fumo un cigarrillo. Estoy realmente emocionado aunque por fuera tal vez no lo parezca. Voy a pasar esta velada con Patty, la chica de la que estoy enamorado, se pondrá el vestido que yo he escogido para ella y... es el primer San Valentín que no celebro solo; es decir, el primer año en el que tengo una pareja. Una pareja estable, una pareja de la cual me siento orgulloso. La puerta de la habitación se abre y oigo el sonido de los tacones dirigirse hacia mí. Volteo la cara para mirar y descubro asombrado que el vestido negro le sienta aún mejor de lo que pensaba. Patty está realmente hermosa. Casi temo parpadear por miedo a que desaparezca de mi vista. Me levanto del sofá y le doy un largo beso. Nos cogemos de la mano y así, entrelazados y enamorados, salimos de casa, dispuestos a dejarnos llevar y disfrutar de esta noche tan especial.

* Lunes 21 de marzo *

Llamo al timbre una vez más. Suspiro hondo mirando a ambos lados de la calle. He pasado casi toda la mañana fuera de casa, ya que Yoana me telefoneó pidiendo que fuera a visitarla para poder felicitarle y pasar un rato conmigo. Me encanta charlar y cotillear sobre las últimas noticias y, cuando estoy con mis amigas, el tiempo se me pasa muy rápido. Pero ahora mismo de lo que más ganas tengo es de poder entrar en mi casa y ver a mi novio. Puede parecer un tanto cursi, absurdo tal vez, pero cuando estoy unas cuantas horas sin verlo lo extraño muchísimo. No sé por qué ayer Bandy insistió en que le prestara mis llaves alegando que no encuentra las suyas y, ahora, no responde al telefonillo y estoy comenzando a impacientarme. No me gusta esperar. Saco el móvil del bolso y marco su número sin buscarlo en la agenda. Después de más de un año a su lado, lo tengo grabado en mi memoria a prueba de bombas. Doy un toque y cuelgo. Solo un aviso. Al momento me entra una llamada. Respondo inmediatamente.

—¿Dónde estás?

—Hola, cariño.

—Bandy, estoy en la puerta de casa. ¿Dónde te has metido?

—¿Estás abajo? Lo siento, cari, es que estamos con la música y no he oído el timbre. Ahora mismo te abro.

Sin decir ni adiós, cuelga el teléfono. Me acerco de nuevo al portal y oigo el telefonillo al descolgarse. Mientras subo las escaleras me percató de algo que había pasado por alto. Bandy ha dicho «estamos con la música»... ¿Qué quiere decir «estamos»? Espero que no se haya olvidado del día que es hoy. No he tenido ocasión de hablar con él ya que, como todos los días, salió temprano a trabajar; antes de que yo me despertara. Me extraña el silencio que siento al abrir la puerta. Dijo que estaba con la música y solo distingo un leve murmullo y unos pasos apresurados. No comprendo nada. Las persianas están bajadas y la casa se encuentra demasiado oscura. Entro cerrando la puerta tras de mí y me dirijo al salón en busca de Bandy. Mis dudas se disipan enseguida. Las luces se encienden y de atrás de los sofás salen unas cuantas personas.

—¡Felicidades! —gritan todos a la vez.

Me llevo la mano a la boca sorprendida. Me han cogido desprevenida. No esperaba en absoluto esta bienvenida. Miro a todos los rincones del salón, recorriendo con la mirada un lado y el otro. Se encuentran Berta, su novio, su hermana y su madre, Alex, Marius y por supuesto... Bandy. Él se acerca a mí, extiende los brazos y me da un fuerte abrazo.

—Feliz Cumpleaños, cariño.

—Gracias —respondo sonrojada—. Pensé que te habías olvidado.

Menea la cabeza de un lado a otro actuando como si mi comentario le ofendiera.

—¡Cómo voy a olvidarme de ti! Eres tontita, ¿eh?

Miro a las demás personas que se encuentran en la sala.

—Gracias a todos.

—No hay de qué, flaca —contesta Berta y se encamina hacia mí.

Me da dos besos en la mejilla y me felicita también:

—Espero que seas muy feliz y que cumplas muchos años más —me desea con cariño.

—Yo también lo espero —sonrío.

Con la sorpresa del momento no me había dado cuenta de todo. En la mesa central del salón ya se encuentran preparados varios tipos de platos, desde entremeses hasta la típica tortilla de patata que tan bien hace mi novio.

También hay un par de refrescos.

—¿Quién ha preparado todo esto?

Todos señalan a Bandy. Él sonríe complacido.

—Claro, por eso insistías tanto en que saliera a dar una vuelta y te dejara las llaves —deduzco divertida—. Debí haberlo imaginado.

—Eso es —confirma Bandy—. Y también la llamada de Yoana fue cosa mía. Le pedí que lo hiciera para poder perderte un poco de vista.

El comentario ha sonado mal y Bandy suelta una carcajada.

—En el buen sentido de la palabra digo. Necesitaba que te marcharas para poder preparar todo esto. Bueno, Berta también me ha ayudado mucho con la fiesta.

Estoy nerviosa. Tanto que no sé cómo actuar. Río a gusto, feliz con el detalle que han tenido conmigo y me siento dichosa por tener a estas personas a mi lado.

—Gracias de nuevo a todos. Ahora si me disculpáis voy a mi habitación a cambiarme. Me muero de calor con tanta ropa.

Es cierto. Justo hoy empieza la esperada primavera, esa estación tan bonita en la que el frío va desapareciendo y deja lugar al agradable clima; ni demasiado frío ni demasiado calor. Aparte de eso resulta que no voy vestida con mi mejor ropa. Llevo puesto un chándal negro con el que voy realmente cómoda, pero no es lo más indicado para esta ocasión. Me dirijo a mi habitación y abro el armario en busca de algo más apropiado. No quiero demorarme mucho, así que me decido por unos pantalones vaqueros que llegan hasta las rodillas y una camisa fina de manga larga y que se ajusta al cuerpo. Cuando estoy a punto de ponerme el conjunto elegido, la puerta del dormitorio se abre y por ella aparece Bandy. La cierra tras él y se planta frente a mí. Tiene una sonrisa radiante en la cara y, por su gesto pícaro, deduzco que viene con intenciones de algo más que de felicitar me el cumpleaños.

—No te vistas todavía —me pide.

Desliza sus manos por mi espalda desnuda y el contacto de su fría piel sobre la mía me estremece y me agrada al mismo tiempo.

—Venga, Bandy, no seas loco. Están todos esperando fuera.

Bandy me retira el pelo que me cae sobre la cara y me da un dulce beso en la mejilla.

—Pueden esperar solos un ratito. Se lo están pasando bien hablando entre ellos. Aún no te necesitan. Yo en cambio sí. Te necesito.

Echo la cabeza hacia atrás y se me escapa una carcajada.

—Mira que eres exagerado... ¿No puedes aguantarte hasta la noche?

Niega meneando la cabeza de un lado a otro y en sus ojos distingo la llama del deseo. Ese que siento por mí y que yo comparto, a pesar de tanto tiempo a su lado.

—Tengo ganas de ti —susurra a mi oído.

La piel se me eriza al escucharlo y siento crecer la pasión que me inspira.

—Yo también, pero no es lo más correcto ahora, Bandy. No me gustaría que entren y nos pillen...

Me pongo colorada solo de imaginar la situación. Bandy se inclina y me besa en el cuello. Pequeños pero seguidos besos.

—Solo será un momento... —insiste—. Prometo que seré rápido.

Río a causa de sus palabras pero le dejo hacer. Cuando sus dedos se deslizan veloces por mi cuerpo, no lo impido, no los detengo. Bandy me empuja suavemente hacia la cama y me tumba en ella. Se acuesta a mi lado y me besa. Me acaricia por debajo de las braguitas y yo hago lo mismo con él. Desabrocho con avidez el cierre de sus vaqueros y deslizo mi mano en el interior de sus calzoncillos. La respiración de Bandy se acelera y con ello me demuestra que le agrada lo que hago. De pronto me detiene y se inclina hacia mí. Con sus labios busca mi piel caliente y la besa, de arriba a abajo sin dejar una sola parte sin probar. Con un poco de dificultad consigue quitarme el sujetador blanco que llevo. Después baja más abajo. No se detiene hasta desnudarme por completo. Alza la mirada y encuentra la mía. Nuestros ojos brillan de excitación y placer. Toda yo ardo en deseos de entregarme a él por completo. En solo unos instantes ha conseguido disipar mi vergüenza y el temor de que nos pillen los invitados, que aguardan pacientes en el salón, tal vez imaginando nuestro acto. Desecho una vez más esos pensamientos de mi mente y me dedico a disfrutar plenamente de este momento. Siento un ligero cosquilleo dentro y estallo en un gran gemido cuando Bandy se echa sobre mí y entra en mi cuerpo. Es tanta la felicidad que siento que creo que voy a explotar de alegría. Acaricio su pelo corto mientras él se mueve desde arriba. Observo sus ojos azules y le digo con voz entrecortada:

—Este es mi mejor regalo de cumpleaños. Tú eres mi mejor regalo.

* Martes 7 de junio *

—Buenas tardes —exclamo al entrar en casa como señal de que he llegado.

Nadie responde a mi saludo, pero por los murmullos que llegan a mis oídos

sé que la casa no está vacía. Voy hacia donde vienen las voces y encuentro allí a Patty, en compañía de Berta y de Marius. Están sentados alrededor de la mesa y charlan tranquilamente a la vez que toman un café cada uno. Me dirijo primero a mi hermano, ya que hace días que no nos vemos. Estiramos la mano ambos y la estrechamos en un fuerte apretón.

—¿Qué tal, hermano?

—Bien. Un poco aburrido. No tenía nada que hacer en casa de Alex y decidí pasarme por aquí un poco. Les estaba informando a las chicas sobre la crisis que tiene ahora nuestra ciudad y las causas de que esto pase. Como las cosas no cambien, vamos a acabar muy mal...

Emito un suspiro hondo. Mi hermano siempre con sus teorías y sus charlas políticas... Patty suele seguirle la corriente y por ello se llevan bastante bien. Se entienden, a veces pienso que incluso más que conmigo, pero a mí me aburre y me estresa, y más después de un largo día de trabajo. Me acerco a Patty y me inclino sobre ella para darle un beso en la frente.

—Hola, cari.

—Hola, mi amor —responde y alza la cabeza para besarme en los labios.

A continuación, sigue con la conversación que tenían antes de mi llegada. Me dispongo a preparar un café. Abro los armarios y no lo encuentro.

—Patty, ¿dónde has puesto el café?

—No hay —responde tranquilamente y sigue con la charla.

Emito un suspiro. Me irrita la manía que tiene Patty de olvidarse siempre de comprar las cosas que le pido y, en especial, las que más me gustan. Parece que lo hiciera por cabrearme.

En vista de que me voy a quedar sin tomar el café que tanto me apetecía, decido llenar la barriga con algo de comer. Levanto la tapa de la olla que hay encima de la vitrocerámica. Macarrones con carne picada y tomate. No me apetece comer eso, así que decido hacerme unos huevos fritos con patatas. Al abrir la nevera descubro que tampoco hay lo que necesito. Ya un poco indignado, me doy la vuelta.

—¿Y los huevos dónde están?

Patty responde justo como esperaba y sin dignarse ni a mirarme.

—En ningún lado. Tampoco hay.

Trago saliva en un intento de conservar la calma.

—¿No has ido a comprar?

Niega con la cabeza.

—No me ha dado tiempo.

La miro atónito, sin saber si debo reírme o cabrearme. Marius y Berta guardan silencio en vista de que no es posible seguir con la charla debido a mi intromisión constante.

—¿No te ha dado tiempo? —respondo recalcando cada una de mis palabras.

Vuelve a negar con la cabeza.

—¿Me estás diciendo que has tenido todo el día libre y no te ha dado tiempo a bajar a comprar al supermercado? Por dios, Patty, te pedí cuatro cosas. ¿Es que ni de eso eres capaz?

El tono de mi voz es bajo pero se nota claramente que estoy enfadado. Patty actúa como si su acto no tuviese importancia.

—Pues ya te lo he dicho, Bandy. Me pasé el día limpiando y luego llegó tu hermano. —Lo señala—. Nos pusimos a hablar con Berta y se me pasó el rato. Cuando quise bajar me di cuenta de que ya habrían cerrado el súper.

—Mira, Patty, créeme que si pudiera hacerlo yo no te lo hubiera pedido, pero da la casualidad de que trabajo durante casi todo el día. Me la paso currando para traer dinero a casa y mientras tanto tú te dedicas a chismosear y tocarte las narices. Llego a casa cansado y con ganas de tomarme un maldito café y ni eso puedo hacer. Eso es lo que tú no entiendes —le reclamo con indignación.

Patty me mira y guarda silencio, impactada tal vez por mi acusación. Marius y Berta observan atentamente cada gesto y palabra de nosotros dos y, en ese momento, Marius interviene.

—Ya vale, Bandy. Te estás pasando. Déjala ya.

Su reclamo solo consigue enfurecerme más.

—Tú no te metas. Es asunto nuestro.

—Vale, no será mi problema, pero creo que no es para que te pongas así. Las cosas se solucionan hablando —insiste él, terco como siempre ha sido.

Le miro a los ojos y grito con fuerza:

—¡Te he dicho que no te metas!

Mi hermano menea la cabeza de lado a lado reprobando mi actitud y vuelve a las andadas.

—¡Estás loco!

Su intromisión y reproche hacia mi persona me saca de mis casillas y acaba con la poca paciencia que me quedaba.

—No te permito que me hables así en mi propia casa. Y, si lo haces, será mejor que te vayas —le advierto.

Marius esboza una sonrisa burlona que me indigna doblemente.

—Te hablo como quiero, que para algo eres mi hermano, y no puedes echarme

porque tengo entendido que esta casa es de Patty, no tuya.

Mira a Patty y yo hago lo mismo. Como era de imaginar, ella no acude en mi defensa. Agacha la cabeza en dirección al suelo y permanece con semblante enfurruñado y ofendido.

—Estoy con ella así que la casa es de los dos. Ya me has tocado bastante los cojones. ¡Ahora lárgate!

En estos momentos no me importa que esté echando a mi propio hermano. Hay veces que se merece una buena reprimenda. Alguien debería darle una lección para que aprenda a no meterse donde no le llaman.

—¿No me has oído? Que te vayas.

El rostro de Marius se pone serio. He logrado cabrearlo.

—Está bien, me iré, pero quizás antes deba hablar con Patty. Hay muchas cosas que sé de ti que no te interesa que se sepan, ¿verdad, hermano?

Recalca la palabra «hermano» con tono hipócrita y habla como si Patty no estuviese delante. Ella por supuesto no ha pasado por alto el comentario de Marius y se interesa:

—¿A qué te refieres, Marius? ¿Qué cosas sabes? Dímelas.

Marius me mira primero a mí y después a ella, por un instante indeciso sobre qué paso dar. Tal vez esté sopesando las consecuencias...

—No, no. Él ya sabe de qué estoy hablando.

Permanezco en silencio unos segundos. Me ha dejado atónito el comportamiento de mi hermano. No me esperaba esta traición de su parte y, claramente, me está poniendo en evidencia para hacerme quedar mal con mi novia.

—No, Marius —insiste Patty—. Ahora di lo que querías decir.

Marius abre la boca para hablar y, antes de que hunda más el dedo en la llaga, me decido a hacerlo yo:

—¿Qué vas a decir? ¿Que estos días me ha traído a casa una chica en coche? Dilo. No te tengo miedo.

He soltado mi secreto casi sin pensarlo y ahora ya no hay marcha atrás. Berta y Marius están callados y pasean la mirada de un lado a otro de la cocina, un poco incómodos quizás por verse inmersos en todo este lío. Patty por su parte también se encuentra en silencio, pero la mirada que me dedica dice más que mil palabras. Con sus ojos oscuros me acusa y me demuestra su decepción. Por fin, se decide a hablar.

—¿Cómo una chica? ¿En coche? ¿Qué está pasando, Bandy?

—Ya lo has oído. Estas últimas semanas me ha traído a casa una chica. Es la

camarera del bar que hay al lado del piso donde estoy trabajando.

Patty reconstruye en su mente las piezas del rompecabezas y parece que hay algo que no le encaja.

—Me dijiste que no te llevabas la bicicleta porque tu compañero de trabajo te traería a casa todos los días. ¡Me has mentido!

—Bueno, no es tan grave —me defiende—. Está muy lejos para venir siempre en bici y no podía decírtelo porque te pondrías como las locas. Exactamente como estás haciendo ahora.

Berta se levanta de la silla donde ha permanecido inmóvil durante toda la discusión y abandona la cocina sin decir palabra. Marius no se marcha, pero guarda silencio, demasiado temeroso de volver a intervenir o tal vez arrepentido por su traición hacia mí. Demasiado tarde. La bomba ya ha explotado.

—¿Por qué no me lo dijiste? Si no tenías nada que esconder, deberías habérmelo contado. Así lo único que puedo pensar es que hay algo más detrás de eso.

Los ojos de Patty están empañados y se muerde el labio inferior con fuerza, en un intento de controlar el llanto.

—Ya te lo he dicho. ¡Si no quieres creerme no lo hagas! ¡No me importa! —exclamo fuera de control.

Doy la espalda a las dos personas que parecen haberse puesto de acuerdo para hacer un complot en mi contra. Me encierro en mi habitación de un fuerte portazo. Patty abre la puerta y me encuentra preparando la maleta. Estoy metiendo toda mi ropa, que no es mucha, arrugada y revuelta.

—¿Qué haces? —consigue decir con un hilo de voz.

—¿No lo ves? Guardo mis cosas.

Cierra la puerta y se apoya en ella. Me mira fijamente y yo actúo con indiferencia, como si no la viera. Sigo empacando mis pertenencias.

—Deberíamos hablar de esto —sugiere ella con voz débil.

—No tengo ganas de hablar. Ya estoy cansado de todo esto.

Cierro la maleta con rapidez y me levanto sujetándola con la mano derecha.

—¿Me dejas pasar?

—¿Dónde vas a ir?

—No te importa.

Patty baja la mirada y se cubre la cara con el pelo, tratando de esconder sus emociones.

—¿Por qué me haces esto? Siempre me porto bien contigo —me echa en cara.

Eso es algo que odio así que ni le respondo.

—Quiero irme. Da igual dónde. Todo será mejor que quedarme en esta casa.

—¿Por qué? —vuelve a preguntar.

Esta vez su pregunta alberga mucho más que la pelea recién ocurrida. Se refiere a todo mi comportamiento con ella durante todo el tiempo que llevamos juntos. Elijo darme el gusto de responderle. Busco sus ojos marrones y los miro fijamente con dureza y frialdad. Sin compasión alguna.

—Creo que ya no te quiero. Tal vez nunca lo he hecho.

No es necesario añadir nada más. A Patty se le tuerce el gesto a causa del dolor y se hace a un lado, dejándome libre el paso para mi marcha. Así lo hago. Sin dudarle un segundo, agarro firmemente mi maleta y me voy. Cierro la puerta dejándola dentro y ni siquiera me despido. Pero, antes de irme, logro ver cómo su cara se llena de lágrimas. No me siento culpable. Haberlo pensado antes de amargarme la vida día a día... Lo único que pienso cuando cierro la puerta de la que hasta ahora ha sido mi casa es que es lo mejor que puedo hacer. Como bien se dice: mejor solo que mal acompañado.

* Martes 7 de junio *

Hasta el momento en que escucho la puerta de la entrada al cerrarse no me permito desvanecerme. Cuando por fin Bandy se marcha, siento un ligero alivio en mi interior por no tener que soportar más la tensión que estaba acumulando con su presencia. Quisiera salir corriendo tras él y gritarle: ¡Quédate! No te vayas. ¡Te amo! Pero no serviría de nada. La decisión está tomada. Ahora no puedo hacer nada más que resignarme y aceptarlo. Aún un poco aturdida e incapaz de creer lo que está sucediendo, veo como la puerta de mi dormitorio se abre. Esa misma que él ha dejado cerrada unos minutos atrás. Berta asoma la cabeza y me busca. Detrás de ella distingo los pies de Marius.

—¿Estás bien? —me pregunta mi amiga, aun a sabiendas de la respuesta.

Niego con la cabeza débilmente y estallo en sollozos. Ella se apresura a entrar y me abraza con fuerza. Apoyo la cabeza en su hombro y se lo lleno de lágrimas.

—Tranquila —susurra con ternura—. Todo va a pasar. Ese chico no te merece.

Sigo llorando entre sus brazos. Estoy muy triste. No hay nada que me

consuele ni nadie que pueda hacerlo. Solo él, y se ha ido.

—Lo superarás —me asegura Berta.

Me aparto de su lado. No quiero que repita eso. No quiero que me digan que lo superaré porque ahora mismo me siento destrozada.

—Ahora quiero estar sola —digo en voz baja.

—¿Estás segura?

Asiento con la cabeza, incapaz de articular una sola palabra más. Berta asiente y sale del cuarto, acompañada de Marius que no se ha movido de la puerta en todo el rato. Berta es mi amiga, siempre lo ha sido, en lo bueno y en lo malo. Entiendo su preocupación y la agradezco, pero en estos momentos necesito pensar y refugiarme en mis propios sentimientos. Cuando ella sale y cierra de nuevo la puerta, me siento más sola, terriblemente sola, pero así es como quiero estar ahora. Apago la luz. No quiero ver, ni sentir, ni escuchar nada. Y entonces, en la soledad de mi cuarto, me atacan todos mis temores. Me derrumbo, me vengo abajo. Me dejo caer en el suelo, quedando sentada y con la espalda apoyada en la puerta. Todo mi cuerpo se convulsiona en un llanto incontrolable. Me siento como una pequeña criatura indefensa y perdida en el mundo. Repaso todo lo que ha sucedido esta noche. No logro entender cómo todo ha pasado tan rápido. El giro tan grande que ha dado mi vida de un momento a otro. Ayer estábamos bien. Recuerdo también la cena de San Valentín, su regalo y la noche de intimidad que nos regalamos el uno al otro; mi cumpleaños con la inesperada fiesta que preparó solo para mí... No comprendo qué ha cambiado, qué es eso tan terrible que ha sucedido entre nosotros. Se me desgarran el corazón al comprender que, a partir de ahora, seremos dos extraños. Que no podré disfrutar más de sus besos, sentir sus caricias o ver esos ojos claros cada día al despertar. No habrá un «buenas noches» al acostarme ni un «hola, cari» que me espere al llegar a casa. Me arden los ojos de tanto llorar. Los arrugo con fuerza, los aprieto, tratando de que las lágrimas no se me escapen más; pero no lo aguanto. Me duele el alma. No concibo mi vida si no es junto a él. Y, a pesar de que me ha dejado sola sin importarle mi dolor, no puedo odiarlo porque lo amo. Lo amo casi más que a mi propia vida.

* Jueves 16 de junio *

Es el quinto cubata que me bebo. Saboreo los últimos sorbos de mi vaso de vodka. La camarera se dispone a recoger el bar. Me avisa de que en breve lo

cerrará. Miro el reloj que llevo en mi muñeca izquierda y me percató de que ya se ha hecho tarde. Son más de las 12 de la noche. Aprovecho para pedir un último cubata. La chica frunce el ceño pero me lo sirve. Me lo bebo de un solo trago. Me arde la garganta cuando el líquido pasa por ella, pero, aun así, no dejo una sola gota en el vaso. Abro la cartera y pago lo que debo. Me quedo sin blanca. No importa. Esta noche tenía muchas ganas de descontrolarme. No aguantaba un minuto más encerrado en casa. Quería escapar de esa soledad que me aprisiona.

Esta noche es fresca pero, debido a la gran cantidad de alcohol que he metido en mi cuerpo, no noto el frío. Me siento mareado. Camino lentamente en dirección a mi casa. Lamentablemente antes tengo que pasar por la de Patty. Es lo que tiene vivir a tan solo un par de calles de ella... Cuando diviso su portal en la acera de enfrente, no puedo evitar que mis ojos se vayan en esa dirección. Observo su balcón. Tiene las persianas bajadas. Todo parece estar en una profunda calma. Me detengo un momento y me quedo inmóvil en la misma posición. Contemplo y recuerdo. Creo que he bebido demasiado. Estoy borracho. Empieza a entrarme una nostalgia terrible. A pesar de mi estado, Patty no sale de mi mente. La recuerdo con nitidez: su olor, su sonrisa, su mirada... todo. ¡Maldita sea! La echo de menos. La echo tanto de menos... Detesto reconocerlo, pero mi corazón se acelera cuando escucho su nombre, la respiración se me corta al pensar que puedo encontrarla en alguna esquina, caminando por aquí. Meneo la cabeza de lado a lado y resoplo con frustración. Me digo a mí mismo que son solo imaginaciones, que estos pensamientos se deben al estado en el que me encuentro. Patty no va a aparecer por ninguna de estas calles porque a estas horas todas se encuentran vacías. Apenas hay algún joven que camina a paso apresurado y solitario. Al igual que yo, sin rumbo fijo.

Me pregunto dónde está mi vida y, por alguna extraña razón, mis pies se dirigen hacia el portal de Patty. Sin casi darme cuenta de lo que estoy haciendo, apoyo el dedo sobre el timbre: primero A. Y lo aprieto. Tardan un poco en contestar. Imagino que debe de estar dormida. Estoy a punto de darme media vuelta y marcharme cuando oigo el sonido del telefonillo al descolgarse. Entonces escucho su voz. Suena débil y cansada.

—¿Sí?

Carraspeo. No me salen las palabras.

—¿Quién es? —insiste ella, entre dormida y cabreada.

—Hola, Patty. Soy yo.

Silencio al otro lado. Solo se oye su respiración, entrecortada por los nervios y la emoción.

—¿Qué quieres? —se limita a contestar con un tono frío y cortante.

—Tengo ganas de verte.

Patty suelta una risita irónica. Se está burlando de mí y de mis sentimientos.

—No me digas... Ahora tienes ganas de verme.

—¿Puedo subir?

—No. Ni lo sueñes.

—Entonces baja tú.

—Adiós, Bandy.

Me cuesta asimilar lo que está pasando. Patty nunca me ha hablado así. Siempre estuvo pendiente de mí y, sin embargo, ahora me está despidiendo sin darme ni la oportunidad de explicarme.

—¿Me vas a colgar? —le pregunto en tono suave.

—Si no me dejas otra opción, pues sí.

—Cari, no lo hagas más difícil. De verdad quiero verte.

Otra risita burlona.

—No tengo nada que hablar contigo. Y no vuelvas a llamarme cari.

Estoy a punto de replicar, pero mis palabras se quedan en el aire. Patty ha colgado el telefonillo y me ha dejado aquí, parado enfrente de su portal, con el corazón y el orgullo hecho pedazos. Me dispongo a llamar de nuevo al timbre para seguir insistiendo pero algo me detiene. Asumo que no me queda nada más por hacer. Al menos no esta noche. Me alejo lentamente de su casa y camino tambaleándome por las calles de alrededor. El aire frío de la noche me pega en la cara, me refresca y me devuelve un poco de la poca dignidad que me queda.

Estoy a punto de llegar a mi casa. A lo lejos diviso a un grupo de chavales apoyados en la pared. Deben de tener mi edad y ríen y charlan alegremente. A medida que me acerco me doy cuenta de que los muchachos van en el mismo estado lamentable que yo, tal vez incluso más. Uno de ellos, el más grande del grupo, se acerca a mí cuando llego a mi portal y me impide el paso.

—Eh, tú, chaval, dame un cigarro.

Es su manera de decirlo, con ese tono de orden y autoridad, la que me irrita y me hace negarme.

—No tengo.

El chico dirige la vista hacia el bolsillo de mis pantalones. El paquete de tabaco se distingue claramente.

—¿Ah, no? ¿Y qué es eso que llevas ahí? ¿Chucherías? —se burla.

—Sí tengo, pero no pienso darte. Vete al estanco a comprar —le respondo con la misma ironía que él ha empleado conmigo.

—Con que esas tenemos...

Los ojos del chico alto brillan y presiento que nada bueno va a pasarme.

—Chicos —llama a sus amigos—. Mirad este rumano. Tiene ganas de marcha.

Los otros miembros del grupo se aproximan y me observan con gesto divertido. Unos más fuertes que otros, se ríen de mí y se emocionan ante la idea de lo que va a sucederme.

—Venga, saca todo lo que tienes —me ordena el causante de la pelea.

Me niego con la cabeza y trato de esquivarlo para abrir el portal.

—Déjame en paz. No tengo ganas de bronca.

Levanta el puño con gesto amenazador y, justo en ese momento, uno de sus colegas interviene.

—Déjalo, Chosqui. ¿No ves cómo va el tío? Casi no se tiene en pie.

El tal Chosqui desvía la mirada hacia el chico que ha osado a salir en mi defensa. Titubea un poco y al fin accede.

—Está bien. Que le den al pringado este. Vamos a fumarnos un canutillo.

Suspiro hacia adentro, ya más relajado por el aparente fin de la tormenta. Algo extraño se cruza por mi mente en solo cuestión de segundos. Es una mezcla de emociones difíciles de controlar y también de explicar. Se me juntan un sinfín de recuerdos desagradables de mi vida. Los momentos de hambre en mi país, las discusiones con mis hermanos, la pérdida de Patty... La rabia me ciega y necesito desesperadamente vaciarla con alguien o sobre alguien. Me doy la vuelta de nuevo hacia esa problemática pandilla, la cual ya se encuentra bastante lejos de mí. Grito lo suficiente para que puedan oírme:

—¡La próxima vez que quieras un cigarro se lo pides a tu madre! ¡Cabronazo!

Las palabras han salido de mí sin intención y ahora ya es demasiado tarde. El «cabronazo» enseguida se da por aludido. Vuelve sobre sus pasos con andar seguro y cara de pocos amigos. Su mirada echa chispas por la furia acumulada. Se planta frente a mí y, con tono aparentemente calmado, me pregunta:

—¿Qué has dicho?

Se me forma un nudo en la garganta y las piernas me tiemblan un poco, ignoro si a causa de la borrachera o del miedo que se está apoderando de mí. Empiezo a ser consciente de que he cometido un gran error, pero ya no hay

marcha atrás. Debo seguir con la cabeza alta y aguantar las consecuencias.

—Lo que has oído.

El chico se ríe a carcajadas y su risa se oye en esta calle desierta como un aullido feroz e imponente. Da un paso al frente y me propina una patada en el estómago que me deja casi sin respiración. Incapaz de reaccionar con rapidez, caigo al suelo doblándome por el impacto. En un abrir y cerrar de ojos salta sobre mí. Me asesta un cabezazo y con la mano derecha me propina un sinfín de puñetazos. De mi boca brota un hilo de sangre e intuyo que me ha roto un par de dientes. Trato de defenderme, pero apenas muevo el brazo se abalanzan sobre mí todos los que, hasta ahora, solo estaban presenciando la escena. Recibo patadas y golpes por todos lados. Cierro los ojos y trato de cubrirme en un intento desesperado por conservar la vida. Estos chicos son unos bestias y me temo lo peor. En un momento inesperado se apartan de mí. Desde el suelo solo consigo ver los pies de alguno de ellos. Alzo la mirada como puedo y el supuesto Chosqui me escupe en la cara con muy buena puntería. Me limpio con el brazo izquierdo y mancho mi camisa de sangre. Los amigos se ríen y así se marchan, dejándome solo y en no muy buenas condiciones. Me incorporo haciendo esfuerzos enormes. Me duelen todos los huesos. Encuentro las llaves en el suelo a pocos metros de mí y me agacho para alcanzarlas. Suelto un gemido de dolor. Las escaleras se me antojan interminables.

Cuando, por fin, consigo entrar en mi casa, me doy cuenta de que la luz del salón está encendida. Desgraciadamente, me veo en la obligación de pasar por allí para llegar hasta mi cuarto. Intento pasar desapercibido y sigo de largo pero una voz me detiene.

—¿De dónde vienes? —me pregunta Marius.

—Déjame en paz —balbuceo.

Marius sale a mi encuentro y me sigue hasta el dormitorio. Sus ojos se agrandan como platos al constatarse de mi estado. Debo de tener un aspecto lamentable.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta asustado.

—Nada que te incumba. Marius, déjame solo. Ahora no es buen momento.

Me desprendo de la camiseta azul que está desgarrada y sucia por todos lados y la arrojo contra el suelo. Antes me limpio con ella la cara.

—No voy a marcharme. Vas a decirme ahora mismo quién te ha hecho esto —me ordena mi hermano con tono firme y autoritario.

Pretendo contestarle y echarlo de mi habitación de malos modos, pero no lo consigo. La vista se me nubla y de pronto todo comienza a darme vueltas. Me

tambaleo y choco contra la pared, haciéndome aún más daño en la cabeza. Marius se apresura a sujetarme para impedir que caiga al suelo.

—Estás mal, hermano. Voy a llamar a Urgencias.

Niego con la cabeza mientras él me apoya en la cama.

—No llames a nadie. No es nada. Se me pasará.

Marius me mira con reproche y a continuación abandona el cuarto. Inspiro profundamente aliviado. Hasta respirar me hace daño. Al poco escucho unos pasos acercarse por el pasillo y la puerta se abre. Entra Marius seguido de Alex. Este último se acerca a mi cama y me mira, incapaz de creer lo que ven sus ojos. Se lleva la mano a la boca.

—¡Dios mío!

—Te dije que era grave —le dice Marius.

—Bandy, ¿qué te han hecho? ¿Qué significa todo esto?

Si estuviera en otra situación me gustaría decirle que se trata de una paliza, por si todavía no se ha dado cuenta, pero las circunstancias en las que estoy no me permiten bromear, así que volteo la cara y evito su mirada acusatoria.

—Mañana estaré como nuevo —les aseguro con propósito de tranquilizarlos.

No puedo ver el gesto de mis hermanos pero imagino que no es nada bueno. Cierro los ojos y me abandono al sueño y al cansancio. Lo último que oigo antes de dormirme es a mi hermano pequeño Alex:

—Te dije que acabarías mal. Bandy, te estás matando.

Y su voz es tan triste y decepcionada que me hace daño. Más que todos los golpes que he recibido esta noche.

* Viernes 17 de junio *

Al escuchar la melodía de mi móvil corro hasta el salón a buscarlo. Está en la mesa del centro. Lo agarro, me tiro literalmente sobre el sofá y descuelgo. Es un número extraño con demasiadas cifras.

—¿Diga?

—¿Patty?

Reconozco la voz de Marius.

—Sí, dime.

—Tengo que hablar contigo —su tono me inspira desconfianza e inmediatamente mis sentidos se ponen en alerta.

—¿Pasa algo?

Un suspiro al otro lado.

—Sí. No sé cómo decírtelo. Ni siquiera sé si hago bien en contártelo pero tenía que hacerlo. Sé que lo quieres y te preocupas por él casi tanto como nosotros.

—¿De qué me estás hablando? —no entiendo nada y me impaciento más con cada segundo que pasa.

—Mi hermano ha tenido un accidente. No sabemos bien qué le ha pasado pero todo indica que ha recibido una paliza.

Marius hace una pausa para comprobar mi reacción y yo comienzo a marearme. La cabeza me da vueltas y sigo sin comprender. ¿Accidente? ¿Paliza? No puedo creerlo. No quiero creerlo.

—Patty, ¿estás ahí?

—Sí —respondo con un hilo de voz—. ¿Dónde está él ahora?

—En casa. Se durmió casi en cuanto llegó. Estaba muy borracho. Se ha despertado esta mañana y ha vuelto a dormirse. Su estado no es muy grave pero creí que querrías saberlo.

—Sí, sí—asiento aunque no pueda verme—. Has hecho bien en llamarme. Gracias por darme la noticia. ¿Dónde estás tú ahora?

—En el locutorio. Solo bajé para avisarte y me vuelvo a casa.

Respiro hondo y trago saliva.

—Quiero verlo.

—Está bien. Si quieres, paso a buscarte y vienes conmigo.

—De acuerdo. En cinco minutos estaré abajo.

Cuelgo con dedos temblorosos. Salto del sofá. Mientras que me visto veloz, voy recordando las veces en que le avisé a Bandy que algo parecido sucedería. Le dije tantas veces que dejara las drogas, que esas sustancias iban a acabar con él... Pero, como de costumbre, no me hizo caso. Bandy siempre se ha dedicado a vivir el presente sin mirar el pasado ni involucrarse demasiado en el futuro y, ahora, todo se le ha ido de las manos. Desde el momento en que salgo de mi casa para encontrarme con Marius hasta el cual entro en la suya, me mantengo en un estado de ansiedad permanente. Me encuentro casi en estado de shock. No puedo dar crédito a lo que está sucediendo. Antes de entrar en la habitación donde se encuentra Bandy, Marius me hace parar y posa una mano sobre mi hombro.

—Entra tranquila. No te asustes.

Suspiro y trato de esbozar una sonrisa, pero no logro hacer más que un débil gesto con los labios. Dudo que se pueda estar más inquieta y asustada de lo que lo estoy ahora. Extrañamente, la primera impresión que recibo cuando lo

veo es de calma y un inesperado alivio. Bandy está tumbado en la cama con los ojos cerrados y parece un niño pequeño.

—Pasa —susurra Marius comprobando que está dormido.

Camino sigilosa hasta la cama con temor de interrumpir el sueño de Bandy, el cual se encuentra tapado con las mantas hasta la barbilla. Solo puedo ver su rostro. Es tan hermoso como siempre, pero distingo claramente las marcas de la paliza, tal y como Marius me ha contado. Tiene un moratón en el ojo y también en la mejilla izquierda. Sus labios están hinchados y la oreja derecha tiene un corte. Me llevo las manos a la boca, aterrorizada por la visión, pero trato de conservar la calma para que Marius no se arrepienta de aceptar mi visita. Me giro para verlo y compruebo que ha salido del cuarto. Me ha dejado a solas con su hermano. Vuelvo la mirada de nuevo hacia Bandy e inesperadamente de mis ojos salen lágrimas, descienden una detrás de otra muy despacio. Sorbo por la nariz y me acerco un poco más a Bandy. Me siento a su lado en el borde de la cama cuidando de no hacerle daño, no más del que ya le han hecho. Acaricio su cara con dulzura. Todo mi cuerpo está temblando. Sé que no puede oírme, pues mantiene los ojos cerrados pero, de igual forma, le hablo:

—¿Qué te han hecho, mi amor? Pensé que no volvería a verte, al menos no tan de cerca, y me he equivocado. Créeme que me gustaría que esto no te hubiera pasado. Te has alejado de mi vida sin motivos, pero aun así no te deseo ningún mal; todo lo contrario: quiero que seas feliz, aunque no sea a mi lado.

Me limpio los ojos con la manga de mi blusa, mojándola con las lágrimas. Hago una pausa para respirar profundamente. Estoy muy afectada.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida, Bandy. A veces siento que te odio. Te odio por no quererme como te quiero yo, pero es imposible sacar de mí todo este amor que te tengo. He decidido que aprenderé a vivir sin ti y sé que puedo hacerlo, pero quiero que sepas que nunca, NUNCA, voy a olvidarte, porque vives dentro de mí y porque te amo.

Aprieto su mano con fuerza y fijo mi mirada en la pared blanca de la habitación. No puedo seguir hablando porque el llanto me lo impide. Es como un estallido de lágrimas desbordadas. Es un intento inútil de sacar a la luz todo lo que llevo dentro, de desprenderme de todo el sufrimiento acumulado durante todo este tiempo. Me pongo en pie comprendiendo que no puedo hacer nada más en este lugar. Echo una última mirada al hombre que tanto amo y salgo del cuarto, con los ojos enrojecidos y el corazón hecho pedazos.

* Sábado 18 de junio *

—Buenos días, hermano.

Abro los ojos con esfuerzo y observo a Marius. Está sentado en una silla cerca de mi cama y fuma un cigarro. Me sonrío. Evito su mirada y me estiro desperezándome. Tengo el cuerpo entumecido.

—Me duele todo —murmuro quejándome.

—Normal. Llevas más de un día tumbado en esa cama.

Me esfuerzo en recordar todo y entonces me veo a mí mismo en aquella pelea absurda en la que me vi envuelto sin quererlo ni buscarlo. Suelto un suspiro e inconscientemente me miro buscando las huellas de esa noche. No tardo en averiguar que estoy claramente marcado.

—¿Ahora podrás contarme lo que te pasó? —me interroga Marius—. Ayer no quisimos preguntarte nada porque era mejor que descansaras para que te repusieras de todo esto.

—No me acuerdo de nada —miento ya que no tengo ningún deseo de hablar sobre ello.

—Venga, Bandy, tienes que saber por qué te pegaron. ¿Fue alguien conocido?

Miro a Marius y en sus ojos distingo un brillo de rabia, un deseo de venganza contra los que se han atrevido a tocar a su hermano pequeño. A fin de cuentas, me quiere; simplemente nos cuesta demostrárnoslo.

—No los conozco. Estaban cerca de nuestro portal y comenzaron a vacilarme. Querían atracarme y me opuse. Después uno de ellos se abalanzó sobre mí sin avisarme y cuando traté de defenderme se involucraron sus amigos. Recibí golpes por todos lados —expreso tan fríamente como si estuviera hablando de otra persona.

—¡Qué cabronazos! —exclama Marius con ira—. Si lo hubiéramos sabido Alex y yo bajábamos a buscarte y veremos si hubieran sido tan valientes con los tres...

Por primera vez desde que me he despertado, esbozo una sonrisa. Hasta ese gesto me causa dolor.

—Gracias, pero sé defenderme solo.

—Sí, ya lo veo. Solo hay que mirar cómo te han dejado...

Suelto una carcajada y el rostro de Marius pierde tensión.

—La verdad que no estoy como para ligar ahora, ¿no? —bromeo.

—No hace falta que lo hagas. Incluso así te quieren.

La reflexión de mi hermano no me pasa desapercibida. Enarco las cejas.

—¿Quién me quiere?

Marius agacha la cabeza notablemente avergonzado.

—Marius, dime que no le has contado nada de todo esto a Patty.

Alza la mirada y me observa con un pelín de arrepentimiento en su mirada.

—Tuve que hacerlo. Lo siento. Ella de verdad se preocupa por ti. Deberías sentirte orgulloso.

Suelto otra risita, esta vez una risa burlona y sarcástica.

—¿Ah, sí? ¿Y porque debería estar orgulloso? ¿Por tener un hermano traidor y chivato?

—No te pongas así. Patty lo pasa mal por ti. Tienes que valorarla más y portarte mejor con ella. No encontrarás otra chica así que te acepte y te aguante.

A pesar de estar en este estado débil y lamentable, sigo aborreciendo que me den consejos; en especial Marius, que siempre cree que sabe todo.

—Sé muy bien lo que hago. Y una vez ya te dije que te metieras en tus asuntos.

—Vino a verte —insiste él.

Me llevo una mano a mi cabeza adolorida en señal de frustración. Recuerdo claramente que esa misma noche, antes de la pelea, cometí el error de buscarla y ella no quiso hablar conmigo. Entonces no entiendo para qué tiene el descaro de venir a verme fingiendo que le importo. Estoy a punto de enfadarme con Marius cuando se oye el timbre de la casa. Marius se levanta de un salto de la silla y se apresura a contestar. Vuelve a mi cuarto con coloretos en la mejilla y gesto de nerviosismo.

—¿Quién es?

—Tu hermano —contesta.

Lo conozco tan bien que enseguida me doy cuenta de que miente. Y salgo de dudas cuando la puerta de la entrada se cierra y oigo sus pasos dirigirse hacia nosotros. Patty entra tranquila y se detiene en seco cuando percibe que me encuentro despierto. El gesto de su cara cambia inmediatamente y no sé decir si de alegría o miedo. Tal vez quería que no me despertara, pienso enfadado.

—Estás despierto —murmura sorprendida.

—Eso creo, aunque preferiría que esto se trate de una pesadilla.

Patty pone cara de no entender mis palabras y se acerca un poco más con pasos lentos. Marius agacha la cabeza. Estoy seguro de que presiente lo que se avecina. Patty se planta al lado de la cama y hace ademán de sentarse en ella. Se lo impido con unas simples palabras.

—¿Qué haces?

Guarda silencio y me mira, tratando de averiguar en mis ojos la causa de mi

reacción.

—No te acerques más —le prohíbo con firmeza.

—No es momento para rencores —opina—. ¡Estoy tan contenta de que estés bien!

Tuerzo la boca en un gesto irónico.

—Pues ya ves que lo estoy. Ahora puedes marcharte por donde has venido.

Patty se toca el cabello jugando con él, visiblemente nerviosa.

—¿Por qué me hablas así? No es justo. No te he hecho nada.

—En esta vida nada es justo. Ya es hora de que aprendas eso.

Mantengo la mirada fija en la suya para que no crea que me acobardo, para que compruebe que mis palabras van en serio.

—Tú fuiste el que me dejaste. No entiendo por qué me rechazas de esta forma.

—No comiences a aburrirme con lo mismo. No tengo ganas de nada y mucho menos de escucharte.

Esta vez Patty no responde. Sus ojos brillan y se muerde los labios. Intenta de todas maneras no romper a llorar. No delante de mí. Aunque sé que será lo primero que hará cuando cruce la puerta y esté lejos de mi vista.

—Quiero que te marches.

Patty mira a Marius pidiendo ayuda y este encoge los brazos y desvía la mirada. Por unos segundos nadie dice nada. Es un silencio largo y profundo. Patty se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Estás seguro? —inquire con tono desesperado.

Me incorporo levemente y asiento con la cabeza.

—Sí. Es más, no quiero volver a verte nunca. Me molesta tu presencia. Hazme un favor y déjame en paz de una vez por todas.

Contrariamente a lo que había pensado, Patty asiente y no pone pega alguna. Esperaba otra reacción por su parte. Tal vez gritos o un intento de convencerme, pero nada de eso sucede. Se limita a darse la vuelta y, sin una sola palabra de despedida, sale de la habitación. También de mi vida, con orgullo y dignidad, como solo una mujer de verdad sabe hacerlo.

* Sábado 18 de junio *

Me paso el resto del día encerrada en mi habitación. Rechazo el consuelo de Berta y también de Yoana, que viene a visitarme preocupada por mi estado de ansiedad. Las horas se me pasan sin darme cuenta. Ya es de noche. Tumbada

en la cama y con la luz apagada, las palabras de Bandy y su fría manera de echarme de su casa, me nublan la mente y me atormentan el alma. Después de haber agotado todos los pañuelos y de escuchar varias veces seguidas un disco de canciones demasiado tristes, decido que debo hacer algo si no quiero acabar con mi vida. Estoy cayendo en un abismo sin salida y debo luchar con todas mis fuerzas para encontrarla. Sopeso con desesperación todas las posibilidades y, tras darle muchas vueltas, comprendo que solo tengo una opción. Hago una llamada corta pero decisiva y al colgar siento un extraño alivio en mi pecho, como si estuviera a punto de quitarme una gran carga de encima. Berta abre la puerta sin llamar.

—Patty, te buscan.

—No quiero ver a nadie —respondo tapándome la cabeza con un cojín.

—Es Marius. ¿Le digo que no estás?

—No. Déjalo subir.

Berta asiente y hace lo que le pido. Todavía no la he puesto al tanto de mi decisión y eso que ella es mi mejor amiga, la testigo de todo mi sufrimiento y toda mi alegría. Por una parte, no deseo ver a Marius. A pesar de que él no tiene la culpa de nada, el solo hecho de ser su hermano me atosiga. Pero creo que tengo que contarle mis planes. Será en cierto modo una despedida con Bandy.

—Hola, Marius —le saludo cuando entra en mi dormitorio y me levanto de la cama.

—Hola, Patty —me devuelve el saludo dándome dos besos—. ¿Qué tal estás?

Sabe tan bien como yo que la respuesta no es buena pero aun así lo expreso de forma verbal.

—No muy bien —sonríó débilmente, sin ganas—. Se hace lo que se puede.

—He venido para decirte que lo siento. Quiero que sepas que desapruero totalmente la manera de ser y de actuar de mi hermano. He intentado hablar con él y hacerlo entrar en razón, pero no hay manera.

Me encojo de hombros fingiendo indiferencia.

—No pasa nada. Ya no importa.

Mi tono de voz pone en evidencia la tristeza que siento y espero que Marius no se haya dado cuenta. Ya me he humillado demasiado.

—¿Por qué dices eso? Tú quieres mucho a Bandy.

—Lo quiero, no lo niego, pero para amar hacen falta dos y, en esta relación, hace tiempo que me quedé queriendo sola.

Carraspeo y trago saliva para mantener la compostura. Solo cuando me

siento preparada continúo:

—Quizás no me quiso nunca.

Marius niega con la cabeza con seguridad y trata de convencerme de que eso es falso.

—No digas eso. Bandy te quiere. Es solo que no sabe demostrarlo. Es mi hermano y sé que nunca una mujer le ha importado tanto como tú.

Su opinión debería alegrarme, mas no lo hace. Estoy tan desorientada que creo que ya casi no siento nada.

—Ya te he dicho que ya no importa.

—¿A qué te refieres? —pregunta Marius percatándose de que algo más se esconde tras mis palabras.

Lo suelto de golpe porque ya es lo suficientemente difícil para mí como para pensarlo demasiado.

—Me voy de Logroño. He hablado con mi padre y le he pedido que me haga un hueco en su casita. Me ha dicho que no hay problema, que él y su mujer están encantados de que les haga compañía. Así que mañana mismo cogeré los billetes y me iré a Valencia.

Marius respira hondo y asimila rápido la noticia.

—¿Por qué tan pronto?

—No puedo permanecer un día más en esta ciudad.

«Tan cerca de Bandy», quisiera decir, pero eso solo lo pienso. Marius asiente con gesto de comprender. Vuelve a preguntar:

—¿Estás segura de eso? Es una decisión muy importante.

Camino por la habitación de un lado para el otro. Me traicionan los nervios por momentos.

—Lo sé. Lo he pensado mucho y lo tengo muy claro. Soy consciente de que no podré dar marcha atrás cuando me apetezca, pero seré consecuente con mis actos. Buscaré un trabajo allá y comenzaré mi vida de cero. Como si nada de esto hubiera pasado.

Mientras lo digo observo mi cuarto; cada pared, cada mueble, cada recuerdo que hay dentro de él. Una sensación de opresión se acomoda en mi estómago y se me forma un nudo en la garganta.

—Patty, eso sería huir. Huir es de cobardes.

—No me importa. Ya no puedo seguir en esta situación. No puedo más. Necesito poner fin a este martirio.

Marius no dice nada más. Entonces, inesperadamente, da un paso al frente y

me abraza. Me sorprende su gesto pero no me aparto. También necesito mucho una señal de cariño.

—Se te echará de menos —me dice al oído—. En mí siempre tendrás un amigo.

Sus palabras sinceras me hacen llorar y respondo con voz entrecortada:

—Gracias. Gracias por todo.

Me limpio los ojos con la mano y bromeo:

—Últimamente me paso la vida llorando.

Marius también ríe para quitarle tensión al momento.

—Aun así estás muy guapa. Tendrá mucha suerte el chico que te enamore.

Quisiera decirle que eso no podrá ser, que nadie podrá conquistarme porque ya estoy enamorada, pero sé que decirlo no cambiaría nada. Mi amor y mi dolor será algo que, a partir de ahora, guardaré en silencio.

* Sábado 18 de junio *

No soporto más estar tumbado. Haciendo enormes esfuerzos me levanto de la maldita cama y me visto como puedo. Aprovecho que mis hermanos no están en casa y salgo a dar un paseo. Ellos no me lo permitirían debido al estado en el que todavía me encuentro, pero necesito tomar aire fresco y despejarme. Las ideas se me amontonan en la cabeza y los remordimientos juegan conmigo. Caminando durante un buen rato, me percató de que he llegado bastante lejos. He andado sin rumbo y estoy por unas calles bastante lejanas de mi casa. Mejor así, ya que por este barrio no me conoce la gente y me libero de las miradas cotillas y las palabras entrometidas. Necesito sentirme libre para pensar. Tal vez incluso para torturarme por la estupidez tan grande que he cometido. Apenas hace unas horas que eché a Patty de mi vida y ya me está entrando el miedo por ello. No sé qué me pasa con esta mujer, no puedo estar con ella pero sin ella tampoco. Siempre he sido independiente y no he necesitado de nadie para vivir. Trato de convencerme de que seguirá siendo así, solo tengo que mantener la mente ocupada con otras cosas. Emprendo el camino de vuelta a casa porque me siento adolorido y cansado. Está demasiado reciente la pelea y aún no he tenido tiempo de recuperarme. Me dieron una buena tunda. Me duele todo el cuerpo, pero ese dolor es soportable y ligero comparado con el que siento en mi interior. Lo que realmente me duele es el alma.

* Lunes 20 de junio *

Este será para mí el día más triste de mi vida porque, a partir de este momento, dejaré atrás todos los instantes bellos que pasé en esta ciudad; en cada una de sus calles hay una historia, con cada persona cercana a mí hay una anécdota compartida, pero he de decir adiós, despedirme y alejarme de Bandy definitivamente, porque lo nuestro no puede continuar. Con una angustia permanente que me oprime el pecho, recojo lo que me queda de mi equipaje. No he podido guardar todo, ya que me parece innecesario cargar conmigo tantas pertenencias. Me he limitado a empacar lo justo e importante: gran parte de mi ropa, un par de peluches que tienen un valor personal para mí y, por supuesto, mis libros que tanto me gustan.

Me detengo un momento frente a la estantería que hay colgada en la pared de mi dormitorio. Observo fijamente las fotos que allí se encuentran y no quito la mirada ni un solo segundo. Me asaltan recuerdos pasados, recuerdos que me hacen sonreír y recuerdos que me hacen daño. En una foto Bandy y yo salimos sonrientes, abrazados al lado del mar y felices por la vida que teníamos... juntos. Otra imagen inmortaliza el principio de nuestra historia, esa noche de fiesta en la cual nos desmadramos y nos tomamos una foto con cara de borrachos...pero felices también, al fin y al cabo. Me lastima el corazón rememorar aquellos días, así que aparto la mirada y pienso rápidamente. Dudo sobre la opción de llevar todas esas fotos conmigo o dejarlas en el pasado, como haré con él. Decido guardarlas en un rincón de mi maleta, bajo la ropa y bocabajo. No soy capaz de desprenderme de todos esos recuerdos, aún no. Será lo único que me quede de Bandy.

Justo en el instante en que cierro la última maleta, la puerta de mi dormitorio se abre. Berta me encuentra con la mirada perdida en las paredes rosas y un nudo en la garganta que me produce el pensar que, tal vez, no vuelva a ver nunca más esta casa. Mi amiga da unos pasos y se sitúa cerca de mí.

—¿Ya estás lista? —me pregunta fingiendo indiferencia.

Asiento con la cabeza sin articular palabra. Sé que Berta es demasiado cerrada a la hora de demostrar sus sentimientos y le cuesta manifestarlos con palabras o gestos cariñosos. En cambio, siempre ha sido una compañera fiel y leal desde el comienzo de nuestra amistad. Me duele mucho dejarla y poner tanta distancia entre nosotras, pero hay veces que la vida te obliga a tomar decisiones apresuradas y poner tierra de por medio.

—Mi padre me ha llamado. Pasará a recogerte con la furgoneta en media hora —me informa echando un vistazo a las maletas que tengo bajo mis pies.

Asiento de nuevo, moviéndome casi como una marioneta. Últimamente tengo las emociones a flor de piel y no deseo echarme a llorar ahora.

—De acuerdo, Berta. Gracias por todo.

Esta vez ella asiente en silencio.

—Toda tu familia se ha portado siempre muy bien conmigo, por eso ya os considero mi propia familia.

El nudo en mi interior se hace más grande al pronunciar esas palabras. Me obliga a recordar que mi familia verdadera no está cerca y puede que mi madre ni siquiera sepa de mi partida hasta que me encuentre bien lejos... He aprendido a vivir con su ausencia pero, sin saber por qué razón, ahora me causa nostalgia.

—Sabes que eres una de las nuestras —me asegura Berta con voz temblorosa.

—Sí. Y tú sabes que eres como una hermana para mí. No, eres mucho más que eso —respondo hablando desde lo más profundo de mi corazón.

Los ojos verdes de Berta brillan y en ellos distingo dos lágrimas que descienden por sus mejillas. Doy un paso al frente, conmovida por su reacción.

—No quiero que te quedes mal. Somos amigas y eso no va a cambiar.

—Lo sé, pero ya sabes lo que se dice... La distancia...

—La distancia no conseguirá romper nuestra amistad —intervengo—. No perderemos el contacto. Te lo prometo.

Me llevo una mano al corazón con gesto solemne y Berta suelta una carcajada. En momentos como este de tanta tensión a veces es necesario un par de bromas...

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunta Berta tímidamente.

—Eso no se pregunta —le respondo y me tiro a sus brazos.

Por unos minutos permanecemos así, inmóviles en la misma posición, envueltas en un abrazo que, a pesar de llevar todo el cariño que nos tenemos, no es suficiente para demostrar lo que cada una significa para la otra. No se puede plasmar en un solo momento tantos años de cariño, confidencias, risas y secretos compartidos. Cuando al fin nos apartamos, ambas tenemos los ojos hinchados y la cara mojada por las lágrimas. Nos echamos a reír al ver nuestro aspecto.

—Espero que seas muy feliz y que por fin logres cumplir tus sueños y tus metas.

Suspiro hondo. Mi sueño ya se rompió con la pérdida de Bandy, pero de todas formas agradezco el deseo sincero de mi amiga.

—Y yo espero que tú no cambies, que sigas teniendo un corazón tan grande y que dures muchos años más junto a Juan Carlos. Te dejo en buenas manos.

Sonreímos. El sonido del timbre interrumpe este instante mágico entre nosotras. Berta descuelga y me informa de que es su padre el que llama. Llega el momento de la despedida real. Nunca me han gustado las despedidas y es por eso que no he avisado a Bandy de mi marcha. Tampoco creo que le importara demasiado. Berta me ayuda a bajar las maletas hasta el portal y allí se detiene.

—¿No vienes? —le pregunto antes de subir al coche, donde ya espera su padre.

Niega con la cabeza y se pasa una mano por el largo cabello castaño.

—No quiero verte partir. Prefiero despedirte aquí, como si fuera un día más. Así será más fácil para las dos.

Acepto su decisión y la respeto. Abro la puerta del coche y me dispongo a entrar cuando su voz hace que me detenga.

—¿Volverás algún día?

Miro a mi amiga con atención y retengo su imagen en mi memoria, para no sacarla de mí nunca. Respiro hondo y pienso antes de hablar.

—No lo sé. Quizás cuando el tiempo pase... Dicen que el tiempo lo cura todo.

Y con esa última frase, me siento en el asiento del copiloto. Vicente arranca y nos alejamos a toda prisa de esta calle, de este barrio y de mi amiga. Por el camino no dejo de pensar. Acabo de decir que el tiempo lo cura todo, pero opino que hay heridas que siempre permanecen con nosotros, por mucho tiempo que pase, siempre estarán ahí. Será cierto que cada vez duelen menos y tal vez incluso dejen de sangrar, pero si las tocas, siempre estarán ahí.

* Lunes 20 de junio *

Sirvo café en la taza haciendo el mayor ruido que puedo para romper este silencio tenso e incómodo. Marius está muy raro e intuyo que algo ronda por su cabecita solo con mirarlo.

—¿Quieres café? —le ofrezco.

—No, gracias. No tengo ganas.

Vuelve a quedarse absorto, con ese gesto pensativo que le delata cuando se encuentra en un dilema y no sabe bien cómo actuar.

—¿Te pasa algo?

—Nada. ¿Qué me va a pasar?

—Tú mismo.

Como no tengo ganas de insistir y tampoco de escuchar alguna de sus teorías extrañas, agarro mi taza de café y me voy al salón. Alex aún no ha llegado del trabajo, así que está vacío. Me siento en el sofá y cojo el mando para encender la televisión. Marius llega y se sienta en el otro sofá, aún con la misma actitud.

—Me estás poniendo nervioso, tío. Si quieres decirme algo suéltalo de una vez.

Estoy comenzando a sospechar que puede tratarse de algo relacionado con Alex, quizás una vez más van a echarme «amigablemente» de esta casa. Prefiero salir de dudas antes de que la noticia me pille desprevenido.

—Habla de una vez —exijo.

—Está bien. No debería decirte esto pero, si no te lo cuento, creo que voy a explotar. Ella no quiere que se sepa pero si no lo hago puede que me arrepienta toda la vida.

Suspiro hondo. Marius y sus misterios... Ha dicho «ella». Espero que no se refiera a la persona en la que estoy pensando...

—Ve al grano de una vez.

Marius inspira profundamente y finge dudar. A mí no me engaña; sé que le encantan estos momentos.

—Patty se va de Logroño.

Suelto una carcajada que resuena por toda la casa.

—Bah... ¿De verdad te crees ese cuento? Esa chica está loca. Hace lo posible por llamar la atención.

Mi hermano me mira con el semblante fruncido.

—No es ninguna broma, Bandy. Va en serio. Se va a Valencia con su padre. De hecho, se marcha hoy mismo.

Guardo silencio. Intento asumir la información recibida pero no lo consigo. No es posible que eso sea verdad. Ella no tiene tanto valor para dejar todo atrás y empezar una nueva vida tan lejos y... sin mí. Estoy a punto de seguir negándome a la idea pero algo dentro de mí me dice que no hay tiempo.

—¿A qué hora se va?

—No lo sé —responde Marius encogiéndose de hombros.

Su mirada culpable le delata.

—Te lo voy a preguntar una vez más: ¿A qué hora se va?

Mi hermano me mira a los ojos y debe darse cuenta de que voy en serio.

—Coge el autobús a las diez de la noche. Me llamó hace un rato para despedirse.

No le respondo ni le doy tiempo de seguir hablando. Arrojo el café sobre la mesa sin cuidado, haciendo que todo el líquido se derrame sobre ella. Me levanto de un salto y salgo a toda prisa de casa. Emprendo la carrera hasta llegar a la suya. Llego a su portal casi sin aliento y el corazón me palpita a cien por hora. Llamo al timbre con un nudo en la garganta que es más fuerte que el cansancio que tengo. Aún no estoy recuperado del todo de la paliza que me dieron. En un tiempo que se me hace larguísimo alguien descuelga el telefonillo y escucho una voz.

—¿Diga?

Enseguida la reconozco.

—Berta, soy yo —le informo con la respiración entrecortada.

—¿Bandy? —su voz expresa tanto sorpresa como susto.

—Pásame a Patty —le pido con la absurda esperanza de que todo esto sea simplemente un invento de Marius.

—No puedo.

—Berta, tengo que hablar con ella. Es importante.

Un incómodo silencio al otro lado y a continuación Berta que me habla:

—No puedo, Bandy. Ella no está. Se ha ido.

No hace falta decir nada más. De pronto, siento que el mundo se hunde bajo mis pies. El nudo en mi interior se hace más fuerte y casi temo que me ahogue. Me alejo de allí sin despedirme. Camino a pasos lentos y siento cómo todo lo que hay a mi alrededor da vueltas. Estoy mareado por la impresión y me encuentro perdido, sin saber qué hacer. Como si de una señal del destino se tratara, llego hasta el Ayuntamiento. El gran reloj que allí hay marca las 21:30. Aún estoy a tiempo. El corazón me late tan fuerte que siento que se me va a salir del pecho. Desesperado como estoy, se me cruza la idea de llamar a un taxi para que me lleve hasta la estación, pero tardaría mucho en llegar a recogerme y no dispongo de tiempo suficiente. En un instante repentino, echo a correr y corro como no lo he hecho en toda mi vida. Solo espero que no sea demasiado tarde.

* Lunes 20 de junio*

Después de darle las gracias a Vicente, él se ha marchado porque tenía que trabajar (tiene horario de noche en una fábrica en la que está fijo hace muchos años). Conozco a ese señor casi como si fuera mi padre y he notado que le daba pena verme partir. Al fin y al cabo, conozco a la familia hace mucho

tiempo.

En la estación de autobuses no hay mucho bullicio; apenas unas cuantas personas que esperan, al igual que yo, el autobús que las lleve a su destino. Falta casi un cuarto de hora para que llegue el mío y normalmente suelen retrasarse un poquito, así que busco la manera de pasar el tiempo mirando a un lado y a otro de la estación. Lamentablemente, en este lugar no hay mucho con lo que entretenerse, así que me dirijo a un banco cercano al sitio donde debe estacionar mi autobús correspondiente y me siento, apoyando las maletas a mi lado.

Me dedico a distraerme con mis propios pensamientos y, en cuestión de minutos, mi mente se aleja completamente de este lugar. Me veo a mí misma por las calles de mi barrio, ese barrio que me ha visto crecer día a día; recorro velozmente los años de mi vida, mi infancia, mi adolescencia y el día que marcó mi historia. La noche que me entregué a Bandy. Como siempre, él es el dueño de mis pensamientos. Pienso tanto en él que a veces tengo miedo de perder la cordura. Es por eso que debo alejarme, aunque se me vaya la vida en ello. De pronto, unas manos desconocidas me tapan los ojos y me impiden ver. Me ha pillado desprevenida ese gesto así que suelto un chillido de asombro.

—¡Ay!

Me llevo mis manos a esas que me cubren la cara y trato de averiguar de quién se trata. Tengo un leve presentimiento. Un escalofrío me recorre la piel solo de pensarlo. Mis sospechas se confirman cuando esa persona me deja libre y puedo por fin divisar su rostro. Mi cuerpo se paraliza al ver a Bandy enfrente de mí, a solo unos centímetros de distancia y, por un momento, no consigo decir nada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto cuando al fin reacciono.

—He venido a buscarte. ¿Qué estás haciendo?

Suspiro. No esperaba esto por su parte. En otro tiempo un gesto así me hubiera hecho la mujer más feliz del mundo, pero ahora... ahora ya es demasiado tarde.

—Me voy.

No añado nada más porque me faltan las palabras. No encuentro las adecuadas para este instante tan tenso y doloroso entre los dos.

—Estoy enterado de todo —me informa Bandy.

No le pregunto quién se lo ha contado; puede haber sido Marius o incluso Berta. Ahora ya no importa. Ahora la decisión está tomada. Agacho la cabeza

y Bandy se acerca a mí. Coge mi barbilla con su mano derecha y me obliga a mirarlo. Sus ojos azules me escrutan y atraviesan con la mirada. Hay tanta desesperación en ellos que me duele verlos. Aparto la vista hacia un lado.

—No te vayas.

El tono de Bandy es dulce, casi suplicante. Niego con la cabeza, a pesar de que esto está siendo muy difícil para mí. Más de lo que pensaba.

—No lo hagas más duro —le imploro con un hilillo de voz.

Una vez más busca mi mirada. Entre nosotros hay una barrera infranqueable que quema y hace daño.

—Quédate conmigo.

Intenta coger mi mano entre la suya pero la aparto con un movimiento suave pero decidido.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Realizo la pregunta inconscientemente. Quizás en el fondo deseo escuchar algo que me convenza, algo que consiga hacerme cambiar de opinión y decida permanecer a su lado. En vez de eso, Bandy guarda silencio, entre confundido y avergonzado. Meneo la cabeza de lado a lado, irritada por su comportamiento de niño caprichoso.

—Dame solo una razón —insisto una vez más.

Bandy levanta la cabeza y toma aire. Coge impulso y me mira fijamente.

—Quiero que te quedes porque eres importante en mi vida, eres más que eso: eres imprescindible para mí. Porque siempre has estado a mi lado, incluso cuando no lo merecía, cuando en cambio nadie más lo hacía. Cuando me portaba mal, cosa que sucede a menudo, me odiabas por ello; sin embargo otras personas no lo veían tan malo. Te odié porque me odiabas.

Hace una pausa para coger aliento y me sorprende ver una lágrima deslizarse por su mejilla. Es la primera vez que lo veo llorando, llorando por mí, y me impresiona terriblemente.

—Ahora sé que a los demás yo no les importaba, en el fondo les daba igual lo que hacía o en lo que pudiera convertirse mi vida. Tú te preocupabas por cada paso que daba, cada error que pudiera cometer y sus respectivas consecuencias. Tú me enseñaste a luchar, a saber ver más allá de mí mismo. Me enseñaste a creer en mí. Y, lo más importante, me enseñaste a querer.

Bandy suspira hondo al finalizar su confesión y aguarda mi respuesta. Quisiera decirle que también lo quiero, que más que eso... lo amo. Anhele con todas las fuerzas de mi ser lanzarme a sus brazos y prometerle que nunca más nos separaremos, que siempre estaremos juntos, pero he sentido tantas veces

eso y he tenido tan malos resultados que ya estoy cansada. Aguanto su mirada con entereza y dejo que las lágrimas se derramen por mi cara mientras hablo.

—Sé que me dolerá lo que voy a hacer, sé que lloraré y puede incluso que me arrepienta alguna vez. No será fácil y me costará mucho tiempo ser feliz porque tu recuerdo me lo impedirá, pero si no lo hago, si me quedo y no termino con esto ahora, no podré serlo nunca. Nunca seré feliz a tu lado.

A mi alrededor se ha formado un gran bullicio y veo como la gente anda de un lado para otro, guardando el equipaje en el autobús que ya ha llegado. Siento una opresión en el pecho que casi me impide respirar y pienso que voy a desmayarme de un segundo a otro a causa de la emoción.

—Eso que dices es muy duro. Empecemos de cero. No pierdes nada por intentarlo.

Sus ojos están empañados. Me duele su dolor como el mío propio.

—No insistas, Bandy. Es mejor para los dos dejarlo así —respondo con una seguridad que me asombra.

—Dame solo una razón —pide él, negándose a darse por vencido.

Inspiro profundamente y lo suelto casi sin pensar. O quizás pensándolo demasiado.

—Ya no. Ya no se puede. Ya no te amo.

Entonces, Bandy da un paso hacia atrás sin dejar de mirarme, sin darse la vuelta por completo. Sin añadir una palabra más, sin un intento más de retenerme, se aleja de mi lado. Las lágrimas caen ahora en cascada desde sus ojos claros, pero no pierde su actitud orgullosa. Mantiene la compostura y se marcha. Lo observo fijamente con el corazón encogido y una sensación de pérdida insuperable. Mantengo la mirada fija en él hasta que su cuerpo se pierde entre la gente. Entonces me doy la vuelta, agarro mis maletas y me dispongo a subir al autobús. Cuando lo hago, siento como si me quitara un peso de encima, como si lo dejara en la estación de esta ciudad. Me siento en el sillón del final y no puedo evitar buscarlo con la mirada a través del ventanal, pero, obviamente, no lo encuentro. Bandy se ha marchado para siempre de mi vida y sé que no habrá nada ni nadie que pueda sustituirlo. El autobús arranca. En este momento, una parte de mí se rompe en mil pedazos, sabiendo que no volverá a reconstruirse nunca.

* Miércoles 20 de julio *

Choco mi copa de vino con la de Marius.

—¿Por qué brindamos?

Me lo pienso un momento y después le respondo, sonriente:

—Por la libertad. Porque estamos solteros y tenemos toda la vida por delante.

Marius sonrío, aunque no muy convencido.

—Hoy te acompaño porque beber de vez en cuando no es malo, pero deberías parar ya. No puedes seguir con este ritmo de vida, Bandy.

Resoplo.

—No me aburras otra vez con tus sermones. Estoy muy bien, ¿vale?

De una mesa cercana se levanta una chica y se acerca a la barra, justo a nuestro lado.

—Hola, chicos. ¿Qué tal? —saluda.

—Hola, Anca. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Asiente con gesto alegre.

—Ya te digo. Se ve que la novia te tenía bien controladito —insinúa.

Suelto una carcajada.

—A mí no me controla nadie. Además, ya no tengo novia. Estoy soltero y sin compromiso.

En el rostro de Anca se refleja una leve muestra de satisfacción al escuchar la noticia. Nunca le he sido indiferente; lo he sabido siempre.

—Lo siento.

No lo siento, estoy seguro, pero prefiero pasarlo por alto y cambiar de tema. Hablar de Patty me incomoda.

—¿Quieres tomar algo? —ofrezco a Anca.

—No, gracias. Estoy con unas amigas. —Señala hacia la mesa, donde la esperan pacientes un par de chicas—. Ya nos vamos. Se ha hecho tarde.

Asiento comprendiendo y de pronto se me ocurre una idea.

—¿Por qué no te quedas con nosotros? Así recordamos los viejos tiempos...

—mi tono de voz deja claro que la propuesta viene con segundas intenciones.

Anca pone cara dubitativa y luego sonrío.

—Está bien. Será divertido. Espera un momento.

Da media vuelta y se dirige de nuevo hacia sus amigas. Les comenta algo y ellas asienten y salen del bar, no sin antes dirigirme una mirada curiosa. Quién sabe qué les ha dicho Anca... Esta chica siempre ha sido de armas tomar. Antes de que regrese a nuestro lado, Marius se apresura a hablar en voz baja.

—¿Qué estás haciendo?

Finjo no entender y señalo mi vaso, ya medio vacío.

—Nada. Bebo.

—Bandy, te conozco, para algo soy tu hermano. Tú quieres algo con Anca.

Esbozo una sonrisa traviesa.

—Sí. ¿Por qué no? No tiene nada de malo pasármelo bien de vez en cuando.

—Bueno, llevas razón. Al fin y al cabo, ahora estás solo y no tienes que darle explicaciones a nadie.

Mi gesto se tuerce en un mohín de fastidio. Otra vez me ha recordado que estoy solo, sin ella... No quiero pensar más en eso, así que decido fijar toda mi atención en Anca, que ya se encuentra a mi lado. Le sonrío y disimuladamente paso mi brazo por su cintura. Lleva una camiseta corta, por lo que puedo sentir su piel cálida. Anca finge no haber apreciado mi gesto y sigue conversando como si nada. Después de un par de copas más y muchas risas, salimos del bar. Me encuentro ya un poco borracho. Nos detenemos ante la puerta.

—Son las 23:00 —informa Anca al tiempo que mira el reloj de su mano izquierda.

—Ha pasado rápido el tiempo —comenta Marius.

—Me da miedo caminar sola a estas horas de la noche.

Es una indirecta demasiado directa y no dudo en aceptarla.

—Si quieres, te acompaño a casa —me ofrezco.

—¿No te importa volver solo? —pregunta Anca a Marius.

—Para nada. Id tranquilos. De todas maneras, mi casa está muy cerca.

Me despido de mi hermano con un apretón de manos y emprendo el camino hacia casa de Anca. Al principio me siento un poco cortado, ya que hace mucho tiempo que no me encuentro en una situación parecida, coqueteando con una chica con la única intención de llevármela a la cama. Pronto se me pasa la inseguridad gracias al comportamiento de Anca, que no cesa de hablar tranquilamente y actúa de una manera muy natural.

—Ya hemos llegado. —Se detiene ante un portal.

—Bueno, supongo que debo irme —hago ademán de despedirme.

Entonces sucede lo que ya imaginaba.

—¿Quieres subir? Esta noche estoy sola en casa y también me da miedo dormir sola —propone con una sonrisa pícaro en la cara.

Esta chica no pierde el tiempo. No es la clase de mujer que me gusta. En realidad no me agrada que sean tan lanzadas, pero en estos momentos lo que menos me importa es su personalidad.

—Si me invitas, claro. Conmigo a tu lado te aseguro que no pasarás miedo.

No añadimos nada más y nos limitamos a subir las escaleras hasta el tercer piso. Entramos en silencio y sigo a Anca por esa casa desconocida para mí. Se dirige directamente a su dormitorio. Me deja con la boca abierta con su actitud. Se quita la ropa sin timidez ni pudores y se queda solo en ropa interior, con un conjunto blanco casi transparente que me deja sin aliento. Se me eriza la piel y me recorre un escalofrío.

—¿No pensarás dormir con la ropa puesta? —me pregunta segura de sí misma.

Decidida se acerca a mí y me ayuda a quitarme la camiseta o, mejor dicho, me la arrebató ella, ya que yo no me muevo, solo la miro y sonrío. Debo de parecer idiota. Con mi pecho ya al descubierto, Anca desliza sus dedos y me acaricia con suavidad.

—Estás más fuerte que antes. Ahora me gustas más —susurra a mi oído.

Soy incapaz de hablar. Entonces las cosas suceden casi sin darme cuenta, como si no fuese yo el que estuviese viviendo este momento. Anca busca mis labios y me besa con pasión, demostrando claramente las ganas que tenía de que llegara este día. Me dejo hacer por ella. También en el instante en el que empieza a quitarme la ropa que me queda puesta, dejándome solo con los calcetines. Tiene gracia, con Patty nunca sucedía así, sino más bien lo contrario; solía ser yo el que llevaba el control. Intento desesperadamente sacar su recuerdo de mi mente. No quiero que me amargue esta noche. Entonces tomo el mando y, con un movimiento casi salvaje, empujo a Anca hacia la cama y la tumbo sobre ella. Me echo encima de su cuerpo y comienzo a besar su cuello con ansia. Ella intenta buscar mi boca de nuevo, pero aparto la cara. No tengo ganas de besos, solo quiero satisfacer mi deseo. Estoy a punto de hacerlo cuando una voz interior me paraliza. No consigo saber qué me dice exactamente, pero me deja helado. Bruscamente, me aparto de Anca y me levanto de la cama. Recojo mis prendas del suelo y comienzo a vestirme en silencio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me pregunta Anca incrédula.

—Me marchó —respondo indiferente sin ánimo de darle más explicaciones.

—¿Qué ha pasado? Pensé que lo estábamos pasando bien...

—Pues lo siento. Tendrás que satisfacerte sola.

Anca me mira sorprendida y guarda silencio. Con mis palabras he logrado dejarla atónita. Salgo de su casa, todavía con la cremallera del pantalón bajada. Desciendo veloz las escaleras y suspiro hondo al llegar a la calle.

Necesitaba sentir el aire fresco de la noche recorriendo mis pulmones. Por el camino a casa me da tiempo a pensar. Repaso todo lo sucedido hace unos instantes. Tal vez me he pasado con Anca. Ella no tiene la culpa de mis inquietudes y de los temores que me atormentan día a día. La he tratado con dureza y he descargado en ella toda mi rabia contenida durante este mes. En el estado ciego en el que me encuentro, me veo a mí mismo marcando un número en mi móvil. Un número que ya había borrado. Después de un par de pitidos, una voz responde a mi llamada.

—¿Quién es?

Me sobrecoge escucharla. Permanezco en silencio, incapaz de articular palabra.

—¿Diga? ¿Quién es?

He sido lo suficientemente inteligente de pulsar las teclas correctas para que en su pantalla salga «número desconocido».

—Si no hablas, cuelgo —insiste ella un tanto nerviosa.

Reúno fuerzas de mi interior y contesto.

—Soy yo.

No es necesario decir mi nombre. En cuanto termino de hablar, oigo el sonido del teléfono. Patty ha colgado. No se ha dignado ni siquiera a dirigirse a mí. Casi preferiría que me hubiese insultado. Me llevo las manos a la cabeza y guardo el móvil en el bolsillo de mis vaqueros, sin dejar de caminar. Patty me ha mentado una vez más. Ya lo hizo hace tiempo, cuando prometió que nunca me dejaría solo, que siempre estaría conmigo. Después, se alejó de mi lado sin contemplaciones. Y ahora... me ha colgado. Ha dicho que si no hablaba lo haría. He hablado y no ha servido de nada.

Llego a mi portal seguro de que ha sido un error mi intento de ponerme en contacto con ella. Estoy arrepentido y me juro a mí mismo que nunca más volveré a hacerlo.

* Miércoles 17 de agosto *

Camino a paso lento por las calles de Valencia. No tengo prisa en llegar a ningún lado, ya que no sé exactamente a dónde me dirijo. Es una tarde bonita de verano a pesar del inmenso calor que hace; y, como pasar el tiempo encerrada en casa me aburre mucho, he decidido salir a dar una vuelta. Llevo casi dos meses viviendo en esta ciudad y de momento no puedo quejarme demasiado. Aún no he conseguido trabajo pero, si todo sale bien, en cuestión

de un par de semanas me contratarán en una tienda cercana como dependienta. Debo dar gracias a mi padre por la ayuda que me ha ofrecido abriéndome las puertas de su casa. Sin él mi decisión no habría sido posible. Su compañía y la de su mujer calman un poco la soledad a la que tanto temo, pero nada puede aliviar el dolor de una pérdida tan grande como la que yo he sufrido. Ese sufrimiento lo llevo por dentro y dicen que esas son las penas que más daño hacen...

Cada noche observo la foto de Bandy. A pesar de tenerla guardada en mi maleta desde el día de mi llegada, no consigo aguantar las ganas de poner su retrato en mis manos por un ratito y deleitarme con su imagen. Es entonces, en la oscuridad de la noche y la intimidad de mi habitación, cuando su presencia viene a visitarme. Me tranquiliza sentir que todavía permanece dentro de mí, a pesar de que tal vez jamás vuelva a verlo. Mi mente vaga por todos esos pensamientos mientras me adentro en el enorme parque del centro de la ciudad. Es inmenso y su belleza es inigualable; está rodeado por árboles gigantescos y jardines amplios. Respiro hondo el caluroso aire que entra en mis pulmones y me dirijo al primer banco que encuentro con intención de sentarme en él. En realidad, he elegido el banco más alejado del bullicio. Necesito estar sola con mis ideas y descansar un poco. Pero mis deseos no se ven cumplidos. Desde detrás mío escucho una voz que, al parecer, se dirige a mí.

—Buenas tardes.

La voz proviene de un hombre, eso no es difícil de notar por su tono grave, pero lo extraño es que me resulta conocida y aún no he hecho amigos en esta ciudad. No he tenido ánimo para ello.

—¿Se puede? —insiste.

Ya convencida, giro la cabeza lentamente para comprobar de quién se trata. Mi sorpresa es enorme cuando veo esa sonrisa. Abro los ojos como platos y siento que mi corazón palpita más deprisa.

—¡Bogdan! —exclamo, entre sorprendida y alegre.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —dice a la vez que rodea el banco y se sienta a mi lado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto aún incrédula.

—Vivo aquí —me informa él con naturalidad.

Su gesto es tranquilo, como si fuese lo más normal del mundo que hace mucho tiempo dejáramos de vernos y ahora nos encontremos de nuevo en un lugar tan lejano. Quizás se trate del destino, que a veces se burla de nosotros y

otras nos pone en el camino de alguien del que, en el pasado, nos separamos por distintos motivos.

—Yo también.

Después de contarle eso, agacho la cabeza en un gesto cohibido. Me avergüenza recordar la forma en la que terminé mi amistad con él y no sé bien cómo comportarme. Bogdan rompe todos mis temores con su sonrisa transparente, esa que tanto me impactó en nuestro primer encuentro.

—Es una coincidencia.

Asiento, todavía muda.

—Una coincidencia muy hermosa —añade.

Alzo la mirada y la fijo en sus ojos. Son oscuros y penetrantes, así como los recordaba. Siento un ligero cosquilleo dentro.

—No esperaba volver a verte —confieso con sinceridad.

—A veces las cosas no son como esperamos, Patty.

Mi respiración se acelera cuando escucho mi nombre. No lo ha olvidado. Al fin y al cabo, solo tuvimos cercanía un día y, a pesar de todo, aún se acuerda de mí. Mis nervios se agrandan cuando Bogdan estira su brazo y posa su mano sobre la mía. Permanecemos unos segundos en silencio sin dejar de mirarnos, pero no es un silencio incómodo, es un momento agradable, lleno de emociones difíciles de explicar con palabras.

—¿Todavía sigues con ese chico?

Su pregunta me pilla desprevenida. No recuerdo haberle contado mi relación con Bandy.

—¿De quién hablas? —le pregunto.

—Lo que quiero saber es si tu corazón sigue ocupado. Aún guardo ese mensaje.

Se lleva la mano al bolsillo de su pantalón negro en busca de su móvil, pero lo detengo apretando fuerte su otra mano, la que todavía no ha alejado de la mía.

—No hace falta.

Lo miro con firmeza y mis ojos me delatan. Creo que averigua lo incómodo que resulta para mí ese tema.

—No quiero molestarte.

—No lo haces. Simplemente eso es algo que quedó en el pasado y no me gusta hablar sobre ello. El pasado es eso... pasado. Y ahí es donde debe quedarse.

Asiento con gesto comprensivo. Cuando creo que no va a hablar más, vuelve

al interrogatorio, incapaz de controlar su curiosidad.

—¿Aún te duele?

Aparto la mirada hacia el otro lado, fuera de su alcance. Intento que la nostalgia que siento al pensar en Bandy desaparezca o, por lo menos, pase desapercibida en estos instantes. Después de una pequeña lucha contra mi propio dolor, decido enfrentar las cosas con valor y vuelvo a mirar a Bogdan. De frente y sin mentiras.

—He aprendido a vivir con los recuerdos.

Su mano me aprieta más fuerte y sus ojos negros brillan, puede que a causa de la esperanza que se le forma automáticamente al saberme libre. Se pone en pie y me anima a hacer lo mismo.

—Vamos a dar un paseo. Hay mucho de lo que tenemos que hablar.

Asiento y obedezco, siguiendo sus pasos. Me invade la duda sobre su propuesta. No llegamos a conocernos lo suficiente, así que no veo qué temas podemos tener en común, pero estoy muy segura de que, en estos momentos, en esta bella tarde de agosto, lo que más me apetece es estar junto a Bogdan. Tenerlo tan cerca de mí una vez más me causa una alegría que hace tiempo no sentía. Esta sorpresa es la mejor que me podía haber deparado la vida.

* Viernes 26 de agosto *

Para no perder la costumbre, he decidido perder la noción del tiempo embriagando mis penas con el alcohol. Se ha convertido en mi más fiel compañero. Esta noche me encuentro en mi casa, en la soledad de mi habitación. He tomado ya tres botellas de cerveza y aún me quedan unas cuantas, que esperan pacientes en la mesa de escritorio. Me asomo a la ventana para respirar un poco de aire puro. Me siento mareado y angustiado, aunque esos dos sentimientos me acompañan diariamente en esta temporada. Vacío otro vaso de un solo trago y lo apoyo en la mesita. Me dejo caer sobre la cama y observo el techo. En él puedo ver su imagen, el rostro de la causante de todos mis problemas más recientes. Una extraña fuerza me oprime el pecho y me impide pensar con claridad. Una vez más, cometo el mismo error. El mismo maldito error que me lleva a marcar su número de teléfono. Contengo la respiración a la espera de su respuesta. Demasiado pronto alguien descuelga al otro lado de la línea, pero esta vez no es la voz de Patty la que escucho.

—¿Diga?

Mi corazón se detiene al oír la voz masculina que responde mi llamada. Me armo de valor y me enfrento a mis miedos.

—¿Está Patty?

—Ahora mismo no puede ponerse. ¿Quieres que le diga algo?

La sangre fluye por mis venas con mayor rapidez a causa de la rabia que siento.

—Quiero hablar con Patty —exijo.

Ese chico misterioso parece notar mi desesperación, pero no se acobarda.

—Ya te he dicho que no está. Si quieres, le dejo un mensaje.

—Dile que la he llamado. Que necesito hablar con ella —le pido en vista de que no tengo mucho más que hacer.

—¿Quién eres?

Siento ganas de decirle que a él no le importa, que se limite a hacer lo que le pido. Pero, a pesar de mi estado, percibo que es necesario darle esa información si quiero que Patty se ponga en contacto conmigo.

—Soy su novio —me sale inconscientemente.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque... —duda un momento antes de continuar—. Porque su novio soy yo.

El mundo se detiene para mí al escuchar esas palabras. Lo suelta con una frialdad y educación que me paraliza y me deja inmóvil. Cuelgo el teléfono sin poder dar crédito a lo que he escuchado. No es posible. No es posible. ¡No es posible! Me repito esa frase una y otra vez hasta que la grabo en mi cerebro. Pero una voz interior me habla y me dice que no sea ingenuo, que llevamos más de dos meses separados y que perfectamente Patty ha podido encontrar otro hombre que ocupe mi lugar. La fuerza de la que siempre he presumido se tambalea y me vengo abajo. Ni siquiera el alcohol logra ahogar el terrible dolor que siento. Estiro la mano y alcanzo el vaso que dejé en la mesita antes de la llamada. Lo aprieto transmitiendo en él toda la furia que corre por mi cuerpo y lo lanzo hacia la pared con todas mis fuerzas, a la vez que suelto un grito ahogado. El impacto hace un ruido fuerte y el vaso cae al suelo, ya roto en pedazos. Afortunadamente, en este momento se abre la puerta de mi dormitorio y por ella aparece Marius, seguido de Alex. No intento disimular mi tristeza, estoy demasiado perdido para hacerlo. Mis hermanos se acercan lentamente hacia mí y Marius es el primero en dar el paso.

—¿Sucede algo?

Niego con la cabeza. Marius y Alex se miran. En sus miradas puedo ver

frustración e impotencia por no poder hacer nada para ayudarme. Eso me hace sentirme peor. Si es que se puede estar peor de lo que ya estoy...

—¿Estás bien, hermano? —se preocupa Marius.

En otros momentos le habría dicho que sí, que no monte un drama por una tontería, pero la muralla que tenía montada alrededor de mi corazón se ha derrumbado hace tiempo. La ha roto ella.

—No... No estoy bien. Estoy perdido —confieso.

Inesperadamente para mí, las lágrimas comienzan a descender de mis ojos una tras otra; primero despacio y luego rápidamente, nublándome la vista y el alma.

—Mi vida no tiene sentido.

Al escuchar mis palabras, mis hermanos comprueban que el asunto es serio. No son muchas las veces en las que me he visto privado de mi orgullo. De hecho, no recuerdo cuándo fue la última vez que rompí en un llanto desconsolado. Tal vez en mi infancia...

—Tienes que ser fuerte —me aconseja Marius al tiempo que se sienta a mi lado, en el borde de la cama.

—Lo sé y lo intento, pero ya no puedo.

Alex permanece en silencio y fija sus ojos en mí. En ellos puedo ver la pena que siente al ver a su hermano en estas circunstancias. Trata de contener las lágrimas, pero sus ojos marrones brillan y lo delatan. Marius pasa una mano por mi cabeza y ese gesto cariñoso me trae el recuerdo de mi madre, cuando yo era pequeño y ella trataba de tranquilizarme. El dolor se intensifica.

—No estás solo, Bandy. Vas a salir de esto. Pero tienes que poner de tu parte.

No respondo porque no me siento capaz de hacerlo. Me incorporo levemente y abrazo a Marius con fuerza. Es un gesto de amor que necesitaba hace mucho tiempo.

—Gracias. Gracias por todo.

* Viernes 26 de agosto *

Los días pasan veloces cuando estoy al lado de Bogdan. Desde que la casualidad quiso que nuestros caminos volvieran a juntarse, no nos hemos separado. No hizo falta una promesa de volver a vernos. Bogdan nunca borró mi número de teléfono y esa misma noche me telefoneó desde su casa. Su llamada me sorprendió y alegró enormemente. Fue la primera noche en esta ciudad que dormí con una sonrisa en la cara, con una nueva ilusión albergando

mi corazón. He disfrutado de su compañía todas las tardes, dejándome guiar por él por todas las calles de esta ciudad, la cual conoce a la perfección ya que lleva muchos meses viviendo aquí. Se trasladó a Valencia por motivos de trabajo y le doy gracias a la vida de que así haya sido. Bogdan consigue que cada noche sea especial. Todo es nuevo a su lado: una puesta de sol en la bonita playa que hay cerca de mi casa, una cena en alguna terraza rodeada de gente que, como nosotros, disfruta de las últimas semanas de verano... He vivido en la realidad de mi presente, dejando atrás la vida que dejé en Logroño, la historia en la que permanecí encadenada tanto tiempo. Me he dedicado a disfrutar de cada momento, vivir plenamente el día a día. Y no se me ha dado mal.

Pero todo eso se ha esfumado esta noche, en este momento. Con una sola llamada de teléfono mi mundo ha dado un giro enorme, dejándolo todo patas arriba en mi interior. Al ver su número en la pantalla, el corazón se me ha encogido, haciéndose muy pequeñito. En un gesto inconsciente, le paso mi móvil a Bogdan. Al principio me mira sorprendido, pero pronto entiende lo que sucede. No hace falta ser muy listo para adivinar que estoy visiblemente nerviosa e incapaz de responder la llamada. Escucho su conversación muy atenta, sin respirar apenas. Al otro lado de la línea puedo oír a Bandy, a pesar de que en ningún momento tengo el valor de ponerme al teléfono. Su voz llega a mis oídos lejana; y sentir de nuevo ese tono varonil tan cerca de mí hace que se disparen mis emociones. Logro disimular como una buena actriz, fingiendo ante Bogdan que no me interesa lo más mínimo. Escucho claramente a Bogdan comunicarle nuestro noviazgo, cosa que realmente es mentira. Me asusta un poco la reacción de Bandy por la noticia, pero rápidamente comprendo que ya no hay nada que pueda hacer en mi contra. Ya no puede hacerme daño.

Cuando Bogdan cuelga suspiro con alivio. Es como si me hubiese quitado un peso enorme de encima. Un peso que me estaba ahogando. Me mira fijamente y evito su mirada. La poso en los pajaritos que vuelan alegres y despreocupados por lo alto del parque. Respiro hondo. Si pudiera hacer lo mismo... Volar y dejar a un lado todos los pensamientos que me preocupan. Pero la realidad es distinta. Estoy de pie frente a Bogdan en una bonita tarde de verano. Él me observa y, por su gesto, adivino que espera una reacción por mi parte. Tal vez un gesto de agradecimiento, por hacer lo que yo no me atrevía...

—Muchas gracias. No esperaba que me llamara. De hecho, ni siquiera me acordaba de Bandy. Seguramente habrá estado bebiendo y por eso me busca. Siempre es lo mismo.

Bogdan menea la cabeza de lado a lado. No sé si debo interpretarlo como una señal buena o mala.

—No tienes que hacerlo.

—¿El qué?

—No tienes que disculparte ni agradecerme nada. Tampoco necesito tus excusas para disimular lo que te ha hecho sentir su llamada. No conozco a ese chico, pero sé bien lo que ha significado para ti. Y lo que, lamentablemente, todavía significa.

Agacha la cabeza en un gesto claro de dolor.

—Créeme que lo envidio. Algún día me gustaría ser tan importante para ti como lo es él.

Trago saliva. Sus palabras son tan hermosas y sinceras que me traspasan el corazón y me hacen daño. Al mismo tiempo que me agrada saberme especial para él. Doy un pasito al frente, situándome todavía más cerca de Bogdan. Alzo la mirada con decisión y la apoyo en sus ojos.

—No tienes que envidiarle, Bogdan. Ni a Bandy ni a nadie. Tú eres maravilloso así como eres, y no quiero que cambies nunca.

Mis ojos están empañados y me cuesta seguir hablando, pero hago un esfuerzo.

—Para mí ya eres importante. Lo fuiste desde el día en que te conocí.

Bogdan me mira entre sorprendido y emocionado. Su mirada refleja una ilusión difícil de describir. Quizás la misma ilusión que experimenté yo hace un tiempo, cuando desconocía completamente que el amor puede llegar a doler tanto que, a veces, acaba con las esperanzas y las fuerzas de seguir luchando por él.

—¿De verdad sientes eso? —me pregunta con voz bajita.

Cojo su mano y la aprieto con fuerza.

—Sí —afirmo—. Has cambiado mi mundo y lo has hecho más bonito.

Bogdan acaricia mi cabello con la mano que le queda libre y deja que sus dedos se deslicen por mis mechones delicadamente, con cariño.

—Tengo miedo de volver a perderte, Patty —confiesa.

—No me perderás. Esta vez vine para quedarme —prometo con tal sinceridad que me sorprende.

Por la mirada de Bogdan adivino que quiere creerme, lo intenta con todo su empeño, pero hay algo en él que lo hace dudar. Lo entiendo a la perfección y, por ello, decido dar un paso importante en nuestra historia. Agarro el móvil, que aún no he guardado, con fuerza. Busco con desesperación el valor que

necesito. Entonces, ya decidida, comienzo a desmontar el teléfono. Bogdan me mira sin comprender. Saco la tarjeta. Es el número con el cual llevo muchos años, demasiados. Sin darle demasiadas vueltas por miedo a arrepentirme, la sujeto entre mis manos y, con firmeza, la rompo en dos con un solo movimiento. Entonces la sorpresa de Bogdan se hace más grande.

—Bandy no volverá a llamarme. Y, si lo hace, no podrá encontrar-me.

Mientras lo digo los ojos se me nublan por las lágrimas. Bogdan me acaricia y las aparta con la palma de su mano.

—Ahora estoy contigo y quiero permanecer a tu lado.

No puedo describir lo que sucede a continuación. Es un momento tan mágico, que referirme a él con palabras sería casi estropearlo. Bogdan inclina su cabeza hacia abajo y acerca su cara a la mía. Primero, me da un beso en la mejilla. Lo hace con tanta ternura que se me eriza el vello de la piel y un escalofrío recorre todo mi cuerpo, desde la nuca hasta los pies. Su rostro moreno y suave permanece pegado al mío unos segundos más; y entonces sucede lo que tenía que haber sucedido ya. Lo que los dos, en silencio, estábamos esperando todos estos días. Nuestros labios, ávidos de deseo, se encuentran y saborean, en un beso cálido e interminable que parece no acabar nunca. Nos negamos a separarnos y seguimos así un buen rato, perdidos en ese parque enorme entre la multitud de personas que pasan por nuestro lado. Por un momento, abro los ojos y me doy cuenta de que hay gente que nos mira. Me aparto despacio y suelto una carcajada. Mi risa es tan alegre que contagia a Bogdan. Extiende los brazos y me acoge entre ellos. Me abraza con fuerza y entonces me visita un sentimiento que hace mucho me tenía abandonada: seguridad. Me siento segura a su lado, perdida entre su cuerpo.

Una duda me asalta obligándome a recordar a Bandy y las decepciones que me causó su comportamiento una vez tras otra. Lucho vehemente contra esos pensamientos y los disipo de mi mente, lanzándolos al vacío lo más lejos posible. Esta vez no tengo miedo. No debo tenerlo porque todo junto a Bogdan es transparente y verdadero. Ya una vez me arriesgué y salió mal; tuve que pagar las consecuencias. Pero ahora decido hacerlo por una última vez más. Me arriesgo a dejar salir mis sentimientos, a darme el derecho de ser feliz, y que dure lo que tenga que durar. Me arriesgo por Bogdan porque me hace sentir esa felicidad que daba por perdida y, también, porque es su sonrisa y su simpatía lo que me hace despertarme contenta cada mañana.

* Sábado 27 de agosto *

El sol entra por la ventana inundando cada rincón de mi habitación. Las paredes brillan por su esplendor. Con tanta luz es imposible dormir, pero no me importa porque hace rato que estoy despierto. No he pegado ojo en casi toda la noche. He dado vueltas en mi cama hasta que me ha dolido el cuerpo y he pensado hasta que la cabeza se me ha mareado. Soy consciente de que debo hacer algo por mi vida, por mejorar mi actitud con los demás y conmigo mismo. También me he convencido de que lo mejor será olvidar a Patty. Ese último pensamiento duele más, pero por primera vez estoy convencido de que puedo hacerlo. No habrá más días grises en mi vida. Basta de locura y de sufrimiento. A partir de ahora trataré de hacer las cosas bien y de convertirme en una persona mejor. Será complicado cambiar, no voy a negarlo. No se puede cambiar los hábitos de una persona de un día para otro. Pero estoy decidido a luchar por mi futuro. Pondré todo mi empeño en sonreír a la vida que me espera. Quién sabe lo que me depara el destino... Tal vez haya alguien esperando por mí en un lugar cercano, más cerca de lo que pienso. Y debo prepararme para recibirlo con los brazos abiertos.

* Sábado 27 de agosto *

Bogdan me acompaña hasta la puerta de mi casa. Nuestra relación ya se ha formalizado y podemos considerarnos novios oficiales; pero todavía no quiero presentarle a mi padre. Prefiero esperar un tiempo y dedicarnos plenamente a conocernos el uno al otro y disfrutar de nuestro romance. Después de darme un beso en los labios, uno de los tantos que llevamos dándonos hoy, se marcha con la promesa de volver al día siguiente y entro en mi casa.

Al resguardo de mi dormitorio, que me espera silencioso, repaso todo lo que ha sucedido hasta ahora. Las cosas se han precipitado llegando a un punto que no esperaba. Necesito desahogarme con alguien íntimo. Ya que no tengo verdaderos amigos en esta ciudad (ni siquiera tengo amigos), me decido a llamar a la que formó parte de mi vida tantos años. Inmediatamente después del primer pitido oigo su voz.

—¡Patty!

Me pilla desprevenida.

—¿Cómo sabías que era yo?

A Berta se le escapa la risa.

—Pues porque me estás llamando desde tu número de casa, tontita.

—¡Ah, es verdad! —sonríó, riéndome de mi descuido—. No me había dado cuenta.

—¿Y ese milagro que te dignas a llamarme?

Se está haciendo la ofendida; lo sé porque la conozco. De nuevo, una sonrisa en mi cara a pesar de que no puede verme. Juraría que ella también sonríe.

—No te enfades. He estado muy ocupada...

Carraspea. Estoy a punto de inventarme varios tipos de excusas con tareas que han requerido mi atención, pero me arrepiento en el último momento. No sirve de nada mentirle. A ella no.

—Necesitaba pensar, Berta. Todo lo que ha pasado últimamente era demasiado para mí. Necesitaba huir de todo y de todos.

—¿De mí también? —esta vez sí noto un poco de decepción en su voz.

—De ti no. Tú eres mi amiga y lo serás siempre.

—Entiendo. Huyes de Bandy, ¿verdad? Te refieres a él.

Un poco de silencio. Me resulta angustioso seguir nombrándolo, aunque su nombre venga de labios de otra persona.

—No quiero hablar del tema.

—Patty, sabes que no podrás huir siempre, ¿verdad? El pasado te perseguirá allí a donde vayas. No sé, yo te apoyo, pero a veces pienso que actuar así es de cobardes.

—Me hizo mucho daño, Berta —replico, casi con enfado—. Jugó mucho conmigo.

—Y no lo niego. Solo digo que podías haberte quedado aquí y enfrentar las cosas de frente, con la cabeza en alto. Aunque no volvieras con Bandy.

—He conocido a alguien —suelto de repente porque es algo que necesito hacer urgentemente.

Ahora Berta guarda silencio. Quizás se ha sorprendido demasiado de mis palabras. Quizás nadie esperara que pudiese ser feliz de nuevo al lado de otra persona que no sea el chico duro de ojos azules.

—¿A qué te refieres? ¿Un amigo?

—Estamos saliendo. Es muy bueno conmigo y me gusta mucho.

No pronuncio su nombre porque, sencillamente, no me apetece. Aguanto la respiración esperando el interrogatorio. Conociendo a mi amiga, me lanzará todo tipo de preguntas: nombre, edad, nacionalidad, fecha en la que nos conocimos... y así muchas más. Me asombra cuando escucho una pregunta tan corta pero directa.

—¿Te hace feliz?

Medito un poco antes de responder. Felicidad... esa palabra a veces pienso que no existe. Siempre hay algún problema en el camino que te arrebató la sonrisa. Entonces recuerdo la suya, clara y cristalina, y eso me da la seguridad que anhelo. Sonríó solo de imaginar a Bogdan.

—Sí. No te diré que me hace la mujer más feliz del mundo... pero sí que me hace sentir querida. Me hace sentir viva.

Imagino la cara de Berta aunque esté a tantos kilómetros de distancia. Probablemente se encuentre sentada en el sillón de casa, con el mando de la tele en una mano y el móvil en la otra. Estará sopesando las posibilidades de que este nuevo intento en el amor me salga bien y deseando que no sufra de nuevo.

—Me alegro mucho por ti. Si es así, te deseo lo mejor.

—Gracias —le digo de corazón—. Ahora tengo que colgar. Tengo que hacer cosas.

—De acuerdo, flaca. Llámame pronto —se despide—. ¿Quieres que le diga algo de tu parte a Bandy?

Tenía que preguntarlo. Tenía que hacerme sentir de nuevo que las piernas me flaquean.

—Ya te dije que para mí ese tema está zanjado. Para mí, él ya no existe.

—Sabes que no es así. Sabes que no podrás olvidarlo nunca. Un amor tan grande como el vuestro no desaparece así nada más. Te estás engañando a ti misma.

—Chao, Berta. Cuídate mucho —me despido deprisa porque no quiero seguir hablando.

—Lo mismo. Un beso.

Al colgar, me veo en la necesidad de agarrarme a la pared para sostenerme. Mi cuerpo está temblando y no consigo detenerlo. Me da la impresión de que voy a desmayarme en cualquier momento. No soporto que el solo hecho de mencionar a Bandy me ponga tan mal. Su recuerdo es el único que me lastima. Me siento capaz de borrarlo de mi mente, de volver a tener ganas de amar; pero cuando el recuerdo de Bandy aparece, todo lo planeado se desmorona. Es como dar cinco pasos atrás cuando solo he avanzado cuatro. Temo que su imagen me destruya por dentro y un día ya no pueda seguir avanzando. Berta ha dicho que el pasado me perseguirá siempre y que nunca podré olvidarlo. ¡A la mierda el pasado! Voy a luchar contracorriente si es necesario para arrancarlo de mi corazón.

Me dirijo hacia el armario. Lo abro y saco la maleta. Busco con ansia las

fotos, esas fotos que llevan acompañándome cada noche. Alguna está desgastada a causa del llanto que he derramado sobre ella. Esto es lo último que me queda por hacer, lo más conveniente. Lo sé, pero no puedo evitar que me cueste tanto. En cada foto sale Bandy: sonriente, serio, guapo como solo él lo era. Su imagen me causa desprecio e impotencia porque las cosas hayan acabado de esta manera. Con todo el dolor de mi alma pero una seguridad que ni yo misma pensaba tener, agarro la primera foto, esa en la que salimos juntos, y la rompo en dos. No conforme con eso sigo partiéndola en más trozos hasta que no queda ni una migaja de nuestro amor. Así una tras otra. Miro el suelo de mi habitación, cubierto por todos los trozos ya arrancados; me dejo caer en el suelo lentamente. Sentada, inclino la cabeza hacia atrás y la apoyo en la pared. Los ojos se me llenan de lágrimas. Me siento aliviada por el orgullo de haber hecho lo apropiado, pero la tristeza se apodera de mí y me ataca con más fuerza que nunca. He llorado muchas veces por él, pero nunca me ha dolido con tanta intensidad. Esta vez es el peor llanto de todos, y lo es porque será el último. Porque esta noche de verano será la noche en la que Bandy desaparezca para siempre de mi historia. Dicen que el tiempo lo cura todo, y confío en que él pueda sanar mi corazón.

* Domingo 4 de septiembre *

El olor a café recién hecho llega hasta mi olfato. Me levanto de la cama aún un tanto soñoliento y me dirijo a la cocina. Marius está preparando unos huevos fritos y Alex se encuentra sentado, ya con su taza en la mano. Repentinamente, me doy cuenta de lo mucho que me gusta verlos juntos. Me encanta la idea de que estemos tan unidos; aunque a veces no lo demostramos verbalmente.

—¡Buenos días! —saludo alegre mientras cojo asiento al lado de Alex.

—¿Y esa sonrisa? —se sorprende Marius—. Te has levanto con buen pie hoy, ¿eh?

Mi sonrisa se vuelve más grande.

—Ya ves, no todos los días son negros...

Alex alza la mirada y me observa, como indagando a qué se debe mi cambio de humor. Al fin, se relaja y sonrío también.

—Y después de la tormenta siempre sale el sol.

Pienso un poco en lo que ha dicho y después suelto una carcajada. Me causa gracia lo sentimentales que nos hemos puesto de pronto. Mis hermanos me siguen, riendo también.

—Bueno, Marius. ¿No hay café para mí?

—Por supuesto, sargento. —Se lleva la mano a la frente con gesto exagerado —. A sus órdenes.

Me asomo por la ventana pequeña mientras Marius me sirve el desayuno: café con leche y huevos fritos; como siempre me ha gustado. Desde esta parte de la casa solo se puede ver el patio interior, pero no me importa. Me basta con contemplar el sol radiante que hay en lo alto. Es una mañana perfecta. A pesar de adentrarnos ya en el otoño, el clima es agradable; ni demasiado frío ni demasiado calor. Además, hoy es un día ideal para no hacer nada. Simplemente hablar con mis hermanos y vagar por casa. Incluso puede que me anime a dar un paseo.

—¿Salimos luego? Hace buen día —comento mientras vuelvo a sentarme.

Marius me acerca la bandeja a la mesa y se sienta a mi lado.

—No es mala idea. Podemos coger la pelota e ir a jugar un rato por el parque.

—Suenan bien. Alex, ¿te apuntas?

Alex pone gesto dubitativo y después asiente, sonriente.

—Claro. Será divertido.

Me llevo el café a la boca y le doy un trago. Aún está caliente, pero no me incomoda. Voy bebiéndolo con calma, saboreando cada sorbo.

—Bandy, ¿te puedo hacer una pregunta? —me pregunta Marius.

—Claro. Aprovecha que estoy de buen humor —bromeo.

—Pues a eso mismo me refiero. ¿A qué se debe este cambio repentino?

Analizo la respuesta antes de decírla, pero entonces me doy cuenta de que no hay respuesta para eso. Ha pasado así y punto.

—No sucede nada en especial. Es solo que he decidido vivir el presente. La vida son dos días y hay que disfrutarlos.

Alex carraspea y Marius no parece muy convencido. Supongo que les cuesta creerse que su hermano el mediano, que siempre ha sido tan problemático, esté pensando de este modo.

—Tenéis que creerme. Estoy cansado de perder el tiempo en cosas que no tienen sentido. Quiero ser alguien en la vida.

—Ya eres alguien. Eres nuestro hermano —salta Marius.

—Lo sé, pero quiero mejorar. No sé, he pensado meterme a la autoescuela, quiero sacarme el carnet de conducir. Luego buscaré un trabajo más estable. Y así, poco a poco, mi vida irá a mejor.

Mis dos hermanos me miran incrédulos, como si no pudiesen creerse lo que oyen. Han de pensar que un bicho raro me ha suplantado y ahora ocupa mi

lugar.

—Eso que dices suena muy bonito —dice Alex—. Pero lo que verdaderamente importa es que lo cumplas. Y antes de hacer todo eso deberías empezar por otra cosa...

Lo deja caer así como si nada, pero creo que todos sabemos de qué habla.

—Lo sé. Y eso será lo primero que dejaré. No quiero saber nada más de coca ni de ningún tipo de drogas. Esa mierda me está volviendo loco.

De nuevo, veo duda en los ojos de mi hermano. Es lógico que desconfíen; he mentido demasiadas veces. Pero esta vez estoy dispuesto a demostrarlo. Además, lo hago sobre todo por mí mismo.

—Ojalá sea verdad. Nosotros te apoyaremos en todo —promete Marius.

Me sorprende al descubrir una pizca de orgullo en su mirada. Eso me hace tener más valor para seguir adelante con mi propósito.

—Una vez más, gracias por todo.

Me levanto con mi taza ya vacía y me dispongo a lavarla. No acostumbro a realizar muchas tareas en casa. No es gran cosa, pero por algo se empieza. A partir de ahora, estoy decidido a hacer las cosas bien.

* Miércoles 7 de septiembre *

Sigo a Bogdan sin soltarle la mano. Tampoco me separo cuando abre la puerta. Siento una mezcla de sentimientos entre la curiosidad y la inquietud. Es la primera vez que entro en su casa. Aprovechando que sus compañeros de piso han salido y no volverán hasta pasados unos días, Bogdan me ha invitado a pasar la noche con él. Al principio tuve dudas, pero enseguida se disiparon y aparecieron en su lugar las ganas inmensas de dormir a su lado.

—Pasa —me ofrece abriendo la puerta del que supongo que es su dormitorio.

Entro lentamente y observo todo a mi alrededor. Su cuarto es casi como lo había imaginado. Está todo limpio y recogido, pero es tan sencillo que se nota claramente que es de un hombre. Las mujeres siempre tenemos la costumbre de arreglarlo todo y decorarlo con mil cosas distintas.

—No es muy grande el piso, pero es muy tranquilo.

—Me gusta —le digo tranquilizándolo, aunque la verdad es que no he visto todo el apartamento.

—Podemos ver una peli —propone Bogdan señalando la enorme televisión de pantalla plana que hay en la mesa—. O si lo prefieres podemos ir al salón.

Descubro sin mucho esfuerzo que está casi tan nervioso como yo. Imagino

que no quiere cometer un error, le da miedo dar un paso en falso y arriesgarse demasiado.

—No. Aquí está bien.

Sus ojos se iluminan y el gesto de su cara se relaja.

—Vale. Entonces voy a preparar algo para picar. Puedes sentarte.

Obedezco y me dirijo a la cama mientras él desaparece en busca de comida. En su ausencia, me dedico a investigar la habitación; pero solo con la mirada, ya que no quiero que entre y me pille cotilleando sus pertenencias. No hay mucho que descubrir. No hay fotos de familia ni de pareja; tal vez Bogdan nunca haya tenido eso. En unos pocos minutos, Bogdan vuelve con un cuenco enorme de palomitas recién hechas y una botella de zumo en la otra mano.

—¿Qué película quieres ver? Tengo muchas para elegir.

Me encojo de hombros.

—La que quieras.

Se respira tensión entre nosotros y me digo a mí misma que debo hacer que eso desaparezca. No tiene ninguna maldad lo que estamos haciendo. Estoy en una habitación, de noche, y a solas con un hombre, sí, pero ese hombre es mi novio. Mientras Bogdan busca entre un montón de discos que tiene en la mano, me quito los botines de tacón y los dejo con cuidado al lado de la mesita de noche. Me acomodo en la cama, apoyando la espalda en el único cojín que hay. Me muevo despacio comprobando la comodidad del colchón. Es perfecto. Ni muy blando ni demasiado duro. Cuando Bogdan se da la vuelta para mirarme, se queda sorprendido. Abre la boca para decir algo, pero de ella no sale nada.

—Esta cama es demasiado grande para ti —comento, sonriente.

La sonrisa que tanto me gusta aparece en su rostro.

—Sí. Por eso me gustaría pasar todas las noches en compañía. ¿Tú no sabes quién podría ser la afortunada?

Suelto una risita y decido seguirle el juego. Pongo cara pícaro y finjo pensarlo, llevándome un dedo a la frente.

—Mmm... Déjame pensarlo. Quizás encuentre alguna chica para ti.

—¿Y cómo será esa chica? Que sepas que soy muy exigente —bromea.

Doy unas palmaditas al colchón, indicándole que se acerque.

—Ven.

Bogdan no lo duda. Deja los discos en la mesa y viene hacia mí. Se acuesta a mi lado y posa su brazo en mi cintura.

—Estoy segura que esta chica te va a encantar —le digo sin dejar de mirar

sus ojos negros—. Tiene que ser alguien que solo quiera estar contigo, alguien a quien le gusten mucho los mimos y, sobre todo, que sea muy feliz a tu lado.

Bogdan se pone serio de repente, pero en su mirada puedo ver una ilusión tan grande que me la contagia a mí.

—No voy a seguir buscando. Creo que ya la he encontrado.

Acerca sus labios a los míos y me besa con ternura. Seguimos así un largo rato. Entre esos besos dulces, percibo que la respiración de Bogdan se vuelve más rápida. Se aparta un poco y me mira. Sus ojos están llenos de deseo.

—¿Quieres ver la película? —pregunta aunque sé bien qué respuesta quiere oír.

Sonrío con timidez y niego con la cabeza.

—Mejor lo dejamos para otro día.

Bogdan me mira emocionado y vuelve a buscar mis labios. Los encuentra y saborea con avidez. Ignoro cuánto tiempo permanecemos así. Es como si el mundo se hubiera detenido y este beso fuera eterno. No me importaría pasar el resto de mis días sintiéndome así. De pronto, el contacto de su mano en mi piel me devuelve a la realidad. Bogdan ha levantado mi camiseta y me acaricia por debajo de ella. Siento un ligero cosquilleo dentro cuando toca mi tripa. Juguetea un poco con el pendiente que tengo en el ombligo. El cosquilleo se hace más grande cuando desliza sus manos entre mis pechos. Respiro entrecortadamente y no dejo de besarlo. Cierro los ojos con fuerza y me obligo a disfrutar del momento. No quiero que nada estropee esta noche.

—Me gustas mucho, Patty —susurra a mi oído.

—Tú a mí también —me oigo decir a mí misma en un murmullo casi incomprensible.

Bogdan debe de pensar que soy una momia, ya que apenas me muevo y me dedico simplemente a controlar mi respiración. Como adivinando mis pensamientos, agarra mi mano con firmeza y la conduce hasta sus pantalones. La apoya justo donde desea. Es visible que está realmente excitado. Mi mano permanece inmóvil. Le ordeno mentalmente que reaccione, pero no hay manera. No quiere hacerme caso.

—¿Te sientes bien?

—Sí. Es solo que estoy un poco nerviosa.

Reconocerlo me calma un poco. La verdad es que hace mucho tiempo que no me veo en una situación tan íntima con un hombre. El último fue... No, no quiero acordarme de él. Al menos no esta noche.

—Si quieres paramos —comenta Bogdan con voz calmada.

Como respuesta le doy un beso. Él lo interpreta como un «no» y sigue por donde estábamos. Ahora me incorpora y desabrocha mi sujetador blanco con un solo movimiento. No se detiene hasta desnudarme por completo. Por unos momentos me contagio de la misma pasión que él está sintiendo. Me dejo acariciar por sus dedos cálidos y el placer aumenta poco a poco. Incluso tengo ganas de llegar hasta el final. Pero entonces aparece de nuevo esa cara en mi mente, esos ojos azules y sus brazos fuertes que me sostenían siempre y me protegían del mundo.

—Bandy —susurro entre gemidos.

—¿Qué has dicho? —me pregunta Bogdan parándose unos segundos.

Por un instante creo que me ha entendido. Imagino que se va a cabrear y hasta me echará de su casa, pero nada de eso ocurre. Cuando sigue acariciándome, comprendo que no ha escuchado el nombre.

—Nada —miento.

Bogdan sigue besándome. Ahora baja sus labios hasta mi cuello. La piel se me eriza, pero ya no sé si se debe al placer o al maldito recuerdo que me atormenta. Entonces descubro que estoy temblando. Es un temblor ligero, desde los pies hasta la cabeza. Bogdan se aparta de nuevo.

—¿Seguro que estás bien?

Suspiro hondo y me preparo para lo que voy a decir.

—No. No estoy bien.

Me mira incrédulo y se aparta un poco más de mi lado, alejando sus manos de mi cuerpo.

—¿Qué te pasa?

Me encojo de hombros en silencio. Estoy demasiado aturdida y avergonzada para decir simplemente «no lo sé».

—¿No me deseas? —pregunta con tono tranquilo, aunque sé perfectamente que debajo de esa aparente calma se esconde una decepción enorme.

—Sí te deseo. No pienses eso —le pido mientras acaricio su pelo corto y negro—. Se me ha pasado algo por la cabeza y me he puesto nerviosa.

Bogdan frunce las cejas. Sé lo que piensa y no quiero escucharlo. Aparto la mirada y la poso en la pared blanca de la habitación.

—¿Y ese algo no se llamará Bandy por casualidad?

Suspiro. Era pedir demasiado que no pronunciara su nombre.

—No tiene nada que ver con él. Es solo que no estoy preparada.

Un silencio incómodo se posa entre los dos. Es demasiado insoportable y me siento descubierta estando así, al desnudo; así que me agacho para coger mis

prendas del suelo y hago ademán de vestirme. Entonces, la voz de Bogdan rompe el silencio.

—No te vistas. Quédate así.

Giro la cabeza para mirarlo y descubro que no está enfadado, como pensaba. Extiende los brazos.

—Ven conmigo. No voy a hacer nada que tú no quieras. Solo quiero abrazarte.

El nudo que tenía en la garganta se va deshaciendo. Me acuesto de nuevo a su lado y él me rodea con sus brazos morenos. Apoyo la cabeza en su hombro.

—Lo siento —murmuro.

Me da un beso en la frente.

—No pasa nada, mi amor.

Agarra mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—Voy a esperarte el tiempo que haga falta.

—¿Por qué?

—Porque te quiero.

Conocía bien la respuesta, pero se lo he preguntado para asegurarme. Necesitaba oírse lo decir. Hay veces que no es suficiente con querer a la persona que está a tu lado, no basta con saber que es importante en tu vida; hay que demostrarlo. Se dice que el amor se demuestra con hechos y no con palabras, que las palabras se las lleva el viento; pero en ocasiones es necesario expresar verbalmente ese sentimiento. Es bonito recordar a alguien que le quieres, y es bonito que te recuerden que ese sentimiento es correspondido. Y esto se refiere a todo tipo de amor, no solo el de pareja. Hay que poner el corazón y cuidar los detalles con todas las personas que ocupan tu historia: pareja, amigos, familia... El amor es como una planta que hay que regar cada día; si no lo haces, se marchitará lentamente.

* Sábado 10 de septiembre *

Camino sin rumbo por las calles de Logroño. La noche ya ha llegado y la luna se asoma misteriosa en el cielo oscuro. No hay estrellas. Aún es verano, pero en mi interior sigue vivo el invierno. Me siento así, frío y apagado, como la única y solitaria estrella que se divisa en esta noche oscura. Me falta la mejor estrella; esa que me hacía sentir vivo y que me volvía loco de tanto quererla. Mis pies se mueven sin que les indique el camino. Miro a todos lados sin ver, parando en los semáforos casi por instinto.

Paro un segundo para encenderme un cigarrillo. Una voz más alta de lo

normal me obliga a salir de mis pensamientos. Es una chica joven, tendrá apenas unos 15 o 16 años. Está parada con los brazos abiertos y gesto enfurruñado. Se encuentra solo a unos pasos de mí y puedo oír claramente su conversación. Le reprocha infinidad de cosas al que supongo que es su pareja. Habla tan rápido que no logro entender todas las acusaciones. Él la mira indiferente, más bien aburrido, cumpliendo a rajatabla su papel de «chico duro». No puedo evitar permanecer allí, sin moverme, y observar con atención la escena que representan. Ellos parecen no darse cuenta de mi presencia, demasiado involucrados en el momento que están viviendo y en solucionar sus problemas, o tal vez en terminarlos. Hacen caso omiso de la gente que pasa por su lado, como si no los vieran. Al igual que los demás transeúntes, que ignoran a la joven pareja; demasiado concentrados, quizás, en sus propios pensamientos. La muchacha se aparta el pelo rubio de la cara nerviosa, para después volver a cruzarse de brazos. Distingo una lágrima descendiendo implacable por su mejilla. Ella se limpia rápidamente los ojos con la manga de su chaqueta negra, en un intento vano de esconder ese signo de debilidad, esa pérdida de orgullo. Demasiado tarde. Lo he visto todo y sé que le duele. Sea lo que sea lo que su novio le haya hecho o dicho, le está doliendo. Le está haciendo daño. Como yo se lo hice a ella... El chaval no parece haber notado lo que sucede y sigue con la misma actitud cruel, indiferente. Se da la vuelta para irse y ella se apresura a abrazarlo, enganchándose a su cuerpo rodeándolo con sus delgados brazos, consiguiendo así detenerlo aunque sea solo por unos instantes más. «¿Pero por qué eres así? ¿Cómo puedes ser tan malo?», le interroga.

Pero ya no oigo nada más. Hace rato que no escucho sus palabras, metido como estoy en esa historia ajena y mezclándola con la mía propia, la de ella, la de nosotros. Siento cómo la rabia me va invadiendo por completo. Cierro la mano con fuerza obligándola a que se detenga, que me abandone, que me deje tranquilo. «No es asunto tuyo, Bandy», me dice mi sentido común; pero no quiero hacerle caso. Doy unos pasos y me planto enfrente del «chico duro», interponiéndome así entre ellos dos. No se esperaban mi intromisión y quedan a la espera de mis intenciones. Es solo cuestión de segundos. Agarro al chico por el cuello de su camisa a cuadros y lo empujo hacia mí con fuerza, atrayendo su cara a la mía. Me mira a los ojos y en ellos veo miedo, incomprensión. Se nota a leguas que es un crío y está muy delgado; no tendría con él ni para empezar. Pero en él me veo a mí mismo; recuerdo escenas parecidas del pasado, de mi pasado. Siento ganas de romperle la cara y

librarme de toda la furia que llevo dentro. Contra él. Contra el chico que un día fui y que, lamentablemente, ya no soy. Y digo «lamentablemente» porque así no sufría. Pero sé que atizarle no serviría de nada. Las cosas seguirían como siempre y este chaval seguiría tratándola igual después de la paliza. Puede que peor. Lo suelto despacio y él retrocede unos pasos. Suspira de alivio aunque sin mostrarse asustado; su orgullo de «macho» no se lo permite, aunque me mira los brazos fuertes y musculosos y sabe que se ha librado de una buena. Me decido a irme, a abandonarlos a su suerte; consciente de que he hecho el ridículo metiéndome donde no debía y un poco avergonzado por ello. Pero antes de irme le doy una palmada en el hombro, esta vez amistosa, y me permito darle un consejo. No puedo evitarlo.

«Quiérela, trátala como se merece y, si no sabes querer, pídele que te enseñe. Pídele que te enseñe a querer. Hazme caso. Eso nunca falla».

A ella no le digo nada pero, antes de seguir mi camino, su mirada se cruza con la mía. Distingo en ella un atisbo de esperanza, un gesto silencioso de agradecimiento. Siento pena por ella. Qué ingenua...

Sigo mi camino y, entonces, una duda me deslumbra: ¿Alguna vez otro hombre habrá visto en Patty esa misma mirada? ¿Le habrá dedicado ella ese momento, consciente él de su sufrimiento? No quiero pensarlo, pero, una vez más, no lo consigo. Continúo andando sin saber dónde voy, atormentándome con su recuerdo y ciego por el dolor que se acomoda en mi pecho y lo golpea con fuerza. Me siento en el primer banco que encuentro libre, cansado como estoy, tanto física como psíquicamente y, entonces, los recuerdos pasan por mi mente; crueles, despiadados, haciéndome daño y sin importarles mi sufrimiento. La noche en la discoteca esa que tanto detesto y que, sin embargo, fue el lugar donde empezó todo; aun sin saberlo nosotros por aquel entonces... Ese recuerdo se marcha veloz y llega otro, sin darme tiempo ni siquiera a recuperarme del impacto causado. Y después otro, y otro más... La primera vez que la hice mía, aquella carrera bajo la nieve, nuestras risas, nuestros besos, las cenas que preparamos juntos, todos los momentos de intimidad compartidos... Y la puedo ver. Consigo sentirla aquí, sentada a mi lado y mirándome con sus grandes ojos oscuros repletos de amor para mí. Siento incluso su respiración. Repentinamente, un escalofrío llega y me invade el cuerpo, haciendo que, a pesar del calor, la piel se me erice. Levanto las piernas, las apoyo en el banco y me las rodeo con los brazos, protegiéndome así del frío que quiere atacarme. Y vuelvo a verla, esta vez en brazos de otro. La visión es clara. Sonríe y bromea con su risa pura, sincera. Como hacía

conmigo, pero esta vez lo hace para otro. Creo oír la voz del chico, no me hace falta imaginármela; por desgracia, él contestó a mi llamada esa tarde y me comunicó algo que, hasta ahora, no se borra de mi cabeza: «soy su novio». Lo veo abrazándola, protegiéndola de todo y de todos; borrando cada huella de nuestra historia y me siento morir. ¡Dios! No sabía que se podía extrañar tanto a alguien. Nunca pensé que podría sufrir de esta manera. Debe de ser un castigo. Es el precio que estoy pagando por haber blasfemado tantas veces contra el amor, el cual pensé que no existía.

Patty, quisiera tenerte de nuevo a mi lado, volver a acariciarte el cabello y decirte tantas cosas que, por un motivo u otro, nunca llegué a decir. Frases bonitas salidas directamente desde el corazón que tanto esperaste oír y que jamás llegaron. Y que ahora, sin embargo, salen de mi ser con una fuerza e intensidad que nunca he sentido.

Pero no. No es posible. Ya no está y no volverá nunca. Tengo que asumirlo pronto, si no correré el riesgo de volverme loco. ¡Pero es difícil, joder! Duele. No puedo olvidarla. No se puede borrar así como así nuestra historia. Un par de lágrimas descienden desdeñosas y me mojan los pantalones. Sorbo por la nariz y me seco los ojos con la mano. No... no me lo puedo creer. ¡Estoy llorando! Esto sí que no me lo puedo permitir. Ella ha decidido irse, acabar con todo y empezar de cero con otra persona, como si entre nosotros nada hubiera pasado. Es su culpa, no la mía. Yo no se lo demostré nunca pero... la quise, joder. La quise con locura, como nunca he querido a nadie, y no supo verlo. No supo o no quiso esperarme. No comprendió que mi vida no ha sido fácil, que nunca nadie se preocupó por mí más de lo debido ni me enseñó que la vida es más bonita si te sientes amado, si amas.

Porque tú, mamá, jamás me enseñaste eso. No me entregaste el amor incondicional que una madre debe ofrecer a sus hijos. No tuve un padre ni una familia de la que tomar ejemplo. Lo único que aprendí de ti fue a saber defenderme en este mundo injusto, sin importarme a quien pisar a mi paso; a volar libre desde muy niño sin depender de nada ni nadie para vivir. Y en este momento te odio, a pesar de ser mi madre. Os odio a las dos. A ti y a Patty. Os odio con la misma fuerza con la que os amo.

Lloro con rabia y esta vez ya no detengo las lágrimas. La gente pasa y me mira curiosa, pero no me importa. Ya nada me importa. Lloro porque no puedo odiaros, porque os llevo dentro, en un rincón del corazón del que ya no saldréis nunca. Y entonces, repentinamente y sin un motivo exacto, sonrío. Me levanto del banco, dolorido mi cuerpo por las horas que llevo así, sentado en

la misma postura. Emprendo el camino de vuelta a casa y me siento aliviado. Paso por el gran parque del Carmen para acortar el camino y reconozco a una pareja joven sentados en un banco. Son los de antes, los mismos que hace un rato estaban discutiendo. Y se besan, y se abrazan, ajenos al mundo que gira a su alrededor. Y vuelvo a sonreír. Debería tenerles envidia, pero no es así. Yo también tengo a quien querer, y con eso me doy por satisfecho. Tengo una persona que estuvo en mi vida y que, aun estando a cientos de kilómetros de distancia, sigue estando conmigo. Porque, a pesar de que tal vez no vuelva a verla nunca, Patty siempre estará conmigo. Ya forma parte de mí. La siento aquí, en todos los poros de mi piel, en cada rincón de mi alma y en cada latido de mi corazón, y eso me hace feliz. Dirijo la vista al cielo antes de abrir mi portal, al que, sin darme cuenta, ya he llegado. En lo alto del cielo diviso esa estrella, que sigue igual de solitaria pero parece brillar más que antes. Le sonrío y susurro: «Te quiero». Y sé que Patty puede oírme. Bueno, está bien, tal vez oírme sea pedir demasiado, pero allá donde esté y con quien esté, me siente. Al igual que yo a ella. De eso estoy seguro.

* Sábado 10 de septiembre *

Fijo la vista en el horizonte y por unos instantes pierdo la noción del tiempo. Me encuentro en una terraza con Bogdan. Ha sido idea suya venir a este bar cercano a la playa para tomarnos un refresco y disfrutar de una de las últimas noches calurosas de este año. Desde aquí se puede ver el mar y esa imagen tan preciosa me hipnotiza. La voz de Bogdan me devuelve a la realidad.

—¿Quieres tomar algo más? —me pregunta señalando mi vaso de Coca-Cola ya vacío.

No sé ni en qué momento me lo he bebido, aturdida como estaba con el panorama. Niego con la cabeza.

—No, gracias.

—¿Nos vamos?

De nuevo, hago el mismo gesto.

—Como quieras.

Bogdan frunce una ceja.

—¿Te pasa algo? Esta noche te noto muy extraña.

—No, mi amor —le digo esperanzada de convencerlo—. Estoy un poco cansada, eso es todo.

Asiente con la cabeza con mirada comprensiva. Se pone en pie.

—Vamos a dar un paseo.

Obedezco y sigo sus pasos. Espero pacientemente a que Bogdan pague las consumiciones y nos dirigimos hacia la gran escalera que lleva hasta la playa. Antes de bajar, Bogdan se detiene.

—Si estás molesta por algo, dímelo, ¿vale? No me gusta verte así.

Me cruzo de brazos, de pie frente a él.

—Ya te he dicho que no tengo nada.

Me inclino levemente y le doy un suave beso en los labios. Deseo borrar toda duda posible sobre mi estado de humor actual. Ni siquiera yo sé qué me pasa. Bogdan sonrío y me aprieta junto a su cuerpo, rodeándome con sus brazos.

—Te quiero mucho, mi españolita.

Mi corazón se detiene al escuchar esas palabras. No estoy acostumbrada a oír que me quieren, ya que nadie se ha preocupado mucho de decírmelo a lo largo de mi vida. Ni siquiera la persona a la que más amé en el mundo. Pero no es solo ese «Te quiero» el que derrumba mis últimas fuerzas, no se trata simplemente de ese gesto sincero por parte de mi novio. Son esas dos palabras las que me ponen en alerta: «mi españolita»... Así me llamaba él. Puedo recordar con claridad el tono de su voz al pronunciarlas, dirigiéndose solamente a mí y deleitándose con su mirada.

—¿Qué has dicho? —pregunto con un hilo de voz.

—Que te quiero —repite Bogdan acariciando mi cabello.

Niego con la cabeza aturdida e irritada.

—No, eso no, lo otro... solo una persona me llamaba así.

Lo suelto con tanta desesperación que Bogdan se sorprende. Se asusta de mi brusco rechazo. Me mira fijamente y veo rabia en sus ojos oscuros.

—¿Otra vez con lo mismo, Patty?

Evito sus ojos desviando los míos hacia el cielo oscuro. Por un momento, me avergüenza mi comportamiento. No puedo permitir que unas simples palabras desmoronen mi mundo, mi realidad junto a Bogdan.

—¿Hasta cuándo? —pregunta con una angustia evidente en su tono de voz.

Encojo los hombros y agacho la cabeza. Estoy demasiado nerviosa para pensar con claridad.

—No lo sé.

Sé perfectamente cuál era su verdadera pregunta. Bogdan quiere saber cuándo llegará el día en que por fin mi corazón le pertenezca. El día en que no tenga que luchar continuamente contra el recuerdo que tanto atormenta mi vida.

Le he dado la respuesta correcta. No lo sé. Pero eso no me hace sentir mejor.

—No podemos seguir así —me informa—. Tienes que arrancar ese fantasma de nuestras vidas.

Asiento débilmente sabiendo que lleva razón. No sé cómo consigo decir casi en un susurro.

—¿Quieres dejarlo? Si es así lo entiendo.

Inconscientemente mis sentidos de defensa se han activado, formando una muralla a mi alrededor. Bogdan intenta traspasarla con su ternura, una vez más.

—No quiero perderte, Patty. Significas mucho para mí.

Sus palabras dulces solo consiguen confundirme más. Doy un paso hacia atrás y me alejo.

—Tengo que irme.

Le doy la espalda con intención de marcharme, pero su brazo me retiene, sujetando firmemente el mío.

—Quédate conmigo.

Como si de una despiadada burla del destino se tratara, Bogdan ha vuelto a rememorar esa escena del pasado. El día en que vi a la persona más importante de mi vida por última vez, el día que me alejé de su mundo a pasos agigantados.

—Ahora quiero estar sola—le informo con una voz desesperada.

Me deshago de su brazo y me alejo de su lado rápidamente. Lo oigo llamarme a mi espalda pero no me detengo. Poco a poco su voz se vuelve menos clara, hasta que logro borrarla por completo.

Bajo las escaleras deprisa y me adentro en la playa gigantesca. A estas horas de la noche se encuentra en calma y solitaria. Así como me siento yo ahora. De repente, en la soledad de mis pensamientos, me siento relajada y aliviada. Llego a la orilla. Me siento sobre la arena y contemplo el mar. Apoyo los codos sobre las rodillas. No me siento culpable por mi comportamiento injusto hacia Bogdan hace unos momentos. A pesar de ser mi novio y habérselo ganado día a día, no puedo ni siquiera por un segundo recordar el cariño que me ha ofrecido desinteresadamente. Ahora todos mis pensamientos giran en la misma dirección. Ese chico de ojos azules que robó mi alma y la destruyó a su antojo: Bandy. Ha pasado tanto tiempo que a veces su rostro se desdibuja, su sonrisa se diluye y mi alma trata en vano de retenerla. Me esfuerzo en recordarlo, pues su recuerdo es el único que me mantiene viva. Entonces un recuerdo me asalta. Las imágenes pasan por mi cabeza sin detenerse, sin darme tiempo a reaccionar y decir: «¡Basta!». Me acuerdo del

día en que lo conocí; la manera tan curiosa en que nuestras vidas se juntaron. Me veo con él en una playa, quizás parecida a esta; nuestros cuerpos mojados juntándose en un dulce abrazo y nuestros labios unidos al calor del sol. Nuestro amor parecía indestructible, a prueba de fuego y capaz de superar todos los obstáculos. Tenía que serlo, pero a veces la vida no es justa. La melancolía me invade con fuerza y con violencia. Se me llenan los ojos de lágrimas al comprender que nunca podré amar a otro hombre con la misma intensidad con la que amé a Bandy. Que, a pesar del tiempo y de la distancia que nos separa, jamás podré olvidar todos los momentos vividos a su lado y lo feliz que me hacía sentir cuando me regalaba aunque fuera un poquito de su amor. Me ahoga la rabia que siento contra mí misma por ser tan ingenua, por no poder superar nuestra ruptura. De pronto, me siento terriblemente culpable de mi comportamiento con Bogdan y me prometo en silencio que trataré de ser sincera con él, de corresponderle como se merece. Tendré que aprender a vivir con esta fuerza tan grande que causa Bandy en mí, con este sentimiento tan poderoso que no quiere abandonarme. Lo he intentado. Juro que he intentado una y otra vez arrancarlo de mi alma, pero el amor es más fuerte que yo. Por una parte, no quiero olvidarme de Bandy. No sé si me da más miedo olvidarlo o seguirlo amando. Me llevo la mano a la cara y me limpio las lágrimas que mojan mis mejillas. Ya no puedo llorar más. Me he quedado ya sin lágrimas.

Repentinamente, mi boca se tuerce en un débil gesto que creo que es una sonrisa. Y digo «creo» porque estoy demasiado aturdida como para pensar con claridad. Mis emociones están a flor de piel. En cambio, ahora me visita una nueva sensación. La de plenitud por sentirme viva, por haber conseguido sentir ese amor tan intenso que muchos otros no llegan a vivir nunca. Porque, a pesar de tener muchas cosas malas, nuestra historia también tuvo instantes muy felices. Y me siento dichosa por haber amado tanto, por haber sido capaz de poner el corazón en cada gesto, cada palabra y cada mirada. Dejé mi orgullo a un lado por arriesgarme a vivir eso que a veces nos vuelve locos, y perdí. Perdí su amor y perdí la esperanza por un tiempo, pero gané la seguridad de saber que puedo seguir luchando y la fuerza para no rendirme. Me dejo caer hacia atrás y me tumbo sobre la arena cual larga soy. Miro al cielo con los ojos bien abiertos y todavía un poco empañados. La luna hoy está llena y hermosa. Un poco más alejada, distingo una estrella que se esconde, tímida pero reluciente. Le sonrío como lo haría con él y dejo salir mis sentimientos,

sin mentiras ni reproches. Susurro un «Te quiero» salido desde muy adentro de mi ser. Sin quitar la vista de la pequeña estrella, le pido al cielo que Bandy me esté sintiendo de la misma manera en que yo lo siento a él. Espero que, al verla, me recuerde también.

BIOGRAFÍA



Patricia Alcantud Obregón nació en Logroño, La Rioja, en 1989. Siempre fue una lectora voraz. Desde niña, cuando todavía no sabía leer, comenzó a dejar volar su imaginación, inventando historias y personajes. Leer y escribir ha sido y es su gran pasión. Le encanta sumergirse en las historias que imagina, como si se trataran de la suya propia. “Enséñame a querer” es su primera novela.

AGRADECIMIENTOS

A “Ger Getzen”, porque, sin su ayuda, esto no hubiera sido posible. Por sus consejos, la primera corrección de mi manuscrito y su apoyo incondicional, mil veces... GRACIAS.

A la Editorial Multiverso, que confió en esta historia y que ha permitido que salga a la luz, cumpliendo así mi sueño. Gracias por apostar por mí.

A Gabriel, mi compañero de vida, por apoyarme tanto con mi novela, en la que creyó desde un primer momento. Gran parte de lo escrito en este libro, se lo debo a él.

A Beatriz, por pasar horas escuchándome, mientras yo le leía fragmentos de esta historia, y de otras más.

A ella... y también a Marina, Jessica, Oihane y Alba, por ser las primeras en leer capítulos de “Enséñame a querer”. Por ser no solo seguidoras, sino amigas.

Quiero agradecer a mi madre, la mujer que me ha dado la vida y que me ha animado a luchar por mi sueño, así como también me apoya en todos los momentos de mi vida.

A mi hermana Yasmina, por existir y porque siga siendo así de fuerte.

A una persona que ya no está, pero que siempre vivirá en mi corazón. Por quererme sin pedir nada a cambio, por la huella tan grande que ha dejado en mí... Mi abuela “Lola”.

A mi profesora de la infancia, Maribel, por creer siempre en mí y en mi capacidad literaria. Porque me ha dejado un bonito e inolvidable recuerdo de mi niñez, GRACIAS.

A Germán, Lauper y Estefanía, por darme sus opiniones y por su fidelidad hacia “Enséñame a querer”.

A todos aquellos que lean este libro, por hacerlo posible.

A los que han formado o forman parte de mi vida y, también, en cierto modo, de mi novela.

Y, por último pero no por ello menos importante, sino todo lo contrario... a mis dos niñas: Zaira y Mishel. Por ser lo mejor que la vida me ha regalado.

A todos, de corazón, GRACIAS.

Table of Contents

[ENSÉÑAME A QUERER](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)